

HOWARD FAST

EL EXTRAÑO



Lectulandia

El protagonista de esta novela de Howard Fast es David Hartman, que el autor nos presenta de joven rabino, en el momento en que acaba de regresar de la Segunda Guerra Mundial. David es destinado a un idílico pueblo de Connecticut, que ofrece un violento contraste con los horrores de los que ha sido testigo, para servir a una comunidad de catorce familias. La novela abarca toda la carrera de Hartman: la buena acogida que recibe del ministro congregacionista, que se convierte en su mejor amigo, los altibajos de la vida matrimonial, la educación de sus dos hijos, el auge de la congregación, su aprendizaje de las funciones del rabinato y la reacción de una pequeña comunidad de Connecticut a los acontecimientos de la segunda mitad del siglo xx.

Howard Fast se muestra, como siempre, un narrador excelente que atrae hábilmente al lector al mundo de David, hasta darle la impresión de que comparte su vida. También entreteje en la narración reflexiones acerca del bien y del mal, judaísmo y cristianismo, moralidad e integridad y el significado de la vida.

**Lectulandia**

Howard Fast

# **El extraño**

ePub r1.0

German25 10.01.16

Título original: *The outsider*  
Howard Fast, 1984  
Traducción: Ana María de la Fuente  
Diseño de cubierta: Miguel Mas

Editor digital: German25  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado al extraño, al recién llegado  
Benjamín Isaac Grace Fast; bien venido  
a este mundo tan curioso. Te saludo con amor  
y te deseo que conozcas la felicidad y el éxito.

# PRIMERA PARTE

1946

# Capítulo 1

El rabino David Hartman llegó a Leighton Ridge en la primavera de 1946, seis meses después de ser licenciado del Ejército de los Estados Unidos, en el que sirvió en calidad de capellán de la Infantería. Aquellos seis meses fueron una mezcla de tristeza y felicidad. Su licenciamiento, acelerado por noticia de la enfermedad de su madre, le permitió llegar a la cabecera de su cama sólo unas horas antes de su muerte. El padre había muerto cuando David era niño, y la madre le había criado, atendido y adorado.

Cinco meses después, David se casaba con Lucy Spendler, a la que conoció un par de semanas después de la muerte de su madre. Lucy trabajaba de voluntaria en una cantina de las Fuerzas Auxiliares Femeninas situada en la parte baja de Broadway. David había ido a rezar las oraciones de la noche, servicio organizado para los soldados judíos que deseaban decir el *Kaddish* por los difuntos. Cuando conoció a Lucy, bonita, esbelta, con una abundante cabellera castaño claro y ojos pardos, David vio en ella algo que le recordó vivamente a su madre. Y Lucy vio a un hombre alto, delgado, tostado por el sol, con unos ojos muy azules, facciones aceptables y una sonrisa entre triste y deliciosa. Tenía la boca grande, la nariz prominente y una espesa mata de cabello castaño, y la circunstancia de que todavía vistiera uniforme, con unas condecoraciones impresionantes en el pecho hacía de él un rabino apuesto donde los hubiera, por lo menos a ojos de Lucy.

El padre de Lucy era maquinista —mejor dicho, linotipista— del *New York Times*. Su madre trabajaba de mecanógrafa en el Ayuntamiento —mejor dicho, el Consejo Municipal— y tanto el padre como la madre eran judíos ateos militantes. A pesar de este antagonismo con Dios —porque un judío ateo es más ferviente en su furor y su discrepancia con Dios que en su agnosticismo— recibieron a David Hartman con los brazos abiertos y dieron su consentimiento al matrimonio. Lo cual no era óbice para que se sintieran escépticos acerca de las posibilidades de David para mantener a su hija.

Mientras hablaba con el rabino Belsen, que presidía el comité de colocación del Instituto Judío de Religión, seminario en el que estudiara David, éste empezó a compartir las dudas de Herbert y Sally Spendler.

—El inconveniente, David —decía el rabino Belsen—, es que usted es muy joven aún, no tiene ni los treinta años. Créame, ése es un problema que para mí quisiera. De todos modos, no deja de plantearle ciertas dificultades. Sé que acaba de contraer matrimonio, y eso le hace imprescindibles unos ingresos. Reconozco que nosotros tendríamos que haber hecho provisiones para los jóvenes que están licenciándose, pero carecemos de los medios. Hay otros tres hombres mayores que usted, padres de familia. De manera que, si tiene paciencia, tal vez dentro de un mes...

David asintió. La paciencia no le faltaba, pero necesitaba urgentemente un empleo.

—... a menos que... —agregó el rabino Belsen.

—¿Sí? —preguntó David con ansiedad.

—Si usted se aviene, David, hay una plaza. No puedo dársela a un rabino con familia, desde luego. Pero un joven como usted, recién salido de la vida militar, que no ha sido precisamente una gira de placer, eso por descontado. No les pondrían sábanas de seda durante la invasión de Normandía.

—No, creo que no —sonrió David.

—Está bien. Escuche. En el Condado de Fairfield hay una pequeña localidad llamada Leighton Ridge, en cuya demarcación viven catorce familias judías que desean una sinagoga y un rabino. Tengo que advertirle, David, que llevamos dos semanas tratando de encontrar a alguien que acepte la plaza. No es una bicoca. Ofrecen vivienda, que tal vez esté en condiciones de ser habitada o tal vez no, y un salario de mil doscientos dólares anuales. Quizá consigamos que lo aumenten a mil cuatrocientos o mil quinientos, pero no más, ya que, según me han dicho, tienen que pagar dos mil dólares por la casa, como anticipo, con una hipoteca de ocho mil, más otros mil por la sinagoga, da un total de cuatro mil, aunque no sé qué sinagoga se puede conseguir por cuatro mil dólares.

—¿Dónde está el condado de Fairfield? —preguntó David. Él se había criado en Nueva York, en los años treinta, y no tuvo ocasión de conocer Connecticut.

—Ajá, no dice que no de entrada. Buena señal. El Condado de Fairfield está en Connecticut. Queda al nordeste del Estado de Nueva York, abarcando unos cincuenta o sesenta kilómetros de sus límites y tengo entendido que Leighton Ridge es una pequeña ciudad de unos cuatro mil habitantes. Ahora viene lo peor. Entre las catorce familias judías, hay dos ortodoxas y dos conservadoras que si se adhieren al movimiento de la Reforma es porque sólo así pueden tener una sinagoga. Si hubiera tres familias ortodoxas, se construirían su propia sinagoga. Bueno, es una broma, David.

—Sí. Rabí Belsen, cuando ingresé en el Ejército, casi había decidido abandonar el rabinato, tal vez para estudiar Medicina. Pero, después de lo que vi... en Dachau y en otros campos de concentración... bueno, no importa la paga. Entonces me prometí a mí mismo no preocuparme por la paga.

El rabino Belsen miró a David Hartman con nuevo interés. Recordaba vagamente al estudiante David Hartman, uno de tantos; pero el hombre que ahora tenía delante era muy distinto, un rostro enérgico pero no desprovisto de inocencia y, como incrustados en aquel rostro anguloso, unos ojos de mirada triste. Era modesto pero no humilde. No preguntaba nada.

—Sí —dijo el rabino Belsen tras una pausa—, puede ser adecuado para usted.

—Tengo que hablar con Lucy. Pero... sólo catorce familias... ¿Es que allí no quieren a los judíos?

—América es muy grande, David, y existe un número limitado de judíos. Catorce familias me parece una comunidad proporcionada para una localidad como Leighton



Ridge.

—Verá, rabí Belsen —dijo David—, yo tengo veintinueve años, nací en Nueva York y, ¿sabe?, no he estado nunca en Connecticut.

—Dado que pasó seis años en el Ejército y antes iba a la escuela y al Instituto, me parece natural.

—De todos modos, no deja de ser extraño. Quiero decir que me siento raro. He estado en el Norte de Africa, en Inglaterra, en Francia y en Alemania... pero no en Connecticut. Supongo que necesitaré un coche.

—Supongo que sí.

—No sé conducir. Creo que Lucy, sí. Aunque no estoy seguro. No hemos hablado de eso.

—Consúltelo con ella, David. Luego volveremos a hablar de Leighton Ridge.

Pero, antes de presentar la propuesta a Lucy, que seguía viviendo en casa de sus padres, David entró en la Biblioteca Pública de Nueva York, pidió una Historia de Connecticut y leyó el único párrafo dedicado a Leighton Ridge. Históricamente, Leighton Ridge no parecía excesivamente importante. David averiguó que era un pequeño municipio de Fairfield, situado en el nordeste del Condado, que había sido fundado por el capitán Egbert Leighton en 1771, fecha en que se le otorgó una concesión real de mil cien acres por sus servicios en la guerra contra los franceses, que se sentaba sobre la cordillera del bajo Connecticut, que sus inviernos eran fríos y sus veranos, salubres.

—¿Y podemos vivir con mil doscientos dólares al año? —preguntó Lucy. —Son veinticinco dólares a la semana. Te pagaban más en el Ejército.

—En el Ejército tenía una congregación mayor.

—Catorce familias...

—El mínimo son diez. Según la ley judaica, eso constituye una comunidad.

—Tú no te arredras, ¿verdad? —dijo Lucy. —Reconozco que a mí me asusta.

—Bueno, a mí también. Pero no como me asustaban las cosas que ocurrían al otro lado del Atlántico. Yo no esperaba que me dieran el templo de Emanu-El ni cosa por el estilo, pero pensaba que, en el peor de los casos, podría entrar de ayudante en alguna congregación de Nueva York, Chicago o Los Ángeles.

—Una vez estuve en Los Ángeles. Me encanta. Allí casi todo el año hace calor. En Leighton Ridge debe de hacer mucho frío. Resulta frío hasta el nombre.

—Según el libro que consulté en la biblioteca, la temperatura en Leighton Ridge oscila en el invierno entre los cero grados y unos mínimos de veinte bajo cero. Pero no es el frío lo que me preocupa. Es que yo no me figuraba una cosa así. Durante el servicio, te pasas mucho tiempo soñando con la vida que llevarás después, cuando vuelvas a casa. Y esto es tan distinto a todo lo que yo soñaba.

—No tienes por qué aceptarlo —dijo Lucy. —Al cabo de tres años de cantina, soy como cualquier camarera profesional y podría buscar un empleo, lo mismo que tú. ¿No decías que te habían ofrecido una plaza de lector de Historia en la Universidad

de Nueva York? Alquilaríamos un apartamento...

—Yo soy rabino, Lucy.

—Ya lo sé. Y no te pido que seas otra cosa, David, sino sólo que tomes un empleo temporal hasta que salga algo bueno en el rabinato.

Él le dio un beso. Realmente, le tenía cariño. Era dulce e inteligente y, bajo aquella dulzura, había todo un carácter. Pero también era muy joven y una neoyorkina pura. No le resultaba fácil explicarle lo que habían representado para él las experiencias vividas en Europa. Aún no se sentía capaz de hablar de lo que había visto en los campos de concentración.

—Creo que tengo que aceptar lo de Leighton Ridge, si estás de acuerdo —dijo él.

—Yo estoy de acuerdo con todo lo que tú decidas, David. Pero ¿por qué?

—No lo sé. Pero me lo han ofrecido, y no puedo decir que no al rabino Belsen. Pero algo tiene de bueno, y es que, por lo menos, seré mi propio jefe, no el ayudante de nadie.

—Menos mal.

—Tú sabes conducir, ¿verdad? Creo recordar que dijiste algo de eso.

—David, he llevado una furgoneta de las Fuerzas Auxiliares durante seis meses.

—Bien, muy bien. Tienes que enseñarme. Las estaciones de ferrocarril más próximas son Westport y Fairfield, y están a varios kilómetros.

Al día siguiente, David volvió al Instituto y llamó a la puerta del despacho del rabino Belsen. El rabino, cuya barba blanca recordaba a David la idea que él se había hecho de Dios cuando niño, abrió la puerta, miró a David con gesto de contrariedad y le invitó a entrar con un ademán.

—¿Ocurre algo? —preguntó David.

—Espero que nada malo. Usted viene a decirme que acepta el puesto de Leighton. Pero estoy preocupado. Esta mañana entré en una tienda de comestibles. No lo hacía desde antes de la guerra. Mi mujer se encarga de la compra. No sé cómo van a vivir ustedes con veinticinco dólares a la semana. Las cosas ya no están como en los años treinta. Tal vez deberíamos establecer un salario mínimo. Un rabino es un ser humano. Lo propondré al consejo.

—Ya nos arreglaremos —dijo David. —Yo tengo mi paga de licenciamiento y unos ahorros. Lucy también tiene algo y luego están los regalos de boda. Reunimos entre los dos casi cinco mil dólares. Con eso tendremos para un par de años. Además, con todos los hombres que están licenciándose, casándose y buscando un lugar para educar a sus hijos, la comunidad judía de allí tiene que crecer. Quién sabe si dentro de unos años no tendré una congregación de un centenar de familias.

—Cosas más difíciles se han visto —dijo el rabino Belsen. —Así que se va usted a Leighton Ridge. Por lo menos, aire puro no le faltará. David, yo no acostumbro dar consejos, pero permítame decirle dos palabras. Trate usted de amar a su congregación aunque a veces le resulte difícil; y éstas pueden ser las más. No espere bondad, ni siquiera integridad. Es usted quien debe inculcarles estas virtudes. Y no espere

gratitud. Es algo precioso que con el tiempo tiene que llegar, pero no la espere. Y cuando venga a Nueva York hágame una visita y cuénteme lo que ocurre por allí. Me interesa.

—Por supuesto.

—Bien. Aquí tengo unas notas que había preparado para usted. Primero: el presidente de la congregación. Allí sólo hay catorce familias, pero como no consiga congraciarse con el presidente de su congregación, esas catorce familias le darán más trabajo que cien. El presidente se llama Jacob Osner, Jack se hace llamar. Almorzamos juntos cuando vino a hablarme de organizar la sinagoga. Es hombre inteligente y enérgico, pero frío y, posiblemente, pragmático. Sus abuelos eran judíos alemanes. Tiene cuarenta y tantos años. Una ventaja, David: también estuvo en el servicio. Era coronel del Tribunal Militar. Tiene un hijo de doce años y una niña de nueve, me parece. Quizás en parte le impulsa a promover la creación de una sinagoga el deseo de celebrar la ceremonia de Bar Mitzvah<sup>[1]</sup> de su hijo en Leighton Ridge. Usted es joven, él es un hombre maduro y quizá no todo lo tolerante que debiera. O quizá sí. No sé. Pero, David, procure tenerle siempre de su parte y, nunca, de adversario.

—Desde luego, lo procuraré.

—Bien. El comité de la sinagoga lo componen tres miembros: primero, Osner, abogado, por cierto que tiene el bufete en Nueva York; luego está Joe Hurtz, de la misma edad, dueño de una tienda de artículos de caballero en Danbury y padre de tres hijos. Me dijo Osner que el *Bar Mitzvah* del mayor, que ahora tiene quince años, tuvo que celebrarlo en una *shul*<sup>[2]</sup> ortodoxa de Bridgeport. Eso no le gustó nada. Ocurre allí algo muy curioso, tal vez por causa de la guerra y el Holocausto, y tal vez el fenómeno se repita en otros lugares, pero parecen querer alardear de su judaísmo con enojo. O, si no con enojo, por lo menos con energía. ¿Por dónde íbamos?

—Me hablaba del comité.

—Sí. —El anciano consultó sus notas—. Sí, el comité. El tercer miembro es Mel Klein. Tiene un taller de confección en Nueva York, «Modas Klein». Según Osner, está en muy buena posición. Supongo que por eso le han incluido. Viene a Nueva York todos los días. Y ahora ya sabe usted acerca de la congregación de Leighton Ridge tanto como yo. Además de los oficios de *Shabbas* y las fiestas, necesitarán un *minyán* para el *Kaddish* de los difuntos cuando llegue el caso. Con sólo catorce familias, lo más seguro es que no pueda usted zafarse.

—He pensado en eso, y no me parece posible que todas las familias judías de la región estén en ese grupo. Tiene que haber más.

—Está en lo cierto. Según Osner, hay otras familias. Algunos son matrimonios mixtos y otros no tienen interés por la religión. Usted sabrá lo que tiene que hacer. Quizá Lucy pudiera enseñar la Biblia. ¿De qué clase de familia procede?

—Judíos agnósticos.

—Pero se casó con un rabino.

—Para enseñar la Biblia, antes tendría que estudiarla.

—¿Por qué no? Con tal de que se mantenga un capítulo por delante de sus alumnos. La clase de hebreo tendrá que darla usted... hasta que la sinagoga pueda pagar a un maestro. ¿Aún le interesa ese destino?

David asintió.

—Conozco a una docena de hombres de su edad que se asustarían ante semejante perspectiva. Si quiere el cargo, es suyo.

—Si me aceptan.

—Le aceptarán. No hay otros aspirantes, David.

Pero cuando, aquella noche, después de la cena, David dio los pormenores a Lucy, en casa de sus padres, ella le miró angustiada y susurró:

—¿Te das cuenta de lo que nos espera?

—No del todo. Pero tampoco me la daba cuando ingresé en el Ejército.

—Esto no es el Ejército, David. La guerra ha terminado. ¿Y por qué tengo que enseñar la Biblia?

—Porque, si no, tendré que enseñarla yo.

Sally, la madre de Lucy, estaba en la cocina, fregando los cacharros y Herb, el padre, secaba. La puerta que daba al comedor no era a prueba de sonido, ni mucho menos.

—¿Has oído eso? —susurró Herb.

—No quiero oír nada, y tú no te metas.

—Pero lo has oído.

—No te metas.

—También es hija tuya. Y no es como si tuviéramos siete hijos. Tenemos una hija. Una, punto.

—Tenemos una hija, sí. Hace dos semanas que se casó y tú ya estás deseando que se divorcie.

—No digas tonterías. Yo no quiero que se divorcie.

—Gracias a Dios. A ver dónde encontrarías a un chico como David.

—Y por eso mi hija tiene que irse a vivir como una campesina a un lugarejo remoto, llamado Leighton Ridge —susurró Herb roncamente.

—No es un lugarejo remoto. Es un sitio muy bonito, a menos de cien kilómetros de Nueva York.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo busqué en el atlas —cuchicheó Sally con vehemencia.

—De manera que la niña trae al novio a casa y el padre le pregunta cómo se gana la vida, él responde que es rabino y la madre dice entonces: ¿qué clase de trabajo es ése, para un muchacho judío que se precie?

—Eso que dices es repugnante.

—Es un chiste judío.

—Es una estupidez, como casi todos los chistes judíos, y tú, Herb Spendler, haz el

favor de no inmiscuirte. Déjalos en paz.

En el comedor, Lucy preguntaba, quejumbrosa:

—David, ¿tú te habrías casado conmigo, si llegas a saber que no había leído la Biblia? Lo que es más, hasta que rabí Belsen nos casó, no había puesto los pies en una sinagoga.

—No era una sinagoga, sino el despacho de rabí Belsen. Y yo sabía que Herb y Sally son ateos.

—¿Y no te importó?

—No. ¿Por qué tenía que importarme?

—Ni siquiera distingo una sinagoga del despacho de un rabino.

—Ya aprenderás. Ahora, lo más urgente es el coche.

—¿De verdad quieres que enseñe la Biblia?

—Es divertida: batallas, orgías, adulterios, onanismo, amores...

—¿Qué quiere decir onanismo?

—Primero léelo y luego hablaremos.

—Al oírte cualquiera diría que la Biblia es un tratado de pornografía.

—Y otras cosas. Lo cierto es que los cronistas judíos que la escribieron no usaban tapujos y llamaban a las cosas por su nombre. Luego, con la traducción, naturalmente, se suavizaron los términos, y en lugar de decir que se la llevó a la cama dice que la conoció, pero en seguida te aclararás.

Los padres de Lucy volvieron al comedor en aquel momento con el café y el pastel, y Herb no pudo menos que decir:

—Catorce familias, Dave. ¿Y si se retiran cinco? Zas. Tienes que cerrar.

—Es verdad. Me hace falta un mayor respaldo.

—Pero primero, lo primero —dijo a Lucy, y al día siguiente salieron a buscar un coche. Al fin fueron a parar al almacén del «Honrado Joe Fierello» de la Calle Cincuenta y Dos. El Honrado Joe tenía una cara de querubín que inspiraba confianza y un «Chevrolet 1940» dos puertas que podía adquirirse por doscientos dólares. «Cien dólares la puerta», les dijo, con lo que demostró poseer sentido del humor además de instintos de pirata.

—Mil novecientos cuarenta fue el último año en que se fabricó un buen coche —explicó. —Comparada con la basura que hacen hoy, esta monada es toda una obra de arte, y un regalo. Ya no se hacen cosas así.

Los recién casados salieron de allí en la pequeña obra de arte. Lucy conducía y David la observaba atentamente.

—No parece difícil —dijo.

—No, una vez dominas las marchas y consigues relajar los músculos. ¿A dónde vamos?

—A echar un vistazo a nuestro destino, mientras resistan las ruedas.

—¿A Leighton Ridge?

—Eso es. ¿Sabes por dónde se va?

—David, no tengo ni la más remota idea. Creí que no te esperaban hasta dentro de tres días.

—No estará de más ver dónde vamos a meternos.

—Ello puede costarte una esposa nueva —dijo Lucy. —Pero, si estás dispuesto a arriesgarte, pararemos en una gasolinera y compraremos un mapa de Connecticut.

Cruzaron el Bronx hasta la avenida Hutchinson River, por la que siguieron hasta que se convirtió en avenida Merritt, donde torcieron hacia el Norte por el peaje de Black Rock. Borearon un hermoso embalse durante varios kilómetros y la carretera empezó a subir por las colinas de Connecticut. El paisaje era espléndido y ahora, en primavera, estaba en su apogeo. Cruzaron entre granjas, grandes prados y casas blancas de estilo colonial. Por fin, un pequeño indicador señalaba el término de Leighton Ridge. Unos kilómetros más allá, estaba la plaza del pueblo, rodeada por una antigua iglesia congregacionista blanca y tres casas de madera, igualmente blancas, cada una con su chimenea central queregonaba su antigüedad.

—Qué soledad —susurró Lucy. —Es como si estuviéramos a miles de kilómetros de todas partes.

David pensaba de otro modo. Nunca había visto un lugar tan hermoso y apacible. El pueblo parecía perdido en el tiempo, aferrándose a una época pasada, pero con suavidad, sin irritación. David sentía remordimiento: aquél parecía un refugio tan abrigado y seguro; pero luego se dijo que sus años de guerra eran ya tributo suficiente para poder entrar en un puerto tranquilo, por lo menos, una temporada, por lo menos el tiempo necesario para cobrar aliento. No obstante...

—Tampoco estoy obligado a aceptar —dijo a Lucy con aparente indiferencia. —Acabaré por encontrar algo en la ciudad, y rabí Belsen lo comprenderá.

—Oh, no; no quise decir eso. No trato de volverme atrás.

—¿Estás segura?

—Claro que sí, David. Ya sabes: donde tú vayas, iré yo. Me gusta la ciudad, pero es que siempre he vivido allí. Tienes que darme tiempo. Esto es totalmente nuevo.

—Todo el tiempo del mundo.

Cruzaron el pueblo a marcha lenta por caminos sinuosos, la mayor parte sin asfaltar. Pararon unos momentos delante de un huerto de manzanos en flor. Los árboles eran nubes de perfumados pétalos blancos que caían al suelo en mansa lluvia al menor soplo de viento.

—¿Sabes dónde vive alguno de los miembros de la congregación? —preguntó Lucy.

Él movió negativamente la cabeza. No le gustaba la idea de presentarse de improviso. Antes de la guerra, al igual que Lucy, era chico de ciudad.

Vivían en casa de los padres de ella y dormían en el cuarto de soltera de Lucy. Al día siguiente de su excursión a Leighton Ridge, llamó por teléfono Jack Osner, el presidente de la congregación.

—¿El rabino Hartman? —preguntó. Su voz, áspera y agresiva, le situó de

inmediato en la posición de adversario.

David tuvo que vencer el impulso de decir: «¡A la orden!». Al fin y al cabo, era el coronel Jack Osner. Se contuvo y respondió:

—Sí, aquí el rabino Hartman.

—Mucho gusto, rabino. Tengo entendido que ha llegado a un acuerdo con el Instituto y que está usted dispuesto a meter la cabeza en las fauces del león.

—Bueno, yo no lo expresaría precisamente en esos términos.

—No, desde luego. Somos el león más diminuto de todo el Estado de Connecticut. Pero estamos deseando conocerle. ¿Cuándo piensa venir?

—Aún tengo varios asuntos que arreglar.

—Será antes de junio, espero.

—Oh, por supuesto. Digamos, tres días.

—Bien, muy bien. Tenemos casa para usted; nada extraordinario, pero por lo menos un techo para guarecerse. Es un viejo edificio colonial de mil setecientos setenta y uno. Se lo hemos acondicionado, aunque para ello hemos descuidado la sinagoga. Pero la congregación es tan pequeña que los servicios pueden celebrarse en las casas particulares. ¿Algún inconveniente?

—En absoluto.

—¿Tiene usted muebles? Me han dicho que se casó hace poco.

—Sí; tengo los muebles de mi madre. Ella murió recientemente.

—Lo siento. Tendrá usted el más sentido pésame de todos nosotros. Mire, rabino, cuente usted que en la casa hay una cocina, bastante pequeña, comedor, no muy grande, sala de estar y dos dormitorios, de modo que ya puede hacerse una idea de lo que tiene que traer. Lamento decirle que todas las habitaciones son pequeñas. Lo mejor será que usted y su esposa vengan a nuestra casa pronto, sobre el mediodía. Shelly, mi mujer, les enseñará el pueblo para que vayan orientándose. Cenarán con nosotros. Después de cenar, celebraremos una reunión del comité y dormirán en nuestra casa. Encargue el transporte de los muebles para el día siguiente. ¿Qué le parece?

—Me parece bien —dijo David.

—Entonces, hasta el miércoles. Le mandaré un plano con las instrucciones.

Lucy, de pie al lado de David, oía el vozarrón de Osner sin tener que esforzarse, y cuando terminó la conversación, dijo:

—¿Cómo se atreve a hablarte así?

David se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, él era coronel y yo, un simple capitán.

—¡Ah! —bufó Lucy. —¡Nada menos que un coronel! Tribunal Militar. Probablemente, tendría un escritorio cómodo y calentito en Washington y pasaría toda la guerra cobrando su buen sueldo, bien repantigado sobre sus rollizos cuartos traseros.

David miró a su mujer con nuevo interés.

—Aún no sabemos si son rollizos; pero, Lucy, el rabino Belsen me exhortó a ejercer la diplomacia con nuestra congregación. Debemos procurar amarlos a todos y, si no nos es posible, soportarlos con paciencia y resignación.

—Creí que eso de amar a tus enemigos era cosa del cristianismo.

—No son enemigos nuestros. No hay enemigos en la congregación. Además, ellos, me refiero a los cristianos, eso del amor al enemigo lo tomaron de nosotros. ¿Probarás con Osner?

—¿Que yo le ame? Vamos, David.

—Que trates de estimarle y comprender su conducta. Además, puede ser un tipo simpático.

—Pamplinas.

—Desde luego, tengo que reconocer que eres una esposa de rabino muy original.

—Perdona, David. Tengo la impresión de que te casaste con una arrabalera deslenguada. Tú, un chico tan guapo y educado. Y, además, rabino. ¿Aún me quieres?

—Puedes estar tranquila.

El martes siguiente, con David al volante, después de haber tomado dos lecciones de conducción en dos días, y Lucy marcando el rumbo en el mapa enviado por Osner, llegaban a casa de los Osner en Leighton Ridge. Era una granja antigua, pero remozada y bastante grande, situada en un serpeteante camino de tierra. Evidentemente, Shelly Osner no les esperaba tan temprano. En su afán por no llegar tarde, salieron de Nueva York con excesiva antelación. A *Mrs.* Osner no le hizo ninguna gracia que la sorprendieran con una falda y un jersey viejos, pero trató de mostrarse amable y hospitalaria mientras les explicaba que no les esperaba hasta después de las doce. ¿Querrían disculparla? Era una mujer alta, bien parecida, de complexión robusta, pelo claro y ojos azules, y era evidente que estaba desconcertada ante aquel joven rabino y su linda esposa.

—De todos modos —dijo, mientras los conducía al salón—, es culpa mía, porque ya son las doce menos cuarto y ya tendría que estar duchada y vestida. Perdona, pero usted no tiene aspecto de rabino, y se lo digo como un cumplido.

—Bueno, eso depende de lo que uno espere —dijo David, cohibido.

—¿Cómo? Oh, sí. Bueno, está usted en su casa. Con su permiso, iré a cambiarme. Martin llegará de un momento a otro. ¿Querrá usted abrir la puerta cuando llame?

—Esa mujer debe de estar mal de la cabeza —susurró Lucy cuando Shelly subió la escalera. —¡No tiene aspecto de rabino! Debe de tomar píldoras estimulantes todas las mañanas. Y yo, píldoras que me hacen invisible. Ni me ha visto.

—Me ha parecido que procuraba ser agradable. Está un poco nerviosa.

—Es que la has impresionado.

—Y tú le corresponderás con toda la dulzura y la simpatía que yo sé que posees:

—Naturalmente. ¿Y quién es Martin? Esa mujer no da muchas explicaciones. El marido no es, ¿verdad?

—No; el marido se llama Jack. Ten paciencia. Pronto lo sabremos.



La paciencia y el sosiego no eran propios de Lucy. Empezó a pasear por la sala, una habitación grande y confortable, creada derribando un tabique de la vieja granja en el espacio que antes ocuparan dos habitaciones.

—Quien haya hecho esto tenía buen gusto —reconoció Lucy. —Tiene aire de museo. Puede que, a pesar de todo, esa mujer tenga cerebro.

Sonó el timbre de la puerta y, puesto que no aparecía nadie, Lucy fue a abrir. En el umbral había un hombre alto, huesudo, de unos cuarenta o cuarenta y dos años, pelo pajizo, cara delgada, ojos azul pálido y mentón alargado. Llevaba un jersey de cuello alto bajo una vieja americana y miraba a Lucy interrogativamente, pero con halagadora admiración.

—Soy Martin Carter —dijo. —Usted debe de ser Lucy Hartman y ese caballero de ahí detrás, el rabino.

—Bingo —concedió Lucy. —Usted sabe quiénes somos, pero nosotros estamos en desventaja.

David, desde detrás de Lucy, estrechó la mano del recién llegado, que dijo rápidamente:

—Perdonen. Creí que se lo habrían dicho. Soy Carter, el ministro, congregacionista de Leighton Ridge.

Se dirigieron todos al salón y Shelly gritó desde arriba:

—Martin, preséntate tú mismo y explícaselo. Yo bajo en un periquete.

—¿Qué tiene que explicarnos? —preguntó David.

—Eso depende de lo que les hayan dicho. Me refiero a la sinagoga.

—Sólo que se cae a pedazos —dijo Lucy.

—Oh, sí, eso temo; pero, por lo menos, no hay goteras, lo cual es un alivio. El edificio tiene ciento setenta años, lustro más o menos. —Y, al ver la expresión de David, añadió—: No; no les han dicho nada. Nosotros les vendimos la vieja iglesia congregacionista. Al comité, quiero decir. Es una buena adquisición. Lleva anejas dos hectáreas de terreno y linda con la rectoría.

—¿Compraron su iglesia para utilizarla como sinagoga?

—Confío en que ello no quebrante ninguna ley ni ningún precepto o cosa por el estilo. Estoy seguro de que se asesoraron bien, y eso fue para nuestra congregación una lección muy importante. Era de esperar que, después de la guerra y todo lo que acarreó, mis feligreses comprendieran lo que era en realidad el antisemitismo. Pero no fue así. Tuve que hacerles un sermón a base de llamas del infierno y azufre —que no estaba en absoluto dentro de mi estilo— para vencer la oposición de dos de los diáconos.

—No —dijo David—; es perfectamente lícito. Las iglesias se convierten en sinagogas y las sinagogas, en iglesias. Hace mucho tiempo que ocurre así. Pero, en este caso, no estaba enterado. Claro que no he hecho más que llegar. Y supongo que la rectoría es donde vamos a vivir, ¿no?

—Y está mucho mejor que la iglesia, gracias a Dios. Estoy seguro de que usted

conoce bien a los congregacionistas, rabino...

—Él sí —terció Lucy. —Pero yo no.

—Bueno, tenemos que hablar de eso con calma un día, y tal vez celebrar algún servicio conjunto. Nosotros, *Mrs. Hartman*, somos la rama protestante más próxima a la religión de ustedes. No es que no exista una gran diferencia, pero somos los descendientes directos de los puritanos y hemos marchado tras unas banderas bastante buenas. Nuestra secta fue creada en una prisión, en el año mil quinientos sesenta y seis, pero es una larga historia y la dejaremos para otro momento. Entretanto, bienvenidos a Leighton Ridge, y si yo puedo hacer algo por ayudarles, no tienen más que decírmelo.

En aquel momento, apareció Shelly Osner, con falda a cuadros de colores vivos y un conjunto de blusa y chaqueta de angora blanca.

—Martin, ¿os habéis preocupado de la cuestión nombres? El rabino Hartman es David Hartman y su esposa es Lucy.

—Hecho. Eso lo aclaramos en cuanto entré.

—Y ahora, por lo que más quieras, no los asustes. Después de lo que nos ha costado encontrar rabino. ¿Vamos en mi coche o en el tuyo?

—El tuyo es mayor —dijo Carter.

David observaba a Lucy. Le causaba sorpresa descubrir que no sabía absolutamente nada acerca de la muchacha con la que se había casado; pero aún le sorprendía más lo mucho que estaba averiguando y la rapidez con que reunía la información. Se percataba de la antipatía que le inspiraban las personas que hacían caso omiso de su presencia y se preguntaba si iba a tener que soportar el antagonismo irreductible entre Lucy y Shelly Osner. Martin Carter era totalmente distinto y, durante sus años de vida militar David había tratado a los suficientes ministros protestantes como para saber que aquellos modales cordiales y campechanos casi formaban parte de su adiestramiento para el ministerio, que reflejaban más un estereotipo que una idiosincrasia auténtica. De todos modos, esta definición no podía aplicarse al carácter de Martin Carter. A David le causó muy buena impresión, aunque bien es verdad que era muy difícil causar mala impresión a David. En los casos de duda, se exhortaba severamente a sí mismo a esperar hasta tener elementos de juicio antes de formar una opinión.

Mientras iban en el coche, David y Lucy detrás y Carter delante, al lado de Shelly Osner que conducía, Carter dijo:

—Perdonen si me las doy de aburrido *cicerone*, pero puesto que no les habían dicho que su sinagoga fue antes nuestra iglesia, tampoco se habrán molestado en darles más información sobre Leighton Ridge.

—Realmente, mi venida fue acordada bastante rápidamente a través de rabí Belsen, que es el encargado de los destinos en el Instituto. Era mi profesor de Religión Comparada, y cuando alguien le hacía una pregunta, él solía decir: «Averígualo. Dios te ha dado ojos y cerebro. Utilízalos». La misma actitud debió de

asumir en este caso.

—¿Y usted averiguó algo?

—No mucho, no. Que estas tierras fueron concedidas al capitán Leighton pocos años antes de la Revolución Americana. Y poco más.

—Es que no hay mucho más, salvo que se nos considera la ciudad más típica de Nueva Inglaterra de todo el Condado de Fairfield, pero en el aspecto de tarjeta postal: bellos edificios coloniales, asombrosos muros de piedra y un paisaje cautivador, salvo en invierno, que es algo monstruoso.

—Oh, no son tan malos los inviernos —dijo Shelly. —Ideales para quedarse bien arropados entre mantas, haciendo lo que suele hacerse entre las mantas.

Carter rió.

—Pécora estúpida —susurró Lucy al oído de David.

—La población es de unas cuatro mil personas —prosiguió Carter— y bastante heterogénea. Algunas familias han estado afincadas aquí desde la época de la fundación. Cabe decir que en otros tiempos aquí en el Ridge había muchas industrias pequeñas que aprovechaban nuestros abundantes recursos hidráulicos, pero desaparecieron con la llegada de la electricidad. Ya no hay fábricas, pero muchas de estas familias tienen negocios en Danbury. Otros trabajan en Nueva York. También hay gente joven, escritores, pintores, ceramistas, personas que no tienen necesidad de desplazarse, un conjunto muy variado. Y, también, una buena porción de intolerancia. Somos famosos por nuestras quemas de libros, que tienen lugar casi todos los años, cada vez que algún pío ciudadano encuentra en el libro de texto de su hijo algo que no le suena bien. Entonces promueve un buen alboroto y exige que el libro sea retirado. Y el vecindario en pleno se reúne en la nueva iglesia, el mayor local de la ciudad, que se llena hasta los topes, y allá nos lanzamos, armados de mazos y tenazas.

—Eso parece muy saludable —comentó David.

—Lo es. Estamos muy bien avenidos, lo cual nos permite mantener a raya a los francotiradores mentales.

—¿Por qué vendieron la vieja iglesia? —preguntó David.

—No era ni lo bastante grande ni lo bastante elegante para la feligresía actual. Verá, David, no le importará que le llame así, ¿verdad? Y usted a mí llámeme Martin, como le decía, David, la gente tiene ideas muy rígidas acerca del pasado. Una de ellas es que todas las iglesias congregacionistas de Nueva Inglaterra se construían sin campanario. Bueno, la mayor parte no lo tenían porque para una congregación de austeros puritanos el campanario era como una aña gaza papista para pervertir el congregacionismo. Algunas de aquellas congregaciones primitivas no querían en su iglesia ni un crucifijo, ni siquiera llamaban iglesias a sus templos. Eran lugares de reunión. Bien, un grupo con estas convicciones construyó nuestra vieja iglesia en mil setecientos setenta y tres. Llegaron aquí procedentes de Rhode Island, donde los ciudadanos habían permitido la construcción de una pequeña iglesia católica y una sinagoga, y en nuestra iglesia prescindieron de campanario y edificaron una pequeña

construcción en forma de caja. Pero mi actual congregación quería un campanario, un auténtico campanario de iglesia, dicen ellos. De todos modos, la antigua capilla era pequeña. Caben doscientas personas, pero comprimidas como sardinas.

Pero cuando pararon delante del edificio, David quedó impresionado por la sobria belleza de la vieja iglesia o casa de reunión. Existía entre muro y ventana una especie de mágica armonía, y, por extraño que pueda parecer, no se echaba de menos el campanario.

—Tiene una estructura muy sólida —dijo Carter—, armada por vigas de roble de quince por quince. —Abrió la puerta y, cuando hubieron entrado, señaló las vigas del techo. —Ahí tienen las vigas. No están podridas. Desde luego, necesita pintura y cristales en esas ventanas que ahora están tapiadas, y tal vez quiera usted hacer algunas reformas en el interior, pero no falta nada esencial.

—Es un hermoso edificio —reconoció David. Temía que hubiera vitrales de colores, pero no era así, y añadió—: Realmente *frum*, muy *frum*.

—¿Perdón?

—*Frum*... quiere decir ortodoxo, conforme a la ley. Los viejos de la antigua patria eran *frum*. A mí, un rabino de la Reforma, me hubieran considerado un esbirro del diablo.

—Yo diría que los que edificaron esta iglesia no eran muy diferentes —dijo Carter. —Muy *frum*, como usted dice. Estrictos. En la iglesia nueva, tenemos una gran cruz de estaño detrás del altar y un hermoso campanario. Ya puede imaginar lo que dirían mis antepasados puritanos.

—*Frum* —dijo Shelly. —Es una palabra muy interesante.

—Como si no la hubiera oído nunca —susurró Lucy mientras avanzaba por el pasillo hacia el altar. —¿Podemos utilizar esto, David? ¿Esta vieja iglesia? ¿Será correcto?

—La *bimah* está bien. Y el altar. ¿Correcto? Claro, ¿por qué no?

—¿*Bimah*?

—El estrado de ahí delante. Esa especie de plataforma.

—Estoy recibiendo una interesante educación.

—Y yo estoy helada —dijo Shelly.

—Es sólo un momento —le aseguró Carter. —Tengo que enseñarles la rectoría. Es pequeña, pero acogedora —dijo mirando a Lucy. —Millie, me refiero a mi esposa, Millicent, Millie y yo viviríamos allí, pero ella es hija de esta ciudad, y cuando murieron sus padres heredó la casa. Es grande, y la necesitamos, con cuatro hijos. — Los llevó por un prado hasta la rectoría, una casita colonial, de madera blanca: sala, comedor y cocina en la planta baja, una escalera estrecha y, arriba, tres dormitorios. Estaba parcamente amueblada con antiguas piezas de arce y de pino y en el suelo había alfombras de paño.

El matrimonio se quedó solo en el piso de arriba cosa de un minuto, y David preguntó a Lucy qué le parecía.

—No lo sé. Me siento extraña aquí, David.

—Yo también. Pero me he sentido un extraño en el mundo desde el primer día en que dos chicos cristianos me saltaron encima y me dieron una paliza. Acabas por acostumbrarte y, en cierto modo, tiene sus ventajas.

—Ya me lo explicarás un día.

—Con más calma.

—Y, mientras, rezaremos en un templo cristiano, viviremos en una casa cristiana y haremos el amor en una cama cristiana..., a no ser que traigas la de tu madre. Ésta tiene bultos.

—Traeremos la cama de mamá. Y yo no creo que las paredes participen de la fe ni de los prejuicios. De todos modos, tú eres atea; no debería importarte.

—Soy atea judía.

—Tienes razón. Procuraré que no se me olvide.

Aquella noche, mientras se aseaban para la cena en el cuarto de baño de la habitación de invitados de los Osner, Lucy dijo a David:

—Quizá no debería haberle tomado tanta antipatía a esa pava de Shelly Osner. Al fin y al cabo, estuvo paseándonos toda la tarde y ha preparado cena, ¿para cuántos?

—Para ocho, según creo.

—Para ocho. Y será excelente, sin duda —dijo Lucy, compungida. —Yo soy una cocinera atroz, David. Tú aún no lo sabes, porque no he empezado a guisar para ti.

—Los huevos revueltos de esta mañana estaban deliciosos.

—Eso no es guisar. Y los Osner nos han invitado a pasar aquí la noche. Eso es todo un detalle. Me parece que estoy llena de manías estúpidas.

—No; tú eres una persona sensible y estás preocupada. A mí me ocurre lo mismo, imagino. Ninguno de los dos se había visto en una situación como ésta. Pero si te parece que no vas a poder soportarlo, dímelo. No es irreversible.

—David, yo estuve seis meses en un puesto de las Fuerzas Auxiliares Femeninas de Georgia. Después de aquello, puedo soportar cualquier cosa. Además, me gusta la casita. Desde que, a los quince años, leí las novelas de las hermanas Brontë, he deseado vivir en un rectoría. Pero te diré una cosa: esa casita tan mona no tiene aislamiento y cuenta con un sistema de calefacción por aire caliente bastante vetusto, y como aquí todo el mundo se hace lenguas de lo fabulosamente fríos que son los inviernos, nos vamos a divertir tratando de entrar en calor. ¿Tú sabes qué quiere decir hacerse un fardo? Es una antigua expresión de Nueva Inglaterra que leí no sé dónde...

—Me parece que deberíamos bajar al comedor —dijo David con firmeza.

Mientras tomaban el aperitivo, David y Lucy fueron presentados a los tres hombres que formarían el comité encargado del mantenimiento de la sinagoga. También conocieron a las esposas, pero esto era simple formulismo social y no el objeto de la reunión. El anfitrión y marido de Shelly Osner era un hombre corpulento, de nombre Jack Osner, frente ancha, cejas hirsutas, ojitos azules y cuarenta y tantos

años. David ya sabía que Osner había estado en el tribunal militar durante toda la guerra y, a su licenciamiento, ostentaba el grado de coronel. Era socio de una prestigiosa firma de abogados. Los Osner poseían un pequeño apartamento en Nueva York. Los dos niños Osner, Adam, de doce años y Susan, de nueve, entraron un momento para ser presentados al nuevo rabino y desaparecieron. Osner no era amigo de circunloquios.

—Ese chico ha de ser confirmado dentro de seis meses y a usted le toca prepararlo, rabino.

Luego llegaron los otros dos miembros del comité con sus esposas. Joe Hurtz, aproximadamente de la misma edad que Osner, tenía una camisería en Danbury. Phyllis, su esposa, varios años más joven que él, parecía muy tímida. Sonreía, movía la cabeza y no decía nada. Mel Klein, el mayor de los tres, era un próspero confeccionista de ropa femenina en Nueva York que ponderaba insistentemente la pureza del aire y la eficacia del sistema educativo de la localidad, como para justificar su presencia allí. Al igual que Joe Hurtz, tenía tres hijos. Della, su esposa, era una mujer vivaracha, de ojos chispeantes, mucho más joven que su marido, llenita, guapa y afable, con la que Lucy simpatizó inmediatamente.

La cena consistía en pavo asado, con guarnición, y fue servida por una señora del pueblo, muy seria y enjuta, que, según explicó Shelly, iba a ayudarla cuando tenían invitados. Las viandas eran excelentes, al igual que el vino. Toda la conversación estaba dirigida al rabino, ya fuera directamente o por alusión, como cuando Phyllis Hurtz se decidió por fin a hablar para informar a Lucy y David de que en Danbury había una carnicería *kosher*.

—Seguramente, a un rabino de la Reforma eso no le importará —dijo Shelly Osner.

—De todos modos, lo preferimos —dijo Lucy con altivez, lo que hizo que David la mirara asombrado.

—Me han dicho que estuvo usted en el Séptimo Ejército —dijo Osner a David—: ¿Qué división?

—La Cuarenta y Cinco.

—Pues se llevaron una buena lluvia de plomo. ¿Estuvo siempre con ellos?

—Siempre que el miedo me dejaba levantar la cabeza. Acabó por gustarme el olor del barro.

—Joe y yo, a pesar de ser dos carcamales, también estuvimos metidos en faena, pero nosotros teníamos destinos en la retaguardia. Y es que también fuimos a la Primera Guerra Mundial. Qué hambre de carne humana.

”En la primera, yo era artificiero. Teníamos que desactivar las bombas o los obuses que no estallaban. A los diecinueve años, yo era lo bastante loco como para ofrecerme voluntario, animado por la oferta de paga doble y la convicción de que era inmortal.

—Realmente, un loco —murmuró su esposa.

—Esta vez a mí me pusieron de instructor. Pasé toda la guerra en Fuerte Dix. Jack fue más inteligente. Él estaba en Washington, detrás de un escritorio.

—Alguien tenía que hacerlo. En realidad —dijo el aludido dirigiéndose a David—, nuestra congregación estuvo bien representada en el frente: cinco hombres en la Infantería y uno en la Aviación.

—No creo que al rabino le interese saber quién estuvo en la Infantería y quién no —dijo Della Klein. —Ya sé que esto no es una reunión; sería inaudito que las mujeres fueran invitadas a asistir a una de ellas. De todos modos, hoy es miércoles, y se hablaba de celebrar un oficio del sábado este viernes por la noche. ¿Dónde será y qué necesitamos? ¿Tenemos libros de oraciones? ¿Dónde dormirán el rabino Hartman y su esposa? No pueden dormir en esa destartalada rectoría. Los colchones están apelmazados y huele a moho. ¿Me permiten que les ofrezca una habitación en mi casa?

—Esta noche dormirán aquí —dijo Shelly con firmeza.

—Como mande el ama —susurró Della a Lucy.

—¿A usted qué le parece, rabino? —preguntó Osner—: ¿Podría celebrar un *shabbas* este viernes? Es pasado mañana.

—No veo por qué no —dijo David.

—Podríamos reunirnos aquí mismo —dijo Shelly.

—La sala de nuestra casa es mucho mayor —dijo Della Klein con énfasis. —Vendrá todo el mundo y la mayoría traerán a los niños. Además, si se corre la voz a Redding y Ridgefield...

—No creo que vengan más de diez familias, como mucho.

—Y también treinta más. Podrían ser sesenta o setenta personas. Y no podemos dejar fuera a nadie, ¿verdad, rabino?

—No, desde luego.

—Entonces será en mi casa —zanjó Della Klein, mirando fijamente a *Mrs.* Osner y anotándose el tanto.

—Tiene razón —dijo Osner. —¿Y los libros?

—Yo podría ir mañana a Nueva York y traer unos cuantos —propuso David.

—¿Sí? Fantástico. Supongo que necesitaremos otras cosas, pero no hay prisa. Yo voy a Nueva York todos los días. En realidad, yo podría traer los libros. En mi oficina hay por lo menos cinco personas que no hacen nada más que tomar café.

—Esta vez preferiría ir yo mismo —dijo David. —Tengo varias cosas que hacer. Mi tía Ana se muda al apartamento que fue de mi madre, pero tengo que sacar de allí algunos enseres.

—Pero ¿estará aquí el viernes, a tiempo para el oficio?

—Desde luego.

Aquella noche, en la cama del cuarto de invitados de los Osner, David preguntó a Lucy qué pensaba ahora.

—Empiezo a hacerme a la idea. Della Klein me agrada. Pero... dime, David,

¿trae aparejada el cargo cierta dosis de caridad encubierta?

—¿A qué te refieres?

—El marido de Della se dedica a la confección, y ella me dijo que comprende lo difícil que ha de ser para nosotros vivir de la paga que te dan, por lo que no debo tener escrúpulos en ir con ella al taller a elegir varios vestidos por cuenta de la casa.

—Supongo que eso va con el cargo —suspiró David.

—No me gusta. De todos modos, esa mujer me cae bien, a pesar del modo en que te mira.

—Bueno, ¿y cómo me mira?

—Con hambre. También Phyllis Hurtz me gusta. Pero es tan corta. A ésa le pega su marido.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Oh, no. Pero no hay más que verle. Desactivador de bombas. ¡Puá!

—Alguien tenía que desactivarlas.

—No es trabajo para un judío fino. Bueno, que se vayan todos a la porra. Anda, apaga la luz y ven aquí.

—Procura saborearlo, nena.

—Luces fuera.

—Ahora se inicia. Felicidad en Leighton Ridge. —Él apagó la luz y los dos se echaron a reír.

—Enciende, David —dijo Lucy.

—¿Por qué?

—No me gusta reír a oscuras. Es como fumar. No tiene ninguna gracia fumar a oscuras.

David extendió el brazo, encendió la lámpara de la mesita de noche, controló la risa y dijo a Lucy:

—¿Se puede saber de qué nos reímos? —Después de lo cual, siguió riendo.

—De esta situación absolutamente increíble —consiguió articular ella. —Aquí me tienes a mí, Lucy Spendler, una chiquilla criada en las calles de Nueva York, curtida y avispada, producto de la escuela primaria Cuarenta y Seis, el Instituto Wadleigh y la Academia Hunter, la única de toda la Calle 157 Oeste que saltando a la comba llegó hasta quinientos sesenta de un tirón.

—¿Quinientos sesenta? No me lo creo.

—Te lo juro por la señal de la cruz y si no es verdad que me muera ahora mismo.

—Lucy, que eres la esposa de un rabino. Nada de cruces, por favor.

—Pues no me llames embustera. Bueno, a lo que iba. Aquí me tienes, en este reducto del protestantismo de Connecticut, entre una colección de judíos presumidos que se las dan de aristócratas rurales y judíos piadosos al mismo tiempo, con un marido que gana veinticinco dólares semanales y, gracias a Dios, posee sentido del humor. Verás, hace años, cuando papá entró a trabajar en el *Times*, un día todos los correctores estaban ocupados y el director pedía a gritos que alguien se hiciera cargo



de una corrección de última hora, por lo que el encargado del taller le envió a papá. El director, que se llamaba Schiller o algo por el estilo, quería cambiar un párrafo del editorial. Según papá, la letra era infame. «*Mr. Schiller* —dijo mi padre—, ¿me permite que le cuente una historia? No me llevará más que un minuto». Schiller le dijo adelante, y papá le contó su cuento de impresores favorito. Parece ser que cuando Greeley era director del *Tribune*, sólo había un cajista que entendiera su letra. Eso era antes de la linotipia, cuando todo se componía a mano. Un día, los chicos del taller agarraron un pollo, le untaron las patas de tinta y lo hicieron andar sobre una hoja de papel y se la dieron al viejo cajista, que no estaba al tanto de la broma, para que compusiera aquel editorial de *Mr. Greeley*. Bueno, con esfuerzo y tesón, el hombre fue copiando línea tras línea de las huellas del pollo, hasta que se atascó, y no tuvo más remedio que ir a ver a Greeley. «Siento mucho molestarle, *Mr. Greeley*, pero aquí hay una palabra que no consigo descifrar». Greeley miró la pisada del pollo y gritó: «Anticonstitucional, viejo idiota». Debo de habérselo oído contar a mi padre más de treinta veces, y la gente se partía de risa; pero, según mi padre, Schiller se quedó impasible y le dijo: «¿A qué viene eso, *Mr. Spendler*? ¿Es una alusión a mi caligrafía?». «Oh, no, señor —dijo mi padre. —Pensé que le haría gracia». «¿Por qué tiene que hacerme gracia? Todo el mundo sabe que Greeley era un fanático de la Constitución».

David dejó de reír y miró a su esposa con aire pensativo:

—¿Quieres explicarme por qué me cuentas esa historia a medianoche, en este rincón de Connecticut?

—Porque eres un encanto.

—Supongo que eso es una especie de cumplido, pero no una razón.

—Ya lo averiguarás. Eres muy listo.

—Gracias.

—¿Quieres deshacerte de mí? ¿Existen las anulaciones judías?

—Esta noche no. Tendrás que comprar tu libertad. Pero dime, Lucy, ¿nunca te ha inquietado el no tener religión?

Ella meditó largamente.

—Me parece que no. Ha habido momentos en los que me he sentido un poco marginada, pero los chicos del vecindario, los irlandeses y los italianos, me zumbaban lo mismo que a los hijos de los judíos ortodoxos. Claro que yo no iba por ahí diciendo que mis papás eran ateos.

—¿Nunca te preocupó Dios, la muerte, el universo?

—Me parece que de esas cosas se preocupan sobre todo los hombres. Las mujeres tienen el sentido común necesario para limitarse a vivir al día.

—Me desconciertas —dijo David.

—Y así tiene que ser. Mi mamá me decía: resérvate tus secretos y procura que no le falten calcetines ni ropa interior de repuesto.

Tú eres una de las personas más nobles, íntegras y sinceras que conozco...

- Preferiría que dijeras una de las más hermosas.  
—Eso también. Por supuesto.  
—Entonces, ¿podemos apagar la luz y hacer el amor?  
Él alargó el brazo y apagó la luz.  
—¿Mañana vendrás a la ciudad conmigo?  
—No; me dedicaré a limpiar la rectoría, a ver si se puede vivir ahí.  
—La gente ha vivido ahí.  
—Eso dicen. Basta de charla, David.

David salió de Leighton Ridge a primera hora de la mañana. Era todavía un conductor lo bastante novel como para gozar circulando por las estrechas y sinuosas carreteras de Connecticut. Cuando llegó al peaje de Black Rock, a la entrada de la avenida Merritt, se sentía seguro y relajado. En Nueva York comprobó que los libros de oraciones habían aumentado de precio desde antes de la guerra. Con lo que le había dado la congregación podía comprar treinta libros, cantidad que estimó suficiente, pese al optimismo que reinara la víspera durante la cena.

Era un esplendoroso día de primavera, fresco y soleado. Los árboles de Central Park estaban en flor. La gente paseaba por las concurridas calles este día de primavera típicamente neoyorkino como ansiosa de sentir el sol y el aire fresco antes de que desaparecieran. Su tía Ana, hermana de su madre, viuda, se había mudado de su modesto hotel al apartamento de West End Avenue. Con su pequeña renta, más la pensión de la Seguridad Social, apenas le alcanzaba para el alquiler, pero había pedido a David que se lo cediera. Era pequeño y siempre le gustó. Desde su única ventana se veía el río Hudson.

—Naturalmente que puedes quedarte con él —dijo David. —Y, si te hace falta dinero, dímelo. —Aunque no imaginaba cómo hubiera podido ayudarla en este aspecto.

—Tú necesitarás los muebles —dijo ella tristemente.

—En absoluto. Si acaso, la cama y la cómoda de mi habitación.

Y algunos platos y cacharros.

—Oh, de eso tengo mucho —dijo ella con alivio. —Me lo guarda Martha en el sótano de su casa. —Martha era la otra hermana. —Los muebles los vendí, tonta de mí, con lo bonitos que eran. Pero cuéntame, David, tengo entendido que ya te han asignado una congregación y una sinagoga. ¿No es fantástico? Recién licenciado, además. Tu madre, que en paz descansa, se hubiera alegrado tanto. —Ana era una mujercita menuda, de cara redonda y mofletuda. A mencionar a la madre de David, se le llenaron los ojos de lágrimas. —Entrar en una sinagoga y ver a su hijo en la *bimah*, porque debe de ser una sinagoga grande. Me han dicho que los judíos alemanes construyeron allí hermosas sinagogas hace cien años.

—En Hartford y New Haven, tía Ana. No en Leighton Ridge. La congregación ha comprado una iglesia congregacionista.

—¿Una iglesia, David?

—Es un pequeño edificio de madera. Pero no han comprado la religión, tía Ana. Sólo el edificio.

—Es pecado, David. Está mal.

—Tía Ana, créeme, no es pecado. Tú conoces a rabí Belsen, es un hombre sabio e importante del Instituto. Ahora le llamo por teléfono para que hables con él. No quiero que pienses que hago algo malo.

David observaba a su tía durante su conversación con el rabino Belsen. De pronto, la mujer se echó a llorar otra vez.

—Es un hombre muy amable —dijo a David. —Me ha hablado tan bien de tu madre.

David pasó el resto del día embalando platos y cacerolas. Un tal Moe Saberson, miembro de la congregación, que tenía una ferretería en Bridgeport, prestó a David la camioneta y dos fornidos hijos, de diecisiete y catorce años, para que le hicieran el traslado de la cama, la cómoda y los utensilios de Nueva York a la rectoría. Si bien David iba a cobrar lo mismo que un peón recolector de algodón en el más atrasado de los Estados del Sur, en compensación estaba rodeado de personas ansiosas de resolver hasta sus menores problemas. Desde luego, los únicos problemas que habían surgido hasta el momento eran de índole económica o táctica, pero por lo menos algunos habían podido solventarse. Y el día era tan espléndido, en el aspecto climatológico, y él estaba tan enamorado de su flamante esposa y tan entusiasmado con el desafío que suponía su nuevo destino en Leighton Ridge, que nada podía empañar su alegría.

Y, en el fondo de todas las cosas de la vida cotidiana, subyacía la inmensa satisfacción de pensar que aquella guerra monstruosa y horrenda que se había prolongado durante unos años interminables, había acabado.

Aquella noche, David se quedó con su tía y durmió en su habitación de soltero y, a la mañana siguiente, cargó los libros en el coche y salió para Leighton Ridge. En el mismo límite de Leighton, un policía de un coche-patrulla le mandó parar.

—Se ha caído uno de los tornillos de la placa de matrícula —le dijo el agente.

—Oh, lo siento. ¿Perderé la placa?

—Creo que aguantará. Más allá hay una estación de servicio. Allí se lo arreglarán.

Cuando se lo contó a Lucy, ella movió la cabeza, anonadada.

—Es culpa mía, David. No debí dejarte ir solo. No puedes conducir sin un acompañante hasta que tengas el permiso, y aún no lo tienes. Pero ese policía debía de reconocer una cara honrada. Y tú la tienes. Anda, ven a ver. —Había limpiado la casa de arriba abajo. —Della Klein ha estado aquí. Si no es por ella, me quedo varada todo el día. Me acompañó a hacer la compra. Hay seis kilómetros hasta una tienda de comestibles decente. ¿No es increíble? Esa chica es fabulosa. No me importa que te

mire con ojos tiernos. De todos modos, está felizmente casada.

Lucy había asado un pollo para la cena, que acompañó de patatas asadas, judías tiernas, ensalada y pepinos. En el comedor había una mesa «Pembroke» más vieja que el tiempo y cuatro sillas bailonas.

—Son sillas muy antiguas —explicó ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha estado aquí Millie Carter. Es la esposa del pastor. Voy a tener que hacer todo un reajuste mental viviendo en este estrafalario lugar, David. Para mí, la nariz del pastor siempre había sido el culo de la gallina. Bueno, lo cierto es que las sillas son antigüedades importantes, y la tal Millie Carter es una chica estupenda. Te quedarás prendado: rubia, alta, delgada, el pelo corto y más lista que el hambre. Simpática. Nos ha traído pan y pastel hechos en casa. Me ha dicho que nosotras dos fuimos vendidas como esclavas a la teología antes de tener uso de razón, pero que lo resistiremos. Tienen dos hijos y él gana sólo el doble que tú. Por cierto, están enterados de que esta noche hay oficio y van a venir con unos amigos. Le he dicho que no hay inconveniente. ¿Verdad que no lo hay?

—No, desde luego —dijo David. —Pero el caso es que no habrá sermón propiamente dicho. Sólo he preparado unas notas.

—Estarás magnífico.

—¿Cómo lo sabes? Nunca me oíste predicar.

—Te quiero y eso me basta.

Llamaron a la puerta. Era Mel Klein, gordo, calvo, enjugándose el sudor de la cara con un gran pañuelo.

—Siéntese. Iba a cortar el pastel de Millie Carter. Es de zanahoria. Nunca he oído hablar de esta clase de pasteles, pero tienen muy buena cara.

—Tomaré un trozo. Magnífico. No he podido ni cenar. Un buen *shabbas*, rabino. El primero. Estoy muy contento, pero tenemos un grave problema.

—¿Café?

—Sí, gracias.

—¿Qué problema? —preguntó David.

—Se lo explicaré rápidamente, porque nos queda menos de un hora para resolverlo. Yo ofrecí mi casa porque la sala es grande, seis metros de ancho por diez de largo. Eso es mucho para el Ridge, porque las casas de aquí son todas muy antiguas con las habitaciones pequeñas. Bien. Tenemos diez sillas de comedor, ocho sillas de *bridge*, varias sillas de cocina, más el sofá y las butacas. Yo contaba con que Joe y Jack traerían varias sillas más. Somos catore familias. Aunque vinieran todos y trajeran a los niños, seríamos sesenta personas, tirando largo. Pero ahora verá lo que ha pasado. Cuando terminó la guerra, y los hombres se licenciaron, muchos se vinieron a vivir a Connecticut. Ahora bien, la mayoría de los judíos jóvenes son partidarios de la reforma, y la sinagoga más próxima está en New Haven. Y aquí está el problema, rabino. Freddy Cohen que tiene esas herramientas motorizadas para el

jardín, va a trabajar a Ridgefield y a Wilton. Ha hecho correr la buena nueva y dice que de allí vendrán por lo menos veinte personas... eso, si no se lo dicen a otros. Cuatro familias en Redding y tres en Brookfield. ¿Ibamos a decirles que no?

—Ni pensarlo —dijo David.

—Por otra parte, Herbie Nathan, el que tiene el almacén de excedentes del Ejército en Westport, se lo ha dicho a todo el mundo. Tiene un viejo número de la revista *Yank* con una crónica sobre usted, rabino, y lo clavó en la pared de la tienda. Dice que nos traerá de veinte a treinta personas de Westport y Norwalk. Eso sí, si esa gente imagina que les va a salir gratis, están equivocados. Van a tener que inscribirse y cotizar. Pero hay más. Jack Osner tiene en su bufete un socio que vive en Greenwich. Greenwich, Connecticut. Yo no sospechaba siquiera que en Greenwich hubiera ni un judío, pero lo hay, y va a venir, y nos trae a cinco personas. Jack le ha dado las señas con todo detalle. Conque dígame, ¿dónde metemos a ciento cincuenta o doscientas personas?

—Es maravilloso —dijo David. —Maravilloso.

—Sí, maravilloso; pero ¿y mi sala de estar? Yo me considero un buen judío, pero no puedo meter a ciento cincuenta personas en mi sala de estar.

—Usaremos la iglesia.

Mel Klein movió la cabeza lentamente, mientras se pasaba el pañuelo por los pliegues del cuello.

—David, usted es una persona muy agradable y yo le tengo simpatía, pero no es práctico. Claro que eso es privilegio de un rabino. No podemos usar la iglesia. No es nuestra.

Lucy se levantó de la mesa y salió. David preguntó, desconcertado:

—¿Por qué? La hemos comprado.

—La hemos comprado, sí. Eso significa que firmamos un contrato e hicimos un depósito del diez por ciento del importe. Y otro tanto hicimos para la adquisición de esta casa. ¿Cómo íbamos a saber lo que tardaríamos en encontrar rabino? Sí, le encontramos a usted y entonces fijamos una fecha para cerrar la operación. El lunes, dentro de tres días. Sí, usted y Lucy ya duermen aquí, pero eso no tiene importancia. Ahora bien, si metemos a doscientos judíos en una iglesia que no es nuestra, Arnold Sloan y Charles Winter van a poner el grito en el cielo.

—¿Quiénes son Arnold Sloan y Charles Winter?

—Dos de los más *farbissener* antisemitas que haya usted conocido. Además, son diáconos de la iglesia de Carter.

—¿Diáconos de la iglesia? ¿Por qué?

—Porque Carter es un hombre muy diplomático y hace las cosas al estilo de Inglaterra, equilibrando las fuerzas. Cuando nosotros propusimos la compra de la iglesia y la rectoría, Sloan y Winter se opusieron furiosamente, aduciendo que iban a abrir la puerta al anticristo, sea lo que fuere, y que si nos daban un dedo nosotros nos tomábamos un brazo, y que antes de que pudieran darse cuenta todo el Ridge estaría

infestado de chusma judía. Éstas fueron sus palabras. Y cuando Marty Carter estalló, Winter, que tiene la finca más grande de todo el Ridge, le dijo que cuando él fue a Washington oyó a Truman utilizar la misma expresión a referirse a los piojosos que infestaban Nueva York, y que si el Presidente de los Estados Unidos puede hablar así, él no iba a ser menos. Por eso no podemos utilizar la iglesia hasta que se cierre el trato, porque a Winter nada le gustaría tanto como llamar a la Policía y desalojar la iglesia en medio del oficio.

—¿Y podría hacerlo?

—¿Por qué no? El edificio es suyo.

Lucy volvió a entrar y dijo que había llamado por teléfono a Martin Carter.

—¿Cuándo han conseguido el teléfono? —preguntó Klein, perplejo, asintiendo con gesto de aprobación.

—Hoy. Martin llegará dentro de unos minutos.

Cuando llegó Carter, David le expuso la situación.

—Eso me parece fantástico —dijo Carter. —Una profesión de fe. ¡Doscientas personas! David, nosotros sólo alcanzamos esa cifra en Navidad y en Pascua.

—No creo que vuelva a ocurrir. Pero ¿puede Winter interrumpir el oficio y echarnos de la iglesia?

—¡No puede! —dijo Carter, furioso. —Hay otros diáconos. Él no tiene más que un voto. Y otro voto, Sloan. Nosotros les hemos arrollado veinte veces. Pero aunque ahora consiguieran ganar la votación, yo expondría el caso a la congregación. Somos una iglesia congregacionista, no un instrumento de fanáticos y cretinos.

—¿Y si nos arma un escándalo? —preguntó Klein.

—Yo estaré allí. Mira Mel, yo me juré a mí mismo que Leighton Ridge no sería otro Greenwich.

—¿Cómo has conseguido el teléfono tan pronto? —pregunta David a Lucy. —Hay gente que ha tenido que esperar varias semanas.

—Las ventajas del cargo, lo llama Millie. Si les dices que es para el rabino, todos se desviven por atenderte.

Klein estaba preocupado por las luces.

—¿No hay electricidad en la iglesia, Marty?

—La hay. Vete a tu casa y empieza a mandarnos a la gente. David y yo nos encargaremos de la iglesia.

Lucy encontró un cubo, varios trapos, jabón y dos escobas. Martin estaba acabando de barrer el pasillo y David y Lucy limpiaban el polvo de los bancos cuando empezaron a llegar los congregantes. Los tres abandonaron la limpieza y entraron en el minúsculo reservado del pastor; no se podía llamar despacho a una habitación de cuatro metros cuadrados.

—¿Querrá que encendamos las luces, verdad? —preguntó Carter. —El sol se pondrá antes de un cuarto de hora.

—Oh, sí, sí, por supuesto. Lucy, olvidé los libros de oraciones. Están en el

maletero del coche.

Lucy salió corriendo en busca de los libros. Carter encendió las luces. Jack Osner entró entonces en el reservado del pastor e insistió en los temores de Klein sobre la reacción de los congregacionistas.

—Sois mis invitados —le dijo Carter. —No habrá protestas.

David desdobló la túnica y Osner le ayudó a ponérsela. Luego, se tocó con un casquete de terciopelo y se echó sobre los hombros el *tallis* o manto de oración. Se sentía extraño, disociado de sí mismo mientras veía cómo la pequeña habitación se llenaba de gente: Lucy, que entró a decirle que ya se estaban repartiendo los libros, Joe Hurtz, a dar la cifra de asistentes: doscientas once personas, y seguían llegando; se habían ocupado todos los bancos de la pequeña iglesia; Della Klein, a pedir más libros. No había más. Shelly Osner se abrió paso entre el apretado grupo de gente, miró a David de arriba abajo y declaró que estaba guapísimo. David, nervioso, movía la cabeza sonriendo.

—Opino que deberíamos dejarle solo —dijo Mel Klein con sorprendente delicadeza. —Necesita unos minutos de recogimiento.

Cuando le dejaron solo, David inspiró profundamente una y otra vez y susurró: «Soy sacerdote de los muertos». Aquella mañana, antes de regresar a Connecticut, escribió un sermón de tres páginas, que ahora sacó del bolsillo, repasó con la mirada y luego lo estrujó y lo arrojó a un rincón. Entonces salió a la *bimah*, la pequeña plataforma situada al frente de la vieja iglesia y dijo, casi secamente:

—Empezaremos por el saludo del Sábado. No hay libros para todos, de modo que procuren compartirlos.

Se quedó mirando aquel mar de rostros y se preguntó qué era lo que le molestaba. Casi todos los hombres eran jóvenes, como los que él tratara durante aquellos años en Fuerte Dix, en Inglaterra y en Francia, que habían acudido a la iglesia desde todo el condado de Fairfield porque les habían dicho que en Leighton Ridge había un rabino, que era el capitán David Hartman de la División de Infantería 45 y porque alguien había clavado una página de un número atrasado de *Yank* en la pared de un almacén de excedentes del Ejército. «¡Oh, mierda! —se lamentó para sus adentros. —¿Por qué esa maldita historia?». Y recordó fugazmente el día en que el coronel Patman le comunicó que iba a proponerle para la medalla al valor, y él se enfadó e insultó al coronel, lo que podía haberle supuesto un arresto en lugar de la medalla, y aquí estaba ahora, en Connecticut, celebrando el oficio del Sábado en una antigua capilla congregacionista, abarrotada de jóvenes exsoldados con sus esposas, y la situación le parecía tan grotesca que le daban ganas de echarse a reír, y de haber tropezado con la mirada de Lucy no habría podido contenerse; pero no hubiera sido una risa de regocijo, sino de nerviosa perplejidad: ¿Qué hago yo en este mundo desquiciado?

Después de aquel momento de turbulencia interna, se sintió más tranquilo. El oficio de aquella noche era auténticamente primitivo: ni coro, ni santuario, ni el rollo de la Torah, que debía contener, escritos a mano, los cinco libros sagrados del

Génesis, el Éxodo, el Levítico, Números y Deuteronomio. Sólo él y su comunidad, la tarima del pastor y un vasito de plata para el vino. Y cuando, al fin, llegó el momento de hablar, de predicar, David dijo:

—Queridos amigos. Yo me proponía dar el pretexto de la premura de tiempo y del ajetreo de estos últimos días por no haber escrito un sermón, pero no estaría bien iniciar mi rabinato con un engaño. Porque escribí un sermón de trámite, que luego rompí porque no decía nada que tuviera significado real ni importancia. No sé si aprenderé a decir cosas que tengan significado e importancia, pero a los veintinueve años no hay que desesperar, ¿verdad?

Le miraban sonriendo. Su actitud era amable, dulce y deferente y él parecía no darse cuenta de su propia dulzura y amabilidad.

—De manera que, en lugar de predicar un sermón, me gustaría hablaros un poco de mí mismo y de cómo he llegado aquí. Eso me parece importante. No quiero tener secretos. —Miró en derredor a las paredes de la vieja capilla. —Hace casi dos siglos que en esta casa se han reunido comunidades de creyentes para dar gracias al Todopoderoso, y, por lo que he podido averiguar, aquellos antiguos puritanos no eran muy diferentes de nosotros. Conque, si os parece bien, les agradeceremos que nos hayan cedido esta casa de Dios orando unos instantes en silencio.

Cerró los ojos unos segundos, y cuando los abrió, la congregación se había sosegado y ni los niños hacían el menor ruido.

—Fui al Instituto de Estudios Judíos —prosiguió David—, no porque tuviera vocación, como dicen los cristianos, sino porque mi madre, que en paz descansa, lo deseaba fervientemente. Allí se daba una buena educación, y mi madre era viuda y estaba muy enferma. Yo tuve que afrontar esta circunstancia y decidí que, después del seminario, estudiaría Medicina o Magisterio, que por aquel entonces eran las profesiones que más me atraían.

»Estalló la guerra. Yo me alisté, con lo que di un gran disgusto a mi madre, pero veo entre vosotros a muchos que llevan la insignia del “pato quebrado”, como decimos nosotros, por lo que me imagino que comprenderéis lo que me impulsó a obrar así. Ya hoy mismo, cuando los hechos están todavía tan recientes, empieza a ser difícil recordar lo que fue aquella nube de horror que Adolf Hitler y su nazismo arrojaron sobre el mundo.

»No voy a aburriros con un relato de lo que fue mi vida en el Ejército de los Estados Unidos. Baste decir que era capellán de la División 45 del Séptimo Ejército y que una senda de horrores, sufrimientos y actos de valentía nos llevó a un lugar de los alrededores de Munich llamado Dachau. De aquello ha hecho ahora un año. Fue el veintinueve de abril de mil novecientos cuarenta y cinco. Pero parece que hace una eternidad y que ocurrió en otro mundo.

»Yo iba con una de las primeras compañías de fusileros que llegaron al lugar. No podría describir todo lo que vi allí por más que lo intentara. Hay imágenes sueltas de pesadilla, como cuando me paré al borde de una hondonada llena de cadáveres



desnudos, tratando de que no me asfixiara el olor a carne putrefacta. Son recuerdos que aún me hacen despertarme por las noches gimiendo y asustando a mi buena esposa.

»Pero hay un episodio que conservo en la memoria tan fresco y nítido como si hubiera ocurrido ayer. Yo me acercaba a uno de los barracones con otros dos soldados cuando empezaron a salir los prisioneros liberados. No salían corriendo y saltando de júbilo por la libertad recobrada. Caminaban despacio, como tanteando el suelo que pisaban, como si pensarán que aquello podía ser otra broma siniestra. Eran esqueletos ambulantes con andrajosos uniformes a rayas. Imágenes del sufrimiento, barbudas y descarnadas, que arrastraban los pies y guiñaban los ojos.

»Yo me detuve, y los dos chicos de la compañía que venían conmigo se detuvieron. Uno era un judío del Bronx, que ya había sido citado tres veces, porque era uno de esos chicos arrojados y atolondrados que no se detienen ante nada, un fusilero, pero se echó a llorar y entre lágrimas murmuraba: mierda, mierda, mierda..., y yo repito ahora sus palabras en esta casa de Dios, porque, si hay Dios, Él entenderá la oración, porque era una oración. Nos quedamos clavados en el suelo, mirando, esperando. Ellos se acercaron y hasta nosotros llegó el olor agrio de sus cuerpos y sus ropas sin lavar, y nosotros, jóvenes americanos, sanos y limpios, nos echamos atrás.

»Entonces uno de ellos, un hombre pequeño, todo piel y huesos, que trataba de llorar con sus ojos sanguinolentos, señaló con un dedo tembloroso la Estrella de David que yo llevaba en la camisa. Trató de decir algo, pero no pudo. Otro dijo entonces: “Zeit yir a rebbe? Zeit yir a Yid?”. ¿Eres rabino, o eres sólo un judío? Mi yiddish es muy defectuoso, pero mi alemán es algo mejor y les dije que era rabino y capellán del Ejército. Entonces ellos me rodearon, aquellas pobres criaturas cadavéricas, tocándome y llamándome *abba*, padre, en hebreo. Goodman, el judío del Bronx, seguía llorando, y el otro chico que iba conmigo, que no era judío, también lloraba, y entonces uno de los hombres, uno de los hombres del campo de concentración, me dijo en yiddish: “Por favor, rabino, ¿no querrías rezar con nosotros el Kaddish por los muertos?”. Para información del reverendo Carter y sus amigos que esta noche nos acompañan, el Kaddish es una antigua oración de difuntos. No es fácil para mí hablar de estas cosas, y sólo diré que saqué el *tallis*, me lo puse sobre los hombros y les recité el Kaddish. Y entonces fue cuando abandoné todos mis proyectos y me hice rabino. Ahora quiero rogaros que recéis conmigo el Kaddish: por los muertos de Dachau, Auschwitz, Treblinka y demás lugares de muerte creados por los nazis.

## SEGUNDA PARTE

1948

## Capítulo 2

Su primer difunto en Leighton Ridge, su primer funeral. Era una ancianita de setenta y nueve años, abuela de Dora, la esposa de Alan Buckingham. Había sido una persona tímida y callada. Si bien Buckingham era uno de los catorce organizadores de la sinagoga, nunca tomó parte activa en los asuntos del culto y, a las pocas semanas de haber iniciado David su rabinato, dejó de asistir a los oficios del viernes por la noche y sábado por la mañana. Pero Dora, su esposa, nunca faltaba a una u otra de las funciones religiosas del fin de semana, acompañada de su madre y, de vez en cuando, de sus hijos, Jed, de ocho años y Jonathan de once. Dora era una mujer alta y delgada, de cara redonda, negro flequillo y ojos azul oscuro de mirada profunda. Los Buckingham vivían en una hermosa y antigua casa de estilo colonial restaurada por ellos y decorada por Dora con tanto cariño y esmero en los detalles que a David más le parecía un museo que un hogar. Alan Buckingham trabajaba en una revista de difusión nacional recién fundada, con oficinas en New Haven.

Cuando David y Lucy conocieron a los Buckingham, Lucy expresó sus dudas de que Dora fuera judía.

—No tiene pinta de judía —sentenció. —Ni siquiera tiene que hacer régimen para adelgazar. Y debe de medir por lo menos uno setenta.

David se echó a reír e hizo observar a su esposa que tampoco ella parecía judía.

—No te rías de mí. Ni él tiene aspecto de judío. Apostaría cualquier cosa a que se hacen pasar por judíos.

David la miraba boquiabierto.

—Eso es fantástico. Realmente fantástico.

—No me gusta que te rías de mí. Sí; sería fantástico. Dos distinguidos protestantes de Leighton Ridge, camuflados de judíos. Infiltrados.

—Infiltrados, ¿en dónde, Lucy? ¿Te he hablado alguna vez de padre Joey Mulligan?

—No.

—Es curioso, me parecía que sí. Verás, él era capellán católico, nos veíamos con frecuencia y nos hicimos grandes amigos. Lo destinaron a una parroquia de Nuevo México, pero estoy seguro de que el día menos pensado aparecerá por aquí. Un día, un soldado creo que de Artillería de campaña, vino buscando al rabino. Yo le dije que el rabino era yo y él me contestó que no tenía aspecto de rabino. Joey Mulligan que estaba allí, tomó al chico por el brazo y le dijo: «Deja que te cuente un cuento, hijito». El chico tendría unos dieciocho años y Joey, veintiséis, pero eso en el Ejército es mucha diferencia.

»«Érase una vez un judío al que le gustaba mucho viajar y dondequiera que iba buscaba la sinagoga. Y se fue a Tokio, y aunque le costó encontrarla, por fin dio con la sinagoga. Después del oficio, se acercó al rabino, un rabino bajito, japonés, y le dijo: ‘Rabino, soy un judío americano. Su oficio me ha gustado mucho’. El rabino le

miró atentamente, movió la cabeza y dijo: ‘No tiene usted cara de judío’”.

—Bien por Mulligan —dijo Lucy. —¿Y qué contestó el chico?

—Preguntó a Mulligan qué había querido decir.

—Ya ves. Por eso todas las hermosas parábolas que contaba Jesús no han servido de mucho a los cristianos. Ya hemos terminado el Antiguo Testamento y vamos por el Nuevo.

A pesar de todo, Lucy simpatizó mucho con Dora Buckingham. La familia de Dora había llegado a América procedente de Alemania en la gran inmigración de 1848. Alan, su marido, era descendiente de una antigua familia episcopaliana de Virginia, que miraba aquel matrimonio con desagrado. Una lesión cardíaca le había impedido alistarse, circunstancia que él sobrellevaba con sonrojo y remordimiento. Aunque él no se había convertido al judaísmo, instaba a Dora a educar a sus hijos en la religión judía.

Él fue quien habló con David acerca de la inminente muerte de su suegra, y aprovechó la ocasión para explicar su situación.

—Rabino, yo no soy judío. Sé que su esposa es amiga de la mía, por lo que sin duda usted ya estará enterado, pero de todos modos deseo ponerlo en claro. Mi esposa es judía, por lo que, según la ley judaica, nuestros hijos son judíos.

—No hacía falta que me lo explicara. Eso ya lo sabía yo.

—Bueno, eso lo mencioné sólo de pasada. En realidad vine a decirle que mi suegra se está muriendo. Los médicos no le dan más que un par de semanas de vida. Ella lo sabe y desea ser enterrada en un cementerio judío. Sabe también que aquí no hay cementerio judío, pero desea fervientemente que la entierren aquí, cerca de sus hijos y sus nietos.

—Me hago cargo —dijo David. —Pero el caso es, Alan, que aquí, en el Ridge el nivel de las aguas subterráneas es muy alto. No hay más que ver lo que ocurre cuando llueve fuerte. La tierra se empapa como una esponja, y eso es malo para un cementerio. Necesitamos un lugar en el que las aguas queden por lo menos a siete metros por debajo de la superficie, sin oscilaciones, por lo que el terreno debe ser llano, algo muy difícil de hallar en las colinas de Leighton. Encontramos un lugar apropiado, pero linda con el cementerio episcopaliano.

—Sí; conozco el sitio.

—Ellos no lo necesitan. En su cementerio hay espacio suficiente para los próximos doscientos años. Nosotros no necesitamos más que un par de hectáreas y estamos dispuestos a pagar un buen precio.

—¿Pero...?

—Pero somos judíos. Verá, Alan, acostumbrado al monstruoso antisemitismo que vi en Alemania, me resulta difícil adaptarme a la leve antipatía hacia los judíos que encuentro aquí.

—¿Leve? ¡Y un cuerno!

—He visto los registros del Ayuntamiento. Los episcopalianos poseen unas cinco hectáreas, además de lo que utilizan para su cementerio, y nosotros calculamos que con dos tendríamos suficiente para los próximos cien años. Estuve hablando con el rector. ¿Usted le conoce?

—¿Bradshaw? Sí, tengo esa desgracia. Ese repelente gusano ha estado tres veces en casa, para intentar hacerme volver al redil. Bueno, tal vez tenga razón. Lo que ocurre es que le falta cerebro. —Se quedó mirando a David. ¿Le pone impedimentos?

—Más que él, el consejo parroquial. Tienen un tesorero, un tal Sudbury. Y Hornblower, el secretario.

—Dos pellejos larguiruchos y sin labios. Sí, los conozco. Siempre tuve la sospecha de que Hornblower es un judío renegado. ¿Cómo los llama mi suegra?

—¿Geshmat Yid?

—Eso. Odia a los judíos con un furor que le sale de las misma entrañas. Hornblower. Diez contra uno a que no era ése el apellido de su padre. ¿Vender tierra a los judíos? Antes tendrían que matarlo. Sudbury es otra cosa. Está convencido de que Dios le encomendó la misión de no ceder ni un centímetro de las tierras de la Iglesia. ¿Y qué dice el rector? ¿Nos vendería esos terrenos si el consejo accediera?

—Creo que sí. Pero dice usted que no hay forma de convencer a Sudbury ni a Hornblower.

—No para los simples mortales como usted y como yo, rabino. Pero existen otras formas. Mi padre era un buen amigo de Charley Gilbert.

—¿Y quién era Charley Gilbert?

—El obispo Charles Gilbert. Y sigue siéndolo. Quiero decir que aún vive y anda por ahí. Es superior de la catedral de San Juan Divino, situada en la Calle 110 de Nueva York, por cierto la catedral episcopaliana más importante del mundo, lo que le da una influencia considerable. Mañana por la mañana iré a hacer una visita al obispo, desplegaré todo mi encanto y lo traeré aquí.

—¿Habla en serio?

—Completamente.

—¿Y por qué piensa que el obispo Gilbert accederá a venir?

—A él le gustan estas cosas. Además, se trata de una cuestión de rectitud moral. Es un buen hombre. Vendrá.

Y el obispo fue. Unas cuantas frases aquí y allá y, luego, una amistosa cena con Sudbury, Hornblower y Alan Buckingham. Se consiguieron los votos, se redactaron los documentos, y Leighton Ridge tuvo cementerio judío. Y ahora David Hartman presidía el entierro de Flora Schultz, la primera muerte, la primera tumba de dos metros de profundidad abierta en aquella ladera de las colinas de Connecticut barridas por el viento. No sabía por qué, inexplicablemente, aquella muerte de una anciana de setenta y nueve años, que se había ido de este mundo como una brizna de hierba seca arrastrada por el viento, le conmovía más profundamente que todas las muertes violentas que presenciara durante la guerra. Tal vez fuera precisamente la

falta de violencia, la hermosura de la fresca tarde de primavera en que empezaba a amarillear en los árboles la espuma de los brotes nuevos..., fuera lo que fuese, David conoció un momento de gracia, tan profunda, viva y dolorida que los ojos se le llenaron de lágrimas, no por la pena, sino por la autenticidad del momento. Así había que morir, una vez agotados los años de la existencia. Así estaba dispuesto. Pero también aquello era una ilusión. Fuera de Leighton Ridge, el mundo seguía como siempre.

Y cuando David entonó el Kaddish fúnebre, el momento de gracia se desvaneció y él volvió a sentirse en Dachau, con los famélicos y demacrados prisioneros judíos.

Ya en casa, Lucy le dijo:

—Estuviste muy bien.

—¿Cuándo?

—En el entierro, naturalmente.

—¿Oh? En fin, no sé. De todos modos, no se trata de un concurso, ¿verdad? Miras las caras de los que están alrededor de la tumba y te preguntas quiénes están apenados y quiénes, contentos.

—¿Contentos? No te conocía esa faceta de cínico.

David se encogió de hombros.

—Nunca he pensado mucho en los viejos. Viejo es una especie de palabra maldita en nuestra sociedad. Pero ¿qué tonterías estoy diciendo? Dora y Alan no serían capaces... Ellos querían a esa anciana.

Giró bruscamente sobre sus talones y subió la estrecha escalera hacia el minúsculo desván que hacía las veces de estudio. Mismamente delante de la ventana había una espléndida haya plantada, según la leyenda, hacía más de un siglo por Abraham Stanford, el gran caudillo abolicionista que fue pastor de Leighton Ridge antes de trasladarse a Boston para encabezar el movimiento en favor de la liberación de los esclavos. Su presencia dio a Leighton Ridge una fama fugaz a mediados del siglo XIX. Más allá del haya, dos altos abetos blancos enmarcaban una hermosa panorámica del Ridge. David se dejó caer en un sillón delante de la ventana y se quedó mirando a lo lejos y pensando cosas que no conducían a ninguna parte. Una anciana que muere, una brizna de hierba arrastrada por el viento. Él había estado en una guerra en la que habían muerto cincuenta millones de seres humanos. No había cerebro humano que pudiera comprender aquello. Las cámaras de gas de Adolf Hitler. Las víctimas de la bomba de Hiroshima que iban perdiendo a jirones su carne carbonizada mientras con sus gritos de dolor proclamaban la ley del Talión.

Su mente vagaba por estos derroteros cuando entró Lucy. Desde la puerta le preguntó:

—¿Qué pasa, David?

—¿A mí? ¿Al mundo? ¿A Leighton Ridge?

—Vamos, vamos. Estás tan hundido que podrías comerte las punteras de los zapatos sin agacharte. —Se dejó caer en una silla. —Quizá yo pueda ayudarte.

—Quizás. Aunque no es probable. —Consiguió sonreír. —No tienes madera de esposa de rabino.

—*Rebbetsin*. Odio esa palabra.

—¿Por qué te casaste conmigo?

—Zoquete. Porque estaba enamorada de ti.

—¿Y ahora?

—Estás muy inquisitivo, ¿no? Ahora estoy embarcada. Tenemos un hijo que ha empezado a andar cop mucho garbo y vuelvo a estar en estado interesante. Por si fuera poco, me he convertido en una catequista de primera. David, ¿qué tienes?

—Quiero ir a Israel. —Ya estaba dicho.

—¿Qué?

—Se ha constituido un Estado judío. El Ejército judío está en guerra con cinco países árabes que le superan en la proporción de diez contra uno. Lucy, ¿tú puedes quedarte tan tranquila en este maldito Leighton Ridge, como si el mundo no existiera?

—Yo no vuelvo la espalda al mundo. Sé que existe. Y sé también que estamos en él, en Leighton Ridge o donde sea.

—No has oído ni una palabra de lo que te he dicho.

—He oído hasta la última palabra. Tú quieres dejar tu trabajo aquí, dejar a tu mujer embarazada y a tu hijo para que se las compongan como puedan... y marcharte a Israel. Porque lo que allí necesitan es otro rabino.

—Cuando te lo propones, puedes ser un encanto.

—¿Y por qué no una mala pécora? Aquí no hay nadie más que nosotros dos y no pasa uno tanto tiempo en el Ejército como tú sin aprender unas cuantas expresiones fuertes.

—Eres incapaz de comprender lo que ocurre dentro de mí. Mis ilusiones, mis anhelos, mis sufrimientos.

—¿Has tratado tú de comprender alguna vez lo que hay dentro de mí, David? Dentro de mí hay un feto. Y a propósito, ¿cuál sería allí tu misión? ¿Unirte a la Haganah? ¿Pelear? ¿Matar?

—Me conoces demasiado para pensar eso.

—Por extraño que parezca, David, así es. Tú eres la persona más buena que he conocido en mi vida. Creo que eso fue lo que me indujo a casarme contigo. Tal vez la guerra saque a la luz lo mejor de algunas personas, pero después de pasar tres años en las Fuerzas Auxiliares puedes apostar tu último dólar a que de la inmensa mayoría saca a la luz lo peor. ¿De verdad quieres irte a Israel?

—No lo sé. Tal vez sólo quiera marcharme de aquí.

—Pues hay medios más sencillos. Podríamos incendiar la casa. Hablo en serio, Dave. No me importa un pito que seas o no seas rabino.

—Nunca te importó —dijo él, contrariado.

—¿Entonces?

—¡Oh, qué diablo! Nunca pude hacértelo comprender. Llevo uos años intentándolo, pero es inútil.

—¿Hacerme comprender el qué?

—Bueno, dejémoslo. Estamos a punto de tener una pelea y yo no quiero pelearme contigo.

—¿Por qué no? ¿Porque eres rabino?

—Porque eso no resuelve nada y sólo conseguiríamos lastimarnos el uno al otro.

—Tal vez sí resolviera algo. Tal vez convenga dar unos cuantos gritos, para que supure la herida. Tú eres rabino. Yo no sé lo que es un rabino, aunque sospecho que debe de reflejar cierto aspecto de vida civilizada. —Ahora gritaba. —Cincuenta millones de muertos en esa guerra asquerosa. Cincuenta millones. Seis millones de judíos, la tercera parte de todos los judíos del mundo. Y, ahora, más guerra. Y mi marido, el rabino, me dice que tiene que ir allá. Pues vete, en el nombre de Dios. — Se puso en pie, señalándole con el dedo. —¿Sabes, David Hartman?, esa cosa que tú y los demás sacerdotes y ministros llamáis Dios... ¡esa cosa me da escalofríos!

David, asombrado, la vio salir de la habitación hecha una furia.

Asombrado, cortado, dolido y, también, intrigado por aquella reacción. Trató de recordar con exactitud sus palabras. Esa cosa... de acuerdo, Dios es una cosa, esa cosa me pone nerviosa... No; me da escalofríos, había dicho ella, y esto le hizo recordar el día en que estaba cavando un nido con un soldado que se llamaba O'Brien. Una ráfaga de ametralladora los había reunido, y cuando O'Brien gritó: «¡Tú, cava, maldita sea, cava!». David obedeció sin discutir de rango. Cavaron desesperadamente y cuando estuvieron a un metro de profundidad, O'Brien dijo: «Tampoco tenemos que llegar a China, padre».

David soltó la pala y se limpió la frente. «No llamamos padre a los rabinos. Me llamo David Hartman».

—Lewis O'Brien.

—¿Católico?

—De ninguna manera, rabino. Con perdón, yo escupo al oír esa palabra. Me he dado de baja. ¿Querrá creer que yo fui aspirante al sacerdocio? Quería ser el más brillante y avisado jesuíta que vieron los tiempos, y hasta me convencí a mí mismo de que podía renunciar a las mujeres.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—La guerra..., y la contemplación de esa extraña cosa que usted y demás mercaderes de cielo llaman Dios.

David se quedó cavilando sobre aquel recuerdo, intrigado por lo que le respondería Lucy si le preguntara por qué imaginaba a Dios como una cosa. Bajó en su busca y, con toda la suavidad y apaciguamiento de que era capaz, se lo preguntó.

—¿Yo dije eso?

—Sí.

—Pues no sé por qué. No se puede hablar de Dios, David. Tú lo sabes.



—Pero yo hablo de...

—Ibas a decir «de Él», ¿verdad? Pero te has quedado cortado. ¿Por qué? ¿Es que ya no es Él? ¿Y cómo quieres que les explique la Biblia a los niños? En ella no dice que creara a la mujer a su imagen y semejanza. Demasiada confusión de géneros.

Ella conocía todos sus puntos débiles, sus dudas y temores.

—¿Por qué haces eso, Lucy? —le preguntó.

—Perdona. Oh, David, lo siento. Es que cuando empezaste con eso de irte a Israel me entró un miedo de todos los diablos. David, yo te quiero tanto y estoy tan desconcertada.

—No me voy a Israel —admitió David.

—Yo vuelvo a estar embarazada. Tú lo sabes. Me refiero a que si lo que tú más deseas en este mundo es ir allí, necesitarías hasta el último dólar que tenemos ahorrado, y si mi embarazo...

Él la abrazó bruscamente, sin dejarla terminar.

—Lucy, te quiero.

—Me alegro. Esta noche tengo una sorpresa para ti.

—¿Oh?

—*Blintzes*.

—Bromeas. ¿Dónde has aprendido tú a hacer *blintzes*? ¿Te enseñó tu madre?

—¿Mi madre? No creo que ella sepa ni lo que es eso.

—Pues, ¿quién?

—Millie Carter —dijo Lucy con afectación. —No hace falta ser judía. Tiene un libro de cocina judía y los hicimos entre las dos. Y Della Klein trajo un tarro de mermelada de fresa hecha en casa. Ya he aprendido a aceptar las dádivas. Por lo visto, la mendicidad es cosa del oficio.

—Lucy...

—Ha sido una broma, perdona. Es una ofrenda de amistad. Yo quiero mucho a Della. Es una gran persona.

David comió los *blintzes*. Estaban muy buenos, lo mismo que la mermelada de fresa que les había llevado Della Klein. De niño apenas los probaba, porque su madre despreciaba los *blintzes*. Eran producto de la cocina judía rusa, mientras que los Hartman eran judíos de ascendencia alemana. Pero esto no hacía sino darles un saborcillo más agradable.

—Riquísimos —dijo David. —Y la mermelada, también. Della tiene un gran talento. Me alegro de que hayas hecho tantas amistades.

—Pero Della te adora a ti. Sin embargo, es verdad que tengo muchas amigas. ¿Sabes por qué?

—Porque eres una persona muy agradable. ¿Cómo no ibas a tenerlas?

—Frío, frío, David. ¿Es que, al cabo de dos años de vivir aquí, aún no te has dado cuenta de lo solas y tristes que se sienten la mayoría de las mujeres, sean judías o gentiles?

—He tenido atisbos.

—Nos consolamos unas a otras.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó David con suavidad. —¿Que te sientes sola y desgraciada?

—A veces.

—¿Qué significa a veces?

—Significa... —Lucy se levantó y dio la vuelta a la mesa. —A la porra. Te quiero. El niño está llorando, esta noche tú tienes junta con la plana mayor, y si quieres que hablemos de ello, tendrá que ser otro día.

La reunión del comité se celebraba en casa de Mel Klein, situada a un kilómetro y medio de la vieja iglesia congregacionista convertida en sinagoga. Era un hermoso anochecer de primavera. Las hojas nuevas ponían su tenue encaje en las ramas de los árboles, el cielo se encendía en rojos fulgores tras finas franjas de nubes y el aire era dulce como la miel. Poco a poco, aquel lugar había ido cautivando a David, a pesar de sus momentos de irritación y aburrimiento. Él reconocía que no había visto otro lugar que tuviera la pura y serena belleza de Leighton Ridge. Su trabajo aún le intrigaba. Por otra parte, su presencia en aquel viejo pueblo de Connecticut le hacía preguntarse constantemente por qué estaba allí. Cuando se veía a sí mismo en tercera persona, se repetía que aquél era David Hartman, un hombre que estaba de paso, sólo de paso. No se veía allí para siempre. Vivir en aquel sitio, envejecer en aquel sitio era inconcebible. Aunque Lucy no lo creyera así, él comprendía perfectamente lo que le decía. Pero ¿le comprendía ella a él? No intuía ni por asomo por qué deseaba él ir a Israel. David le envidiaba aquella seguridad. Su propio concepto de sí misma era firme e incuestionable. Tal vez ello fuera una propiedad inherente de su condición de mujer. Él, por el contrario, era incapaz de atribuirse una personalidad definida y su idea era vaga e imprecisa, distinta cada día.

¡Basta ya de eso! Sería una lástima estropear una noche tan hermosa con pensamientos disolventes. Trató de despejar la mente mientras caminaba por la carretera. Fue el último en llegar a casa de los Klein. Della abrió la puerta, le dio un beso y dijo:

—Los lobos ya están en el cubil. Procura no enfadarte, David.

—¿Por qué tendría que enfadarme?

—Sé lo que hay en el orden del día y te conozco.

—Ahora resulta que a mí todo el mundo me conoce. Ojalá me conociera yo.

—Ésa no es manera de hablar para un rabino. Cualquiera día me dirás que te hacen un psicoanálisis.

—No hay miedo.

—Lo cierto es que te has peleado con Lucy.

—Eres excesivamente perspicaz, Della. Prefiero a los lobos.

Los «lobos» le esperaban en la habitación que Mel Klein llamaba el cubil: Jack

Osner, presidente de la congregación, Mel Klein, tesorero y Joe Hurtz, secretario. Aquella noche, mientras les daba la mano, David especulaba con la idea de que la presencia de una mujer en el comité podría ser beneficiosa.

Todos le saludaron con afecto. Al cabo de dos años, les parecía que David les pertenecía. Tenían a su disposición a un hombre joven, alto, bien parecido, enérgico y bondadoso y era suyo. A veces les daba la impresión de que lo habían creado ellos.

—Siéntate, David —dijo Mel. Estaba muy orgulloso de su cubil, amueblado con butacas de piel y una estantería llena de libros que ocupaba toda la pared. Eran libros que compraba y leía Della. Mel se limitaba a leer el periódico, y ninguno de los dos tenía tantas pretensiones como para llamar «biblioteca» a aquella habitación. — Esperábamos esta reunión con mucho interés.

-¿Oh?

—Yo quería convocar un pleno de consejo —dijo Joe Hurtz—, pero el coronel no estuvo de acuerdo.

Hurtz era el único que seguía llamando «coronel» a Osner, término que tenía la propiedad de irritar vivamente a David. Él tenía ideas propias sobre las virtudes y atributos que la guerra cuelga a las personas, pero no había forma de hacérselas comprender al orondo Joe Hurtz.

—Pienso que puede haber discusiones —dijo Jack Osner. —Será mejor que el asunto no trascienda hasta que hayamos tomado una decisión.

—¿De qué se trata? Basta ya de misterios y vamos al grano de una vez.

—No es nuestra intención hacer misterios, David. Pero antes de entrar en materia quisiera revisar algunos puntos. Cuando llegaste aquí hace dos años, catorce familias judías se habían reunido y suscrito el compromiso de mantener una sinagoga. Después de tu primer sermón, se unieron a nosotros veintidós familias más.

Entró Della con una bandeja grande de tazas, una cafetera y pasteles. David le tomó la bandeja de las manos y la ayudó a servir. Nadie más hizo ademán de ayudar, y David pensó en la actitud que Martin Carter denominaba «la postura del pastor». Della le sonrió a hurtadillas y susurró: «Arriba esa moral». Cuando ella hubo salido, Osner continuó su perorata mientras los demás masticaban pastel y bebían café. «Nosotros tomamos poco alcohol —pensaba David. Los miembros del consejo de Marty Carter se achisparían un poco y todo iría sobre ruedas».

—De eso hace dos años —decía Osner. —Desde entonces, hemos pasado a ser más de un centenar de familias, familias de Ridgefield, de Wilton, de Weston y Westport y hasta de Redding... En fin, David, tú lo sabes mejor que nadie, has vivido el proceso. Y aunque tu sueldo aún es insuficiente, se te ha triplicado, y hace un rato acordamos aumentarlo en otros mil dólares al año, propuesta que someteremos a la aprobación del pleno que se reúne dentro de tres días.

—Muchas gracias. Sois muy amables —dijo David.

—De manera que ya ves, las cosas cambian.

—Cambian, sí.

—Y nosotros tenemos la obligación, llegado el momento, de acelerar el cambio si es necesario.

David sonrió.

—No son necesarios tantos rodeos, Jack. Vamos al grano.

Osner señaló a Klein con un movimiento de cabeza.

—Mel, el balón está en tu campo.

Klein carraspeó, tosió y dijo:

—David, hemos llegado a la conclusión de que necesitamos una sinagoga nueva, una verdadera sinagoga.

—Conque es eso —dijo David lentamente. —El caso es que ya tenemos una verdadera sinagoga, una muy verdadera sinagoga.

—No, señor, rabino, con todos los respetos —dijo Osner. —¡No!, no tenemos una verdadera sinagoga. Tenemos una antigua capilla congregacionista que hemos habilitado como sinagoga.

—Nosotros hemos pintado esa iglesia, la hemos reparado, hemos cambiado el tejado, fregado el suelo y los bancos, hemos puesto cristales en las ventanas, construido un santuario para las Torahs y, salvo en las grandes fiestas, no la llenamos.

—David, David —dijo Mel Klein—, sigue siendo una iglesia. Somos judíos y celebramos nuestros cultos en una iglesia. ¿Te parece apropiado?

—No sé qué podría ser más apropiado. Adoramos al mismo Dios, y podríamos decir que esa iglesia llegó a nuestras manos en un acto de buena voluntad de cristianos a judíos...

—Y a buen precio —apuntó Hurtz.

—Eso es un golpe bajo.

—No; no lo es —terció Osner. —Marty Carter y los suyos se habían embarcado en la construcción de su propia iglesia, gastando más de la cuenta, habían agotado los fondos y las obras no estaban terminadas cuando intervinimos nosotros en calidad de compradores. Les sacamos de apuros. Esa vieja iglesia puede ser una pieza de museo, David, pero nadie más la quería.

—No es una pieza de museo. Es un símbolo de lo mejor que tiene América. Los que edificaron esa iglesia eran la misma gente que fundaron Yale y Harvard y pusieron los cimientos de un país en el que los judíos podían vivir en libertad, por primera vez, en cualquier lugar del mundo.

—David, David —dijo Osner con suavidad—, que no vamos a destruir la vieja iglesia. ¿Piensas que alguien que haya vivido en el Ridge puede ignorar lo que significa el congregacionismo? No somos tan cortos de alcance.

—No quise insinuar que lo fuérais. Si lo he dado a entender, pido perdón.

—No tiene que pedirnos perdón, rabino —dijo Klein, en tono apaciguador.

—No vamos a destruir la iglesia, David —repitió Osner. —Existe un grupo de unitaristas que se reúnen en el «Elks Club» de Danbury y como la mayoría son de Brookfield o de New Fairfield están encantados con la idea de disponer de una iglesia

aquí, en Leighton Ridge. La capilla les ha entusiasmado y ofrecen un buen precio, treinta mil dólares por la iglesia y la casa parroquial, más del doble de lo que pagamos nosotros.

—Así que habéis vendido mi casa —dijo David.

—No; no hemos hecho nada, ni lo haremos sin tu consentimiento.

—Pues, lamentándolo mucho, no voy a daros mi consentimiento. Por otra parte, no me opondré a una decisión del consejo. Al igual que aquéllos cuya iglesia queréis vender, somos una congregación que se rige por el voto de la mayoría.

—Un momento, David —dijo Osner. —Si se cierra la operación, te construiremos una casa moderna y cómoda. Además, pienso incluir en la escritura una cláusula por la que los unitaristas se comprometan a no hacer reformas en ninguno de los dos edificios sin la aprobación de la Asociación Histórica de Leighton.

—¿Eso sería legal? —preguntó Hurtz.

—Absolutamente. ¿Qué dices ahora, David?

—Os ruego que cambiéis de idea.

—Necesitamos cosas que ahora no tenemos —dijo Klein. —Queremos poner una guardería. Y un gimnasio. Y disponer de terreno para futuras ampliaciones. Nos gustaría tener varias aulas, y un despacho para ti. Éstas son las cosas que hoy componen una sinagoga, y no tienen nada de malo.

—En uno de esos feísimos edificios modernos.

—No tiene por qué ser feo.

—Contrataremos al arquitecto más avanzado y prestigioso que podamos encontrar —dijo Osner. —Y tienes que reconocer, David, que para los chicos judíos el tener que ir a rezar a una iglesia congregacionista de Connecticut puede ser causa de confusión.

—Tal vez no viniera mal esa confusión. ¿O es que nunca vamos a dejar de pensar que Dios cambia de naturaleza cada vez que una secta imagina que está en posesión de toda la verdad?

—¿De qué diablos estás hablando? —exigió Joe Hurtz.

—Calma, calma —dijo Mel Klein con suavidad. —Yo comprendo a David, pero este mundo nuestro no es así. Aún se respira el olor de las cámaras de gas de Hitler. Yo paso el día en los talleres de confección en la Séptima Avenida y por la tarde vuelvo al Ridge, y es como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Pero no es así. Mi padre vino de Kiev, en Ucrania, y solía contar lo que era el antisemitismo en la Rusia zarista. Yo me crié en la Calle 159 y la Avenida Amsterdam, por lo que también tengo mi propia experiencia del antisemitismo. Pero mis hijos no han salido de Leighton Ridge y no saben absolutamente nada. Se encuentran a gusto en la vieja iglesia, y yo no quiero que se sientan a gusto ahí.

David calló.

—David —dijo Osner—, nunca te lo había preguntado, pero tú descienes de judíos alemanes, ¿no?

David asintió.

—¿Puedo preguntar cuándo llegaron?

—La familia de mi madre, en mil ochocientos cuarenta y ocho. La de mi padre, un poco antes.

—¿Y desde entonces habéis pertenecido a la Reforma?

—Más o menos —respondió David.

—Por lo tanto, tu familia lleva cien años en el movimiento reformista. Yo soy el primero de la mía, y creo que las tres cuartas partes de nuestra comunidad son judíos reformados desde hace una generación. Pero también los hay ortodoxos y conservadores.

—En otras palabras —dijo David—, estáis decididos a construir una sinagoga nueva y nada que yo pueda decir os detendrá.

—Nada de eso. En absoluto —dijo Mel Klein. —Nos pones en una situación muy difícil, David. Nosotros pensamos que es conveniente, pero si tú te opones, tendremos que abandonar el proyecto o dejarlo para más adelante. —Miró a los otros dos. —¿No es así?

—Exactamente.

—¿Por qué no recapacitas, David? —preguntó Osner afablemente. —No hay prisa. Mientras, encargaremos unos planos y tal vez no te parezcan tan mal como ahora temes. Si decidimos seguir con el asunto, edificaremos al otro extremo de la finca, a unos trescientos metros de la actual sinagoga. ¿Qué te parece si nos reunimos otra vez dentro de unos días para hablar de ello? ¿Estarán listos los planos, pongamos, para el lunes? —preguntó a Hurtz.

—Así lo prometió, coronel.

Cuando David regresó, Lucy le miró moviendo la cabeza.

—¿No te has divertido con los chicos?

—La frase es muy apropiada. Si no fuera rabino, diría que esas tres lumbreras de nuestra comunidad me ponen a parir, especialmente nuestro bien amado coronel.

—Te comprendo. ¿Tienes hambre?

—No.

—¿Qué quieren esta vez?

—Quieren vender la iglesia y construir una sinagoga.

—Bueno, Dave, al fin y al cabo Martin nos la vendió a nosotros. ¿Qué tiene de malo que nosotros la vendamos?

Él movió la cabeza por toda respuesta, pero cuando se preparaban para acostarse dijo a Lucy que al día siguiente iría a Nueva York para hablar con rabí Belsen.

—Eso es. Buena idea. Tú te preocupas tanto por todo, David. —Su voz era melosa, y David sabía que eso significaba que ella quería hacer el amor. En aquel momento, le irritaba, y se resistía a sus caricias. En seguida llegaron los remordimientos: ella era dulce, cariñosa, buena madre, una excelente ama de casa, pintaba y empapelaba las habitaciones ella sola, encontraba muebles antiguos por

diez y quince dólares y se conformaba con ser la esposa de un rabino rural mal pagado. Esta sensación de culpabilidad le predispuso al acto del amor. Pero no resultó plenamente satisfactorio. Él tuvo que recurrir a las imágenes eróticas de sus escapadas de adolescente para excitarse, lo cual, si bien remediaba una cosa, echaba a perder otra.

Al día siguiente, mientras iba en el coche camino de Nueva York David cavilaba sobre sus relaciones con su esposa. Siendo rabino debió mostrarse dulce, tolerante y comprensivo. ¿Por ser rabino? ¿Y por qué no por ser simplemente una persona? Pero hacía tiempo que había descubierto que los sacerdotes, fuera cual fuere su religión, tenían poco de santos y las personas, muy poco de humanas. Distráido, hizo mal un viraje en un semáforo y un coche de la Policía le mandó parar. Al ver su permiso de conducir, el gesto del policía se suavizó.

—Tenga cuidado, rabino. Con una infracción como ésa, puede ir a parar al hospital o al cementerio.

—En tal caso, debe usted multarme —dijo David con firmeza.

La cara redonda y colorada del policía, que proclamaba su origen irlandés, se abrió en una amplia sonrisa.

—Por hoy pase —dijo. —Puede usted seguir, rabino. Pero mucha precaución.

Gangas del oficio. A Lucy le regalaban comida y a él le perdonaban las multas de tráfico. «¡Mierda! —exclamó, furioso, utilizando la palabra a modo de imprescindible válvula de escape. —¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Qué diablos hago yo aquí? ¿Qué diablos podría hacer yo en cualquier parte? La piedad me revuelve el estómago. Está bien, yo fui testigo del Holocausto. ¿Acaso he podido devolver la vida a un solo judío dándomelas de rabino? ¡Yo soy un monigote, un payaso!».

—Yo sólo pretendo ser rabino —dijo a Belsen ásperamente como desafiándole.

—Más o menos, todos pretendemos —dijo el anciano. Estaba calentando una tetera eléctrica. —Regalo de mi hija —explicó. —Ella es muy moderna. No soportaba la idea de que me hiciera el té en un cacharro de hojalata. ¿Limón, David? ¿Leche? Aquí no tengo. Pero azúcar, sí.

—Me da lo mismo.

—Está bien, David. Solo. ¿Sabe?, yo también pretendo ser rabino. ¿Qué quiere decir simular? Hacerse pasar por lo que no se es. Pero no *cualquier cosa*. Es hacerse pasar por algo que tiene una importancia especial para uno, algo que uno desea ser desesperadamente y que sabe que no está a su alcance. Cuando mi yerno dice que él pretende ser médico, ¿qué quiere decir? ¿Que no fue a la Facultad e hizo trampa en los exámenes? De ninguna manera. Quiere decir que, con todos sus estudios y sus títulos, no llega ni a arañar la superficie de los misterios del cuerpo humano. Nosotros, los rabinos, también pretendemos. Pretendemos saber algo del misterio de la vida y la muerte. Pretendemos haber oído susurrar la voz de Dios. Pretendemos conocer la naturaleza del culto, de la observancia, de la meditación. Tal vez, un poco.

Tal vez, algunos de nosotros. ¿Y eso nos convierte a los demás en farsantes, embaucadores, inútiles? No. Tómese el té. Y por lo que se refiere a Israel, éste es el más glorioso milagro del siglo xx, y el deseo de ir allí es comprensible. ¿Qué hará usted allí, David?

David titubeó.

—¿Empuñar un fusil y pelear?

David movió negativamente la cabeza.

—Entonces aún es rabino. Y allí hay ya suficientes rabinos, créame. Aún no me ha dicho qué hay en el fondo de todo esto.

Verdad. Ni siquiera a sí mismo se lo había dicho, y ahora se preguntaba si podría llegar a admitirlo. ¿Y qué podía decir al anciano? El fervor, la emoción, la llamada que sentí durante la guerra se han desvanecido, y ahora no soy más que una especie de psiquiatra aficionado para un grupo de judíos burgueses del Condado de Fairfield, y eso me da náuseas, y cuando miro a mi esposa me parece que no la conozco, y ni mi propio hijo me produce alegría. Pero, suponiendo que lo dijera, ¿sería verdad? ¿Había alguna verdad?

Se limitó a murmurar débilmente:

—Quieren vender la vieja iglesia y construir una sinagoga.

—Ah.

—Yo me opongo. Creo que podría impedirlo. No; no podría. Lo desean fervientemente.

—Quizá la necesiten, David.

David se encogió de hombros.

—Yo no lo creo así. Tal vez dentro de cinco años. La cuestión, tal como yo la veo, es que vamos a cambiar un hermoso edificio histórico, vinculado al pueblo, por una monstruosidad moderna.

—¿Se proponen derribarlo?

—No. Van a venderlo a los unitaristas.

—Ahí lo tiene, David. Ellos lo cuidarán debidamente y usted tendrá una sinagoga nueva con todos los adelantos. No está mal. Dígame, David, ¿no será que se encuentra a gusto en una iglesia, que allí se siente un poco menos judío?

David miró fijamente al anciano, sintiendo que la cólera se inflamaba en su interior, pero sabiendo que no podía enfadarse con Belsen, en quien veía todos los atributos del maestro y del padre.

—Ya sé —añadió Belsen moviendo la cabeza. —Allí, en Israel hay figuras heroicas, un puñado de jóvenes judíos, dispuestos en orden de batalla contra todo el mundo árabe. ¿Y qué es lo que tenemos en Leighton Ridge? Empresarios, profesionales, comerciantes, entre los que tal vez no haya ni tres o cuatro que sean nobles heroicos o brillantes. ¿Qué es un judío, David? ¿Alguien que gana premios Nobel, alguien apto para ser víctima de un genocidio, alguien que no tiene buenos modales, alguien que tiene *excelentes* modales, alguien supercultivado? —



Bruscamente, su voz adquirió un tono seco y desabrido. —Vamos, David, le dimos muchos años de estudios y preparación. Conteste ahora una simple pregunta. ¿Qué es un judío?

David movió negativamente la cabeza.

—Entonces voy a decírselo. Cuando Dios ordenó a Moisés que se presentara ante el Faraón y hablara en favor de nuestro pueblo, Moisés exigió saber cuál era el nombre de Dios. En aquel tiempo había muchos dioses, con muchos nombres, pero el Todopoderoso respondió, sencillamente: «Yo soy el que soy». ¿Comprende?

—Creo que sí —dijo David.

—Bien. Termine el té. ¿Quiere dejar el rabinato? Déjelo. ¿Quiere dejar a su esposa? Déjela. ¿Quiere ir a Israel? Vaya. Pero déjese de vanas ilusiones.

Aquella noche, David, callado y taciturno, ayudaba a Lucy a bañar al niño.

—¿Quieres que te diga una cosa? —preguntó ella. —Esta vieja bañera es una lata, y el calentador del agua, otra. Siempre estoy temiendo que salten los fusibles. No me importaría mudarme a una casa limpia y moderna, con un buen aislamiento, un sótano en el que no tuviera que andar agachada, unas ventanas que ajustaran bien y un techo sin goteras. —Entonces reparó en su expresión. —Dios me valga. He vuelto a decir una inconveniencia.

—No es lo que tú digas. Es lo que yo siento.

—Me parece que deberías irte a Israel una temporada. Vamos David, era una broma.

Él envolvió al pequeño Aaron en la toalla, lo puso en brazos de su madre y salió bruscamente.

David tomó por el sendero que conducía a la vieja iglesia. Hoy era martes, dieciocho de mayo, cuatro días después de la declaración de independencia pronunciada en el viejo museo de Tel Aviv, y allí estaba él, atrapado en aquel oscuro rincón de Connecticut, con una esposa que era incapaz de comprender sus inquietudes y una comunidad autocomplaciente y burguesa que parecían haber olvidado por completo que hubiese habido un Holocausto en el que habían muerto millones de judíos.

Había luna y había estrellas, y uno podía decir de Leighton Ridge lo que quisiera, pero allí el aire era puro y esta noche había luna suficiente como para inundar la capilla de una pálida claridad. David abrió y cerró la puerta con suavidad, como si allí dentro hubiera alguien a quien se pudiera molestar o despertar, y se quedó de pie en el pasillo, mirando al santuario. El interior de la iglesia, lo mismo que el exterior, estaba prácticamente igual que ciento setenta y cinco años atrás. La comunidad de David había pintado los arrimaderos de blanco, la parte alta de las paredes, de azul, fregado el suelo y hasta la última madera, engrasado y pulido y reparado los bancos, y colocado un tejado nuevo en la vieja iglesia los unitaristas tendrían un edificio sólido y bien conservado.

David se preguntó si no tendría razón Belsen, si aquel viejo edificio no le

permitiría salvar una especie de barrera. Y si él deseaba cruzarla. Israel no era una cosa judía según el mundo entendía las cosas judías: un minúsculo ejército de hombres jóvenes, fuertes y bronceados desafiando al mundo. ¿Por qué sentía tanto apego a aquella iglesia? Osner y los demás tenían razón, toda la razón. Necesitaban un edificio nuevo.

—Que Dios me asista —dijo David en voz alta, y entonces se preguntó en qué había de asistirle. ¿En sus esfuerzos por superar aquella sensación de extravío?

Cuando volvió a casa, encontró a Lucy sentada en el cuartito que habían destinado al niño, meciendo suavemente al pequeño.

—¿Te sientes bien? —le preguntó.

—Creo que sí.

—A veces hago chistes estúpidos, David. Si ahora te fueras, no sé lo que haría.

—Lucy, ¿eres feliz? —preguntó él en voz baja.

—¿Feliz? ¿Así, en general? No lo sé. Tú me pusiste a estudiar la Biblia. ¿Dice ahí que la persona tiene que ser feliz?

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué no puedes contestar sencillamente a una pregunta?

—Ya lo sé. Perdona.

—¿Por qué no dices claramente que estás harta de esta vida?.

—Porque no lo estoy. Tengo días, David. Pero no estoy harta.

David se dijo que estaba portándose como un estúpido, como un bruto, pero no podía explicárselo a Lucy. Ni confesarle que era un rabino que no sabía porqué era rabino.

A la mañana siguiente, cuando estaban terminando el desayuno, sonó la aldaba de la puerta. La mañana estaba lluviosa, caía una insistente llovizna de primavera, y fuera había dos hombres con zapatos de cabritilla, traje de rayadillo y sombrero jipijapa. David abrió la puerta. Los dos hombres sacaron la cartera y exhibieron carnets.

—Soy el agente Thompson. Aquí, el agente Clark. Del Comité del Congreso para Actividades Antinorteamericanas.

David asintió.

—Deseamos hablar con usted.

David esperaba. Lucy se acercó a él.

—¿Es usted el rabino Hartman?

David volvió a asentir.

—¿Podemos pasar?

—Pasen. —David señaló la salita. —Pueden pasar, pero no tengo nada que decirles.

—¿Y cómo lo sabe, señor? Aún no le hemos preguntado nada.

—Es cierto.

—Venimos con la mejor intención del mundo, rabino, y queremos hablar con

usted no sólo en su calidad de ministro de Dios sino en la de capitán de la Reserva del Ejército de los Estados Unidos.

El otro añadió:

—Queremos hablar de un miembro de su congregación, un tal Mr. Michael Benton.

—¿Cómo saben que es miembro de mi congregación?

—Tenemos nuestros métodos.

—¿Podemos sentarnos, rabino? —preguntó el otro.

—No.

—¿Cómo? —Fue menos una pregunta que una exclamación de desagrado.

—No; no pueden sentarse. Eso supondría un gesto de hospitalidad de mi parte. Yo no puedo brindarles hospitalidad. —Bajando la voz, añadió—: Yo soy judío. Nuestra ley no me permite tener cerdos en mi casa, de manera que cuanto antes se vayan, mejor.

Ellos le miraban con asombro.

—¿Qué es esto, rabino? ¿Una broma?

—No es una broma. Márchense.

—Podría arrepentirse de esto.

—Váyanse.

Lucy les abrió la puerta y la cerró tras ellos. Se quedó mirando a David como si no le conociera y soltó una carcajada.

—Oh, David, David —dijo riendo—, si hubieras podido verte la cara. Tú, siempre tan atento y amable. Nunca lo hubiera sospechado.

—No tiene nada de gracioso. Ya habrás leído en los periódicos lo que hacen esos canallas y su demencial comité, y Rankin, y Parnell Thomas, y los demás. Es como si ocurriera en otro planeta. Pero de pronto aparecen aquí, en Leighton Ridge. Lucy, son nazis. Y, aquí, en mi propia casa... —Aún estaba temblando de indignación.

—Conozco a Mike Benton de oídas, pero me parece que no lo he visto nunca.

—Es miembro de la congregación y hace buenos donativos, pero no viene a la sinagoga. Me lo presentaron en la última fiesta, es un hombrón pelirrojo y campechano. Estuvo en Infantería, en el Pacífico. Buena hoja de servicios y fue citado varias veces en el orden del día por su valor. Él no habla de la guerra, pero Arnie Cohen estuvo con él una temporada, y fue porque Arnie Cohen solía hablar de Leighton Ridge con sentimentalismo (tenía un amigo que vivía aquí antes de la guerra) por lo que Mike Benton decidió venir aquí a escribir una novela cuando empezaron a incordiarle en la Costa.

—Eso sí recuerdo haberlo leído. ¿Ya lo citaron a declarar ante el comité?

—Todavía no.

—¿Irás a hablar con él?

—Creo que debería ir, aunque no sé de qué puede servir.

—De todos modos, David Hartman, estuviste magnífico. Me descubro ante ti.

—¿Por qué?

Ella le dio un beso. ¿Cómo iba a decirle: «Por no haberte portado como el rabino que veo todos los días»? Después, mientras iba en el coche hacia el otro extremo del Ridge, donde vivía Mike Benton, David cavilaba sobre el extraño efecto de las pequeñas crisis, que pueden poner de manifiesto interesantes cualidades de las personas. En realidad, nada había cambiado entre él y Lucy, nada había mejorado ni se había resuelto. Pero, durante unos momentos, estuvieron muy unidos. «Algo es algo», pensó.

Mike Benton vivía en una casita moderna, que había conseguido por poco dinero, ya que una vivienda moderna era lo último que deseaba quien decidía instalarse en el Ridge. Estaba situada entre unos árboles, sin césped, y sin que se advirtieran señales de que se había intentado hacer de aquellos árboles algo más que lo que eran: un puñado de desmedrados robles y arces. Una senda de grava terminaba en la puerta de la casa. David aparcó el coche tocó el timbre.

—¡Adelante! —gritó Benton.

David entró y dijo en voz alta: «Dave Hartman».

—Aquí, rabino.

Apareció una muchacha de veintitantos años, morena, de grandes y hermosos ojos miopes, llena pero bien proporcionada, vestida con una falda vieja, jersey y zapatos bajos.

—Soy Miriam —dijo. —No sé por qué él no quiere que salga a abrir la puerta. Vine con él de la Costa y vivimos juntos, rabino No quisiera que se escandalizara.

—Mi madre se hubiera escandalizado —admitió David.

—¿Quién diablos es, Mitzie? —preguntó Benton con impaciencia.

—El rabino. ¿No te lo ha dicho? ¿Y no le has contestado tú «Adelante, rabino»? ¿Es que ya estás borracho? Pues no son más que las diez de la mañana.

—Está lloviendo, puñeta. ¿No sabes cómo me pone la puñetera lluvia?

David examinaba la sala: una mezcla insípida de muebles vulgares.

—La alquiló amueblada —dijo la muchacha con voz apagada. —Por ahí —añadió señalando una puerta.

Al otro lado estaba el comedor, que Benton había convertido en estudio, utilizando la mesa, grande y fea, a modo de escritorio Había montones de libros por todas partes y olía a pipa y a ginebra. Benton estaba sentado ante una vieja máquina de escribir portátil colocada sobre un carrito. La mesa y el suelo estaban cubiertos de papeles.

—Perdóneme —dijo a David. —Soy un desordenado. Sé por qué ha venido, rabino. Estuvieron aquí esos hijos de puta. Disculpe, no debería usar ese lenguaje para hablar con usted, pero pasé dos años largos en el Pacífico, saltando de isla en isla y, aunque la experiencia no me volvió loco, enriqueció mi vocabulario. Algunos hombres soltaban un taco a cada palabra. Yo, por lo menos, trato de aplicarlos gramaticalmente.

—Yo tuve cuatro años de lenguaje de cuartel —dijo David encogiéndose de hombros.

—Sí, ya lo sé. —Empezó a echar ginebra en el vaso, pero de pronto, de un manotazo, barrió de la mesa vaso y botella. Miriam acudió rápidamente al oír el estrépito, pero se detuvo en la misma puerta y se quedó observándoles. —¡A la mierda! —dijo Benton. —No soy un borracho. Soy un hombre asustado. Estoy cagado de miedo.

—¿Miedo a qué? —preguntó David suavemente.

—A ir a la cárcel. Sí, ya sé que soy un héroe. Cuando regresé, mis colegas escritores me dieron una fiesta en el «Beverly Wilshire», un hotel de postín, que es todo lo que Beverly Hills puede ofrecer en materia de distinción. Mike Benton, el héroe. Judy Garland cantó «Alabemos a Dios y pásame las balas». Todo, en mi honor. Y tenían razón. Cuando íbamos a desembarcar en Guadalcanal, yo estaba en la cubierta, a las cinco de la mañana, fresco como una rosa. Mike Benton, el héroe. Estábamos a unas diez millas de la costa, zona muy peligrosa, infectada de submarinos. A mi lado había un tío que había estado en todas partes, pero tenía pavor a los submarinos y estaba cagado, literalmente. Pues a mí me ocurre eso con la cárcel. Es mi pesadilla, como la suya eran los submarinos. Yo no podría ir a la cárcel. Válgame Dios, si tengo que ir a la cárcel, me moriré.

—¿Quién dice que haya de ir a la cárcel, Mike?

Benton revolvió entre los papeles que tenía sobre la mesa y mostró una hoja a David.

—Mire, rabino, una citación de ese asqueroso comité de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara. Me la dejaron antes de ir a verle a usted.

—¿Por qué no le dice usted que eso no es más que un papel y que no significa maldita la cosa? —preguntó Miriam, con acento de súplica.

—Ella tiene razón. Es sólo una citación.

—¡Las cosas que usted no sabe, rabino!

—Es una citación, sí. Yo me presento al comité y lo primero que me preguntan es si he sido miembro del partido comunista.

—Y usted les dice que no. Mike, que no es el fin del mundo.

—No puedo decir que no, porque sería perjurio, y eso me costaría cinco años de cárcel. Lo más que pueden echarme por desacato es un año, y no digo que no porque antes de la guerra, durante tres semanas, estuve afiliado al partido. Puñeta, ya me tienen en la lista negra, de eso ya nadie me salva y por ese lado no puedo estar peor. Pero es que ahora me pedirán que les diga nombres de quiénes asistían a las reuniones. ¿Es comunista Mengano? ¿Es comunista Fulanita? Eso hacían en Hollywood. Y yo a la cárcel no puedo ir. No puedo. Se lo juro, no lo resistiría.

—¿Y qué hay de la Quinta Enmienda de la que tanto se ha escrito? —preguntó David. —Tal vez pueda invocarla. Con un buen abogado. ¿Por qué no habla con Jack Osner? Dicen que es un abogado de primera.

—¡Jack Osner! Vamos, rabino, usted bromea. Jack Osner es una rata asquerosa que vendería a su propia madre si el Comité americano se lo pidiera.

—¿Por qué lo dice, Mike?

—Rabino, despierte. O quizá no quiera usted. Ese mierda de Jack Osner que se pasó toda la guerra sentadito en el Pentágono y llegó a coronel, denunció a Joel Kritsky, el abogado laboralista. Cuando eran unos crios, Kritsky se afilió a la L. J. C., para su información, la Liga de las Juventudes Comunistas, y Osner lo sabía. En el cuarenta y dos, Kritsky fue destinado al Consejo de Justicia Militar, puesto en el que su país lo necesitaba, y Osner, al enterarse, lo denunció. ¿No me dirá que no lo sabía?

—Así es. Pero yo no puedo juzgar a los miembros de mi congregación.

—O sea, que se lava las manos.

—Nada de eso. Y si algo puedo hacer por ayudarle... bueno, usted me lo dice y haré lo que pueda.

Mike Benton no respondió. Se quedó inmóvil, detrás de la gran mesa, mirando fijamente el revoltijo de papeles. Pero, cuando David se iba, Miriam le dijo en la puerta:

—Deseo darle las gracias, rabino. Y él también, pero no sabe cómo hacerlo. Compréndale, aquí no tiene a nadie más que a mí. No puede hacer amistad con nadie que no haya pasado lo que ha pasado él. Todos sus amigos están en la Costa Oeste. Y también su vida. Está solo y asustado. Pero lo que le ha dicho es la verdad. Ha conocido lo peor de la guerra del Pacífico y se convirtió en una especie de leyenda. Eso no me lo ha dicho él, sino otras personas, otras muchas personas. Pero la cárcel le da tanto miedo como la oscuridad a los niños. Si usted le ayudara...

—¿Cómo?

—Venga a verle de vez en cuando. Él con usted podrá expansionarse porque ha oído hablar de su historial. Rabino, yo no entiendo qué importancia puede tener eso para los hombres, pero la tiene.

—Volveré —dijo David.

David entró en la rectoría por la cocina. Aaron estaba en su parque, haciendo pinitos y Lucy amasaba harina para pan. Hacía tres meses que había empezado a cocer el pan en casa, y ahora se había convertido en una especie de obsesión, pero cuando apareció David, dejó la masa y se limpió las manos.

—Sorpresa —dijo—. Los unitaristas van a tener que pintar, después de todo.

—¿Qué estás diciendo?

—Perdona, David, no sé lo que me pasa, pero la verdad es que ni puedo afrontar las cosas sin hacer chistes estúpidos. Ven conmigo, ya verás.

—¿Y Aaron?

-No le pasará nada. No perderemos de vista la casa.

—¿A dónde vamos?

—A la iglesia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó David con viva inquietud. —¿Doy pruebas de la típica inseguridad masculina?

-Algunas veces.

—Bromeas. Cuenta qué ha pasado.

—Prefiero que lo veas a tener que explicártelo.

—La iglesia sigue ahí. No ha ardido hasta los cimientos.

-Ven a la parte de atrás.

Una vez detrás de la iglesia, David pudo ver a qué se refería ella. Sobre las tablas blancas de la pared habían pintado tres grandes cruces gamadas, una negra y dos rojas. David se quedó mirándolas largamente. Luego, se acercó y palpó la pintura.

-Está seca —murmuró. —Las pintaron anoche.

-Deberíamos tener un perro —dijo Lucy. —Hubiera ladrado. Es una vergüenza.

—No habría servido de nada.

—Eso me asusta, David. ¿A ti no?

—Sí, pero me enfurece más que me asusta.

—¿Quién puede haber sido, David? Aquí... en Leighton Ridge. ¿Quién haría una cosa así?

—Chiquillos, supongo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Qué piensas hacer? He pensado que podrías taparlas con pintura y hacer como si no hubiera ocurrido nada.

—Pero el que lo haya hecho sabría que había ocurrido. No; creo que voy a tratar de reunir esta misma noche a todos los miembros del consejo a los que pueda localizar, para tratar del asunto, nuestra sinagoga, sí..., pero aún la llamamos la vieja iglesia. Porque, en cierto modo, sigue siendo una iglesia, ¿no?

David planteó el caso al consejo tal como se lo expusiera a Lucy y la mayoría le miraron con perplejidad. El consejo se componía ahora de doce miembros, aunque los asuntos ordinarios de la sinagoga eran gestionados por Osner, Hurtz y Klein. Osner seguía siendo nominalmente presidente de la sinagoga, y aunque el reglamento estipulaba que debían celebrarse elecciones cada dos años, éstas se habían retrasado ya tres semanas. Otros dos miembros del consejo pudieron asistir a pesar de la premura de la convocatoria: Eddie Frome, un escritor de treinta y un años que había pasado de la revista *Yank* a *The New Yorker*, y Oscar Denton, setenta y un años, el primer judío que se instaló en Leighton Ridge. David invitó también a Alan Buckingham, lo que hizo que Osner se lo llevara aparte para preguntarle el por qué de su presencia allí.

—He tenido mis razones para pedirle que viniera —dijo David.

—¿Y no piensas revelármelas?

—Sí. Después.

—Eso me parece un poco arrogante, rabino. Yo pienso que un asunto como éste

debería ser tratado exclusivamente entre los nuestros.

—Alan es miembro de la congregación. Eso le convierte en uno de los nuestros. —Después de pedir silencio a los asistentes, David dijo—: Todos habéis tenido ocasión de ver las esvásticas. Me he permitido pedir a Jack que os llamara esta noche, para decidir lo que vamos a hacer. Con nosotros está Alan Buckingham que ni está en el consejo ni, estrictamente hablando, es judío, aunque su familia sí pertenece a la congregación. Después de la horrorosa guerra que a todos nos tocó vivir, decidimos que nuestra comunidad se llamara *Shalom*. No podíamos llamarla de otro modo. Deseo que lo recordéis durante las deliberaciones de esta noche. Todos estamos indignados, pero el problema que tenemos no puede resolverse con indignación. Deseo hacer resaltar algo más, que tiene que ver con la presencia de Alan Buckingham entre nosotros, Las esvásticas han sido pintadas en una sinagoga, de acuerdo, pero también en una iglesia congregacionista de Nueva Inglaterra, una de un grupo de antiguas iglesias que definieron en gran medida lo que sería este país. Y tanto si los autores del hecho lo pretendían como si no, la verdad es que profanaron una iglesia tanto como profanaron una sinagoga.

—No estoy de acuerdo —dijo Osner. —Los canallas profanaron una sinagoga, no una iglesia.

—De todos modos, al rabino no le falta razón —dijo Frome. —El edificio es una iglesia, y sigue siendo una iglesia, en términos generales, aunque nosotros celebremos en ella nuestros cultos. Y, desde luego, cuando la vendamos a los unitaristas, volverá a ser una iglesia, si es que ellos la llaman así.

—Así la llaman.

—No sé a qué viene esta reunión —dijo Osner. —Esa clase de insultos a los judíos se han venido repitiendo desde tiempo inmemorial. Qué diablos, lo tapamos con pintura y nos olvidamos del asunto.

—No creo que podamos olvidarlo —dijo Mel Klein lentamente. Nosotros vivimos aquí. Y el Holocausto está muy reciente.

Oscar Denton, el anciano, dijo entonces:

—Hace veinte años, cuando llegamos aquí, éramos la primera familia judía que se instalaba en Leighton Ridge. Al principio, nadie lo advirtió. Tal vez porque en mil novecientos veintiocho era algo insólito. Y como yo era contratista y trabajaba hombro con hombro con mis obreros, no me ajustaba a su idea de lo que debe ser un judío. De modo que se mostraron muy amables, hasta que lo descubrieron. Entonces se dedicaron a mortificar a nuestros hijos y a hacernos la vida difícil a nosotros. Pero no de un modo ostensible. En el Ridge no se queman cruces, ni nunca se hizo nada parecido a esto de las cruces gamadas. Yo no las taparía con pintura. Yo les daría publicidad. Llamaría a los periódicos de Danbury y de New Haven, y de Hartford, y hasta al *New York Times*. Sí, resueltamente. Que publiquen fotografías, para que la gente no vaya diciendo hipócritamente que estas cosas no pasan en el Ridge.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Joe Hurtz. —¿A qué viene tanto alboroto por



una chiquillada estúpida? Démosle una mano de pintura y a otra cosa. Los chiquillos ven ciertas cosas y luego las imitan. ¿Y qué?

—No —murmuró Mel Klein. —No es posible.

—Me gustaría oír la opinión de Alan —dijo David.

—He escuchado con atención —dijo Alan. —Naturalmente, he visto las esvásticas. No soy judío, pero estoy casado con una mujer judía a la que amo sinceramente y tengo dos hijos judíos. Esto hace que me sienta implicado en el caso, aunque no tanto como vosotros. Pero no puedo menos que asombrarme de la calma con que habláis de ello. Hasta ahora he guardado silencio, pero interiormente hervía de indignación. Maldita sea, Joe, ¿qué quieres decir con eso de que es una estúpida chiquillada? Si un chiquillo estúpido matara a un hijo tuyo, ¿ibas a quedarte tan tranquilo porque era obra de un idiota? ¿Y acaso creéis que el nazismo fue producto de la inteligencia y la cultura alemanas? Yo puedo aseguraros que fue producto de toda la estúpida inmundicia que existía en Alemania. Y aquí se ha profanado una iglesia, no sólo una sinagoga, de manera que ésta puede ser la ocasión de reunir a todos los judíos y los cristianos del Ridge en un asunto importante. Yo haría intervenir en esto a Martin Carter inmediatamente. Es sólo una sugerencia, desde luego, ya que no formo parte del consejo.

—A mí me parece que estáis haciendo una montaña de un grano de arena —dijo Osner. —Este asunto nos concierne a nosotros, no a Martin Carter.

Denton, Klein y Eddie Frome se mostraron de acuerdo con Alan Buckingham y, unidos a David, constituyeron una firme mayoría.

—Hablaré con Martin —dijo David. —Veremos qué tiene que decir al respecto.

—Últimamente me estoy enfrentando con Osner con demasiada frecuencia —dijo David aquella noche mientras él y Lucy se acostaban. —Me parece que empieza a tomarme antipatía.

—Aquí tenéis más política que en Washington.

—En cierto modo, sí, desde luego.

—¿Imaginabas que iba a ser así?

—Ni soñarlo. Me parece que la guerra me hizo perder el sentido común. Los chicos se alegraban tanto cada vez que veían a un rabino. Oh, al diablo con todo, Lucy. Si me echan, que me echen.

—¿Y qué pasa con Mike Benton?

—Está asustado. Pudo soportar la guerra, pero la cárcel le da pavor. Le han citado a comparecer ante el Comité de Actividades Antinorteamericanas y allí le pedirán que dé nombres, como suelen hacer. Sólo hace tres años que Adolf Hitler murió en su búnker de Berlín, y nosotros estamos introduciendo todas sus mañas en nuestro país.

—Vamos, no será tanto.

—Lo es.

Las noticias se extienden con rapidez en una pequeña comunidad como Leighton

Ridge, y a la mañana siguiente, Martin Carter se presentó en la pequeña rectoría. Lucy daba la papilla a Aaron y David estaba tomando la segunda taza de café.

—Algunos días yo hago el desayuno —dijo David. —Lucy tiene que alimentar a mi hijo y heredero, aunque ser heredero de un rabino no augura grandes privilegios. ¿Le preparo unos huevos?

Carter declinó el ofrecimiento, pero aceptó una taza de café.

—Me he enterado de lo de las esvásticas —dijo.

David se mantuvo a la expectativa.

—Nunca había ocurrido nada parecido —dijo Carter. —Llevo aquí mucho tiempo y *nunca* había visto una cosa así. Desde luego, tenemos ciertos elementos que odian a los judíos, pero en todas las pequeñas ciudades americanas los hay. Y los nuestros siempre fueron bastante moderados.

—Yo opino que tienen que haber sido los críos —dijo David. —Pero no podemos encogernos de hombros sólo porque sea cosa de críos.

—Oh, no. Es una profanación particularmente odiosa. A mi modo de ver, la venta de la vieja iglesia a su congregación fue un acto de solidaridad muy necesario después del Holocausto; pero el edificio no deja de ser una iglesia, una especie de símbolo conmemorativo de nuestros comienzos aquí, en América. No podemos silenciar el caso, cubrir las esvásticas con pintura y pretender que no ha pasado nada.

—¿Qué propone usted?

—Creo que deberíamos celebrar un acto conjunto, hacia mediados de semana. No en una iglesia. Yo podría pedir al Consejo Municipal que nos cediera su sala de sesiones, y propondría celebrar una reunión abierta, en la que cada uno de nosotros pronunciara unas palabras.

—Las mías serían muy pocas —dijo David. —Usted debería llevar la voz cantante.

Como en la mayor parte de los pequeños municipios de Connecticut, la asamblea de la ciudad decidía las cuestiones de orden legislativo. Las modificaciones del código civil y criminal de la ciudad eran sometidas a la asamblea, al igual que las ordenanzas territoriales y pactos restrictivos. La asistencia a las asambleas no era obligatoria, pero estaban siempre muy concurridas aunque pocas veces hubo un lleno como el de aquella noche. Se ocuparon las setecientas sillas del local y había gente de pie en los pasillos y en el fondo. Todos los habitantes de la ciudad y de las poblaciones vecinas se habían enterado ya del caso, y se sabía hasta en Nueva York.

Todd Burns, el burgomaestre, abrió la sesión diciendo que todos los miembros del consejo habían expresado el deseo de hacer uso de la palabra, pero habían decidido delegar en los dos ministros afectados, el rabino Hartman y el reverendo Carter.

El rabino Hartman se sentía extraño. Aún tenía que armarse de valor para dirigirse a su propia congregación, y allí el auditorio era mucho mayor y heterogéneo.

—Por primera vez —dijo—, supe lo que sentía el negro al asomarse a la ventana

y ver una cruz en llamas delante de su casa. Pero no sé lo que sentiría el reverendo Martin Carter al contemplar la profanación del símbolo de la democracia más antiguo que existe en este país, la iglesia congregacionista. Las personas y el movimiento que adoptaron el emblema de la cruz gamada causaron la muerte de cincuenta millones de seres humanos y la mutilación de otros cien millones. Los sufrimientos que infligieron a la Humanidad son incalculables. ¿Pretende alguien iniciar aquí un movimiento similar? Yo soy todavía relativamente nuevo en Leighton Ridge. Martin Carter lleva con ustedes mucho más tiempo, y él ha accedido a hablar de esto.

—Tiene razón el rabino Hartman al llamamos el símbolo más antiguo de la democracia en este país —dijo Carter. —Los Peregrinos edificaron nuestra primera iglesia en América. Ellos profesaban la creencia de que el hombre no precisa de intermediarios para dirigirse a su Dios; que cada persona es responsable de sus actos, sus pecados y su crueldad, y que su iglesia es el símbolo de la dignidad humana, de su independencia y de su afán de participar en el proceso democrático. Por ello, hace años, cuando la ciudad era mucho más pequeña que ahora, las asambleas municipales se celebraban en la iglesia congregacionista, que se llamaba indistintamente iglesia o casa de reunión. Cuando llegó el momento de dejar la vieja iglesia, que ya resultaba insuficiente, yo me preguntaba qué sería de ella. No disponemos de medios para mantenerla como un museo, que es lo que debería hacerse. Porque la iglesia fue edificada en el siglo XVIII, al igual que la casa parroquial. ¿Cómo podíamos nosotros consentir que se perdieran unos edificios tan hermosos y antiguos...?

Lucy, que estaba sentada al lado de Della Klein, susurró:

—Ya ha olvidado lo que cuesta calentar esos hermosos y antiguos edificios en invierno.

—Por fortuna, no fue necesario plantearnos su demolición. Tres conciudadanos nuestros, judíos, fueron a verme para preguntarme si podían adquirir la vieja iglesia para destinarla a sinagoga y la casa parroquial, para vivienda del rabino que estaban buscando. Desde luego, me sentí encantado. Aquello fue como un acto de fe y esperanza, la respuesta a mis oraciones, y cuando sometí la propuesta a mi congregación, también se mostraron complacidos. Nos pareció que Dios nos daba la oportunidad de afirmar nuestra fe en el cristianismo, que tan hostigada había estado en los años anteriores, y realizar un acto de hermandad hacia el pueblo más castigado y perseguido de la Tierra, pero el mismo pueblo del que Dios eligió a su Hijo. Y, ahora, este acto de atolondrada profanación. Yo creo que esta noche, con vuestra masiva asistencia, habéis dado el primer paso encaminado a la reparación. El segundo paso, mañana, por la mañana a las diez. Ya sé que los hombres estarán, la mayoría, en el trabajo. Pero es un paso que pueden dar las mujeres con la misma eficacia. La comunidad judía, que necesita más espacio para su templo Shalom, ha vendido la iglesia y la casa parroquial a los unitaristas, que deseaban ardientemente una casa de oración. Pero no podemos entregarles la iglesia en su estado actual. Por lo tanto, mañana, a las diez, armados de pinceles y buena pintura blanca para exteriores, nos

encontraremos en la iglesia para completar la reparación. Frank Hessel, nuestro pintor, me dice que harán falta tres capas para que quede bien, y sugiere pintura blanca para exteriores. Y pidamos a Dios no tener que ver nunca más ese símbolo siniestro.

A la mañana siguiente, mientras manejaba el pincel al lado de Millie Carter sin perder de vista a Aaron que, junto a una docena de pequeños, eran vigilados por dos adolescentes, Lucy hacía balance de los hechos.

—¿Tú qué opinas de todo esto? —preguntó a Millie.

—No lo sé. Creo que hace demasiado tiempo que soy esposa de pastor. No consigo escuchar, por más que lo intente. ¿Y tú?

Lucy movió la cabeza.

—Vamos mujer, habla. Lo que digas será materia confidencial. Ya lo sabes.

—Está bien. Yo habría dicho: «Somos casi mil personas. Vamos a ponernos a buscar a los gamberros que han hecho esto, los molemos a palos y los entregamos a la Policía».

—Bromeas.

—¿Sí? ¿Conoces a alguien que se librara de las cámaras de gas con oraciones? Yo soy partidaria del amor y la concordia, pero a veces hace más mella un buen puntapié en el trasero.

# TERCERA PARTE

1951

## Capítulo 3

—Sólo vais a estar fuera tres días. Te llevas ropa suficiente para toda la vida.

—¿Tú crees que puede ser un impulso del subconsciente?

—Lucy, no empecemos.

—Bueno, lo siento. Me llevo lo necesario para los dos niños y para mí. Sarah no tiene más que dos años, pero también necesita ropa de repuesto. Será la dama de honor más joven. Además, es posible que nos quedemos un par de días más de lo previsto. La tía Dorothy tiene una casa enorme y vamos a estar estupendamente. Como estarías tú, si te decidieras a venir. Hay en la sinagoga por lo menos una docena de hombres que están deseando que te tomes unas vacaciones, para poder encargarse del culto y demostrar lo bien que saben el hebreo.

—Supongo que tienes razón.

—Y tus excusas no me convencen.

—No son excusas —dijo David, contrariado—. —¿Es que hemos de volver a hablar de ello? Tú procedes de una familia atea...

—Eso ya lo sabías cuando te casaste conmigo.

—Pero ahora no se trata de ti. Tu primo John, judío por los cuatro costados, se casa con una muchacha judía, y va a officiar la ceremonia un juez de paz.

—No es un juez de paz. Es uno de los mejores amigos de mi tío.

—No me gusta intervenir en esas cosas.

—No tienes por qué intervenir. Tú no eres más que un invitado. ¿Existe alguna ley judía que lo prohíba?

—No estoy hablando de leyes ni prohibiciones. Sólo te pido que comprendas mi posición. Un rabino que contempla cómo un juez de paz casa a dos judíos.

—¿Y qué?

—Por el amor de Dios, *past nisht*.

—¡Bravo! Ya has aprendido dos palabras de yiddish, que todo judío alemán considera una especie de *patois*.

—Ahora veo que estás realmente enfadada.

—Los motivos no me faltan. —Bruscamente, suavizó el tono y le dijo, suplicante —: Davey, ¿por qué hemos de tener estas peleas absurdas? Yo te quiero tanto... Si tú fueras un poquito más flexible. Los niños de la escuela dominical me dicen: «Mrs. Hartman, usted nos explica una cosa y luego ocurre otra distinta». Yo les contesto que no importa, que es perfectamente humano. Y lo es, David, lo es.

El trayecto hasta la estación de Fairfield sólo fue amenizado por el parloteo de los niños que, según tuvo que reconocer David, estaban muy guapos con su ropa de viaje. Los dos eran rubios y tenían muchas pecas de resultas del largo verano, y los dos habían heredado los ojos azules de David.

—Qué guapos son, ¿verdad? —dijo Lucy al oído del padre.

—Tenían que serlo, con la madre que eligieron.

—¿Oh?

—Te quiero, Lucy.

—Has tardado veinticinco kilómetros en decirlo.

—Tendrás mucho cuidado, ¿verdad? Vigílalos bien.

«Dos formas de llamarme incompetente», pensó ella. Pero no dijo nada. Sólo movió la cabeza sonriendo.

Ya en la estación, David se quedó jugando con los niños hasta que llegó el tren. Luego, dio un beso a Lucy y a los niños y dijo, cuando ella ya se alejaba:

—Recuerdos a tus padres.

El tren arrancó y David permaneció un rato sin moverse, pensando que era la primera vez en cinco años que iba a estar separado de Lucy más de unas horas.

Pero lo que le producía irritación y remordimiento era sentirse feliz, libre, solo en el mundo durante tres días, dueño de sus actos y sus movimientos, si bien él sabía perfectamente que no haría nada extraordinario, que era casi mediodía del viernes, que tenía que pronunciar un sermón que aún no había escrito y que faltaba tan sólo una semana para las fiestas del fin de año judío.

Sin embargo, nada de ello mitigaba su buen humor. Se sentía joven, rebosante de vitalidad y alerta a las cosas de su entorno. El embalse de Aspetuck tenía una belleza indescriptible; le parecía que lo veía por primera vez, a pesar de que había circulado con frecuencia por aquellos parajes. Las hojas de los árboles empezaban a amarillear y temblaban mecidas por la brisa. David no pudo menos que pensar: «¡Qué hermoso es el mundo de Dios!».

Ahogó los remordimientos. ¿Es pecado ser feliz?, se preguntaba, cerrando deliberadamente los ojos a la causa de su contento. ¿Qué iba a hacer si no?, se repetía. Al fin y al cabo, soy rabino. Yo no puedo asistir tranquilamente a una boda de judíos celebrada por un juez de paz. No faltarían los que hicieran preguntitas. A esa gente nada le gusta tanto como fastidiar a un rabino. ¿Le gustó la ceremonia, rabino? Ya lo está viendo, faltamos a los Mandamientos y no pasa nada. Será porque estamos en Nueva Jersey. Con mucho acierto, Dios no visita Nueva Jersey.

David se abstraía más y más en sus reflexiones. En estas cosas, uno es siempre la víctima. Incluso los padres de Lucy sucumbían a la tentación de lanzarle pullas, aunque sin mala intención, desde luego, en las cada vez más raras ocasiones en que él y Lucy llevaban a los niños a Nueva York para que vieran a sus abuelos.

Estos pensamientos ensombrecieron su alegría, y David se puso a pensar en lo que diría en el sermón. Por más veces que lo hubiera hecho, seguía costándole mucho trabajo escribir el sermón. Cada vez más. En las comunidades ricas, el rabino podía traer a un orador invitado cada dos semanas o, incluso, pagarle un honorario, palabra que David detestaba. Pero ¿qué orador iría hasta Leighton un viernes por la noche para predicar a un auditorio compuesto por cincuenta personas?

¿Qué más tenía que hacer hoy? Myron Schillman iría a verle para hablar de su

*Bar Mitzvah*. El estado del mundo, en el momento en que Myron Schillman cumple los trece años. Myron, si tu rabino pudiera permitirse semejante lenguaje, te diría que el mundo, en este *goyishe* año de 1951, apesta. Una frase un tanto rara para un rabino. ¿Y si mis feligreses pudieran leerme el pensamiento? Sólo una suposición. En primer lugar, no debes decir feligreses, ni siquiera con el pensamiento. Imagina que el día menos pensado, hablando con alguien, se te escapa. Nada menos que el rabino David Hartman, con su *shul* recién estrenada, aunque le llamamos templo, desde luego, eso de *shul* suena a este de Europa. Es un edificio de ladrillo rojo que sustituye al que teníamos al principio, hace cinco años. ¿Sólo cinco años? ¿Será posible? Bueno, casi cinco y medio. Ahí está, Templo Shalom, con tres aulas y un despacho para mí, y otro más pequeño para una hipotética secretaria, el día en que podamos pagarla. Y todo, por poco más de sesenta mil dólares.

Ahora ya somos una institución viva, con ochocientos ejemplares del libro de oraciones... No, no, no, estos pensamientos no me sirven, ni para el sermón, ni para Myron, que va a entrar en el mundo de los mayores. Es curioso, una dulce criatura de trece años que entra en un mundo podrido. ¿Por qué estoy tan furioso con el mundo, Myron? Bueno, vamos a ver qué es lo que los años nos han traído. Esa guerra que iba a terminar con todas las guerras —¿o fue la anterior?— queda ya seis años atrás y ahora vuelve a haber guerra, esta vez en Corea. ¿Y por qué? Sabe Dios. Yo, no. Algo relacionado con el dominó, Myron. ¿Qué más? En Checoslovaquia ha habido otra purga del partido comunista. ¿Qué significa purga? No; no es un laxante. Es colocar a una serie de personas delante de una serie de paredes y dispararles una serie de balas. Es algo muy popular actualmente. Y no olvidemos a esos dos desventurados, convictos de robar secretos atómicos, por más que Herbie Fisher, la más reciente adquisición de mi próspera congregación, dice que él podría hacer una bomba atómica con una mano atada a la espalda, y que otro tanto haría cualquier científico que no fuera un paquete. De todos modos, yo lo dudo...

—Dios me perdone —dijo en voz alta. —Me acostumbraré a hablar así y entonces sí que tendré que pedir perdón a Dios, y al propio Myron. Aunque éste me preguntará por qué le pido perdón, y tendré que explicárselo. Pero ¿Podría? ¿Podría? Conteste, rabino David Hartman.

La víspera, sin ir más lejos, Mel Klein se llevó aparte a David después de la reunión del consejo y le dijo:

—David, *boychik*, yo no sé nada de política, y lo poco que sé, preferiría no saberlo. Bastante trabajo me cuesta mantenerme al corriente en esa cochina tienda de la ciudad, ocuparme de mi familia y procurar que esta sinagoga no se contagie de esa plaga llamada «hipotequitis» que afecta sobre todo a las instituciones religiosas. Por lo que respecta a la política, toda mi actividad se reduce a pagar cincuenta dólares al año al partido demócrata.

—Mel, ¿qué tratas de decirme?

—Que desde hace cuatro semanas en todos y cada uno de tus sermones te has



referido a la política. A la congregación no le gusta.

—¿A quién no le gusta? —preguntó David, irritado.

—Vamos, vamos, te digo dos palabras y ya te pones en el disparadero. David, yo no quiero disgustos. Eres un rabino estupendo. Es un milagro tenerte aquí, en lugar de algún *shlemiel*.

—Muchas gracias, Mel. Ahora dime, ¿quién se ha quejado de que en mis sermones hable de política?

—No pienso dar nombres.

—De acuerdo, Mel; pero la próxima vez que alguien se queje de la política de mis sermones, les dices que lean a los Profetas. Un poco de alabanzas al Señor, pero el noventa por ciento de los varios libros de los Profetas son política.

De todos modos, la observación hizo mella y ahora, camino de su casa, David decidió que el tema del sermón sería extraído de los Profetas. Una evasión, pero también una salida airosa. Haría un sermón puramente bíblico, eludiendo toda alusión a la actualidad. Era lo que solía hacer Martin Carter cuando en su congregación se exaltaban los ánimos, y siempre refrescaba el ambiente. La gente experimentaba un gran alivio al entrar en una casa de oración y retroceder tres mil años hasta un mundo que ya no existía, un mundo absurdamente simple, exento de bombas atómicas, bombas de fragmentación, tanques y ametralladoras. Por supuesto, según los cálculos de David, durante la Segunda Guerra Mundial habían muerto violentamente más seres humanos que los que componían toda la población de la Tierra en tiempos de Amos. Decidió estudiar el tema. Supongamos que en tiempos de Amos hubiera en el mundo diez millones de habitantes, o, pongamos, veinte millones. Menos de la mitad de los que murieron durante la Segunda Guerra Mundial. «Esto, chico, es un sermón —se dijo. —Pero también es política», añadió tristemente.

«Mel tiene razón —reconoció. —Siempre estoy con lo mismo».

Estaba terminando el sermón cuando llegó Myron Schillman. Era un muchacho alto, de largas extremidades, con sonrisa tímida y una voz que a veces aún se le quebraba. Entró en el despacho titubeando. El despacho tenía grandes estanterías empotradas, un escritorio y tres sillas de madera que imitaban bastante bien el estilo Windsor. David disponía de un sillón giratorio. La alfombra, el tresillo de piel y los libros que debían llenar las estanterías habían quedado para el futuro. El dinero se había terminado.

—Siéntate, Myron —dijo David. —¿Cómo estás?

—Bien, gracias, rabino.

—Si te regalan muchas plumas estilográficas, yo te las cambiaré por otras cosas. —Éste era el chiste habitual con el que David rompía el hielo. Myron lo sabía. Los otros chicos le habían prevenido.

—Las cambiaré con mucho gusto, rabino —dijo sonriendo.

—Bueno, Myron, ésta va a ser una charla informal. Me gusta conversar con los chicos que se enfrentan con la papeleta de convertirse en hombres a los trece años. Es

un poco pronto, ¿no te parece?

—No lo era en los viejos tiempos, ¿verdad?

—Ni siquiera en la época en que llegaron a Leighton los primeros colonos. Pero hoy en día... En fin, aún te falta pasar por la escuela secundaria y la Universidad.

—Sí.

—Por lo tanto, imagino que en realidad se trata de asumir una cierta responsabilidad. Al fin y al cabo, lo esencial de la vida del niño es la falta de responsabilidad.

Myron parecía desconcertado, y David rectificó su afirmación. Nunca sabía qué tenía que decir a los chicos en estas ocasiones y con frecuencia debía acomodar sus palabras al desarrollo glandular del interlocutor. Había muchachos de trece años que medían casi un metro noventa y, tenían vello en la cara y los había que aún lucían grasas infantiles, mejillas sonrosadas y cutis de seda. Los trece años era una edad curiosa para fijar en ella el umbral de la edad adulta; pero, como decía Myron, debía de ser diferente en los viejos tiempos.

Cuando Myron se fue, David se echó hacia atrás y puso los pies encima de la mesa. Tenía que reconocer que el sillón giratorio suponía una gran mejora. Él hubiera podido prescindir del resto del mobiliario de la nueva sinagoga, pero, del sillón, nunca.

Sonó el teléfono. Era Lucy, que llamaba para decirle que habían llegado sin novedad a Nueva Jersey, que todos estaban desolados porque David no les hubiera acompañado, y le mandaban cariñosos saludos.

—¿Terminaste el sermón? —le preguntó.

—Sí. Terminé el sermón. A las cuatro, hablé con Myron y ahora me iré a casa, me daré una ducha y tomaré un martini.

—¿Quién es Myron?

—El chico que se prepara para la ceremonia de Bar Mitzvah. Simpático.

—¿Y el sermón de qué trata?

—De Amos.

—¿Qué Amos?

—El profeta.

—Ah, ese Amos.

—Parece que se te ha quitado un peso de encima.

—Bueno, un poco —reconoció ella. —He oído comentarios sobre el contenido político de tus sermones.

—Resulta que todo el mundo los ha oído menos yo.

—Hay estofado en la nevera. No tienes más que calentarlo.

—Tomaré un bocadillo.

—Ese estofado lo hice para ti, David. Cuatro verduras y un buen trozo de carne. Tus bocadillos no son más que calorías sin sustancias.

—Me saltaré el martini. Tomaré un bocadillo y una cerveza.

—Fantástico. No hay nada que perfume el aliento como la cerveza, y en cuanto entre en la sinagoga, alguien la huele, y ¿para qué quieres más? El rabino está borracho. Y, como alimento, la cerveza no vale nada.

—¿Por qué discutimos, Lucy?

—Ya lo sé, ya lo sé. Es una majadería. No podemos decir dos palabras sin pelear. David, que te aproveche el bocadillo y la cerveza. Perdona, debí recordar que no tienes hambre antes del oficio.

—No hay nada que perdonar. Te quiero mucho, cariño, y prometo no morir de desnutrición.

—Es un chiste bastante bueno para un rabino.

David no había hecho más que colgar cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Martin Carter.

—David, ¿a qué hora quedarán libres usted y Lucy esta noche? Me refiero a cuándo terminan sus devociones del viernes. —Martin Carter era el único que llamaba «devociones» a los oficios del Sábado.

—Pues..., a eso de las nueve y media como muy tarde. He decidido hacer un sermón sobre Amos, y ha quedado corto. Todos me lo agradecerán.

—Yo hablo de Isaías. Es oro puro.

—Yo ya lo agoté. Por lo menos, para lo que queda de año.

—Bueno, va bien las nueve y media, incluso las diez. Millie y yo damos nuestra fiesta anual. Ya sabrá que nosotros casi nunca tenemos invitados. Y es que tenemos que cenar fuera tres o cuatro veces por semana, en casa de miembros de la parroquia, y eso hace daño al estómago y nubla el entendimiento. Así que una vez al año damos una cena para una veintena de amigos. Pero usted ya lo sabe, desde luego. Vinieron el año pasado. Millie se lo dijo a Lucy la semana pasada, pero Lucy respondió que se iban a Jersey a una boda, pero esta tarde al pasar por delante de su casa vi el coche y pensé que tal vez la boda se había aplazado.

—No; no se ha aplazado. Sólo fueron Lucy y los niños. —David explicó la embarazosa situación que se le hubiera planteado, como rabino, al asistir, en calidad de invitado, a una boda de judíos celebrada por un juez de paz.

—Sí; me hago cargo. Bueno, pues venga usted solo, David. Siempre será mejor que quedarse en una casa vacía.

—Pero no podré estar ahí hasta poco antes de las diez.

—No cenamos hasta las diez. Es nuestro alarde de vida nocturna en el Ridge.

A David le sedujo la idea. Se sentía bohemio y trasnochador. Recordó la fiesta de los Carter del año anterior, bastante sosegada por cierto; pero, por otra parte, sólo había otros dos judíos, y eso supuso una novedad, desde luego. Este año, había cuatro judíos con sus esposas y a tres no los conocía. Tal vez ni fueran judíos. Le irritaba la costumbre que había adquirido últimamente de preguntarse, cada vez que veía una cara nueva, si pertenecía a un judío. Claro que cada vez le irritaban más las cosas que hacía y los pensamientos que cruzaban por su cabeza, y se sentía más y más

condicionado por su judaísmo. Era una sensación opresiva. «¿Por qué en el Ejército no le ocurría esto?», se preguntaba. Claro que en el Ejército él formaba parte de un todo, mientras que aquí era un extraño; se sentía extraño cuando entraba en los hogares judíos de los miembros de su comunidad, e incluso algunas veces se sentía extraño en la misma sinagoga.

«Qué tontería —se dijo. —Yo pertenezco a este lugar, y estas personas son amables, cariñosas y parecen encantadas de verme».

Millie Carter era una cocinera excelente, y el aparador estaba colmado de una rica variedad de platos otoñales de Nueva Inglaterra: un puchero de judías, budín indio, una enorme ensalada de cebolla con maíz tierno, guisantes, tomates y lechuga, una fuente de pollo frito y un jamón asado.

—Tanto usted como Martin están escandalosamente delgados —le dijo Millie. —Vamos, coma, coma y coma. Eso me halagará. ¿Conoce a todo el mundo?

—Casi. —David miraba a una mujer alta y delgada, de unos treinta años y por lo menos un metro setenta y cinco. Tenía los rasgos faciales muy acusados, nariz prominente, pómulos salidos y ojos pardos. De poseer unas facciones menos definidas, su amplia y plácida frente le hubiera dado un aspecto bovino, pero en su caso la hacía extraordinariamente atractiva.

—A ella no la conoce —dijo Millie. —Voy a presentarles. Sea amable con ella. Lo necesita.

—¿Por qué? ¿O es, simplemente, que a todos nos viene bien un poco de amabilidad?

—Ya hablaremos. Venga. Se llama Sarah Comstock.

Sarah Comstock le estrechó la mano con firmeza. La suya era fuerte y cálida.

—Encantada, rabí Hartman. Me alegro de que esté en el Ridge. Estaba deseando conocerle. Nunca había hablado con un rabino.

—Es natural que estuviera intrigada.

—Perdone. No quise decir eso. Le he ofendido, ¿verdad?

—No. Oh, no. Yo tampoco quise decir eso.

—¿Empezamos otra vez? —sonrió ella. Tenía una sonrisa que le iluminaba la cara transformándola por completo, suavizando ángulos y planos.

—Por favor.

—¿Y su esposa? —preguntó ella mirando en derredor. —He oído hablar mucho de ella, de lo bonita e inteligente que es. Ella y Millie tienen prácticamente terminado el libro de cocina que están escribiendo, *Recetas de la Rectoría*, cómo preparar platos de *gourmet* con el sueldo de un pastor o de un rabino. Tiene una sección dedicada a la cocina judía, y Millie cree haber encontrado a un editor... —Se interrumpió al ver la expresión de David. —No sé qué me pasa esta noche. Yo no suelo charlar por los codos. —Movié la cabeza tristemente. —Usted no estaba enterado, ¿verdad?

—Probablemente, piensan decírmelo cuando tengan editor.

—Claro. Iba a ser una sorpresa. Pero no quiero acapararle. No tengo la noche,

rabino.

—Por favor, *Mrs. Comstock*, ni me ha ofendido ni ha dicho nada que esté fuera de lugar. Mi esposa ha tenido que ir a ver a su familia a Nueva Jersey, por eso vine solo. ¿Por qué no me presenta a su marido? —preguntó él, por decir algo.

Sarah Comstock señaló con un movimiento de cabeza a un hombre de unos cuarenta años, rubio y bastante bien parecido, que estaba hundido en una butaca, con la cara congestionada y un vaso en la mano. A su espalda, David oía vagamente a alguien que hacía el inventario de los muebles, las piezas que habían sido fabricadas en Filadelfia hacia mil setecientos sesenta, la mesa de costura, obra del propio Hilton, que habían pertenecido a la familia de Millie Carter durante varias generaciones.

—Ése es mi marido, señor rabino —dijo Sarah Comstock con amargura. — Llegamos a las nueve y va por el quinto vodka... con hielo, a razón de casi un cuarto de litro por vaso. Un par de vasos más, y Marty me ayudará a echarlo al coche, y yo me lo llevaré a casa. —Y con estas palabras dio media vuelta y se alejó rápidamente. Después, cuando David la buscó, ya se había ido.

A la mañana siguiente, después del oficio, Jack Osner preguntó a David si podían hablar un momento en el despacho. Una vez allí, estuvo hablando de cosas triviales hasta que David le instó a ir al grano.

—El juez Interman, el que lleva el caso de los espías atómicos, es un viejo amigo.

David había seguido el proceso en los periódicos, con profunda tristeza. Ahora movió afirmativamente la cabeza.

—Estuvimos juntos durante la guerra...

David no dijo nada. No le inspiraba ninguna simpatía el juez Interman.

—Quiere hablar contigo. Bueno, no precisamente con David Hartman, sino con un rabino. Él pertenece al Templo Emanu-El de Nueva York, pero prefiere no hablar con su rabino.

—Pues en Nueva York no faltan rabinos —dijo David sin entusiasmo.

—No, desde luego. Pero yo te conozco, y le he dicho que en ti se puede confiar. Y es que me parece que él desea hablar con alguien de fuera.

—De acuerdo —dijo David. —Hablaré con él. Tiene unos cincuenta años, ¿no? ¿Y no preferiría a un hombre de más edad?

—No. Él ya sabe cuántos años tienes. ¿Podría ser mañana?

—¿Mañana? Había pensado ir a Nueva Jersey a buscar a Lucy y a los niños.

—David, es algo muy importante para él... y para mí.

—Está bien.

—¿A eso de las tres?

—De acuerdo.

—Él irá a mi casa y yo te lo traeré.

Todo, muy misterioso. Sin saber por qué, a David le desagradaba el asunto pero le brindaba el medio de acallar los remordimientos por no estar con Lucy y un pretexto para mantenerse alejado de la boda. Había pensado que podría ir a Jersey el domingo

y llegar una vez terminada la ceremonia. Pero ahora podía abandonar la idea, y cuando Lucy llamó, él le explicó la visita que le había preparado Osner.

—Ese hombre no me gusta, David. ¿Por qué tienes que complacerle?

—Es un ser humano, y miembro de nuestra congregación.

—Eso lo somos todos. Bueno, no te quedes solo en casa cavilando. Invítate a cenar en casa de alguien. Me alegro de que fueras a la fiesta de los Carter anoche. ¿Conociste a alguien interesante?

—Pues... no, a nadie. —No mencionó a Sarah Comstock ni hizo referencia al libro de cocina.

Después de la conversación telefónica, David se preparó un bocadillo, calentó café de la víspera y trató de leer. Pero no podía concentrarse, por lo que cerró el libro y puso la radio. Lucy opinaba que no debían exponer a los niños al nuevo e insidioso medio de diversión llamado televisión, y él estaba casi de acuerdo. Pero, de todos modos, tampoco tenían dinero para un televisor, por lo que no cabía discutir. Sin embargo, hoy David se habría sentado gustoso delante de la pantalla, abstraído, sin pensar en nada.

Terminó el bocadillo y estaba a punto de salir a dar un largo paseo cuando sonó el teléfono. Era Sarah Comstock, que le dijo:

—No sabía a qué hora termina su liturgia el sábado, ni quería importunarle durante sus devociones personales, por eso no le he llamado antes. Son casi las tres y necesito hablar con usted, necesito verle, rabino. Por favor... —Lo dijo de un tirón, sin pararse a respirar, como si quisiera terminar antes de que David pudiera interrumpirla.

—Estoy a su disposición.

—¿Dónde puedo verle?

—Vaya a mi despacho de la sinagoga..., dentro de media hora. ¿Conforme?

—Sí. Hasta luego.

Después él la recordaría tal como la vio al abrir la puerta del despacho. Llevaba su pelo castaño claro recogido en la nuca al desgaire, traje de chaqueta de lino marrón, blusa blanca y sandalias. Iba sin medias.

—Debería haberme arreglado —dijo en tono de disculpa. —Yo no voy a la iglesia con esta facha y tampoco debí venir de este modo. Pero como dijo usted media hora...

—Está muy bien.

—Al pasar, vi bailar a las niñas ahí detrás. Estaban encantadoras.

—Son las alumnas de Jenny Levine, que estaba en la compañía del Teatro de Ballet Americano. Es una suerte para nosotros tenerla en la congregación. Da clases gratis. Nosotros somos todavía más pobres que Martin, si eso es posible.

—Pero este edificio es muy hermoso.

—De ahí nuestra pobreza. Siéntese y procure relajarse.

Ella se sentó apretando el bolso con las dos manos y se quedó con la mirada fija

en el suelo.

—No sé cómo empezar —dijo en voz baja. —Le habrá parecido una impertinencia que le llamara con tanta perentoriedad...

—Entonces no empiece, *Mrs. Comstock* —interrumpió él. —Hablemos, sencillamente, y si en algo puedo ayudarla o servirle de consuelo, saldrá por sí solo. Pero ante todo tengo que preguntarle una cosa, y es sólo porque Martin es un buen amigo. ¿Por qué no ha acudido a él?

—Porque él es el mejor amigo de Harvey. —Ella empezó a llorar. —Maldita sea, no soy una llorona. —Se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel.

—¿Quiere beber algo?

—Sí.

—Tengo vino dulce. Es el del culto, y no sabe muy bien.

—No importa.

Él se lo sirvió en un vaso de plata con pico, que utilizaba para el Kiddish y ella lo bebió sin respirar.

—Gracias. Esta mañana, a las diez —dijo escuetamente, mientras seguía secándose los ojos—, he querido matarme. Yo no soy una suicida. Antes, nunca había pensado en el suicidio; pero esta mañana, a las diez, me dije que era la única solución. Vací un tubo de veinte aspirinas en un vaso de agua y las dejé disolverse. Eso le dará una idea de lo estúpida que soy en materia de suicidio. Entonces recordé casos que había oído comentar, de niños que se habían tragado las aspirinas a puñados y lo habían resistido perfectamente, por lo que las tiré a la taza del retrete y me dije: Marty nunca pudo ayudarme, pero tal vez un rabino sea diferente. Puede que él sepa cosas que ignora un ministro congregacionista. Además, tiene usted cara de buena persona, y Dios sabe que necesito caridad.

—Hablemos, pues. La caridad está escasa, pero no tanto. Ante todo, vamos a desterrar esas ideas de suicidio.

—Ya lo he superado. No porque sea pecado mortal... ¿Lo es también para ustedes?

—No en el mismo sentido. Pero es algo que daña a muchas personas... no sólo al que muere.

—¿Y a quién haría daño el que yo muriera?

—No conozco a las personas que forman parte de su vida, pero haría daño a Martin, y a Millie... y a mí.

—Usted apenas me conoce.

Él asintió sonriendo.

—¿Querría usted llamarme Sarah, por favor? —preguntó ella de pronto.

—Es un antiguo y hermoso nombre judío. Así se llama mi hija.

—Lo han llevado muchas mujeres de mi familia. Judío, sí. Nunca lo había pensado. —Su rostro se iluminó con una sonrisa y, al igual que la noche antes, aquella sonrisa la transfiguró.

—¿Y por qué las aspirinas y el querer suicidarse? —preguntó David.

—Un día llegas al final de la cuerda. O eres ese niño que ayuda a levantarse al potrillo un día y otro. Pero el potrillo crece, y llega el momento en que el niño ya no puede seguir levantándolo. Ese momento ha llegado para mí. Se me han cerrado todas las puertas, hasta la última maldita puerta.

—Su marido es un alcohólico y, al parecer, tiene que resultarle difícil y muy doloroso vivir con él. ¿Por qué no se divorcia?

—Porque no puedo.

—Pero usted no es católica. ¿Lo es él?

—No tiene nada que ver con la religión, rabino. ¿Ha conocido usted a muchos alcohólicos?

—A algunos.

—Tengo entendido que no es un mal que aqueje especialmente a los judíos. Tal vez sea sólo una maldición nuestra. Es terrible. La persona se convierte en otro ser; no puedes comunicarte con ella, ni razonar, ni suplicarle, y se pierde el control, y el respeto y la vergüenza. Y ese ser grotesco y enajenado es tu marido. Luego se le pasa la borrachera y le dices que ya estás harta. Ya no lo resistes más. Voy a dejarte. Y él se arrodilla y se arrastra a tus pies llorando como un niño y te besa las manos, y te suplica, y eso ya no es un hombre, es sólo un niño medio idiotizado... Pero tampoco es por eso por lo que no puedo divorciarme de él.

—¿Cuánto hace que se casaron?

—Cuando él se fue a la guerra. Hace ocho años. —Ella movió la cabeza. No estoy diciendo la verdad, por más que lo intento. Es muy complicado. Estoy hablando y no hago más que pensar que usted posee un poder mágico para liberarme... —Su voz había ido apagándose, y David se quedó esperando expectante, mientras la veía luchar consigo misma, dar suelta a la emoción y luego reprimirla.

—¿Tiene usted idea de cómo era yo de niña, e incluso de adolescente? —preguntó ella inopinadamente.

David movió negativamente la cabeza. Ella estaba probando otro enfoque. Hacía un momento, él pensó que tal vez aquella mujer estaba al borde de una crisis nerviosa y desvariaba, pero ahora empezaba a vislumbrar una trama, aunque muy tenue y deformada.

—Yo era más fea que un demonio. Mido un metro setenta y cinco, y a los catorce años ya era tan alta como ahora, con unos brazos y unas piernas largos y flacos, lisa como una tabla, pecosa, con los codos y las rodillas rojos y cara de gárgola. Así me veo todavía y así seguiré viéndome hasta que me muera. ¿Sabe usted lo que hacían los chicos al verme? Se reían. Conocí a Harvey en la Universidad. Era el más guapo de la clase, y se enamoró de mí, y se casó conmigo, y por eso no puedo divorciarme de él. —Las últimas palabras las dijo entre unos sollozos que le sacudían todo el cuerpo.

David la miraba estupefacto. Ella le lanzaba un grito de angustia y él era incapaz



de responder. ¿Qué podía hacer por aquella mujer? Era de otro mundo, de otra cultura, tan ajena a él como la de los sherpas del Nepal, por ejemplo, aunque no se explicaba por qué se le había ocurrido semejante comparación. ¿Había conocido él a un alcohólico como su marido? Durante la guerra, algunos soldados volvían de permiso borrachos como una cuba, para evadirse, para olvidar, para buscar un poco de felicidad. Él mismo lo probó una vez, y el cerebro se le hizo puré y las entremidades se le antojaban de goma. Pero aquello no era alcoholismo. ¿Por qué se salía ella de su mundo y pretendía entrar en el de él? Ahora lloraba mansamente. No llevaba maquillaje, y David se dijo que, en cierto modo, era una de las mujeres más hermosas que había visto en toda su vida.

—Pero, sin duda, sabe usted lo hermosa que es —le dijo.

Ella le miró fijamente con los ojos llenos de lágrimas.

—Quiero decir que para darse cuenta no necesita más que un espejo y un poco de sentido común. O una simple foto.

—Usted no lo entiende, ¿verdad? —preguntó ella tristemente.

—Me temo que no.

Ella se levantó para marcharse, pero David se puso en pie rápidamente y le oprimió un hombro con suavidad.

—No se vaya, por favor.

—¿Por qué no? Sólo he venido a importunar. ¿Tiene «Kleenex» o algo parecido?

Él encontró un paquete en un cajón del escritorio y se lo dio.

—En cierto modo, lo que he hecho resulta insultante —dijo ella, más serena, secándose los ojos. —Le he dicho: ustedes, los judíos, son diferentes. No son como las demás personas. Tienen poderes mágicos.

David sonrió levemente.

—Incluso unos modestos poderes mágicos nos habrían resultado muy útiles. Permita que le hable con franqueza. Probablemente, la única forma en que puedo ayudarla es escuchando, si es que necesita a alguien que la escuche. Pero opino que es usted una mujer fascinadora y si está libre esta noche me gustaría llevarla a cenar y escuchar lo que tenga que decir.

—¿Y darme algún que otro consejo?

—Si ha de servirle de algo.

—Puedo arreglarlo —dijo ella. —Harvey está en el club, borracho ya, seguramente. Habíamos quedado en cenar juntos, pero no me será difícil escabullirme. ¿Y qué me dice de usted, rabí Hartman? Su esposa está fuera, y si alguien le ve conmigo...

—Murmurará. Pero podemos ir donde no nos conozcan. ¿Qué le parece el restaurante de Ridgefield?

—¿A las ocho?

David asintió. Ella le dio la mano y se fue. Él no se ofreció a acompañarla hasta el coche, y en seguida comprendió que, normalmente, eso hubiera hecho con cualquier

visita. Por mucha compasión que le inspiraran los sufrimientos de Sarah Comstock, aquella cita para cenar era consecuencia de la atracción que ejercía en él otra mujer. No cabían paliativos. «No deseo que salga de mi vida».

Pero, aunque no se mintiera a sí mismo, tenía que mentir a Lucy. «¡Ay, Dios mío! —pensó. —Estoy andando por el borde de un precipicio. ¿Qué diablos pretendo?».

Llamó por teléfono a Lucy.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó ella.

—Tengo que salir de aquí, por lo menos durante un par de horas.

—Pues ven a buscarnos.

—No puedo, Lucy. No me siento con fuerzas de enfrentarme a tu familia. Tal vez me acerque a Nueva York. —Se cubría las espaldas, disponiendo cortinas de humo y salidas de emergencia.

—Ya puedes figurarte cómo te echo de menos... entre toda esta gente —dijo Lucy. —David, si no te hubiera conocido, me parece que me habría quedado soltera. No tienes idea de lo estimulante que resulta, a pesar de ser una lata. La casa está cerca de Asbury Park. Es enorme, de estilo victoriano, y hay una verdadera avalancha de comida. Comparada con esta cornucopia, nuestra vida en el Ridge resulta francamente ascética. Sarah tiene un resfriado.

David tuvo un sobresalto. En su cerebro, una Sarah había desplazado a la otra y durante un instante creyó que Lucy le hablaba de Sarah Comstock. Pero era su propia Sarah, su chiquilla bonita, la que había pillado un resfriado. Cuando colgó el teléfono, se quedó moviendo la cabeza. «¿Qué diablos voy a hacer?», preguntó en voz alta. Buscó el número de los Comstock en la guía. Daría cualquier excusa... No, diría la verdad, lisa y llanamente. Él era rabino, estaba casado, quería a su esposa tanto como pudiera quererla uno al cabo de cinco años de matrimonio, y tenía dos hijos.

Dejó sonar el teléfono diez veces. No contestaron.

—Sabía que era usted —dijo ella aquella noche, cuando estaban sentados a la mesa. —Por eso no contesté. Sabía lo que quería decirme, que era un rabino, que estaba casado, que tenía hijos, que estaba enamorado de su esposa, y que debíamos olvidarlo.

—¿Cómo lo supo?

Sarah se encogió de hombros.

—A veces, no tienes más que ver a una persona, y te parece que la conoces perfectamente. O bien puedes llevar varios años casada con un perfecto desconocido.

—Eso es bastante romántico, ¿no?

—Esta noche me siento romántica. —Le sonreía plazeramente. —Aquí me tiene, en una cita clandestina con un rabino judío...

Él se rindió a su aire festivo.

—Como casi todos.

—Sí, claro. No crea que estoy borracha. Yo no bebo, lo cual no le sorprenderá... David. ¿Puedo llamarle David? Es un nombre muy bonito. A pesar de lo deprimida y

hasta suicida que estaba esta mañana... maníaco-depresiva estará pensando, ¿no?

—No; estaba escuchando y tratando de averiguar de qué color son sus ojos.

—Quiá. Sólo quiere mostrarse amable conmigo mientras piensa que ojalá no estuviera aquí.

—En parte es verdad —admitió David.

—¿Y en parte?

—En parte me alegro de estar aquí. Llevo una temporada aburrido, deprimido y enojado conmigo mismo. Esta noche lo único que me atormenta es la sensación de culpabilidad.

—¿Por qué? No está haciendo nada malo, y con su sola presencia me ayuda más que con todos los consejos que pudiera darme. Me he sentido tan sola. Y asustada.

Tras un prolongado silencio, David le preguntó qué la asustaba.

—La muerte. No quiero morir. Es todo tan hermoso, y yo ni siquiera lo he probado, a lo sumo, habré lamido los bordes. ¿Sabe que es usted muy guapo, David? Alto, delgado, con esos ojos azules como un lago. Somos la pareja más atractiva del local, aunque dentro de mí siga habiendo una muchacha fea y flacucha. Hacía años que no me sentía así. Me siento hermosa. No quiero morir.

—No morirá. Por lo menos, en muchos años.

—A veces, trato de hacer que Marty me hable del cielo. Pero no creo en él. Es francamente ridículo. El cielo, el infierno..., ¿quién puede creer en eso? Pero Marty no quiere hablar de ello. Reza, me dice. ¿Qué clase de cielo prometen ustedes?

—Ninguno.

—Sólo cerrad los ojos y a dormir. ¿Es eso?

David asintió.

—Es lo que hacemos todas las noches.

—No parece tan terrible, ¿verdad? Pero cada vez que me acuerdo de los versos de Swinburne, «... sólo el sueño eterno, en la noche eterna» me echo a temblar. Aborrezco a Swinburne. Es un farsante sensiblero. Me sublevan él y su hedonismo falso y trasnochado. Pero hay un Dios. Tiene que haber un Dios. Conoce la anécdota de Ingersoll, el célebre ateo Ingersoll, ¿verdad, David? Un día, Ingersoll fue a visitar a un amigo que tenía un objeto maravilloso, un sistema solar en miniatura hecho de cristal y finísimo alambre, y le preguntó quién lo había hecho. El amigo le respondió: «Nadie. Se hizo solo». Pero usted cree en Dios, David. Tiene que creer.

—Sí, pero no siempre es fácil. Pero Ingersoll era agnóstico, no ateo. Él ansiaba creer.

—Usted es igual que Marty Carter. No quieren hablar de Dios ni del Más Allá. Se sienten incómodos. Pero, si yo fuera judía, no tendría mucha correa con un Dios que contempla impasible la matanza de seis millones de hermanos míos. ¡No! No quiero polemizar sobre eso. Quiero pedir la cena. Este lugar es muy bonito, David. Yo he dicho siempre que en Nueva Inglaterra todos los restaurantes tendrían que ser hosterías y, el día en que se les terminen las hosterías, deberían copiarlas.

—Es usted una mujer extraordinaria, Sarah. Pero no comprendo esa obsesión por la muerte y el Más Allá.

—Es un miedo que no me deja ni un instante.

—¿Ni ahora?

—Ahora sí, y que Dios le bendiga.

—¿No ha buscado remedio para eso?

—Fui a verle a usted.

—Me refería a alguna clase de terapia.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no deseo eso. Ahora deseo pedir la cena. No he comido nada en todo el día y me muero de hambre. Quiero que usted elija lo que más le apetezca, luego pediré yo y hablaremos.

Parecía una adolescente simpática y modosa. Estaba satisfecha de sí misma, de David y de la velada. Sus facciones angulosas se habían suavizado y la luz de las velas ponía destellos mágicos en sus ojos color de ámbar.

—Es tan difícil ser alegre y pizpireta cuando mides metro setenta y cinco —dijo. —Pero así es como me siento esta noche. ¿Qué son lechecillas? ¿Lo sabe usted?

—Sólo sé que están dentro de la ternera.

—Tampoco lo sabe. Pero no las he comido nunca, y no es ahora el momento de hacer la prueba. Me parece que tomaré pierna de cordero asada. Mi abuela materna era francesa y una entusiasta del cordero asado. Creo que es una obsesión nacional de los franceses. ¿A usted le gusta?

—Mucho. ¿La tomamos los dos?

—No, no, no, mi querido David. Usted pida lo que más le apetezca.

—¿Hamburguesa? —aventuró él titubeando.

—¿Lo dice en serio? Menos mal que no está en el menú. De acuerdo, dos de cordero. Sopa, ensalada, cordero... Eso es, cocina de Nueva Inglaterra, sencilla y nutritiva. ¿De dónde es usted, David? ¿Dónde nació?

—En la ciudad de Nueva York.

—Yo en Boston. Mi apellido de soltera es Lowell, aunque no tengo nada que ver con los opulentos Lowell. No somos ni parientes lejanos, aunque estoy convencida de que fue mi apellido lo que me abrió las puertas de la Universidad. Quiero decir el no negar el hipotético parentesco. Parece perplejo. ¿Es que no sabe ese maravilloso soneto que dice: Boston, Boston, tierra de habichuelas y puerto del bacalao, donde los Cabot sólo hablan con los Lowell...? ¿o viceversa? Bueno, algo por el estilo... Y los Lowell sólo hablan con Dios. Sí, ya sé que no es un soneto, porque el soneto tiene catorce versos endecasílabos, y es una forma estúpida de escribir poesía. Yo era una empollona. Cuando eres más fea que un pecado, no tienes más remedio. Pero basta ya. Ahora habla usted.

—Prefiero escuchar.

—Oh, no. Eso es que quiere hacerme la terapia.

—No, no, en absoluto. Estoy hechizado. Me siento inundado de sol, Sarah.

—Eso es porque usted y yo nos conocemos bien, rabino.

—No —dijo David firmemente. —No somos adolescentes, y no nos conocemos.

Cada uno de nosotros es un misterio para el otro. Hace cinco años que estoy casado, y mi mujer y yo seguimos siendo dos extraños. ¿Sabe usted quién es su marido, Sarah?

—A veces, Dios me valga.

—Sin embargo... —Extendió el brazo y le tomó la mano—... en este momento, Sarah Comstock... y le hablo sinceramente y sin rodeos, me parece que estaría dispuesto a sacrificar mi vida entera para estar a su lado. Pero eso no es lógico ni realista, ¿verdad?

—Me temo que no —dijo ella tristemente, con los ojos brillantes.

—Los dos comprendemos nuestras ilusiones y fantasías, y unas y otras se entremezclan. Durante la guerra, los chicos se iban con un día de permiso y al volver decían: rabino, estoy enamorado. Era el flechazo. Una ilusión. A mí nunca me ocurrió eso, ni siquiera cuando conocí a Lucy.

—A mí me ocurría con los actores de cine, no con las personas de la vida real. —Volvió la mano de manera que la palma oprimiera la de David. —Acudí a usted, mi querido David, en un momento de desesperación, y usted me ayudó más de lo que pueda imaginar. Esta noche me ha hecho muy feliz. Creo que está enamorado de mí, como esos soldados de que me hablaba. Pero no voy a llorar. Basta ya de esto. ¿Quiere encargar la cena?

Después de cenar, pasaron al bar. Ardía un buen fuego en la chimenea. David pidió dos copas de oporto. Se sentaron junto al fuego contemplando las llamas y saboreando el dulce vino.

—Me gustaría que esta noche no terminara nunca —dijo Sarah.

—Pero tiene que terminar, mujer. Hemos de volver a la realidad. —Él se inclinó y le dio un beso. Ella abrió los labios, como si todo su cuerpo se fundiera a su contacto.

—Pero podemos quedarnos un poco más. Sólo son las diez.

—Desde luego.

—Cuando yo era niña, en mi casa teníamos una chimenea. Nada me gustaba tanto como tumbarme en el suelo a contemplar las llamas. ¿Tú tenías chimenea, David?

—No, vivíamos en un viejo apartamento de Nueva York de lo más corriente. Los Hartman son una familia muy antigua y rica de Nueva York, pero, al igual que vosotros y los Lowell, nuestro parentesco con ellos era muy lejano.

—¿Por qué te hiciste rabino, David? Contesta.

¿Lucy le había hecho aquella pregunta? ¿O, eran cosas que Lucy no necesitaba preguntar? Se quedó mirando a Sarah sin responder.

—¿David?

—No es fácil de explicar —dijo al fin. —Tal vez quisiera demostrarme a mí mismo que aún quedaba en el mundo compasión y rectitud. No lo sé. Pero tampoco

es eso. No sabría explicarlo sin parecer necio y presuntuoso. Uno ansia ayudar al prójimo. Uno quiere encontrar su lugar en el mundo. Nosotros tenemos la leyenda de los Lamed Vov, los treinta y seis hombres justos y caritativos que debe de haber en cada generación, para justificar la supervivencia de la raza humana.

—¿Y si son destruidos? —preguntó ella.

—Entonces se acabaría la vida del hombre. Verás, Sarah, la decisión que tomó Martin de hacerse ministro, y la que tomé yo de hacerme rabino son decisiones que uno se plantea de muy joven. Tanto él como yo éramos lo bastante jóvenes como para conservar las ilusiones. Mi familia no era muy religiosa. Al igual que la mayoría de los judíos alemanes que llegaron aquí durante el siglo pasado, mis padres casi habían olvidado que eran judíos. Muchos de los Hartman eran ricos y se habían casado con gentiles. Nosotros, no, desde luego. Creo que fueron Hitler y sus nazis los que nos refrescaron la memoria a muchos de nosotros. Entonces recordamos que éramos judíos. No sé si eso contesta tu pregunta.

—Probablemente, no. Pero ¿por qué tienen que contestarse las preguntas? Sólo hay que contestar las que no se hacen. Dame la mano, David. —La tomó entre las suyas. —Quiero acercarme a ti y encuentro a Dios. —Él movió negativamente la cabeza y ella sonrió con serena satisfacción. —Me has transmitido la magia. Ahora sé cosas que tú ignoras, David. Es la primera vez en muchos meses que no tengo miedo.

—Mi querida, querida Sarah —dijo David. —Hemos hablado tan sólo un par de horas. Cada uno de nosotros tiene sus propios anhelos. En este momento nos sentimos muy cerca el uno del otro, pero somos dos desconocidos.

—No somos desconocidos.

—Yo podría enamorarme de ti muy fácilmente, pero no puedo —dijo David, apenado. —Tú sabes que esto no puede conducir a nada.

—A algo nos ha conducido ya.

—Nos quedaremos media hora más y, luego, cada uno subirá a su coche y se irá a su casa.

—Sí. Y no perturbaremos las vidas que nos hemos fabricado por aferrarnos a este momento. «La sombra que cruzó mi vida, convirtiendo mi mente en un desierto, me reconcilió con mis semejantes, y me dejó sumido en la oscuridad». Ese poema lo aprendí mucho antes de ir a la Universidad, David. Hay versos que definen toda una vida. Éstos podrían ser mi divisa. Verás, en el fondo yo no me creo fea. Bueno, sí y no. Bueno, por lo menos, los hombres me han dicho que soy hermosa casi hasta llegar a convencerme. Pero ¿qué puede importar eso, David? Estoy divagando, porque mi cabeza divaga.

—El miedo pasará —murmuró David.

—Esta noche no tengo miedo.

—¿No habrá dificultades con tu marido?

—Estará sin sentido. Si es que duerme en casa.

Fuera, el aire fresco y límpido que anunciaba el otoño les hizo apretarse el uno

contra el otro. Junto a los coches, David la abrazó. Se estrechaban mutuamente con frenética desesperación.

—Conduce con cuidado —susurró David.

Ella le besó, volvieron a abrazarse, y ella subió a su coche y se fue. Conducía un «Mercedes». Era 1951, sólo seis años después del Holocausto. Él se decía que esto no podía tener ningún significado para ella, pero acrecentaba sus propios remordimientos. La nube de romanticismo empezaba a disiparse, y se disipó más aún durante el trayecto hasta su casa. Él se había aprovechado de una infeliz neurótica que había acudido desesperada en busca de ayuda. Tal vez tranquilizara su conciencia imaginar que aquél era un amor sublime e irresistible de novela romántica, pero la brutal realidad era que, tal vez, en aquel mismo momento Lucy podía estar arrullando a otra Sarah que se había despertado llorando. Trató de analizar sus sentimientos: ¿Qué sentía él por Lucy, su esposa, y qué sentía por aquella hermosa y torturada mujer llamada Sarah, a la que había conocido la víspera? ¿Alguna vez Lucy le había envuelto en aquel hechizo? Lucy le habría dicho, sencillamente: Baja a la tierra, rabino. Los hechizos son pamplinas, eso lo sabes tú tan bien como yo. La velada le había costado unos veinte dólares. ¿Cuánto tiempo hacía que no llevaba a Lucy a cenar fuera de casa? Claro que Lucy estaba siempre ahí. Y seguiría estando. Más adelante habría tiempo para todo. Era un alivio poder aplazarlo.

Aquella noche no pudo dormir. Estuvo dando vueltas y vueltas hasta que, abandonando todo intento de conciliar el sueño, se levantó y se puso la bata. La casa estaba helada. Al principio, trató de soportar el frío, al pensar que, después de haber gastado en una sola noche casi lo mismo que Lucy en la compra semanal, no tenía ningún derecho a quemar fuel. Pero el ascetismo nunca fue el fuerte de David, ni en el orden clerical ni en ningún otro, y al cabo de unos minutos conectó la calefacción, diciéndose que bastante expiación era el sufrimiento moral. Era lo bastante tarde, o lo bastante temprano, según se considerara, como para que sus pensamientos tuvieran un aire solemne, y mientras repasaba mentalmente los sucesos del sábado por la noche, trataba de situarse a sí mismo en relación con ellos.

No era fácil. A él le gustaban las mujeres, le habían gustado siempre, incluso cuando era niño. De mayor, las mujeres le intrigaban, le encantaban, le fascinaban y le hacían pensar una y otra vez que acaso la Humanidad, que estaba a punto de irse al traste, aún pudiera redimirse por obra de las mujeres. Y, por fortuna, varias mujeres le habían querido, aunque en circunstancias muy especiales, ya que pertenecía a una generación que había entrado en la edad viril durante la guerra más sangrienta y espantosa de todos los tiempos.

Luego se casó.

Pensó en su matrimonio con Lucy. Nunca había sido infiel a su mujer. ¿Por qué había de serlo? Él dispensaba los votos del matrimonio, y los respetaba, y Lucy era una mujer encantadora, inteligente y totalmente entregada a su marido, lo cual,

habida cuenta de su profesión, ingresos y posición en el mundo, no era empresa fácil. Tenían sus horas bajas, pero en conjunto, consideraba que el suyo era un buen matrimonio. Y entonces entró en su vida Sarah Comstock.

Él trató de ayudarla, ¿o no? La abrazó y la besó. No me acosté con ella, se dijo irritado. La ayudé. Ella dijo que la había ayudado. Así lo recalcó.

Entró en su estudio, encendió la luz y se dejó caer, cansado y desmoralizado, en el sillón del escritorio. Allí estaba el correo del día, aún sin abrir. Encima de todo había una carta de Mike Benton. Ya que no podía dormir, decidió leer el correo. Empezó por la carta de Benton. Decía así:

Querido rabino Hartman: Menos mal que me uní a su congregación, a pesar de ser el más descreído rufián de este mundo y de que no me gustan los judíos mucho más que los católicos o los protestantes, aunque esto no va por la gente, sino para los pelmazos que suben al púlpito —y no me refiero a usted—, porque, por lo que se refiere a Dios, si yo creyera en ese pedazo de sádico que se divierte con cosas como la guerra que tuvimos que pasar y el capullo de Adolf, me dedicaría a escribir editoriales contra él y hacer campaña para que se buscara otro sistema solar donde poner en práctica sus fantasías de lunático.

David interrumpió la lectura, pensando que la frase era larga y estrambótica pero en ella podía haber tema para un sermón. «Oh, no, Hartman, ahora mismo deberías presentar la dimisión. Ahí tienes a un miembro de tu congregación que está agobiado por la angustia y trata de expansionarse de la única manera que conoce, y hace un par de horas dejaste a una mujer sumida en su propia angustia, y a ti sólo se te ocurre aprovechar la ocasión para buscar tema para tus ramplonas pláticas».

Pero comprendió que incluso aquel acto de acusarse en voz alta en una habitación vacía no era sino un intento de pulir su propia imagen, que no le favorecía en nada, sino todo lo contrario.

—Está bien —añadió, también en voz alta. —Basta ya de tratar de hacerte el santo, porque eso también son monsergas.

Siguió leyendo:

Todo lo que antecede viene a cuento porque usted es una de las personas a quienes me está permitido escribir.

¿A quién se puede escribir en una prisión federal? ¿Al corredor de apuestas, a la amiguita, al proveedor de droga? ¡Ni pensarlo! Estos meticulosos federales te especifican: puede escribir a su abogado, madre, padre, hermanas, hermanos, sacerdote, pastor o rabino. Puesto que a mi abogado le debo doce de los grandes, él no tiene el menor deseo de perder el



tiempo carteándose conmigo, y yo no tengo madre, ni padre, ni hermanos. La pobrecita Mitzie, pobre criatura, no tiene ningún grado de parentesco conmigo, así que sólo queda el rabino Hartman. Pero yo sé que usted le leerá esta carta, ya que ella ha sufrido mucho más que yo con este demencial asunto. El terror que yo sentía ante la idea de venir aquí ha ido disminuyendo poco a poco, y ahora, tres semanas después de haber empezado a cumplir la sentencia, ya estoy bastante tranquilo.

Creo que ellos tenían buenas razones para mandarme aquí. Al decir «ellos» me refiero a James Bennett, comisario federal de Prisiones, un hombre civilizado que trabaja de firme en una selva de trogloditas, y «aquí» es una penitenciaría de las montañas de Virginia Occidental. Todo lo que pueda escribir acerca de la configuración del lugar será censurado, pero no tengo inconveniente en declarar que es bastante civilizado para una cárcel, y supongo que Bennett me agradecerá que escriba algo sobre ella cuando salga, lo cual ocurrirá dentro de cinco meses. Seis meses. Uno de los presos me dijo el otro día: «Seis meses. Eso me lo haría yo cabeza abajo». Pero para mí es una eternidad, y hasta hace que ese estrafalario reducto burgués de Leighton Ridge me parezca agradable. Mitzie, mi querido amigo y rabino, sigue viviendo en la casa que alquilamos. Hágame el favor de ir a verla y leerle esto. Dígale también que me acuerdo de ella. Mierda, basta de pamplinas. Dígale que la quiero.

David volvió a acostarse y esta vez durmió hasta las ocho, hora en que le despertó el teléfono. Era Lucy.

—Quería hablar contigo antes de que empezara la boda. No estoy enfadada. Te quiero. ¿Te he despertado?

—Me quedé leyendo hasta tarde. —Primera mentira.

—Leche caliente. ¿No tomaste un vaso de leche caliente? Tú no me creerás, pero si tomas un vaso de leche caliente al acostarte dormirás como un niño. David, me gustaría que vieras la tienda que han montado aquí. Bueno, no es exactamente una tienda sino un pabellón, un pabellón judío que parece sacado de la Edad Media. ¿Estás ahí?

—No sé dónde estoy exactamente, Lucy. A las tres de la mañana, estaba sentado en el estudio, leyendo una carta de Mike Benton. Pobre hombre.

—¿Dónde está?

—En alguna prisión de mala muerte de Virginia Occidental.

—Y todo por negarse a ser un delator. Dave, es demencial. Esta noche estaremos en casa. No me gusta eso de que te quedes levantado hasta las tres de la mañana. La boda habrá terminado a las seis como muy tarde, y podemos tomar uno de los últimos trenes. ¿Irás a esperarnos?

—Claro que sí. Aguarda un momento, que mire el horario.

—Duerme la siesta antes de que llegue el juez.

—¿El juez? ¿Qué juez? —Lo había olvidado por completo.

A las diez tenía una clase para adultos sobre «el Antiguo Testamento, visión histórica», y se dio una ducha fría para despejarse. La clase estaba estudiando a los samaritanos, y David se sentía tan fascinado como sus alumnos por aquel extraño pueblo del antiguo Israel, de historia tan trágica como olvidada. A pesar de su noche de insomnio, salió airoso. Tenía en la clase a doce hombres y mujeres, y puesto que su asistencia demostraba que dedicaban al estudio de la Biblia horas de su mañana del domingo, él podía sentirse satisfecho.

Pero cuando regresaba a la casa nueva que le había procurado la congregación —una especie de rancho desnaturalizado con sabor colonial—, sus pensamientos volvieron a la escapada de la noche anterior. Tuvo que reconocer no sólo que estaba deseando volver a ver a Sarah, sino que su deseo era tan imperioso como el hambre.

Mientras esperaba la llegada del juez Interman, el amigo de Jack Osner, David sentía que lo que en realidad estaba esperando era una llamada de Sarah Comstock. Pero ella no llamó y a las tres en punto de aquel domingo por la tarde, Jack Osner dejaba al juez Interman en la puerta de la casa.

David los observaba desde una ventana, tratando de captar una primera imagen del juez, antes de tenerlo delante. Interman parecía un hombre corriente, tal vez con unos kilos de más, una espesa mata de pelo gris tirando a blanco y la cara un tanto abotargada. Parecía tener el hábito de morderse el labio inferior con nerviosismo, pero tal vez ello se debiera sólo a su tensión actual.

El recién llegado estrechó la mano a David moviendo la cabeza con gesto solemne. Su apretón de manos reflejaba cierta inseguridad, lo cual no era raro en quienes se encontraban por primera vez con su rabino; era una benévola incertidumbre que se reflejaba en sus ojos mientras le escrutaba.

—Bill Interman y yo nos conocemos desde hace mucho —dijo Osner. —Los dos fuimos oficiales del mismo juez del Supremo y antes estuvimos juntos en Harvard. Pero mientras yo me he quedado en simple abogado rural, él es juez federal. En fin, es la vida.

—Jack es un antiguo amigo —corroboró Interman.

—Será mejor que os deje solos. Mientras ustedes hablan, yo me acercaré a la sinagoga. Luego David te acompañará hasta allí y volveremos a mi casa.

Interman asintió y Osner se fue. David propuso pasar a su pequeño estudio. Interman parecía incapaz de abrir la boca, y David se quedó a la expectativa. Por fin, Interman le preguntó cuántos años tenía.

—Treinta y cuatro, juez Interman. Si le parece que no va a poder decir lo que desea a una persona de mi edad, lo comprenderé. No me sentiré ofendido.

—A pesar de todo, Jack Osner me dijo que ha pasado usted duras pruebas.

—Estuve en los frentes de Europa durante la guerra, si es eso a lo que se refiere.

—Lo que yo le diga, ¿quedará en secreto?

—Si usted lo desea, aunque yo no estoy vinculado al secreto profesional como un abogado, por ejemplo.

—Los sacerdotes lo están.

—Sí. Pero la confesión es parte integrante de la religión católica, no de la nuestra. —Pero, al observar el gesto de inquietud de su interlocutor, David añadió: —De todos modos, puedo asegurarle que si desea usted que nuestra conversación sea secreta, lo será. Sencillamente, tendrá que bastarle mi palabra.

—¿Le molesta que fume? —preguntó Interman.

—En absoluto.

Le temblaba la mano con que encendió el cigarrillo.

—Lo peor es la falta de sueño —dijo. —Desde que empezó este asunto no he podido dormir.

David asintió y siguió esperando. Toda su experiencia en el trato de jueces se reducía a haber formado parte de varios jurados, pero era suficiente para comprender que la figura de la toga negra que se sentaba al extremo de la sala de la audiencia, era como una especie de dios, más poderoso en ciertos aspectos que cualquier otro elemento de la llamada sociedad civilizada. Pero el juez federal que estaba ahora en su estudio le miraba con desamparo. Su expresión de autoridad y suficiencia se había borrado por completo.

—¿Ha seguido usted el caso de los espías de la bomba atómica? —preguntó el juez Interman a bocajarro sin rodeos, parpadeando como si acabara de despertarse.

—Sólo lo que publican los periódicos.

—¿Qué opina de ellos?

—Me dan lástima. Me siento apenado y desconcertado. Un miembro de mi congregación, un excelente guionista de cine, ha sido condenado a un año de cárcel por no revelar los nombres de las personas que asistían a reuniones de izquierdas. También él me da lástima. Y también siento lástima y vergüenza de mi país.

—¿Es que simpatiza usted con esa gente? —preguntó airadamente el juez.

—Yo soy rabino. Yo simpatizo con todos los que sufren. ¿Tanto le asombra, juez Interman? También simpatizo con usted porque ha tenido que juzgarlos.

—No, señor —dijo Interman con sequedad. —En este caso mi juicio no tuvo nada que ver. Esa gente traicionó a su país.

—Cierto.

—Creo que me equivoqué al venir aquí.

—Es posible.

De todos modos, Interman no hizo ademán de marcharse. No se levantó, ni miró el reloj. Permaneció sentado, mirando fijamente a David y, al cabo de un par de minutos, David dijo con suavidad:

—Le escucharé y haré cuanto pueda por ayudarle. No sé si podré, pero lo intentaré.

—Tengo cierto margen para dictar sentencia —dijo Interman. —Supongo que usted ya lo sabrá.

—Eso he leído.

—En un caso así no se puede dictar sentencia sin más. Dios todopoderoso, no. Se trata de la sentencia de muerte, y eso es lo que me atormenta. ¿Comprende por qué?

—Creo que sí. Usted es judío y ellos son judíos. Pero ¿cree usted que merecen sentencia de muerte?

—¿Usted, no, rabino?

—Yo no soy juez.

—Solicité ser relevado del caso, que fuera otro quien dictara sentencia. No es que trate de eludir mi responsabilidad. Yo presidí toda la vista. El jurado emitió veredicto de culpabilidad.

—¿Por qué tiene que ser sentencia de muerte? —preguntó David. —Los países civilizados están aboliendo la pena capital.

—Eso también yo pensé yo. No crea que no se me ocurrió, pero han ocurrido ciertas cosas.

David esperó.

—El Presidente me llamó a Washington. —Interman se quedó con la mirada fija en la pared situada a la espalda de David. —Yo me sentía halagado. Le habría ocurrido a cualquiera. ¿Usted lo comprende rabino? Una invitación de la Casa Blanca te halaga. Dios mío, el caso había sido una prueba para mí, y yo la afronté. No traté de zafarme por ser judío. Cumplí con mi deber y era lógico pensar que se me invitaba a ir a Washington para recibir una palmadita en el hombro, ¿no?

—Efectivamente —dijo David.

—Bien. Voy a Washington. Me hacen pasar a su despacho. Él ni siquiera hace ademán de darme la mano. Me mira y dice: «Juez Interman, quiero que los condene a muerte».

»«Con todos los respetos, señor Presidente, yo no puedo dictar sentencia de muerte contra esas dos personas», respondo yo. Él me mira, frío como el hielo, rabino, y dice: «¿Qué diablos significa eso de que no puede?». —El juez cerró los ojos unos instantes. Luego, los abrió, miró en derredor y preguntó—: ¿Ha estado usted en aquel despacho?

—No he estado en Washington en toda mi vida —dijo David.

—¿No? Bueno, impresiona. Traté de explicarme. Le dije: «Señor Presidente, le ruego que tenga en cuenta mi situación. Serán las dos primeras personas que sean ejecutadas por espionaje en nuestros días, y los dos son judíos. Yo soy judío, y bien sabe Dios que no falta quien ande diciendo que se les ha hecho cargar con las culpas por ser judíos».

—¿Eso le dijo?

—Rabino, habría que estar ciego y sordo para no saber eso.

—¿Y él qué dijo?

—Se puso furioso. «Aquí no vierta usted esas inmundicias. Han sido juzgados por ser espías, no por ser judíos...» o algo así, no lo recuerdo con exactitud. No imaginé que pudiera tener tan mal genio. Traté de hacerle comprender que, si los sentenciaba a muerte, no podría volver a sentirme como un ser normal. En lo sucesivo, sería el juez que los sentenció a muerte. ¿No tengo razón, rabino? Contésteme, ¿no tengo razón?

—Creo que sí.

—¿Cómo me miraría usted? Aquí me tiene. Aquí está Interman. Él sentenció a muerte a un hombre y a una mujer judíos, los primeros que han recibido esa sentencia en el siglo xx. Eso es lo que traté de explicarle, rabino. ¡Maldita sea, yo soy alguien! Yo he tenido que luchar mucho para abrirme camino. Él no ha sido más que un monigote político toda su vida. Yo soy juez de un tribunal federal. Yo soy un ser humano. ¿Y quién diablos es él? Se supone que vivimos en una democracia. De manera que me encaré con él y le dije: «No, señor; no haré tal cosa. Usted no me ha dado el cargo. Yo no soy su lacayo». Y él se me queda mirando y me dice: «Es buena cosa eso de ser juez, ¿verdad?». Yo no supe cómo interpretarlo. No es fácil hablar con él, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre él. Por lo menos, a mí no me resultó fácil. Con su cara vulgar e inexpresiva y esas gafas sin montura. Me recordaba a George Babbitt. ¿Ha leído usted Babbitt, rabino?

—Sí, hace muchos años.

—Babbitt. Bueno, eso le dará idea de mi estado de ánimo. ¿Por dónde iba?

—Me decía el comentario que hizo Truman acerca de su dignidad de juez.

—Oh, sí. Sí, eso. —Interman sacudió la cabeza, cerró los ojos y se los secó con el pañuelo.

—Me gustaría beber algo, rabino, si no tiene inconveniente.

—Por supuesto.

—Un poco de *whisky*, si tiene. Tal cual, sin hielo ni nada.

David le llevó el *whisky* y el juez se lo bebió de un trago.

—Sí, dijo que estaba muy bien eso de ser juez. Yo no sabía qué decir ni cómo interpretar sus palabras, por lo que me limité a asentir y entonces él añadió: «Figúrese, juez y judío. Eso es mucho, ¿no?». ¿Puede imaginárselo? Todo un Presidente de los Estados Unidos.

—Me resulta difícil imaginarlo y creerlo.

—¿Iba yo a mentirle?

—Claro que no.

—Estoy en vilo, rabino. Mentalmente, me veo en el Despacho Oval diciéndole a ese sinvergüenza: «Estamos en los Estados Unidos de América y yo soy juez del Tribunal Federal, y soy judío, y me crié en las calles de Nueva York, pero salí de ellas gracias a mi esfuerzo y a mi inteligencia y fui admitido en la Universidad de Harvard, donde estudié Derecho. A mí no me sacó de una mercería un cacique político llamado Prendergast. Y ahora usted cree poder mostrarse condescendiente porque soy judío».

Interman quedó en silencio y, al cabo de cosa de un minuto, David dijo:

—Pero usted no le contestó eso, ¿verdad?

—No.

—¿Qué le dijo, si me permite la pregunta?

—Le dije: «Sí, señor Presidente, es un honor».

—¿Nada más?

—Nada más. Él se puso a hablarme entonces en tono zalamero y persuasivo de mi deber para con el país que me prestaba su apoyo, y se acercó a mí y me dio palmaditas en la espalda, como si yo fuera un niño que le había faltado al respeto a su papá. Pero yo seguía pensando que era dueño de mis actos y que maldito si sentenciaría a muerte a los espías.

—¿Entonces decidió usted no dictar sentencia de muerte?

—No lo sé. En aquel momento creía estar seguro, pero ahora me parece que tendré que hacerlo.

—¿Qué?

—Sentenciarlos a muerte. Pero, si lo hago, me convertiré en un proscrito entre mi gente, en un paria. Válgame Dios, no sé qué hacer.

Se quedaron un rato en silencio, y David preguntó:

—¿Es la idea de convertirse en un paria entre su gente lo que le atormenta, o la de condenar a muerte a dos personas que, a pesar de sus delitos, tal vez no merezcan esa pena?

—No acabo de entenderle —dijo Interman—. ¿Querría usted repetir eso?

—Usted se pregunta qué le ocurrirá si dicta pena de muerte, si condena a muerte a los dos espías. Como usted dice, los dos son judíos, y serán las primeras personas a las que se ejecute por espionaje en nuestros días. Luego, es imposible dissociar la sentencia de su condición de judíos. Yo no soy más que un simple observador, pero hay mucha gente que duda todavía que el Gobierno haya demostrado plenamente las acusaciones...

—¡Eso es sucia propaganda comunista! —exclamó Interman.

—Sí... quizá. No pretendo discutir acerca de su culpabilidad o inocencia. Me faltan elementos de juicio. Pero lo que sí sé es que buena parte de ese circo que se ha montado en torno a ellos no es más que antisemitismo y, desde luego, si se tratara de un matrimonio de protestantes puros y distinguidos, a nadie se le ocurriría pensar en la pena de muerte. Por otra parte, mucho me temo que, si usted los sentencia a muerte, no puede esperar elogios ni disculpas de la mayoría de los judíos. Lo que yo pregunto es, simplemente: ¿Le atormenta la idea de que muchos judíos le desprecien o el convencimiento de que los espías no merezcan la pena de muerte?

—Perdone —dijo Interman con impaciencia—, pero ¿puedo preguntarle de qué diablos está hablando? Yo he presidido este juicio. Esos dos canallas son culpables, y su condición de judíos no hace sino acrecentar la monstruosidad de su delito.

—¿Por qué?

—Porque todos los judíos quedan manchados por su culpa.

—¿Todos? ¿Incluso los seis millones que murieron en el Holocausto?

—Ya sabe lo que quiero decir.

—Si usted no fuera judío, ¿dictaría sentencia de muerte?

—Sin vacilar.

David movió la cabeza.

—Dígame, juez Interman, ¿a qué ha venido? ¿Quería que yo elogiara su conducta? ¿Que le dijera que los judíos no le tomarán a mal que sentencie a muerte a dos judíos?

—No se trata de si van a morir o no. Si yo no los sentencio, otro juez lo hará. Para usted es más cómodo quedarse ahí sentado como un maldito Buda de piedra. Pero yo soy el que ha de tomar la decisión y arrostrar sus consecuencias.

—Cada uno de nosotros tiene sus propios sinsabores.

—¿Y es ése su consejo de rabino? —El juez se levantó y se fue hacia la puerta dando grandes zancadas. —No debí venir —dijo desde allí. Luego, retrocediendo dos pasos, añadió—: Usted se considera un tipo justo e íntegro, ¿verdad, rabino? —Luego, su agresividad se desvaneció, y se quedó mirando a David con los ojos húmedos. —Por Dios, rabino ayúdeme.

—No sé cómo hacerlo —dijo David lentamente. —No sé qué decirle. Si he de hablar rigiéndome por mis propias convicciones, le diré que ningún ser humano tiene derecho a decidir sobre la vida y la muerte de un semejante. A nuestro Presidente no le gustan los judíos. Eso le ocurre a mucha gente hoy en día. Pero ¿se atrevería a hacer algo contra usted? No iba a resultarle fácil. Usted podría denunciarlo. Él lo negaría pero quedaría en una situación violenta. Y, una vez usted hubiera dictado una pena inferior a la de muerte, nadie podría modificarla. Pero esto no son más que divagaciones. Usted debe hacer lo que le dicte su conciencia.

Después de acompañar al juez Interman a la sinagoga, donde les esperaba Jack Osner, David volvió a su estudio y anotó en su Diario, con la mayor exactitud posible, la conversación que acababa de mantener, y añadió: «Cada vez me desconcierta más mi función de rabino. Muchos de los rabinos que conozco consideran su trabajo como una profesión. Martin Carter asume la idea de que tiene vocación, sea lo que fuere. He de hablarle de eso. Por lo que se refiere al juez Interman, ¿por qué me inspira tan poca compasión? Comprendo sus puntos de vista, lo que debió de esforzarse para entrar en Harvard siendo judío, la contribución política que tuvo que hacer para obtener su primer cargo, según Osner, de oficial de la Fiscalía Federal y su lucha por ir escalando peldaños. Pero la verdad escueta es que no hay ningún juez que me inspire simpatía ni confianza».

Al día siguiente, Lucy y dos chiquillos revoltosos, de regreso en casa, situaban las cosas en su justa perspectiva. Lucy se puso un vestido de organdí verde manzana que le llegaba hasta los tobillos y dio varias vueltas alrededor de David.

—Regalo de la madre de la novia. Por las noches se reúnen para pensar en qué pueden gastar el dinero. Yo fui la madrina. Gracias a Dios que tú no estabas. Había niñas con flores, damas de honor, pajes y madrina, lo mismo que en el palacio de Buckingham. Sirvieron cuarenta y dos clases de canapés e instalaron una fuente con cuatro surtidores de ponches distintos. Pero fue divertido. Y, como tú no estabas, no tenía que preocuparme por lo que pensaras. Era francamente obsceno y la ordinariez conquistó nuevas fronteras, pero fue divertido. ¿Habías visto algo más horrendo que este vestido?

—No está mal —dijo David, obligado a reconocer que su mujer estaba muy joven y bonita. —Estás preciosa, realmente preciosa.

—Oh, no, no, no. El color es atroz. ¿Sabes, David?, uno de mis primos, un pesado al que no había visto en mi vida, trató de conquistarme. ¿Te imaginas? Un gigantón con pinta de delantero centro. Se le antojó que yo era la más guapa de la fiesta. Yo en seguida le paré los pies, desde luego. Pero resulta halagador, ¿no crees?

Él estaba tratando de decidir si le contaba lo de la cena en el parador de Ridgefield.

—David, ¿dónde estás?

—Estaba pensando en el juez Interman. —Segunda mentira.

—Y no has oído ni una palabra de lo que yo te decía. Un primo gigantesco con unas manos muy largas, que trataba de llevarme a la cama...

—¿Tu primo?

—Vaya, por fin has captado la onda. Sí, un primo hermano, pero no le había visto nunca. Es de Salt Lake City. ¿Te gustaría ser rabino de Salt Lake City? Con tantos mormones, allí todos los judíos son gentiles. Había todo un contingente de allí. Nada menos que ocho, que no hacían más que contar chistes idiotas. ¿Por qué son tan horrorosas las familias? ¿Por qué en una familia no hay nadie como tú? De todos modos, me hizo pensar en el adulterio. No para mí, desde luego. ¿Cómo lo dices tú en yiddish? *Past nisht*. Eso es. No es correcto. No sé por qué no reconocí en seguida el nombre de Interman...

David decidió no mencionar el parador de Ridgefield.

—... pero luego me vino como un escopetazo. Es el juez que presidió la vista de la causa de los dos espías que entregaron secretos de la bomba atómica. ¿Qué quería?

—Solaz para su espíritu.

—O sea, que le eximieras de responsabilidad, para poder condenarlos a muerte.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó David con asombro.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Pobre e inocente maridito mío, en este cochino mundo, si piensas lo peor sueles acertar.

—Eso es muy cínico.

—Es que yo soy muy cínica. Anda, vamos a la cama.



Al día siguiente, David fue a casa de Mike Benton. Habían dejado una carga de leña en el jardín y Mitzie, con pantalón tejano y jersey, estaba entrándola en la casa.

—Hola, rabino. Vamos a tener un invierno largo y frío.

David tomó una brazada de leña y siguió a la muchacha al interior de la casa. Limpia y ordenada, sin la deliberada incuria de Benton, la casa resultaba aún más triste. Mitzie, al observar su expresión, dijo:

—Me da náuseas, rabino. Bueno, él saldrá dentro de seis meses y nos iremos a California. A veces pienso que ojalá no hubiéramos pasado estos tres años con recursos y apelaciones. Así ya habría pasado todo. Nunca creí que le echara de menos de este modo, ni que pudiera querer tanto a un hombre.

—He recibido carta de Mike —dijo David. —Usted ya sabe que él no puede escribirle directamente. Es un poco lacónica, pero, cuando se haya habituado a aquello, sus cartas serán más largas y expresivas. Mientras usted la lee, yo acabaré de entrar esa leña.

—Sería un abuso.

—Nada de eso. Necesito hacer ejercicio.

Después, una vez hubo terminado de acarrear la leña y mientras trataba de encender la chimenea metiendo bolas de papel debajo del hogar, él la miró. Mitzie lloraba.

—Él está bien —dijo David. —Eso es lo que importa.

—Es terrible, absurdo.

—Muchas cosas lo son.

—Después de jugarse la vida tantas veces por su país. ¿Es que ya no se acuerdan, rabino? Y ahora lo mandan a la cárcel. Él no era comunista. Asistía a las reuniones porque iban sus amigos. Pero, aunque fuera comunista. ¿Tiene que ir a la cárcel por no ser un delator?

—Él lo superará —dijo David. —Y, luego, podrán olvidarlo todo. Me han dicho que usted trabaja.

—Sí, vendo medias en unos almacenes de Danbury. Estoy bien. Es un empleo, y mejor que servir mesas. Además, Mike dejó dinero suficiente para el alquiler y otros gastos.

—¿Querría usted cenar con nosotros alguna noche?

—Encantada. Es la primera invitación que recibo desde que Mike ingresó en prisión.

Aquella noche, en casa, Lucy asintió distraídamente y murmuró que conocía a Mitzie y que le era simpática. Ella bañaba a Sarah mientras David secaba al niño. A los cuatro años, Aaron prometía ser un chico de piernas largas y cabello rojo. Los dos niños eran muy locuaces y charlaban entre sí sin parar, mientras sus padres hablaban. Lucy preguntó a David si le parecía que ella tenía aspecto de judía.

—Qué ocurrencia. Sobre Mitzie, ¿podría venir a cenar la semana próxima?

—En el mercado, unas mujeres decían que yo era de esa chusma judía que está desgraciando la ciudad.

—¿Qué es una chusma judía? —preguntó Aaron.

—Llevémoslos abajo —dijo David.

Durante la cena, Lucy le dijo:

—Echo de menos la otra casa. Ya sé que se caía de vieja, pero por lo menos tenía estilo. Esta birria que nos han construido es una mancha en el paisaje.

—No es eso lo que crea el antisemitismo, Lucy, y tú lo sabes. Antes de la guerra, en Leighton Ridge no había más que unas cuantas familias judías. Ahora hay muchas más.

—Era una mujer estúpida, a la que no había visto nunca. Pero me pareció que me había clavado un cuchillo. Yo iba con los niños y no hacía más que pensar: «Hijos míos, hijos míos, estas cosas no iban a formar parte de vuestro mundo».

—No sirve de nada pensar eso, Lucy. En su mundo habrá inmundicias y habrá odio. Nosotros trataremos de protegerlos, pero tendrán que vivir en el mundo.

—Valiente mundo. Permite que te diga que cuando tu Dios se pone a hacer juegos malabares con los planetas se luce... Ya estoy otra vez. Perdona, David. Y hablando de Mitzie, sí, desde luego, la invitaré a cenar. A ver si la animamos.

—Muy bien.

Ella empezó a llorar. David dio la vuelta a la mesa, se situó detrás de su mujer y la abrazó.

El tema volvió a plantearse en la siguiente reunión del consejo de la sinagoga. Joe Hurtz fue el primero en mencionar el creciente sentimiento de antisemitismo que se advertía en el ambiente. Él tenía una camisería en Danbury, lo que le permitía auscultar la opinión pública, como decía él.

—De todos modos —observó el viejo Oscar Denton—, Danbury no es Leighton Ridge. No sólo está a bastante distancia, sino que antiguamente allí había muchos judíos que trabajaban en el negocio de los sombreros y tal vez se crearan antipatías.

—Yo oigo hablar a la gente —dijo Joe Hurtz. —Y no es sólo en Danbury. Ya ha llegado aquí.

—Eso es algo que los judíos han tenido que arrostrar siempre —dijo David. —Con esto ocurre lo mismo que con el tiempo, podemos hablar de él, pero no podemos hacer que cambie.

—Estoy de acuerdo con David —dijo Mel Klein. —Tenemos cosas más importantes que discutir. En el orden del día está el asunto de la venta de los bonos pro Israel. También hay que hablar de la guardería para los niños de edad preescolar.

—No hay que descartar el tema tan de prisa —dijo Jack Osner. —El antisemitismo no es como un huracán. No es una catástrofe natural. Esos dos espías de los secretos atómicos han contribuido a fomentarlo. Los dos espías más

tristemente célebres de nuestra época, complicados en el caso de espionaje más lamentable y, los dos, judíos...

—Vamos, vamos —dijo Oscar Denton, interrumpiéndole. —Tampoco era para tanto. Todo lo que hicieron fue pasar planos del mecanismo de implosión, algo que yo mismo podría construir, si me daban tiempo suficiente. Fueron estúpidos y desleales, pero también lo fue Ezra Pound, y nadie habla de ejecutarle.

Ed Frome, el escritor que colaboraba en revistas, dijo al anciano, intrigado:

—Un momento, Oscar, tú eres contratista. Quiero decir que te dedicas a construir casas. Este aparato...

—Ellos no robaron el secreto de fabricación de la bomba —dijo Denton. — Porque no hay ningún secreto. Lo que entregaron fue un croquis del mecanismo que dispara la bomba. No se hace estallar un arma atómica como si fuera una carga de dinamita. Tienes que convertir las pastillas de uranio en masa crítica y para eso necesitas lo que se llama una implosión, o sea, dirigir las pastillas hacia el interior en lugar de hacia el exterior. Desde luego que podría hacerlo yo mismo. Tendría que contratar a buenos mecánicos para los trabajos de precisión, pero podría.

—Maldita sea, Oscar —dijo Osner. —Tú eres la última persona de quien yo esperaría que saliera en defensa de esos dos traidores miserables.

—Yo no los defiendo —dijo Denton con calma. —Me limito a explicar lo que han hecho.

—Bueno, pues tu explicación no me convence.

—Vamos a lo que importa —instó Mel Klein.

Osner porfiaba:

—Lo que yo digo es indiscutible. Y a la congregación no le favorece en nada tener a uno de sus miembros en la cárcel por comunista en estos momentos.

—Por favor, Jack —dijo David. —Tú sabes muy bien lo que ocurre. Por algo eres abogado. Mike Benton está ahí por no haber dado nombres, por no querer ser un delator.

—Lo cierto es que es comunista y no encaja en esta congregación. Yo digo que habría que expulsarlo.

—¿Cómo?

—Nunca creí que fueras un buen elemento, Jack —dijo Ed Frome. —Pero tampoco pensé que pudieras ser tan canalla.

—¡No te consiento que me hables de ese modo! —gritó Osner.

—¡Basta! —atajó Denton secamente. —Hombres mayores portándose como unos chiquillos. Somos miembros del consejo de una sinagoga y podemos tener distintas opiniones, lo mismo Jack que tú, Ed. Conque tengamos calma y seamos razonables.

—¿Y fueron razonables? —preguntó Lucy cuando David le contó el altercado.

—No mucho. El asunto de la guardería quedó aparcado hasta la reunión del pleno. Oscar Denton, ya sabes, el viejo que era el contratista más importante de New Haven, aunque casi siempre se muestra abierto y liberal en esto está intransigente. Lo

considera revolucionario.

—¡Pero si no es ortodoxo! Cuando cenamos en su casa nos dio langostinos.

—Las personas no son consecuentes, Lucy. Y Oscar es el más rico de la congregación. Ya sabes que los episcopalianos tienen guardería y Martin Carter, también. A Oscar le parece que tratamos de imitarles. Además, es un proyecto caro, no sólo por el gasto inicial, sino porque necesitaremos a dos parvulistas tituladas. Pero, por otra parte cada vez hay más matrimonios jóvenes en la congregación, y cuando trabajan la madre y el padre es un problema.

—¿Tú crees que podríamos llevar a nuestros hijos a la guardería de los congregacionistas?

—Tendrías que pasar por encima de mi cadáver —sonrió David. —Y en la congregación hay por lo menos veinte personas que querrían asegurarse de que estaba bien muerto.

En momentos como aquél, cuando charlaban apaciblemente, David sospechaba la posibilidad de contar a Lucy todos los pormenores de su encuentro con Sarah Comstock. Pero no cedía al impulso. Tampoco le había preguntado por el libro de cocina. Cuando, por fin, Lucy se lo dijo, él mostró toda la sorpresa y el entusiasmo que cabía esperar. Incluso habían encontrado editor. Pero sus expresiones de satisfacción no mitigaban sus remordimientos.

Sarah le había llamado dos veces a la sinagoga. Tomó el recado *Mrs. Shapiro*, la nueva secretaria de David, que iba sólo unas horas, pero era muy agradable y competente. Era de Bridgeport y no llevaba en el Ridge el tiempo suficiente como para que el apellido Comstock le llamara la atención o despertara su curiosidad el que una tal Sarah Comstock preguntara por el rabino.

Al cabo de una semana, David estimó que debía llamarla. El deseo de volver a ver a Sarah era más fuerte que sus remordimientos. La llamó a media mañana, y ella le pidió que se reuniera con ella, si podía, en el lago Brandywine, situado a unos veinte kilómetros al norte de Leighton Ridge.

—Estaré en el embarcadero a las tres —le dijo. —Ya está cerrado. En esta época del año no va nadie.

David llamó a Lucy con otra mentira: se iba a Nueva York para asistir a una reunión del Instituto. No era sólo que Lucy confiara en él, sino que parecía incapaz de abrigar sospechas, y David se preguntaba cómo podía tener una aventura extramatrimonial un hombre que estuviera casado con una mujer tan confiada.

Aparcó el coche en la orilla. Hacía frío y se abrochó la chaqueta mientras andaba sobre las hojas secas. Sarah estaba sentada en un banco junto a la casa del lago, envuelta en un grueso jersey. No se veía a nadie más. Al acercarse él, se levantó y se quedó mirándole y David, tras un largo momento de vacilación, la abrazó y la besó.

—Mi querido David, has de saber que comprendo perfectamente cuál es nuestra situación. Tú nunca dejarás a tu mujer y a tus hijos y, aunque fueras libre, no estoy segura de que quisieras casarte conmigo. Lo nuestro no tiene solución.

Él le sostenía la cara entre las manos, mirádola fijamente.

—¿O la tiene?

—No.

—¿Tú me quieres, David?

—Pienso en ti de día y de noche. Lo que más deseo es estar contigo.

—Ni tú ni yo somos fuertes. Me parece que los dos somos unos cobardes. De lo contrario, yo dejaría a mi marido y tú... —Su voz se extinguió.

—Yo no soy tan fuerte —reconoció David.

—David, amor mío, no volveremos a vernos. Te lo ruego, ayúdame a no verte más. Si te llamara, no te pongas al teléfono ni me llames tú.

Él no podía hablar. Cogidos de la mano, fueron hacia los coches.

Seis semanas después, sentada a la mesa del desayuno con el Leighton Clarion delante, Lucy preguntó a David:

—¿Tú conocías a Sarah Comstock?

—Me la presentaron en la fiesta de los Carter cuando tú estabas en Jersey por la boda. ¿Porqué lo preguntas?

—Ayer se suicidó. Sobredosis de somnífero. Qué lástima, una muchacha tan guapa. Viene una foto suya. —Lucy le mostraba el periódico, pero él se levantó sin mirarlo y salió de la habitación. Subió al cuarto de baño, cerró la puerta, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Cuando Lucy subió, llamó a la puerta y le preguntó si estaba bien, él consiguió decir:

—Sí, todo lo bien que podré estar en adelante.

# CUARTA PARTE

1952

## Capítulo 4

El padre de Lucy les regaló un televisor en el sexto aniversario de su boda. Lucy estaba encantada con él. David no sabía qué pensar de aquella caja, que le parecía que había iniciado un cambio de consecuencias imprevisibles. Aquella noche, mientras se vestía para ir a cenar a casa de los Osner, David oía con desagrado la cháchara de la caja que sonaba en la sala. Sus dos hijos y la canguro contemplaban la televisión, absortos.

—¿No crees que tu padre pensaría lo mismo de la radio? —le preguntó Lucy, cansada de sus recelos televisivos.

—Es posible.

—Y, puesto que los miembros de tu congregación van a tener televisor, ¿no te parece que también tú debes tenerlo, para conocer sus efectos?

—En eso no te falta razón.

—Ya sé que tiene sus inconvenientes —dijo Lucy. —Pero todo los tiene. Imagina que Dios envía a un mensajero a la Tierra.

—Dios no envía mensajeros a la Tierra.

—¿Cómo lo sabes? De acuerdo, yo no acabo de creer en Dios. Pero el Talmud está lleno de historias de mensajeros que bajan a la Tierra. ¿Y la Pascua? ¿No se supone que el profeta Elias baja de los cielos para sentarse a la mesa del Seder?

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó David. —Porque esto no es una discusión puramente teológica. ¿O sí?

—Eso pertenece a tu jurisdicción. ¿Me subes la cremallera? No; yo pensaba en Mark Twain. ¿Has leído El capitán Stormfield visita el cielo?

—No.

—Verás, el capitán Stormfield se extravía al cruzar el universo y va a parar a una puerta equivocada, en la que nadie ha oído hablar del planeta Tierra. Bien, sacan un mapa de mil kilómetros de alto y los ángeles se ponen a volar de una parte a otra del mapa, buscando la Tierra y cuando, por fin uno encuentra algo, no hay forma de averiguar si es un planeta o caca de mosca.

—¿Y qué es?

—Es la Tierra, pero no se trata de eso. ¿De qué estábamos hablando?

—De mensajeros.

—Ah, sí. Digo yo que si Mark Twain se atreve, yo puedo atreverme también. Dios dice a su mensajero, a su ángel o lo que sea que se acerque a la Tierra y le haga un informe. «Pero ¿a dónde voy?», le pregunta el ángel. Y Dios le dice que lo mismo da un sitio que otro. Y entonces el mensajero viene a parar precisamente a Leighton Ridge.

—Muy interesante. ¿Y qué más?

—No estoy segura. Pero ahí tienes a Jack Osner nuestro flamante subsecretario del Tesoro. Ese berzotas ahora forma parte del Gobierno de nuestro país.

—Confío que esos términos tan pintorescos los reserves para nuestras conversaciones privadas.

—Y para Millie Carter. Ella usa palabras aún más fuertes. Es nuestra manera de defendernos de la piedad. David, ¿por qué te enfadas conmigo cuando digo estas cosas?

—Incluso en el Ejército, donde cada dos palabras te soltaban el «joder» y el «hijo de puta», los hombres se quedaban escandalizados si yo usaba un lenguaje malsonante. Al rabino y a todo sacerdote le está vedado el énfasis lingüístico. Tal vez sea mejor así.

—No quiero discutir eso —dijo Lucy. —Lo que yo me pregunto es qué pensaría nuestro mensajero al llegar a Leighton Ridge al ver al rabino y al ministro congregacionista asistir a una cena de homenaje a esa sabandija de Jack Osner, que tiene la moralidad de un nazi de los más puros.

—Eso es muy fuerte, Lucy. No sé por qué le tienes tanta animosidad —protestó suavemente David. —No es peor que cualquier otro miembro del Gobierno...

—... y es un pilar de la sinagoga, y un pilar de nuestra comunidad. ¿Piensas realmente lo que dices, David?

—Sí y no. Por Dios, Lucy, tú no puedes juzgar a las personas. No estás dentro de ellas.

—Él dijo al FBI que Mike Benton era comunista. Él dijo a Joe Hurtz que deberíamos tener un rabino de más edad, completamente apolítico. Y él le pegó a Shelly. Para que luego digan que los judíos no pegan a la esposa. Por lo que a mí respecta, un hombre que pega a una mujer es pura mierda.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Las mujeres hablamos. Es uno de los medios de que nos valemos para no perder el juicio. Si te trazas un mapa en el que se vea lo absolutamente demencial que es el mundo del sexo contrario, eso te ayuda a conservar la razón. Y, ¿sabes una cosa?, Shelly no es tan pava como yo me figuraba. Lo que ocurre es que lleva una vida horrenda y se defiende como puede. Tú conoces a Adam, su hijo, ¿verdad? Celebraste su *Bar Mitzvah* a poco de llegar aquí.

—Sí; un muchacho excelente.

—Cuando Jack empezó a zarandear a Shelly, Adam intervino, padre e hijo forcejearon. Luego hubo golpes. Jack lo dejó casi sin sentido.

—Sabía que habían tenido disgustos. El chico no quiso alistarse en el Ejército y Jack estaba indignado.

—¿Te parece que el chico hizo mal?

—No, Lucy; no quiero juzgarle. Cuando me preguntó, yo le dije: «Haz lo que te dicte tu conciencia». Esta guerra de Corea ha sido un escándalo y una manipulación desde el principio. Pero empiezo a pensar que lo mismo ocurre con todas las guerras. Por otra parte, el Ejército ha sido lo más importante de la vida de Jack Osner. Un chico, criado en los barrios bajos de Nueva York, que llega a coronel. El uniforme, la



insignia, los galones y demás.

—¿Qué Ejército? Si se pasó la guerra repantingado en un despacho de Washington. Allí hizo él su guerra.

—Vamos, Lucy, cada cual hizo la guerra allí donde fue destinado, y Jack fue destinado a Washington.

—Pamplinas, David, ¿por qué no puedes reconocer que un miembro de tu congregación es un rematado sinvergüenza?

—Porque es de mi congregación. —La abrazó sonriendo. —Eres un encanto y te quiero mucho.

—¿A pesar de que no hago más que refunfuñar?

—Tú eres mi conciencia.

—¡Basta ya!

—Esta noche estás preciosa —dijo él muy serio. —Ahora, a casa de los Osner, a rendir pleitesía al poder y al dinero. El Señor nos da y el Señor nos quita y todo queda compensado. Jack dejará de ser presidente de la sinagoga. Mel Klein va a ser propuesto para el cargo, y es un verdadero ángel.

—¿Y que harán los Osner con la casa?

—Está en venta. Han comprado una de esas casas antiguas de Georgetown. Él se toma muy en serio su carrera política.

—¿Sabes qué piensa hacer con Sissy Hart?

—¿Quién es Sissy Hart?

—No puedo creer que no lo sepas. Verás, Sissy Hart es más o menos de mi estatura, pelo rojo, ojos azules y curvas por todas partes. Está casada con Herbert Hart, presidente del Banco Estatal de Leighton y uno de los pilares de la Iglesia de Marty. Bien, pues, desde hace tres años, Sissy Hart se acuesta con Jack Osner.

—Y supongo que eso lo sabe todo el mundo menos el rabino.

—Todo el mundo, no. Shelly los sorprendió y me lo confidenció, y Sissy le abrió su corazón a Millie Carter. Creí que ya lo sabías.

—No. ¿Lo sabe Marty?

—Lo dudo.

—Fantástico. Sencillamente fantástico. Las dos únicas personas de la ciudad que estamos en Babia somos el ministro congregacionista y yo. Vamos a esa cena. Promete ser interesante.

La cena no fue muy interesante hasta que salió a relucir el tema de los espías. Hasta aquel momento, todos observaban cierta cautela. Shelly Osner estaba seria y callada. Cuando alguien le preguntó si se alegraba de ir a vivir a Washington, respondió que aún estaba tratando de convencer a Jack de que no vendiera la casa, y que la dejara a ella de vigilanta.

—Al fin y al cabo, ésa ha sido mi tarea desde hace años.

Phyllis Hurtz, que iba ensanchando la cintura a medida que dejaba atrás los cincuenta, dijo que ella y Joe pensaban comprar un apartamento en Washington.

Hacía un año que Joe había vendido su camisería y adquirido la representación de una fábrica japonesa de aparatos electrónicos. El negocio marchaba viento en popa y Hurtz ya era millonario. Había regalado a la sinagoga una nueva Torah y un gimnasio, pero, afortunadamente para David y para otras personas, el negocio le absorbía de tal modo que no le dejaba tiempo para optar a la presidencia de la sinagoga. Cuando Della Klein preguntó para qué podía Joe necesitar un apartamento en Washington, Shelly dijo con malicia:

—Jack puede darle varias ideas.

—¿Quieres que me dé dolor de cabeza, para que podamos escabullirnos? —susurró Lucy a David.

—Aunque el resto de las tropas huyan en desbandada, el rabino se queda —susurró David a su vez.

Mel Klein propuso contar un chiste judío, para aliviar la tensión. Era un hombre apacible y bondadoso que no podía soportar las situaciones violentas.

—Érase una vez un judío...

—¿Por qué tiene que ser siempre un judío?

—Porque es un chiste judío. Este judío tenía una tienda de antigüedades. Un día entró en la tienda un cliente muy simpático. Quiero decir que al judío en seguida le cayó bien y de detrás del mostrador sacó una lámpara antigua, una de esas lámparas que se ven en los grabados turcos, y dijo al cliente: «Es una lámpara mágica. Usted la frota, y se cumplen todos sus deseos». El cliente no se lo traga, discuten un rato y por fin le dice: «Si esa lámpara es mágica como usted dice, ¿por qué iba a vendérmela?». A lo que el anticuario contesta: «¿Y yo para qué la quiero? Mi hija está casada y mi hijo me llama todas las semanas».

Hubo un coro de risas, y Ed Frome dijo:

—Muy bueno, Mel, muy bueno. Es como uno de los cuentos antiguos, actualizado.

A David no le sorprendió ver a Frome en la cena, a pesar de que sabía que Frome no sentía la menor simpatía por Osner. Sus divergencias eran bien conocidas de toda la congregación. Por otra parte, Frome escribía para *The New Yorker* y Osner, que iniciaba su carrera política, no podía permitirse dejar de lado a un periodista de una revista tan influyente. Y Frome aceptó la invitación por deferencia hacia David.

El chiste rompió el hielo. Osner no era muy perceptivo, salvo cuando se trataba de sus propias necesidades y, al verse rodeado de los miembros del consejo parecía haber olvidado las viejas rencillas. Estaba plenamente convencido de que un alto funcionario del Gobierno federal tenía que ser visto con buenos ojos por todo el mundo.

—Por fin han ascendido a Bill Interman al Tribunal de Apelaciones —dijo dirigiéndose a David, pero en voz lo bastante alta como para que lo oyeran todos.

—Entonces ya tiene su recompensa —dijo David.

—¿Hablan del juez Interman? —preguntó Frome. —¿El canalla incalificable que

condenó a muerte a los dos espías?

Sophie, su esposa, le tocó el brazo y le dijo suavemente:

—Ed, ya está hecho. Aquí nadie es responsable de eso.

—Si el rabino pudo pasar dos horas con el juez Interman, tú podrías dedicar diez minutos a tratar de comprender su situación en lugar de condenarle sin más —dijo Osner.

—El rabino estuvo en Dachau. Yo vi Hiroshima, David, ¿de verdad estuviste dos horas con ese gusano?

—Tal vez no fueran dos horas. Estuvimos hablando.

—¿Vino a pedir consejo? —preguntó Oscar Denton. Pero ¿por qué aquí? Él vive en Connecticut.

—Seguramente, preferiría hablar con un desconocido.

—¿Y tú qué le aconsejaste? —preguntó Frome.

—No pude aconsejarle.

Después, ya en casa, Lucy le preguntó:

—¿Por qué no les contaste toda la historia?

—Porque era confidencial.

—Entonces sospecharán que le aconsejaste que hiciera lo que hizo... Yo sé que no es así, desde luego. Sé lo que piensas del juez Interman, pero ni yo misma estoy segura de lo que hablasteis. Aunque, ¿qué pensará la gente?

—Eso no depende de mí.

—No me parece justo.

—Casi nada es justo. —Él estaba sentado en el borde de la cama, en pijama.

—Entraré a ver a los niños —dijo Lucy. Con su bata blanca acolchada, la cara lavada y su mata de pelo castaño recogida en dos trenzas, parecía una adolescente. David se sintió lleno de amor y de afán de protegerla. ¡Qué afortunado era! Aunque con frecuencia reconocía que ella tenía más sensatez y más picardía que él, le era grato saberla siempre pendiente de él.

Se levantó y la siguió andando de puntillas. A la débil luz de la lamparita, David vio dos caras de ángel: Aaron, de cinco años y Sarah, de tres. Qué gran acierto el de representar a los ángeles bajo la forma de niños dormidos. Eso daba validez a todo el concepto del ángel. Se emocionó y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucy.

—No sé. Me parece haber descubierto algo pero no sé el qué.

Varios días después, Millie Carter llamó por teléfono para decir a Lucy que una de las feligresas tenía una perra mestiza de setter irlandés que había tenido cachorros. Iban a dar tres. ¿Querrían uno David y Lucy?

—Cuando yo era niño, mi mayor ilusión era tener perro —dijo David—, pero a mi madre no le gustaba la idea de tener al animal en el apartamento.

—Respecto a los perros, yo soy neutral —dijo Lucy. —Ni los odio ni los quiero.

—Podemos probar.

Los niños estuvieron encantados con aquella bolita dorada. El perro tenía probablemente tres cuartas partes de setter irlandés y una cuarta parte misteriosa que le ensanchaba el cráneo y auguraba más inteligencia que la que suele poseer esta raza. David empezó a leer libros sobre perros y a gastar sus pequeñas economías en comida para perros, hasta que se le planteó otra de sus crisis.

—Me gustaría saber qué diablos me pasa —dijo a Lucy. —Me he convertido en una especie de ridículo recortable de cartón de lo que se ha dado en llamar «la vida americana».

—Quieres decir que has estado diez minutos sin torturarte.

—Eso es una mezquindad. Me parece que podrías ser un poco más comprensiva.

—¿Qué es lo que tengo que comprender, David? Dímelo. De pronto, me sales con que por haberles comprado un perro a tus hijos, tu mundo se ha venido abajo. Anoche, sin ir más lejos, estuviste jugando con los niños y el perro y al verte cualquiera habría dicho que estabas tan contento.

—Si era ese mi objetivo, ¿qué hago entonces en este rincón del mundo dándomelas de rabino de una congregación de burgueses de Nueva Inglaterra?

—¿Es así como te ves a ti mismo?

—¿Por qué no tratas de comprenderme? —le suplicó él. —Lo peor de todo, Lucy, es que ya no sé cómo me veo. Durante la guerra, yo formaba parte de algo. Me veía a mí mismo en los ojos de cada uno de los atemorizados muchachos de la compañía. Estábamos barriendo del mundo las inmundicias de Satanás, íbamos a renovar la Tierra. Todos formábamos una piña y, cuando volví a casa, no quería que nos dispersáramos. Por eso acepté la primera sinagoga que me ofreció el rabino Belsen. ¿Comprendes?

—No estoy muy segura. ¿Y qué ocurrió después?

—Que algo falló. Juego con los niños. Juego con el perro. Veo a miembros de mi congregación dar mil dólares con motivo de una ceremonia de *Bar Mitzvah*. Empiezo a escribir un sermón y algo dentro de mí dice: cuidado, no hagas olas...

—Yo tengo dos hijos —dijo Lucy. —Hago las compras, hago la comida, sirvo a los niños, te sirvo a ti, hago las camas, limpio la casa y, además, doy dos horas de clase en la escuela dominical, y creo que tú y yo tenemos una vida sexual satisfactoria. ¡Dios Todopoderoso! ¿Qué más quieres? A mí me basta, pero a ti, por lo visto, no... Tú y tus místicas y extrañas ideas sobre los *Lamed Vov*, los hombres justos que llevan todo el peso del mundo sobre sus hombros... Y un cuerno David... Nadie lleva el peso del mundo sobre los hombros, y este globo apestoso y perdido es lo que es y nada más, un lugar en el que una colección de imbéciles disfrutaban asesinando a judíos y a todo el que no les cae bien, y nosotros tenemos suerte de vivir aquí, en uno de los lugares más hermosos del país, y me gustaría saber por qué no has de poder... —Rompió a llorar, salió de la habitación y subió al dormitorio. Arriba,

Sarah empezó a berrear. Aaron le había quitado el tambor y estaba aporreándolo. David subió a su vez y encontró a Lucy sollozando y tratando de tranquilizar a los niños que, asustados por las lágrimas de su madre, enmudecieron.

—Yo no quería darte ese disgusto —dijo David.

—Ya lo sé.

Él le dio un beso y ella respondió con tibieza. Se levantó y fue al baño a lavarse la cara. David la siguió. Mirándole por el espejo, le dijo:

—Quizás hubieras sido más feliz con Sarah Comstock. Quizás ella te hubiese comprendido. Quizás aún viviría, de haberse casado contigo.

—Dios mío —susurró David. —¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Desde el año pasado. Sarah se lo dijo a Millie y Millie me lo contó. Millie pensaba que aquello continuaría y destruiría nuestras vidas y nuestro matrimonio. Luego, esa infeliz se suicidó, y yo no podía pensar sino que aún te tenía a mi lado. Te quiero tanto, David... —Volvía a llorar y David la abrazó con fuerza.

Aquella noche nevó y a la mañana siguiente había una capa blanca de quince centímetros en los montes de Leighton Ridge. David abrió un sendero hasta la carretera, seguido de cerca por sus dos hijos y el perro, que estaban entusiasmados con los dones del invierno. La casa quedaba a cien metros de la sinagoga y gran parte del camino estaba cubierto de ventisqueros de más de treinta centímetros. David vio con agrado que tres jóvenes voluntarios estaban despejándolo. Durante los ocho meses siguientes, tenía que estar en la sinagoga todas las mañanas a las ocho. Normalmente, David, al igual que la mayoría de los rabinos de la Reforma, no celebraba cultos diarios, pero cuando murió la madre del doctor Henry Levine, éste le dijo:

—No descansaré tranquilo si no rezo el *Kaddish* de difuntos. Mi madre era muy *frum*. Yo no lo soy, pero la adoraba, David. ¿Qué hacemos? ¿Tendré que ir a Bridgeport todas las mañanas, a pesar de que tengo la oficina en Westport, o formamos un minyan? —el minyan es el grupo de diez hombres necesario para un oficio.

David apreciaba sinceramente a Henry Levine quien, por su parte, se negaba categóricamente a aceptar pago alguno cada vez que Lucy le llamaba con urgencia para que visitara a los niños. Por ello, David accedió inmediatamente a disponer el minyan. De aquello hacía cuatro meses. Desde entonces, cada mañana había tenido que ingeniárselas para pescar a doce judíos de edad y sexo adecuados. La condición de que los diez congregantes exigidos para el minyan por la ley judaica fueran hombres ponía de manifiesto la ridícula arbitrariedad del machismo; pero cada vez que David sugería la conveniencia de que se incluyera en el minyan a las mujeres, los miembros conservadores y ortodoxos de la congregación protestaban con tanta vehemencia que al fin, tuvo que desistir.

Aquella mañana de la nevada, les faltaba el consabido décimo hombre. Ya desesperaban de hallarlo, después de que el doctor Levine recurriera incluso al

extremo de llamar a algunos de sus pacientes —pero hasta los enfermos se habían ido a trabajar—, cuando David se acordó de los dos voluntarios que después de las nevadas solían abrir un sendero desde el aparcamiento hasta la puerta de la sinagoga. Los dos tenían quince años, la edad reglamentaria, y habían celebrado el *Bar Mitzvah* en aquel mismo templo.

Terminados los rezos, David salió y vio a Martin Carter que avanzaba briosamente por el camino adyacente.

—Espera un momento, Martin —gritó. —Voy contigo.

Anduvieron en silencio unos minutos, clavando los tacones en la nieve y despidiendo nubecillas de vapor, hasta que David dijo:

—No sé cómo empezar, pero me parece que será mejor evitar rodeos. Anoche Lucy me dijo que sabías lo que pasó entre Sarah Comstock y yo, y que lo supiste desde el primer momento.

—No había mucho que saber, David.

—No deja de atormentarme la idea de que yo pudiera tener culpa de lo ocurrido.

—Fue su séptimo intento de suicidio en tres años. Era una mujer muy agradable, hermosa e inteligente, y no fue la afición a la bebida de Harvey lo que la impulsó a eso. Él se siente más culpable que tú. No creas que los judíos tenéis el monopolio de la culpabilidad. Yo podría ponerte ejemplos de remordimiento protestante que te dejarían atónito.

—¿Por qué lo hizo entonces?

—Sabe Dios.

Siguieron andando y entraron en un camino que cruzaba un bosquecillo que separaba la nueva sinagoga de la antigua iglesia congregacionista, ahora iglesia unitarista. Volvía a nevar: unos copos pequeños y lentos que auguraban una larga nevada.

—En Maine, donde yo me crié —dijo Martin—, empezaba así y seguía durante horas y horas. Ni un soplo de viento. Una sacrosanta quietud.

—Es extraña la forma en que vosotros asociáis el cristianismo al invierno y la nieve. ¿Has estado en Israel?

—Algún día, David, iremos los cuatro juntos.

—Me gustaría. Pero hace calor allí, mucho sol y calor. Recuerdo una ventisca en Nueva York que hizo parar el tráfico. No se movía nada. ¿Qué estoy haciendo, Martin? Todo esto me parece una hipocresía absurda. Estamos paseando por la nieve como si esto fuera un grotesco escenario. ¡Oh, Cristo Jesús, qué monigotes!

—Cristo Jesús. Es la primera vez que te oigo invocarle.

—No saques conclusiones —dijo David ásperamente.

Martin miró su reloj.

—Dentro de media hora habrán muerto.

—¿Conoces a Mike Benton? —preguntó David, como si no le hubiera oído.

—Sí, hablé con él una vez.

—Es un caso extraordinario: un héroe de guerra, y la cárcel le aterraba. Bueno, lo superó. Estuvo seis meses en prisión, y no resultó tan horrible como él imaginaba, excepto los once primeros días.

—¿Qué ocurrió durante los once primeros días?

—Que los pasó en la penitenciaría de Washington, D. C., según me han dicho, un agujero inmundos, con galerías y más galerías de celdas, rejas electrificadas, incomunicados a la menor infracción, comidas en silencio en el foso del bloque de celdas. Bien, el alcaide tiene cierto sentido del humor y además odia a los rojos, de manera que durante los once días que Mike pasó allí, una especie de período de transición, lo puso en el pasillo de la muerte.

—¡Qué canallada!

—Sí, hay mucho canalla suelto. Pero a lo que iba: Mike declara que nadie que no haya experimentado lo que él vivió durante aquellos once días puede comprender lo que significa la pena capital. Durmió muy poco durante aquellas once noches. Los gritos, llantos y demás manifestaciones orales de terror de los condenados le mantuvieron despierto.

Siguieron andando en silencio. La nevada arreciaba. Martin Carter volvió a mirar el reloj.

—Otros diez minutos —dijo.

—¡Vete al infierno, Martin! —exclamó David. —¿Qué eres, una especie de sádico macabro?

—No, David; pero hay cosas que un *goy* no alcanza a comprender por más que lo intente. Sí, me da náuseas pensar en lo que está ocurriendo en la cárcel de Sing Sing, a pocos kilómetros de aquí, donde dentro de pocos minutos se va a dar muerte a dos personas. Los llamados espías de la bomba atómica no son ejecutados por ser espías, sino por ser judíos. Yo lo sé. Tú lo sabes. Y cualquier judío de América que no tenga la cabeza metida bajo dos metros de arena, lo sabe. Sam, el hermano de Millie, que es congresista por Springfield, dice que al principio el FBI se valió de la amenaza de la pena de muerte para inducirles a denunciar a otras personas, y que luego intervino el Presidente y presionó al juez. Eso lo sé yo, lo sabe Millie y lo saben, probablemente, casi todos los miembros del Congreso. Y, sin embargo, la comunidad judía de América se ha quedado más callada que la noche. Ni una palabra.

—Palabras las ha habido —protestó David.

—Susurros, simples susurros. Han transcurrido menos de diez años desde el Holocausto, y este sacrificio ritual a las divinidades de las tinieblas se ejecuta en silencio... eso es lo que no comprendo, el silencio.

David miró el reloj y dijo tristemente:

—Ya han muerto, Martin.

La nevada era ahora tan intensa que ponía una cortina entre los dos hombres, y David dijo a Martin con voz ronca:

—Lo que Mike dijo acerca del pasillo de la muerte, Martin, amigo mío y ministro

congregacionista, piénsalo, piénsalo bien, porque nosotros llevamos dos mil años en el pasillo de la muerte.

Martin se quedó mirando a David, una silueta borrosa tras la cortina de nieve. Abrió la boca, pero se tragó las palabras. Luego, al cabo de un rato, dijo:

—Vamos a casa, David. Ha caído más de un palmo de nieve.

Caminaban pesadamente sobre la nieve, en silencio. La casa de David quedaba más cerca y, cuando llegaban a la puerta instó a Martin a entrar a tomar una taza de té, pero Martin rehusó la invitación, dijo que tenía muchas cosas en que pensar y quería empezar cuanto antes.

Mientras proveía a David de té caliente y calcetines secos, Lucy observó su gesto de tristeza y le preguntó:

—¿Qué ocurre, David? ¿Es la ejecución?

—Durante toda la guerra creíamos estar al borde de un cambio —dijo él lentamente. —De un modo u otro, todos lo creíamos. Habíamos seguido al demonio hasta su cueva y ya no teníamos más que entrar y destruirlo. Luego, el mundo sería diferente. Pero el mundo nunca será diferente, Lucy, nunca.

—Tal vez no, pero, por lo menos, tú tienes tu trabajo. Esta tarde, clase de Talmud preparatoria para la ceremonia del *Bar Mitzvah*. Siempre estás diciendo que exige un gran esfuerzo intelectual. ¿Qué te parecería un baño caliente y un buen almuerzo? Hamburguesa con patatas fritas.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Las hamburguesas están en la nevera. Comprenderás que no voy a salir de casa con esa nevada. —Pero en cuanto David se metió en la bañera, Lucy llamó a Millie y le preguntó—: ¿Qué crees que puede haberles pasado a esos dos, para que se quedaran a la intemperie con lo que está cayendo?

—A Martin no he podido sacarle ni una palabra.

—Pues aquí lo mismo.

—Hay que darles tiempo —dijo Millie.

Lucy dio el almuerzo a los niños y después hizo algo insólito: sentarlos delante del televisor, a fin de poder hablar con David tranquilamente. Él tenía muchas cualidades, pero entre ellas no figuraba la de ser un buen gastrónomo y, según le dijo una vez, se había criado prácticamente a base de hamburguesas y patatas fritas. Pero hoy ni su plato predilecto le apetecía.

—¿Verdad que me perdonarás, Lucy? Tiene muy buen aspecto y huele de maravilla pero no tengo apetito.

Ella se levantó, se acercó a él y le dio un beso.

—¿Y eso?

—Un capricho. ¿Café?

Él bebió el café y, maquinalmente, se metió en la boca un pedazo de pan.

—Nadie debería tener que enfrentarse al verdugo —dijo. —Es una vil venganza lo que exigimos. A veces me pregunto si estamos cuerdos, si hay en toda la especie



humana alguien que esté en su sano juicio. —Movi6 la cabeza. —¿Qu6 hacemos aqu6, Lucy?

—Te dir6 lo que voy a hacer yo. Voy a echar un d6lar en ese florero cada vez que me hagas esa pregunta, y pronto podremos irnos de viaje al extranjero.

—Es que dondequiera que mire no veo m6s que cosas demenciales. Y deseo que s6lo afecten a los otros, para poder decir: Los locos son ellos, pero nosotros estamos cuerdos. ¿Conoces a Le6n Kramer?

—Su mujer, la pobre, est6 siempre embarazada. Cuatro hijos y el quinto en camino.

—6l es un buen hombre, pero muy ortodoxo. A su modo de ver, nosotros apenas estamos un paso a la izquierda de la Iglesia cat6lica.

—¡Hala! —exclam6 Lucy.

—Bueno, casi. Seg6n 6l, el juda6simo reformado ha firmado un pacto con el diablo. 6l se considera nuestra conciencia, y por eso sigue siendo miembro de la congregaci6n. Habr6s visto que siempre lleva *yarmulke*. La semana pasada vino a verme para hablar del *eruv*.

—¿Podr6as explicarme qu6 es un *eruv*?

—Seg6n los estrictos preceptos de los jud6os ortodoxos, en s6bado, esto es desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del s6bado, no se puede acarrear nada fuera de casa. El acto de empujar un cochecito de ni6os se considera acarreo, de modo que cuando es necesario sacar al beb6 a tomar el sol y el aire, tienes que crear un *eruv*, que es una prolongaci6n del interior de la casa. Para ello poner un cordel alrededor de una zona que pueda abarcar el jard6n delantero y el patio posterior, lo cual se convierte en tu casa, y ya puedes pasear al ni6o sin faltar a la Ley.

—Es una broma.

—No es broma. Es un ejemplo de demencia, inofensiva pero contraria a la raz6n y no m6s disparatada que miles de reglas y preceptos de otras religiones. Hay barrios enteros de Nueva York que est6n acordonados, formando un *eruv*. Bueno, tal vez no seamos tan especiales, pero yo no paso por eso. ¿T6 crees que Dios distinguir6 a los llamados esp6as at6micos de los seis millones de jud6os que fueron incinerados en los hornos de Hitler? El mundo sigue. Dios tiene mucho trabajo tratando de separar las almas de los que se quemaron en Hiroshima y Nagasaki de las cenizas de los campos de concentraci6n. ¿O es que no queda un alma cuando la llamarada te ha reducido a la nada?

—¡Basta! —grit6 Lucy. —¿Es que no te das cuenta de lo que haces? ¿Lo que haces conmigo, contigo mismo...?

—Perdona —dijo David. —Perdona.

Aquella noche, David se despert6 gritando, y sus gritos despertaron a Lucy y a los ni6os. Sarah entr6 corriendo en la habitaci6n de Aaron y se acurruc6 a su lado bajo las s6banas. Lucy sacudi6 a David para que acabara de despertar y le abraz6 con fuerza. Ella sab6a lo que su marido so6aba; lo sab6a como si el sue6o lo hubiera

tenido ella. Un día, en la realidad, David se asomó a una fosa común a la que se habían arrojado los cadáveres de tres mil judíos, cuerpos desnudos de hombres y mujeres depauperados, con la piel pegada a los huesos, brazos y piernas descoyuntados, caras de calavera de rasgos torpemente dibujados, y de aquella enorme fosa se elevaba el hedor horrendo, insoportable, de putrefacción. Eso vio, según le había contado David, el capitán David Hartman, capitán de la 45.<sup>a</sup> División del Séptimo Ejército; pero, en el sueño que se repetía siempre igual, David era uno de los cadáveres y miraba a los soldados americanos que estaban de pie al borde de la fosa.

Él abrió los ojos, sudando y tiritando.

—Esta vez estaba en los dos sitios. Dentro de la fosa y fuera, mirando. Ha sido horrible.

—Ya pasó —susurró Lucy. —Ya está. No fue más que un sueño.

Lucy entró en la habitación de Aaron. Debajo de la ropa de la cama, se veían dos bultos.

—Vosotros sabéis lo que son las pesadillas —dijo Lucy. —Los dos las habéis tenido. Hoy la tuvo papá.

—Está muerto —gimió Aaron. —Es el ruido que haces cuando te mueres.

—Eso es una solemne tontería. David, ¿haces el favor de venir? —llamó. Y dijo a Aaron—: No puedes ver a través de las mantas.

Los niños asomaron la cabeza. David entró en la habitación y tomó en brazos a Aaron. Entonces Sarah pidió que la levantaran a ella también. Aaron consideró que le daba miedo volver a la cama.

—Pues vamos todos a la cocina a tomar leche caliente.

Los niños se durmieron mientras bebían la leche, y David y Lucy los llevaron a la cama. Lucy, aunque no era una gran fumadora, sintió el deseo de encender un cigarrillo. Con él en la mano, se instaló en una vieja otomana del dormitorio, regalo de su madre. David la miraba desde la cama, apoyado en un codo.

—Las mujeres sufrimos —dijo Lucy. —Pero los hombres sufren más.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he descubierto yo sola.

—Eres muy lista.

—No creas, a mí me parece que eso lo saben todas las mujeres. Por eso os perdonamos por follaros a todo el cochino mundo.

—Cuida ese vocabulario, niña. No eres sólo la esposa de un rabino, sino madre de dos hijos pequeños.

—Yo uso un lenguaje florido únicamente cuando estamos solos, tú ya lo sabes. Me sale cuando no encuentro otras palabras, porque no hay palabras más apropiadas.

—No sabía que te faltaran las palabras.

—Tú ignoras muchas cosas sobre mí.

—Apaga ese cigarrillo y ven aquí.

A la mañana siguiente, había dejado de nevar. Adam, el hijo de Jack Osner, estaba limpiando la senda del jardín de los Hartman, trabajo por el que se le pagaban tres dólares.

—Bueno, rabino —dijo el muchacho cuando David salió a darle el dinero—, me parece que es la última vez que le quito la nieve de la puerta, pero no crea que le dejo en la estacada. El chico Schwab me relevará. No tiene mi estilo para manejar la pala, pero qué se le va a hacer.

—Estoy seguro de que aprenderá.

—¿Nieva en Washington?

—A veces.

—Me fastidia marcharme. Cómo me revienta. Aquí tengo a mis amigos. ¿Sabe, rabino?, el primer chico con el que me pegué porque me llamó cerdo judío es mi mejor amigo. Y ahora vuelta a empezar.

—No sé —dijo David. —Eso es cosa de crios pequeños. No creo que te ocurra en Washington.

Cuando, media hora después, David llegó a la sinagoga, Nash MacGregor estaba realizando la misma operación: abrir un sendero en la nieve desde el templo «Shalom» hasta el aparcamiento. MacGregor era un negro de cuarenta y tantos años, alto y fuerte. Vivía en Bridgeport con su mujer y sus tres hijos y había trabajado varios años en una fábrica de cajas, propiedad de un miembro de la congregación de David. La fábrica había sido vendida hacía tres años, y el nuevo propietario no empleaba a negros. David necesitaba alguien que se encargara del cuidado de la nueva sinagoga y tomó a MacGregor por recomendación de su antiguo patrono. MacGregor era un hombre bueno y trabajador. Los viernes por la noche se quedaba a dormir en el sótano y las otras noches se iba a su casa. En aquella época, aún no se permitía a los negros vivir en ninguna de las ciudades del Condado de Fairfield, aunque David no se enteró hasta después de haber contratado a MacGregor. Lindando con los terrenos de la sinagoga había una pequeña granja que se vendía por seis mil dólares, y David pensó que MacGregor y su familia podrían instalarse allí, y el hombre se ahorraría el viaje hasta Bridgeport. MacGregor le aseguró que él mismo podría acondicionarla.

—Pero no me la venderán —dijo. —Puede estar seguro, rabino.

David expuso el caso al consejo.

—No hay nada que hacer —le dijo Oscar Denton. —Absolutamente nada, David. Hace más de veinte años que yo llegué a esta ciudad, fui el primer judío, y si me salió bien es porque primeramente compré los terrenos y pensaron que era para una urbanización. No sospechaban que fuera judío ni que pensara instalarme aquí.

—Podríamos comprar nosotros la casa y alquilársela a MacGregor.

La proposición fue rechazada por mayoría. Ya lo había dicho MacGregor. Mel Klein dijo:

—Tienes razón, David. Eres una buena persona. Pero el mundo en que vivimos es el mundo en que vivimos, y vale más no buscar complicaciones.

—Entonces, ¿qué diablos hago yo aquí?, se preguntó David por enésima vez.

Aquella mañana, MacGregor dijo a David:

—Rabino, la máquina estará aquí dentro de una hora. Pero estaba pensando que si le montáramos una pala a mi camioneta yo mismo podría limpiar el aparcamiento y ahorraríamos veinticinco dólares cada vez que nieva.

—¿Cuánto costará la pala?

—Puedo conseguir una bastante buena por setenta y cinco dólares.

—Tráela y que nos manden la factura.

—Le he devuelto el libro. ¿Puedo coger otro?

—Cuando quieras.

—Es curioso —dijo David a Lucy aquella noche. —Tú ya sabes que, el viernes por la noche, Nash MacGregor duerme en el sótano para poder limpiar y preparar la sinagoga para el oficio del sábado, ¿verdad? Bueno, las horas deben de hacerse muy largas durante los oficios y también después, y me preguntó si podía sacar un libro de la biblioteca para leerlo. No es un lector rápido, sino que tiene que vocalizar cada palabra. Creo recordar que me dijo que en la quinta clase tuvo que dejar los estudios para ponerse a trabajar. Pero el primer libro que eligió fue *Réquiem por una monja*, de Faulkner, que yo tenía encima de la mesa. No sé lo que sacaría en limpio, pero lo leyó de cabo a rabo y después se llevó *El muro*, de Hersey. Tarda meses pero no los deja hasta haberlos terminado y luego me pide permiso para sacar otro.

—A veces comprendo por qué quieres ser lo que eres —dijo Lucy. —Pero sólo a veces —añadió rápidamente.

MacGregor estaba agradecido. El que los blancos le trataran con respeto y consideración era algo tan insólito que le resultaba difícil tomarlo con naturalidad. Y era una persona efusiva. Por ello cuando, a las ocho de la mañana del viernes siguiente a la nevada, llamó por teléfono a David, le temblaba la voz y las palabras le salían con dificultad.

—Rabino venga pronto. Ha pasado algo terrible.

David estaba en la cocina, poniendo la mesa para el desayuno, mientras Lucy freía los huevos y vigilaba las tostadas. Los niños ya estaban tomando el cereal. Lucy, que estaba siempre alerta vigilando a David, le preguntó qué sucedía.

—No lo sé. Algo en la sinagoga.

—¿Y el desayuno?

—Quizá después. —David se puso su viejo chaquetón militar y casi corrió hacia la sinagoga, en cuya puerta le esperaba MacGregor. La placa de latón con la inscripción: «Templo Shalom» situada a la izquierda de la entrada, estaba embadurnada de pintura roja y en toda la fachada del edificio se veían cruces gamadas trazadas con aerosol rojo.

—Dentro es peor —dijo MacGregor, anonadado.

En el interior, los aerosoles habían rociado de pintura roja los bancos. La única ventana, en la que estaban representadas las Tablas de la Ley en vidrios de color, situada detrás del santuario, había sido destrozada y un viento helado entraba en el templo. Las cortinas del santuario estaban arrancadas, y la funda del rollo de la Torah estaba rota y manchada de pintura.

—Ya ve —dijo MacGregor, afligido. —Si estoy yo aquí, eso no pasa. Pero yo no estaba. Yo no estoy los jueves. No había visto cosa igual desde hace mucho tiempo.

—No es culpa tuya, Nash —dijo David. —No es culpa tuya. —Rodeó los hombros del negro con el brazo y se quedó contemplando aquella devastación. —Verás lo que vamos a hacer, Nash. Lo primero tapar ese boquete de la ventana. A ver si encuentras algo. Me parece que en la clase hay cartones.

—Son dibujos.

—Ya encontraremos más dibujos. Ahora lo más urgente es tapar el agujero.

Cuando el negro se fue, David volvió a guardar el rollo en el santuario. Era uno de los cientos que los nazis se llevaron de las sinagogas alemanas y polacas y guardaron mientras se decidía el uso que se les daba. El rabino Belsen consiguió aquél a través del Instituto y lo regaló a la sinagoga de David. Estaba contemplando la rasgada y manchada cubierta del rollo cuando *Mrs. Shapiro*, su secretaria apareció en la puerta y lanzó un grito.

—¡Basta! —exclamó David secamente. —Vaya a mi despacho y llame... —La mujer sollozaba violentamente. —Por favor, *Mrs. Shapiro*. ¿Tiene lápiz y papel en el bolso? —le gritó.

Ella encontró el lápiz y el papel. Bajo la severa mirada de David, sus sollozos remitieron. El lápiz y el papel eran armas que le permitían enfrentarse con este mundo desquiciado y amenazador.

—Llame a todos los miembros del consejo, empezando por *Mr. Klein*. Él no sale de casa antes de las ocho y media, así que aún le encontrará. Después, a *Mr. Hurtz*, *Mr. Denton* y *Mr. Frome*. Cuando haya hablado con ellos y se haya asegurado de que estarán aquí antes de una hora, llame al reverendo Carter a la iglesia congregacionista, dígame lo que ha ocurrido y pídale que se reúna con nosotros. Y cuando llegue la gente para la función de la mañana, dígameles que esperen.

—¿Les digo a los demás lo que ha ocurrido?

—Brevemente. Sólo que en la sinagoga se ha cometido un acto de vandalismo. No entre en pormenores. Dese prisa.

A las nueve y cuarto, estaban todos allí, incluido Martin Carter y un tal doctor John Ash, yerno de Mel Klein, que enseñaba Psicología en Yale. Los estados de ánimo eran diversos. Hurtz se mostraba furioso, Klein, preocupado y Ed Frome, escandalizado y desengañado. Martin Carter estaba horrorizado y no podía ocultar su pesadumbre, acrecentada por la circunstancia de ser el único cristiano presente. Oscar

Denton era el único que estaba tranquilo y aparentemente resignado.

—Tengo setenta y cinco años —les dijo. —Ya nada puede sorprenderme. El género humano no mejora, no cambia ni muestra indicios del toque divino. Puede decirse que hemos alcanzado la mayoría de edad en un mundo tan poco imaginativo como repugnante.

—Decir esas cosas no sirve de nada —dijo Joe Hurtz. —Ojalá estuviera aquí Jack, pero no está. Bueno, yo digo que esto es un delito y que tenemos que llamar a la Policía y procurar que los canallas que han hecho esto paguen su crimen. Estamos en los Estados Unidos, no en Alemania.

—La Policía —dijo Ed Frome. —Vivimos en una ciudad muy pequeña. Tenemos cinco policías, tres en el turno de día y dos en el de noche, y bastante trabajo tienen unos y otros en encontrar el camino de su casa.

—Eso es una exageración.

—¿Tú has visto a nuestra Policía en acción?

—Yo digo que hay que avisar a la Policía. A pesar de todo, es la Policía.

—¿Tú qué opinas, David? —preguntó Mel Klein.

—Yo creo que no debemos llamar a la Policía, por lo menos hasta que podamos hablar de lo sucedido con más calma. Lo que nos trastorna no es lo que se ha hecho aquí, sino los recuerdos que remueve. He mandado a Nash MacGregor a comprar disolvente de pintura. La Torah no ha sufrido daños y la ventana se puede arreglar. Gracias a Dios, no hay heridos.

—De todos modos, esto compete a la Policía —insistió Hurtz.

David miró al psicólogo.

—¿A usted qué le parece, doctor Ash?

—Una vergüenza. Pero parece ser obra de adolescentes. Chicos de la secundaria.

—¿Por qué cree que han sido los chicos? ¿Por qué no personas adultas?

—Porque parece algo precipitado e incompleto. Imagino a un par de chicos, con aerosoles de pintura roja. ¿Forzaron la puerta?

—No —dijo David. —Pero esa puerta no se ha cerrado desde que se construyó la sinagoga.

—Supongo que esos chicos sabían que la puerta estaba abierta. Es más una gamberrada que un acto de antisemitismo.

—¡Y un cuerno! —gritó Martin Carter inesperadamente con vehemencia. —Si no ven en esto la prueba de un antisemitismo sucio y patológico es que tienen la cabeza hundida en la arena.

—Tiene razón Carter —dijo Frome. —¿Qué diablos nos pasa? No tengo más remedio que preguntárselo, rabino. Yo estoy indignado y me gustaría pillar a esos bandidos y darles una buena paliza. ¿Prefieren ustedes echar tierra al asunto y hacer como si nada hubiera ocurrido?

—No; no quiero echar tierra al asunto —dijo David. —Pero tampoco quiero exagerar la nota. Si he pedido al reverendo Carter que viniera no es para agudizar

nuestra sensibilidad al antisemitismo sino porque, al igual que el doctor Ash, yo opino que esto es obra de unos chicos, y el reverendo Carter, que conoce a la comunidad mucho mejor que todos nosotros, puede llevarnos hasta ellos.

Antes de dar por terminada la reunión, se acordó informar al jefe de Policía, como eufemísticamente se le llamaba. Todos convinieron en que procedía denunciar los hechos. Se planteó la cuestión de si en el futuro debían cerrarse las puertas. David se opuso resueltamente.

—Sencillamente, no me parece la reacción apropiada —dijo. —Aún a riesgo de que los hechos se repitan, cerrar las puertas de un santuario supone admitir una terrible derrota.

—¿Derrota para quién y ante quién la admitiríamos?

—Ante nosotros mismos.

La discusión fue breve, y la opinión de David prevaleció. Se acordó que, por el momento, no se cerrarían las puertas.

Martin se quedó cuando se fueron los demás.

—Estás muy enfadado conmigo, ¿verdad?

—No mucho. Es sólo que...

—Sólo que, ¿quién diablos es ese *goy*, para creer que sabe de antisemitismo más que nosotros?

—Más o menos —admitió David.

—¿No se te ha ocurrido que por lo que respecta al antisemitismo entre nosotros hay una diferencia fundamental?

—¿Sí? ¿Qué diferencia?

—Tú nunca fuiste antisemita, David. Yo, sí. Rabiosamente. Mi padre era un antisemita acérrimo. Un maníaco. Él y dos socios de Henry Ford a propósito de los falsos *Protocolos de los Ancianos de Sión*. Pero mi padre se dejó engañar. En muchos aspectos, era un hombre bondadoso, pero la enfermedad del antisemitismo le envenenaba. Al principio, me afectó a mí también y después me horrorizó y al fin fue una de las varias razones que me impulsaron a ejercer mi ministerio. Es una larga historia. Quizás algún día te la cuente. Pero no quiero que me tomes a mal lo que dije antes. Somos viejos amigos David, y me dolería que algo enturbiara nuestra amistad.

—No hay cuidado —dijo David.

El jefe de Policía acudió en persona. Era un hombre de sesenta y tantos años y pelo gris. Dio una vuelta por la sinagoga, examinó los desperfectos y movió la cabeza con suficiencia.

—Estos chicos —dijo. —Sólo Dios sabe lo que les mueve a obrar así. ¿Qué quiere que haga, rabino?

—Encontrar a los culpables, ¿no le parece?

—No será fácil. Hay mucha gente que tiene prejuicios. Esto no es Alemania; pero hay mucha gente con prejuicios a la que no le gusta su pueblo.

—Pues supongo que tendrá usted que buscar bien entre esa gente. Mi pueblo, como usted dice, también paga impuestos, y vota.

—Pero no por mí. Yo me jubilo el próximo otoño. Por eso puedo hablarle con franqueza. Eso le está vedado al que se presenta a las elecciones.

Cuando el jefe de Policía salía, se cruzó en la puerta con *Mrs. Seligman*, una mujer muy temperamental, de unos cuarenta años, a la que *Mrs. Shapiro* trataba en vano de atajar.

—Ya sé que hoy es un día terrible para usted, rabino, con todo lo que ha pasado en la sinagoga, pero me urge hablarle. Es asunto de vida o muerte. A solas —añadió fulminando con la mirada a *Mrs. Shapiro*.

David asintió.

—Puede marcharse, *Mrs. Shapiro*.

—Yo sólo trato de cumplir con mi deber —dijo *Mrs. Shapiro*, refugiándose otra vez en las lágrimas. —Hoy todo el mundo quiere hablar con usted.

—Desde luego. Muchas gracias. —Invitó a sentarse a *Mrs. Seligman*. —¿Qué sucede, *Mrs. Seligman*?

—Sucede que mi hija está embarazada y sólo tiene quince años, Dios nos valga.

—Sí, eso es grave. —Recordaba a la hija, una muchacha preciosa, de ojos oscuros y cabello sedoso. —¿Sabe usted quién ha sido?

—Ha sido un chico de la secundaria que está en el equipo de rugby. Un tal Freddy Bliss. No es judío. De todos modos, a su edad tampoco podría casarse.

—No, no podemos destruir su vida de ese modo. ¿Lo sabe Bert? —Confiaba en no equivocarse de nombre.

—Me da miedo decírselo. Tiene muy mal genio.

—Yo podría ir a su casa esta noche y se lo decimos los dos. No podemos tomar ninguna decisión respecto a su hija hasta que él sepa lo que pasa.

Sonó el teléfono.

—David —dijo Lucy—, me han contado lo ocurrido. Supongo que debes de tener bastante jaleo.

—Ya lo creo.

—Ha llamado mamá. Papá ha tenido un ataque al corazón y lo han llevado al hospital.

—Voy ahora mismo —dijo David, y explicó a *Mrs. Seligman* lo sucedido.

—¿Le parece que hable yo con Bert? —preguntó ella. —Se pondrá furioso, pero puedo decírselo.

—Si no puedo ir esta noche, iré dentro de un par de días. Es preferible que espere.

—Deseo que todo vaya bien en su casa. Hoy no es un buen día, rabino.

No era un buen día. Cuando David llegó a casa, el padre de Lucy ya había muerto.

—Es una cochina injusticia —dijo Lucy. —No tenía más que cincuenta y cinco



años. Y era tan buena persona. ¿Por qué tiene que ser tan condenadamente injusta la vida?

Hacía mucho, mucho tiempo, antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando estudiaba en el Instituto, David se lamentó ante el rabino Belsen acerca de la injusticia de Dios.

—¿Y qué tiene que ver Dios con la justicia, David? La justicia fue inventada por los hombres no por Dios. —Eso le dijo, o algo por el estilo. Hacía mucho tiempo y quizás a David le fallaba la memoria. Siempre se había predicado que el Dios de Israel era un Dios justo.

Della Klein se quedó con los niños.

—No me digas nada —dijo a Lucy. —Nos arreglaremos perfectamente. Iros tranquilos.

Durante el viaje a Nueva York, Lucy, sentada al lado de David, lloraba en silencio. Él no encontraba palabras. Un rabino ortodoxo le diría: «Tu padre estará entre los bienaventurados». Todas las religiones tenían palabras de consuelo; ninguna decía, sencillamente que la muerte es algo sobrecogedor y repulsivo, una de tantas cosas que el hombre no puede comprender. Sin saber por qué, le vino a la memoria una carretera de Alemania y, junto a la carretera, la cabeza de un joven soldado alemán, sólo la cabeza, con los ojos azules muy abiertos y el pelo como la seda. El cuerpo había desaparecido sólo estaba la cabeza, y los muchachos americanos que marchaban por la carretera volvían la mirada, fingiendo no haberla visto. ¿Por qué ese recuerdo ahora? ¿Por qué lamentar, aun con un vago recuerdo, a un muerto de una nación que desató una guerra que provocó cincuenta millones de muertos? Pero su pensamiento no era unívoco, sino que se desdoblaba en pasado, presente y futuro. ¿Dónde había leído él que cuando el pensamiento se hace uno solo, la persona alcanza un estado de gracia?

Lucy le oprimió la mano sobre el volante.

—David, ¿es el fin? ¿Volveré a verle?

—No lo sé, cariño. —Era mentira. Su pregunta evocaba la terrible y definitiva ruptura de la muerte, y él sintió unos dedos helados en el corazón. Nunca, ni cuando murió su madre, ni durante la guerra, había reaccionado él de este modo ante la muerte. No lo sentía porque era el padre de Lucy; David apreciaba a Herb Spender. Era un hombre amable y cordial a quien los años pasados en la sala de linotipias del New York Times, componiendo las noticias, habían dado un cinismo comedido e inofensivo. Herb siempre trató de ocultar con nobleza el desprecio que sentía por el rabinato, el ministerio y cualquier otro aspecto de la religión, y su afecto por David era auténtico.

—Cada vez que tú y yo discutíamos, o cuando me sentía abatida, le llamaba. Y ahora ya no está.

—Estoy yo —dijo David.

Ella se apretó contra él y guardó silencio durante el resto del viaje.

En Nueva York fue la madre de Lucy quien le suplicó que le revelara misterios. David nunca había reparado en lo joven y atractiva que era Sally Spender. Tal vez porque uno siempre utiliza para la suegra una óptica especial. Ahora le abrazó y dijo llorosa:

—Ni siquiera tenemos sepultura. Nunca hemos pertenecido a una sinagoga. ¿Qué puedo hacer, David?

—No se preocupe —dijo David. —Llevaremos a Herb al Ridge y lo enterraremos en nuestro cementerio. —Pero se preguntaba cómo estaría el cementerio, en pleno invierno, con la tierra helada.

Nevaba otra vez, suavemente, el día en que dieron sepultura al padre de Lucy. El pequeño círculo de familiares y amigos asistió al acto en silencio y tiritando. Lucy y su madre lloraban. Era como si la muerte hubiera extendido el brazo y tocado el mundo con sus dedos de hielo.

Pero David pensaba que la vida prevalece sobre la muerte y que ahora la vida germinaba en el útero de la chica Seligman. La niña Seligman se dijo David, sentado frente a Bert Seligman y su esposa. Bert ya había expresado su furor paseando airadamente por la habitación y exclamando que mataría a «esa pequeña desvergonzada» y exigiendo que se presentara ante él inmediatamente, para responder a su «crimen». Su mujer lloraba, y David esperaba a que el hombre se desahogara.

—¿Piensa echarla de casa? —preguntó David.

—¿Echarle de casa? —replicó Bert Seligman. —Rabino, es una pérdida, pero también es mi hija y yo no echo de casa a una hija mía.

—Entonces trate de comprender.

—¿Qué es lo que tengo que comprender?

—Que su hija necesita cariño. Si en lugar de decirle palabras tan duras le abriera los brazos...

—¿Quién se ha creído que es para decirme lo que tengo que hacer?

—Soy su rabino. Y, o me escucha usted o me marchó ahora mismo de esta casa. —David se puso en pie.

—Por favor, quédese —le suplicó *Mrs.* Seligman.

—Está bien. Pero yo hablo y usted me escucha. ¿De acuerdo?

El matrimonio asintió en silencio.

—Está bien. Pero, quienquiera que sea el padre, una niña de esa edad no debería casarse ni tener un hijo. Ni hablar. Quiero que mañana mismo la lleve a casa del doctor Levine.

—Y que se entere todo el mundo —gimió *Mrs.* Seligman.

—No tiene por qué enterarse pero hemos de hablar de su hija, para decidir lo que hay que hacer, para que no peligre su vida. ¿No se da cuenta de la importancia que tiene eso?

Eran más de las doce de la noche cuando David volvió a casa. Millie Carter

estaba haciendo compañía a Lucy. Hacía ocho días que Herb Spender había muerto y Lucy aún tenía miedo de quedarse sola. David se disculpó.

—Los Seligman están pasando un gran disgusto. No pude marcharme antes.

—¿Te refieres a lo de esa chica y Freddy Bliss? —preguntó Lucy.

David suspiró.

—Di mi palabra de que nadie se enteraría.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Millie. —El chico Bliss es un pequeño sinvergüenza, y la niña de los Seligman tampoco es un ángel. ¿La familia piensa quedarse aquí?

—Creo que sí.

Millie sacudió la cabeza con resignación.

—Tengo que marcharme. Sería estupendo estar una temporada sin congregación, ¿verdad, David? Voy a buscar una islita tranquila y remota, poblada exclusivamente por druidas.

Dos semanas después, Martin Carter llamó por teléfono a David para pedirle que fuera a su iglesia. La nueva capilla congregacionista estaba a unos dos kilómetros de la sinagoga y la casa de David. Era a última hora de la tarde. El frío sol del invierno empezaba a ponerse.

—No sé de qué se trata —dijo David a Lucy—, pero estaré de vuelta antes de la hora de cenar.

El despacho de Martin, en el que estaban encendidas las luces, se hallaba en la parte trasera de la iglesia. La secretaria ya se había marchado. Martin abrió la puerta, y David vio en el interior a un hombre y dos muchachos. El hombre, de unos cuarenta años, era corpulento, de hombros caídos, brazos fuertes y manos grandes. Llevaba un chaquetón de piel de cordero y pantalón vaquero. David se enteró después de que era contratista de obras, vivía en Leighton Ridge y trabajaba en Danbury. Martin lo presentó como Thomas Hendley.

—*Mr.* Hendley es miembro de nuestra congregación —dijo Martin. —Éste —añadió señalando a uno de los muchachos— es su hijo Robert y este otro joven se llama Joe Menaro. Están aquí porque *Mr.* Hendley los ha traído. Son los autores de los daños causados a la sinagoga.

—Estoy dispuesto a pagar los desperfectos, y ellos me reembolsarán con su trabajo o me cobraré en sus costillas. Francamente, rabino, yo no les tengo una especial simpatía a ustedes, pero en América no hacemos esas cosas. —Hendley efectuó una pausa para tomar aliento. —No somos hampones ni mafiosos.

—¿Cómo se enteró de que habían sido los chicos? —preguntó David.

—Robert se lo dijo a su madre.

—¿Podría usted esperar fuera mientras hablamos con los muchachos? —preguntó David.

Hendley le miró con recelo.

—Sólo unos minutos, *Mr. Hendley* —dijo Martin. —Podría ser útil.

—Hagan lo que hagan ustedes, ellos se lo habrán buscado. ¿Van a llamar a la Policía?

—No es eso lo que yo pensaba hacer.

—Lo que haga la Policía será legal —dijo Hendley.

—Yo soy ministro —dijo Martin. —Y él, rabino. Nosotros no pegamos a los muchachos.

—De acuerdo. Pero recuerden que no puedo quedarme aquí toda la noche. Y estoy dispuesto a pagar los gastos.

La puerta se cerró tras Hendley. Martin arrimó dos sillas.

—Sentaos —dijo a los muchachos.

—No vamos a llamar a la Policía —dijo David. —*Mr. Hendley* pagará los gastos y vosotros os arreglaréis con él. Pero nadie se libra por la cara, y el precio de poder salir de ésta sin ser fichados por la Policía es responder a unas cuantas preguntas.

Por primera vez desde que él entrara en el despacho, los dos muchachos le miraron a la cara.

—¿Qué preguntas, usted?

—Llamadle rabí Hartman cuando os dirijáis a él —dijo Martin.

—Pregunta número uno: ¿Por qué lo hicisteis?

Hendley guardó silencio. Menaro se encogió de hombros y movió la cabeza.

—No lo sé.

—¿A cuántos judíos conocéis?

—Varios chicos de la escuela.

—¿Os caen bien o mal?

—Son buena gente —dijo Menaro.

Hendley asintió.

—¿Sabéis lo que representa la esvástica?

No hubo respuesta.

—Las pintasteis en la fachada de la sinagoga y en el rollo. ¿Sabéis lo que es el rollo?

Ellos le miraban en silencio.

—A ese rollo lo llamamos nosotros la Torah, que en hebreo significa Ley. Es una copia manuscrita de los cinco primeros Libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio. Es la Biblia judía, la Biblia protestante y la Biblia católica indistintamente. ¿Lo habríais profanado de haber sabido lo que era?

Los chicos seguían callados.

—Así no vamos a ninguna parte —dijo David en voz baja. —O contestáis a mis preguntas o llamo a la Policía. Vamos a ver, ¿habríais profanado esas escrituras si hubierais sabido que eran la Biblia?

—No —murmuraron.

—Está bien. Volvamos a las esvásticas, las cruces gamadas que pintasteis en la

fachada de la sinagoga. ¿Qué es la esvástica?

—Es nazi —dijo Hendley.

—¿Y tú, Menaro? ¿Lo sabías?

—Sí.

—Estoy seguro de que los dos sabéis que los nazis odiaban a los judíos. Asesinaron a seis millones de judíos. En un solo día, enviaron a la cámara de gas a más de ocho mil mujeres y niños judíos. Pero los nazis, la gente cuyo símbolo pintasteis en nuestro templo no sólo mataban judíos. Asesinaron también a más de trescientos mil gitanos. Ejecutaron a miles de italianos, franceses y de todos los países de Europa. Desde que Dios creó el mundo, ningún otro grupo de gente ha causado tanto sufrimiento y tantas muertes como el partido nazi alemán. He querido que supiérais esto para que la próxima vez que utilizéis un símbolo antes tratéis de comprender lo que representa. Ahora podéis marcharos.

Cuando los chicos se fueron, Martin y David permanecieron en silencio cosa de un minuto. Luego, Martin dijo:

—Eso estuvo bien. A mí no se me habría ocurrido plantearlo así.

David se levantó.

—Lucy me espera para cenar.

—¿No tienes tiempo para tomar una copa? Una sola.

—No me apetece cuando me siento como me siento ahora.

—¿Y como te sientes?

—Completamente desmoralizado.

# QUINTA PARTE

1956

## Capítulo 5

En 1956, la primavera llegó a Leighton Ridge como una tierna bendición, más aún, como un augurio de paz y buena voluntad. El mundo estaba sin guerra —mejor dicho, sin una guerra grande— y el Presidente de los Estados Unidos estaba resultando un anciano caballero apacible al que no apetecía zarandear la nave. Incluso se había apartado y silenciado al senador McCarthy, y en un pequeño pueblecito de un rincón de Connecticut, Lucy Hartman ofrecía una cena a unos cuantos amigos. Los niños habían cenado y subido a acostarse, lo cual no quiere decir que estuvieran durmiendo. Se quedarían cuchicheando y luego se acercarán de puntillas a la escalera para tratar de oír las conversaciones de abajo. Mrs. Holtzman, una señora de mediana edad y complexión robusta, única superviviente de una familia de judíos alemanes que había muerto en los campos de concentración, ayudaba a Lucy a preparar y servir la cena, y la mesa del comedor se había extendido al máximo, para que cupieran ocho comensales.

Los invitados eran: Mel Klein, presidente de la sinagoga; Della, su esposa; Eddie Frome y Sophie, su esposa, y Millie y Martin Carter. Eran los mejores amigos que habían hecho David y Lucy desde su llegada a Leighton Ridge. Mel Klein, a sus sesenta y dos años, era la figura del patriarca. Della, veinte años más joven que él, se había convertido en la guía y consuelo de Lucy. Cuando Lucy lloraba, cuando deseaba sentirse como una niña pequeña, cuando odiaba Leighton Ridge hasta el extremo de pensar en hacer la maleta y marcharse, era Della quien la reconfortaba y con los afectuosos elogios que le hacía de David, conseguía que Lucy descubriera en su marido nuevas facetas. Realmente, a veces Lucy tenía la impresión de que Della estaba enamorada de David. Sin embargo, nunca vio en esta posibilidad una amenaza. En cuanto a Eddie Frome, no sólo les llevaba su mundo del *New Yorker*, uno de los escasos medios en los que aún subsistían el ingenio, el sentido común y la cordura sino que su propia presencia era ya una fuente de sana inteligencia. Los comentarios que circulaban acerca de su reputación de consolador de ciertas damas solitarias y desdichadas de los alrededores, no impulsaban a David a juzgarle. Sophie, su mujer, aceptaba la situación. Era una mujer delgadita y delicada que adoraba a su único hijo, un niño de diez años llamado Philip, y a su marido. En las reuniones hablaba muy poco, pero era lo bastante plácida y dulce como para que se la aceptara con simpatía a pesar de sus silencios. Y Martin y Millie Carter estaban a sus anchas en el único lugar del vecindario en el que sabían que podían decir lo que quisieran sin que uno u otro sector de su parroquia lo tomase a mal.

—Todos hablamos partiendo de premisas —dijo Ed Frome, después de que se entonara un coro de alabanzas al tiempo primaveral. —Si no se comparten unas premisas, no es posible la conversación.

—Pero sí la polémica.

—Que no es conversación. Es otra cosa.

—No es posible la plena armonía —dijo Martin Carter.

—Yo diría que la polémica es conversación —dijo Lucy.

—La armonía es su caballo de batalla, Martin —dijo Frome. —El mío es la semántica pura y simple, y me descubro tanto ante el mal tiempo como ante el bueno. Pero, en el fondo, todos compartimos algo. A todo el mundo le gusta un día fresco y soleado. Todo el mundo está deprimido cuando llueve. Todo el mundo tiene frío y todo el mundo tiene calor. Son las premisas que compartimos.

—Aun a riesgo de pasar por tonta —dijo Della—, yo pregunto: ¿Por qué no puede haber conversación entre personas que no compartan las mismas premisas?

—La conversación. Verás, Della, antiguamente esta palabra significaba una forma de vida, un estilo. Pero hoy, no. Hoy es un plácido intercambio de pensamientos. Vamos a suponer que yo le digo que en la Unión Soviética se vive muy bien y usted cree que se vive muy mal. No compartimos la premisa y eso dificulta la conversación.

—Y también dificulta los chistes —dijo Mel Klein. —Ayer, en mi tienda, dos obreros portorriqueños discutían acaloradamente y trataban de hacerme tomar partido. Yo les dije: «Un momento. Voy a contarles un cuento. Había una vez un hombre que se cruzó en la calle con dos individuos que discutían. Él escuchó al uno, al otro, y otra vez al uno y al otro. Al final movió la cabeza y les dijo: “A mí no me calienten la cabeza” y se fue». ¿Querrán ustedes creer que esos dos hombres que estaban en la tienda no entendieron lo que les decía?

—No me sorprende —dijo Della. —Yo tampoco te entiendo, a pesar de que soy judía. ¿Tú has entendido el chiste, Millie?

—Temo que no.

Entró *Mrs. Holtzman* con el pastel de manzana. Se hicieron grandes elogios del pastel, obra de Lucy. Luego se habló de «Sanka», del café de verdad y del té. Lucy cortó el pastel y pasó los platos. Más elogios del pastel cuando lo hubieron probado.

—De todos modos —dijo David—, eso que dice Eddie de la premisa es muy importante, y yo sé a lo que te refieres, Mel. Sin que haya una premisa común, no se puede contar un chiste. Yo estaba una vez en una granja en Francia con media docena de soldados, bajo un fuego muy intenso. En un momento de silencio, uno de ellos me dijo en tono un poco jactancioso: «Bueno, rabino, al fin y al cabo, todos tenemos que morir un día u otro». Yo le contesté: «Eso ya lo sé. Pero a mí me gustaría morir de un modo muy especial. Yo quiero morir en una habitación de un ángulo del hospital “Mount Sinai”, a los noventa y siete años, rodeado de mis familiares, con una bandeja de fruta a un lado de la cama y un tarro de nueces al otro». Bueno, para entonces todos los chicos estaban escuchando, pero ninguno se rió. Al fin, uno dijo: «Rabino, ¿para qué querría un jarro de nueces, si estaba muriéndose?».

Los hombres soltaron una carcajada. Millie miró a Lucy:

—¿Es porque yo no soy judía o no tengo sentido del humor, o es acaso eso de la premisa que decía Eddie?



—Nada de eso. Lo que David contó a esos chicos en la granja es un viejo cuento judío. En un hospital judío, y en todos, supongo, las habitaciones del ángulo son las más caras. Morir en una habitación de un ángulo denota posición social. Tener a la familia alrededor indica jerarquía dentro de la familia. Y cuando yo era niña y mis padres me llevaban a visitar a alguien al hospital, llevábamos nueces, fruta o flores. Y supongo, David, que esos chicos serían de Tennessee, Iowa o algún lugar por el estilo.

—Seguramente; pero has puesto el dedo en la llaga: la premisa común, quiero decir. Nuestra sociedad se derrumbaría sin ellas.

—Delicioso —dijo Martin, tomando el último bocado de pastel. —David tiene razón. Toda función social arranca de una premisa común. Los cristianos compartimos la creencia de que Jesús era el divino Hijo de Dios. Pero esa creencia reposa sobre una premisa común. Los judíos no comparten esa premisa, lo cual hace que sea prácticamente imposible convencerles.

—¿Y cuál es nuestra premisa, David? —preguntó Ed Frome.

—Que Dios es uno. *Adonoy Echod*.

—Pero existe otra anterior, ¿verdad? —insistió Frome.

—¿Anterior? —preguntó Martin.

David sintió como un soplo helado en el corazón.

—Por supuesto. Anterior.

—Dios —murmuró David.

—Exactamente.

Mel Klein, que se sentía cada vez más violento, cambió de tema.

—¿Habéis leído lo que pone el periódico, de Jack Osner? Sé que David recibe el *New York Times*.

—Hoy no lo he visto.

—Yo he preferido no abrir el mío —dijo Martin.

—Pues yo he leído el nuestro —dijo Lucy—, y no me ha impresionado.

—¿Qué es lo que tenía que impresionarte? —preguntó Frome.

—Que Jack Osner ha sido nombrado subsecretario de Defensa —les informó Mel. —De ahora en adelante asistirá a las reuniones del Gabinete.

—No me lo imagino. ¿Defensa? ¡Si pasó toda la guerra sentado detrás de un escritorio en Washington!

—La cosa tiene su lógica —dijo Frome. —Es uña y carne con los jefes del Pentágono. Yo no siento ninguna simpatía por Osner, pero una vez tenía que hacer un reportaje sobre los miembros de la Junta de Jefes de Estado Mayor, y no encontraba la forma de llegar hasta ellos, hasta que lo comenté con Osner. Él movió su varita mágica y al día siguiente conseguía la entrevista.

—Jack actúa de ese modo —dijo Mel. —Es un hombre inteligente.

—Es un cerdo —dijo Della.

—Lo cual le hace apto para formar parte del Gobierno —comentó Ed Frome.

—Vamos, vamos —les reconvino Mel. —Ésa no es manera de hablar de él. No es justo.

—Que le hablen a Shelly Osner de lo que es justo. Después de la paliza que le dio.

—¡Oh, no! —exclamó Martin. —Hace tiempo que no vemos a Shelly, pero antes nos frecuentábamos. No lo concibo.

—Sus hijos no quieren saber nada de él —insistió Della. —Se han marchado los dos; la chica, a la Universidad...

—Por favor, no continúes —dijo David. —Los Osner siguen perteneciendo a la congregación. No piensan vender la casa y pasarán los veranos aquí. En cuanto a Jack, démosle un margen de confianza.

—A propósito de premisas —dijo Lucy—, hay una muy extendida según la cual el pastel de manzana fue inventado por Martha Washington cierto día en que se tomó un descanso de sus actividades habituales de creadora de helados. Ya conocéis el dicho: más americano que el pastel de manzana. Ahora bien, esta tarta que con tan buen acuerdo me ponderáis es rematadamente europea, por lo cual alguien podría opinar que no es pastel de manzana. Aunque a mí me parece que sí. De todos modos, el pastel de manzana se come en muchos países. Eso es lo que quería decir respecto a la premisa.

—Nadie discute la veracidad de las premisas —dijo Martin. —Sólo su utilidad.

—La cual queda demostrada por nuestra propia situación —dijo Millie. —Existe la premisa de que la pobreza es virtud. Todos queremos que el ministro de nuestra Iglesia sea virtuoso; luego, le asignamos un sueldo de hambre.

—Millie, nosotros no pasamos hambre.

—Gracias a que el abuelo me dejó una renta; no por lo que cobre un eclesiástico.

—¡Muy bien dicho! —aprobó Lucy.

—Nosotros no padecemos hambre —le recordó David.

—De todos modos, no es para hacer fortuna —dijo Martin. —Aunque, en cierto modo, me resulta más cómodo aceptar el hecho de que nunca he de ser rico, pase lo que pase y a pesar de la renta del abuelo.

—Los clérigos episcopalianos ganan más —dijo Millie.

—No en esta ciudad. Pero ¿y vosotros, David? Tenéis tres sectas, por así decir, ¿no?

—No son sectas, ni siquiera fracciones. Podríamos llamarlas interpretaciones. El judío ortodoxo suele ser un fundamentalista que acepta la interpretación literal de la Biblia y somete su vida, en mayor o menor medida, a un código de la ley judaica llamado *Shulchan Aruch*. Los conservadores aceptan una gran parte del judaísmo ortodoxo pero lo adaptan a la vida moderna. Por ejemplo, más de un judío conservador comerá jamón en el restaurante, pero no en casa. Otros son indiferentes en materia de religión, pero se resisten a dar el paso para entrar en el judaísmo reformado.

—¿Qué magnitud tiene ese paso?

—No muy grande, pero sí cualitativa. Nosotros procuramos eliminar la superstición y la pantomima y buscar en la religión una respuesta ética. Tratamos de volver a los cultos simples que imperaban hace mucho tiempo, antes de que se adoptaran las embrutecedoras supersticiones de la Edad Media y la delimitación de asentamiento implantada por la Rusia zarista.

—Era el decreto por el cual se prohibía a los judíos establecerse fuera de un recinto determinado.

—Para mí —dijo Mel Klein impulsivamente pero titubeando—, la Reforma es la negación del judaísmo ortodoxo. Yo creo que la ortodoxia es sinónimo de intransigencia y, por consiguiente, nociva.

—¿Toda la ortodoxia? —preguntó Millie.

—Toda. Yo tenía ocho años cuando murió mi madre —dijo Klein. —En mi familia eran inmigrantes y, como todos los inmigrantes, ortodoxos, y todos los días yo tenía que ir a una sinagoga ortodoxa para rezar la oración por los difuntos. En el oficio de la mañana había siempre quince o veinte viejos que me mortificaban con bromas estúpidas, como la de darme un vaso de vodka diciendo que era agua. No sé si obraban por maldad, pero incluso a los ocho años, yo me daba cuenta de que su afición al rezo no les impedía ser insensibles al sufrimiento de un niño que acababa de perder a su madre. Después de aquello, no he vuelto a poner los pies en una sinagoga ortodoxa. No pretendo juzgar a los judíos ortodoxos por mi experiencia de niño en aquel lugar concreto; pero, desde entonces, recelo de la ortodoxia. Nunca es buena. Es mi opinión personal y no pretendo imponérsela a nadie.

—Sin embargo, la ortodoxia puede darte entereza y valor en un momento de prueba.

—¿La ortodoxia o la fe? —preguntó Martin. —Porque no son una misma cosa.

—Pero sus antepasados, Martin —dijo Ed Frome—, los venerables peregrinos, eran de lo más ortodoxo. Tal vez fueran una colección de individuos austeros y desabridos, pero construyeron sus casas en estos bosques vírgenes, consiguieron sobrevivir y dejaron huella en este lugar.

—Cierto, y no puedo dejar de pensar en los judíos ortodoxos que fueron a la muerte en el Holocausto, con tanto valor y fe.

—Así los ve usted, Martin —dijo Ed Frome. —A mí nunca se me ocurriría interpretar ni aproximadamente los sentimientos de los que fueron sacrificados por Hitler. Yo no defiendo la ortodoxia, y no estoy seguro de que sus padres peregrinos no me sean profundamente antipáticos. Desde luego, no son de los míos. Pero una cosa le diré, y es que el puñado de judíos que lucharon contra los nazis en el *ghetto* de Varsovia durante más de cuarenta días no eran ortodoxos.

—A mí me parece que los que tienen una ortodoxia más estricta son los católicos —observó Millie.

—Cuando yo estaba en las Fuerzas Auxiliares Femeninas, pasé una temporada en

Salt Lake City —dijo Lucy. —El que no haya vivido entre los mormones no tiene ni idea de lo que es la ortodoxia.

—O entre los baptistas del Sur —dijo Martin. —Están seguros de que ellos interpretan con absoluta fidelidad la Palabra y los designios de Dios. Todos los ortodoxos tienen esa misma convicción, y en el nombre de ese Dios loco, malévolos y sanguinario, episcopalianos, luteranos, católicos, musulmanes o los adeptos de la religión que ustedes prefieran, han matado a mansalva.

—Cielo santo —dijo Della—, ¿son éstos los sermones que predica?

—Son los sermones que piensa —dijo Millie. —No es fácil ser clérigo sabiendo los desastres que ha provocado la religión.

—Vamos a tomar el café a la sala —dijo Lucy. —La conversación se pone peligrosa.

Mrs. Holtzman vivía en Danbury, con su hija y su yerno. Normalmente, la recogía su hija, pero esta noche el matrimonio había ido al teatro en Nueva York. Lucy propuso que durmiera en el sofá, pero David dijo que no, que él la acompañaría a su casa.

Cuando ella protestó diciendo que tardaría una hora entre ir y volver, David respondió que aprovecharía el tiempo para despejar la cabeza.

Durante los primeros minutos del viaje Mrs. Holtzman, que iba sentada al lado de David, guardó silencio. Luego dijo, titubeando:

—¿Puedo hacerle una pregunta, rabino?

—Por supuesto.

Pero, al igual que la mayoría de las personas que no suelen hablar de temas trascendentales, Mrs. Holtzman consideró indispensable hacer un largo preámbulo. Ella era hija de una modesta familia judía de Frankfurt. Tenían una tienda de tejidos especiales, paños para la fabricación del queso, malla, entretelas y encaje barato. Era una tienda pequeña, que no daba para lujos. La familia era profundamente religiosa.

—Sufrimos mucho. Mamá, papá, mi hermano Hans, mi hermana Esther —dijo, contando con los dedos—, todos, muertos, asesinados por los nazis. Yo salí viva de Dachau. ¿Por qué? No sé por qué, rabino. Así lo dispuso Dios. No soy quién para discutir los designios de Dios. Por las noches rezo al Dios de mis padres, Dios de Abraham, Isaac y Jacob, lloro a los muertos y no comprendo por qué usted me ayuda, pero se lo agradezco. Mi yerno tiene otras opiniones. Él no quiere poner los pies en una sinagoga ni quiere que su hijo celebre la ceremonia de *Bar Mitzvah*. No puedo repetir las cosas que dice de Dios, cómo le llama, pero asegura que no importa, porque no hay Dios. Él dice que ni un Dios estúpido y enfermo crearía a unos seres como Hitler y Stalin. Por eso tengo que preguntarle, rabino y no me gusta hacerlo, porque eso demuestra lo débil que es mi fe, pero tengo que preguntárselo.

David comprendió que la mujer no podía formular la pregunta, que era tan incapaz de preguntarle, ¿es que mi Dios es un malvado demente y enfermo?, como de quitarse la ropa y bailar desnuda a la luz de la luna.

—Si lee la Biblia, encontrará en ella a hombres casi tan malos y destructivos como Hitler y Stalin.

—¿Cree usted, rabino? ¿Tanto?

—Oh, sí. Sí, naturalmente. Y en la Historia, dejando aparte la Biblia, hombres como Genghis Khan y el mismo Napoleón.

—¡Pero Napoleón fue un gran hombre!

—Bueno, según se mire. Yo creo que Dios tiene sus propios puntos de vista —dijo David, mientras pensaba: «¿Y qué le digo si me pregunta si hay Dios?».

—¿Y cree usted que, al permitir todas esas atrocidades, Dios tiene un fin que nosotros no comprendemos?

Él tuvo que violentarse para responder:

—Yo creo que, quizá, Dios las permite, a fin de que los hombres resuelvan su propio destino.

—¿Y Él, el Dios del Universo, contemplaba las cámaras de gas sin hacer nada? ¿Y vio lo que ocurría en el *ghetto* de Varsovia encogiéndose de hombros? Pero ¿por qué dice la Biblia que en las batallas ayudaba a los judíos? Él detuvo la marcha del sol. Él derribó las murallas de Jericó. Él destruyó a todo un ejército asirio que había invadido la tierra de Israel.

—Sí, bueno, eran otros tiempos.

Estaba mintiendo. Aquella pobre mujer que iba sentada a su lado le suplicaba que le explicara los caprichos del Dios al que adoraba. Al fin y al cabo, ésta era su función, la razón por la que se hizo rabino: explicar la desconcertante y monstruosa conducta de Dios, y ahora por lo visto, tenía que explicar a *Mrs. Holtzman* que Dios había dado al hombre el libre albedrío, y con el libre albedrío se incluía a Hitler y demás: a los monstruos que poblaban las páginas de la Historia.

—Rabino... —dijo ella en tono suplicante.

—¿Sí, *Mrs. Holtzman*?

—Comprendo que no debería preguntarle estas cosas. Lo comprendo perfectamente.

Él la dejó en la puerta de la casa en la que vivía con su hija y su yerno, y regresó lentamente a Leighton Ridge. Tenía lágrimas en los ojos. Una oleada de emoción se las había producido. Y la emoción se la había desatado la simple pregunta de *Mrs. Holtzman*.

Lucy le esperaba en la cama.

—¿Sabes, David, que sin *Mrs. Holtzman* yo estaría deshecha? —le dijo. —Esa mujer es un tesoro. Creo que la cena estuvo bien. Conversación sutil e inteligente. —Tenía en las rodillas un ejemplar de *El americano tranquilo* de Graham Greene. —Esto es dinamita pura. Lo trajo tu amigo Eddie Frome. ¿Ocurre algo malo?

David movió la cabeza en señal de negativa, y Lucy escrutó su semblante, mirándole atentamente por primera vez en toda la noche.

—Tienes la cara triste.

—Puede ser. —Él empezó a desnudarse.

—David a ti te pasa algo.

Él entró en el cuarto de baño. Lucy oyó correr el agua, y los sonidos que acompañan al cepillado de los dientes. Hay que ver todas las operaciones que realizamos. Todas las operaciones mecánicas.

Se descargó el depósito del retrete. A pesar de toda la desesperación que ella había advertido en su marido, él se lavaba las manos, se limpiaba los dientes y descargaba el depósito. Lucy recordó un cuento de Sinclair Lewis en el que un granjero del Medio Oeste que se rebelaba contra su reglamentada vida, optaba por dejar de limpiarse los dientes. Trató de pensar en algo apropiado que decir a David mientras él abría la puerta del baño, pero no se le ocurrió nada satisfactorio. David en pijama, se sentó en el borde de la cama.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Lucy.

—¿Qué puedo decirte, Lucy? Soy un rabino que ha dejado de creer en Dios.

—¿Eso es lo que sientes? ¿Y cómo ha sido? ¿Es que una cosa así puede ocurrir de repente?

—Es algo que va creciendo, la suma de muchas cosas. Y, para colmo, esa conversación sobre premisas comunes. Mi premisa era un engaño. Siempre me consideré un ser dotado de razón e inteligencia, y para explicar todo el horror, la crueldad y la hipocresía que he visto, he recurrido a la cómoda proposición de que Dios dotó al hombre de libertad. Pero esta noche no ha funcionado. Cuando llevaba a esa pobre mujer a su casa, ella me preguntó por los motivos de Dios, y todos mis conceptos, creencias y devociones se convirtieron en una triste y vergonzosa farsa.

—¡Tú no has hecho nada vergonzoso en toda tu vida! —protestó Lucy.

—Infinidad de cosas, Lucy. —Se levantó y empezó a pasear por la habitación. —Estar al borde de aquella fosa de horror en Dachau, con el estómago repleto, un oficial americano bien vestido y alimentado... ¡Qué grandes libertadores somos cuando no nos dedicamos a arrojar bombas atómicas sobre ciudades japonesas! Y luego, diez años en este nido seguro, cómodo reducto burgués, donde no se asesina a los judíos sino que la mayoría de la gente los trata con toda consideración...

—¡David! —gritó Lucy. —¿Se puede saber qué pretendes?

—Oh, Dios mío —murmuró él, dejándose caer de nuevo en la cama. —No digo más que barbaridades, ¿verdad?

—Bastantes.

—Tengo miedo.

—¿De qué David? ¿De qué?

—Nunca me había sentido tan asustado —dijo él lentamente, extendiendo una mano que temblaba. —El mundo se desintegra. —Se miraba la man—. —No hay Dios ni esperanza... Monos desnudos que matan y matan y matan.

—Tú te casaste con una atea —dijo Lucy con voz firme. —Yo trabajo, y vivo, y he tenido dos hijos, unos hijos bastante buenos por cierto. Yo guiso, y coso, y os

atiendo a todos. Y todo eso lo hago sin un Dios que me dé la lata.

—Nunca lo creí —dijo David con voz desgarrada. —Pensaba que era una actitud de desafío. Tienes que creer en algo, o te sentirías como yo me siento ahora.

Aquello era una súplica, y ella se ablandó y dijo:

—Sí; en algo. No sé lo que es, ni si está dentro o está fuera de mí. Pero no creo en la clase de Dios al que tú y Martin hacéis propaganda. Y, si quieres saber toda la verdad, Millie, tampoco.

—¿Quieres decir que Millie Carter es atea?

—No, David; ésa es una palabra muy tonta. Millie y yo hemos hablado mucho de esto. No sabemos en qué creemos, pero no es en ese Dios absurdo que predicáis tú y Martin. Dios, un hombre. ¡Que el cielo nos valga! ¿Tú puedes ver parir a una mujer y creer, si te empeñas en tener un Dios antropomorfo, que es masculino y no femenino? Pero esto es una majadería, ¿no? ¿Sabes por qué nadie habla de Dios? Porque, nada más abrir la boca descienes a los abismos de la idiotez.

—Yo nunca imaginé a Dios como un anciano de barba blanca, sentado en una nube.

—¿Cómo, entonces?

—No lo sé.

—David, David, amor mío, nada ha cambiado desde ayer. Son casi las dos y dentro de pocas horas yo tendré que empezar a preparar el cereal, freír huevos y demás. Vamos a dormir. A la luz del día, las cosas se ven de otro modo.

Empezaba a clarear cuando David se durmió. Su pensamiento estaba desbocado. Parecía un ente separado, con voluntad propia, que burlaba todos sus intentos por controlarlo. Saltaba de la niñez al presente, escarbaba en la Historia, suplicaba un milagro. ¿Y Juana de Arco? ¿Y Lourdes? ¿E Israel? Él veía a través de sí mismo, no podía engañarse. Se dijo: «Si alguna vez un hombre vendió su herencia por un plato de lentejas, ese hombre soy yo. Y, al igual que Esaú, no puedo recuperarla».

Lucy le despertó con suavidad.

—¿A qué hora te has dormido?

—Ya era casi de día.

—No quería despertarte, David. Los niños ya se fueron al colegio. Son las nueve y cuarto. Yo te habría dejado dormir, pero ha llamado *Mrs. Shapiro*. En el oficio de esta mañana se han arreglado sin ti, pero ahora te espera un niño en tu despacho. Un tal Herbert Cohen. Le han concedido dispensa del colegio porque tenía clase contigo.

—Ah, sí, claro. Que no se marche. Llama a *Mrs. Shapiro* y dile que estaré allí dentro de diez o quince minutos.

—¿Tomarás huevo?

—No. No, gracias, Lucy. Sólo café.

Fue muy optimista al decir quince minutos. Eran casi las diez cuando David llegó a la sinagoga.

—¿Todavía está aquí? —preguntó a *Mrs. Shapiro*.

—Todavía. Es usted su héroe, rabino. Ese chico le esperaría todo el día y toda la noche, si sabía que tenía que venir.

—Por favor, no me pase llamadas durante una hora.

David procuraba dedicar dos horas por lo menos a cada uno de los chicos que, al cumplir los trece años, celebraban la ceremonia de *Bar Mitzvah*. Herbert Cohen era un caso especial, un niño apocado y retrasado en el desarrollo, cuya familia frecuentaba el templo «Shalom» porque no había otra sinagoga en varios kilómetros a la redonda. La incapacidad del chico para cumplir los requisitos exigidos por la ceremonia y su temor al fracaso conmovían a David. El hebreo no le entraba. David había visto otros casos; era un bloqueo de la mente ante una lengua tan diferente a todas las occidentales. David reconocía que ello se debía, en parte, al método de enseñanza. La sinagoga había contratado para la clase de Hebreo a un judío polaco, bastante deficiente como maestro, que apenas sabía expresarse en inglés. David había estado tentado de despedirle más de media docena de veces, pero siempre se lo impedía el número, tatuado en el campo de concentración, que el hombre llevaba en el antebrazo. El resultado fue que el polaco seguía en el puesto.

Cuando David entró en el despacho, Herbert Cohen, un chico pequeño y delgado, sentado en una silla que parecía desproporcionadamente grande, le miró sonriendo con timidez.

—Buenos días, rabino.

—Siento haberme retrasado.

—Es igual. Ya no importa.

—¿Oh?

—Es inútil, rabino. No puedo con el hebreo. No puedo. Ya se lo dije, y usted no quiso creerme. He mentado a mi padre. Él me matará cuando se entere.

—El no te matará, Herbert. Puedes recitar el *Haftarah*<sup>[3]</sup> en inglés, y todo arreglado.

—¡No se puede!

—¿Quién dice que no? Lo que importa no es la lengua, sino lo que se dice. Antiguamente, el *Haftarah* lo leía un niño, y entonces y ahora era una selección de los Profetas. No formaba parte del *Bar Mitzvah*, porque esta ceremonia no existió hasta la Edad Media, pero lo leía un niño porque... —aquí vaciló—... porque Dios escucha con más agrado la voz de la inocencia. Mira, Herbert, los profetas eran los defensores del pueblo. En aquel tiempo, los reyes, los gobernantes y los generales eran tan crueles y tan locos como hoy, y entre ellos y el pueblo sólo había los profetas. Por eso yo te puse el *Haftarah* de Isaías. Pero lo leerás en inglés.

—¿Está seguro, rabino?

—Pues claro. Y creo que será más eficaz si la gente entiende lo que dices.

—¿Y qué le digo a mi padre?

—Lo que yo te he dicho.



—Se enfadará.

Tenía razón el chico. David, Lucy y sus dos hijos estaban cenando cuando llamó Mr. Cohen.

—Quiero hablar con usted, rabino.

—¿Puede ir a mi despacho mañana por la mañana?

—No señor; no puedo. Yo tengo que trabajar, no soy uno de sus judíos ricos de Leighton Ridge. Quiero verle esta noche.

—Está bien. En mi despacho de la sinagoga dentro de una hora.

—¿Quién era? —preguntó Lucy. —Le oíamos desde aquí.

—Cohen. Es pintor de paredes. Trabaja en Bridgeport y vive en Fairfield. Está con nosotros porque se peleó con los dos rabinos de las sinagogas de allí, y supongo que quiere comerme crudo porque le dije a su hijo que podía leer el *Haftarah* en inglés.

—Cuando yo era niña, estaba convencida de que la Biblia se había escrito en inglés —dijo Lucy.

—¿No, mami? —preguntó Aaron.

—Temo que Mr. Cohen está convencido de que aún no la han traducido.

Mr. Cohen también estaba convencido de que el templo «Shalom» no era una verdadera sinagoga, y así lo dijo nada más irrumpir en el despacho de David una hora después, espetando sin más preámbulos:

—Si hay algo que me revuelva el estómago, rabino, es esta manía de llamar templo a una *shul*. ¡Me revienta!

Cohen era un hombre rechoncho, de cejas hirsutas, que irradiaba hostilidad.

—Bien, no se trata ahora de cómo hay que llamar a una sinagoga —dijo David, en tono apaciguador. —Personalmente, no acaba de gustarme llamar templo a una sinagoga y procuro evitarlo si es posible.

—Le quedo muy reconocido por su opinión.

—¿No quiere sentarse?

—Lo que he venido a decir puedo decirlo de pie. Nunca en mi vida, rabino, nunca en mi vida había oído que un chico cantara el *Haftarah* en inglés en la ceremonia de *Bar Mitzvah*. Ni que alguien lo sugiriera. ¿Es que va a decirme que mi hijo no puede aprender a leer hebreo? Eso es un disparate, y usted lo sabe. Mi hijo es tan listo como cualquier otro. La culpa la tiene ese condenado estúpido de polaco que usted puso a enseñar a los chicos.

—No es el más competente de los maestros, pero incluso con el mejor maestro hay chicos que no pueden asimilar otra lengua, y mucho menos una tan difícil y diferente como el hebreo.

—Pamplinas. Ya estoy harto de ese ramplón judaísmo reformado. Me parece que es usted tan judío como el Papa. Escuche, o pone a otro maestro de hebreo o saco a mi hijo de aquí y busco una sinagoga judía.

—Está usted muy enojado, y comprendo su actitud. Le parece que nosotros

queremos decir que su hijo es torpe, que le falta inteligencia...

—¿Y no es eso lo que dice? ¡Tiene mucha razón, estoy enojado!

—Pero yo no digo eso. La capacidad para asimilar una lengua no tiene nada que ver con la inteligencia. Herbert es uno de los chicos más sensibles e inteligentes que tenemos.

—¿Sí? Mire, rabino, yo no quiero a un chico sensible, no como usted me lo pone. Dice él que usted les enseña que la guerra es mala y que la persona no tiene derecho a defenderse. Pues eso también son pamplinas. ¿Va usted a decirme que Israel no tiene derecho a defenderse? Yo voy a llevarme de aquí a mi chico y lo llevaré donde haya alguien que le enseñe a ser judío.

—Ahí lo tienes —dijo David a Lucy cuando volvió a casa. —Lo siento por el muchacho.

—Y parece una cosa tan insignificante. Desde luego, a mi modo de ver, es más lógico utilizar el inglés.

—No, tampoco se trata de un problema lingüístico. Yo pensaba proponer que el niño leyera el texto en hebreo copiado en el alfabeto inglés, es decir, si no lograba convencerle; pero no me dejó hablar. No, no es el idioma. Probablemente, él recuerda una pequeña y acogedora sinagoga ortodoxa a la que iba cuando era niño, en la que, desde hacía mil años, no había cambiado nada, un refugio apartado del mundo. Pobre hombre. Está asustado. Le comprendo.

—David, ¿por qué no puedes afrontar la realidad? No tienes que amar a todo el mundo, ni son buenas todas las personas. La semana pasada, en la escuela dominical, vi que ese niño tenía verdugones en los brazos. Su padre le pega.

—Eso es frustración.

—¡Y un cuerno! ¿Tú pegas a tus hijos cuando te sientes frustrado? ¿Qué diablos te pasa, David Hartman?

—Que soy rabino.

—¡Valiente excusa! Eres rabino.

—Estás convirtiendo esto en una pelea. Me gritas como si hubiera hecho algo malo. Quieres dar a entender que es un crimen comprender a la gente, en lugar de odiarla por sistema.

—Precisamente. Yo odio a la gente que pega a los niños. No trato de comprenderla. Creo que apesta. Y deja que te diga una cosa, David Hartman, el lenguaje tiene su razón de ser. Cuentos son cuentos. Cochino es cochino y podrido es podrido. Y podría ir más lejos y decir que mierda es mierda. Tú y Martin desterráis esas palabras; desterráis los sentimientos; pretendéis un mundo que no existe. ¡Oh, mierda! ¿De qué sirve hablar contigo? —Y, con estas palabras, Lucy huyó por la escalera, casi tropezando con los dos niños que estaban sentados en el descansillo, escuchando.

Al día siguiente aprovechando un momento de calma, sin llamadas ni visitas,

David subió al coche y se acercó a la iglesia congregacionista. Martin Carter estaba hablando por teléfono y dijo que en seguida terminaba.

—Era mi *tsuris*<sup>[4]</sup> —comentó. Conocía media docena de palabras en yiddish y no desperdiciaba la ocasión de utilizarlas. —Mi hija Ellie, veintitrés años, es la eterna estudiante. Ahora es el *master's*, después será un doctorado. Y su padre es un párroco de pueblo. Bueno, por fin parece que se ha enamorado perdidamente de..., un católico, un católico de Boston, descendiente de irlandeses.

—¿Y te disgusta?

—No lo sé —dijo Martin, contrariado. —Yo le he dicho que lo importante es que se quieran. Él es médico y, probablemente, una persona excelente. No, David; me disgusta. Me haré a la idea, pero ahora me disgusta.

—¿Qué dice Millie?

—Aún no lo sabe. Pero a ella no le importará. Millie piensa que todas las religiones son un desastre.

—No... Bromeas. —Cuando Lucy le dijo lo mismo, él, simplemente, no la creyó.

—En serio. ¿No te habías dado cuenta?

—Pero si parecéis un matrimonio ideal.

—Sí, nos queremos mucho. Ella ve en mi actitud hacia el cristianismo la prueba de una tara mental. Pero tú no has venido para hablar de eso.

—Vamos a dar un paseo —propuso David. Cuando estuvieron fuera, dijo a Martin—: Durante los diez años que hace que nos conocemos, Martin, ¿cuántas peticiones en favor de los derechos civiles hemos firmado, en cuántas manifestaciones pacifistas hemos estado, en cuántas protestas contra la guerra hemos participado?

—En bastantes. ¿Qué viene ahora?

—Lucy y yo hemos tenido otra pelea. Ella dijo que tú y yo pretendemos un mundo que no existe.

—¿Oh? Muy interesante. ¿Y no dio más detalles?

—No.

—Tiene gracia la frase. Pretendemos un mundo que no existe.

¿Fueron ésas sus palabras, David?

—Sí, se me quedaron grabadas.

—El quid es: ¿dónde está la pretensión? ¿Quiere decir que simulamos o que nos imaginamos un mundo que no existe?

—Tal vez las dos cosas.

—Una mujer muy inteligente, David. Pero yo no me atormentaría con eso. El matrimonio es una interminable sucesión de pequeñas tragedias y nuevos comienzos. Pero tampoco se trata de eso, ¿verdad, David? Tú estás deprimido.

—El mundo es deprimente, Martin.

—Vamos, en un día de primavera estas colinas son lo más hermoso del mundo. Sólo con mirar alrededor se le alegra a uno el corazón.

—Te envidio.

—Eso pasará.

—No sé —dijo David. —No sé.

—Pues claro que sí. Y en cuanto a Lucy y Millie, bien sabe Dios que no es fácil ser la esposa de un clérigo.

—¿Nosotros fingimos que no existen las palabras fuertes, Martin? Me refiero a esas palabras que durante la guerra parecían tan necesarias como el cincuenta milímetros... «jodido» a cada frase, «puta», «mierda», etcétera... Me cuesta trabajo decirlas.

—Lo sé.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿a qué jugamos?

—A simular. Pero no somos los únicos. Yo trato de acomodarme a las circunstancias, David. Si no creyera en Dios, si perdiera la fe...

—¿Tú crees realmente?

—Sí, creo. ¿Sabes que cuando iban a probar la primera bomba atómica, Fermi y Oppenheimer y los demás grandes cerebros, se suscitó la pregunta de si la explosión no podría incendiar la atmósfera y destruir, en un terrible momento, toda la vida de la Tierra? Cruzaron apuestas y luego hicieron estallar la bomba. ¿Tienes la menor duda de que esos llamados grandes hombres de ciencia no fueran unos locos criminales?

—No, ninguna —dijo David lúgubrementemente.

—A ti puedo decírtelo, David, pero no desde el púlpito. Sí, yo simulo. Sí, yo soy un farsante. Sí, yo soy un cobarde. ¿Y qué? Pido a Dios que me perdone. No soy más que un ser humano en un momento de la Historia en el que la locura del hombre y la tecnología pueden aliarse para destruir la especie humana en cuestión de segundos. Si no creyera en Dios, David, el mundo me parecería absurdo e intolerable.

—¿Y tú le encuentras sentido?

—Lo intento. Y tú tienes que comprenderme, porque también lo intentas.

—Sí, lo intento.

—Somos lo que somos, predicadores en una época tan terrible que la mente la rechaza.

—Sin embargo...

—Ya lo sé —le interrumpió Martin. —Sin embargo, la vida continúa como si nada hubiera cambiado, y representamos nuestro papel. David, somos necesarios, créeme. Si no lo creyera así, mañana mismo abandonaría. Tal vez no seamos honrados, pero sí necesarios. La aspirina es necesaria. Es lo mismo. Liddy Delman es una de mis feligresas. Una mujer de cincuenta y dos años, atractiva e inteligente. El marido murió de un ataque al corazón hace un año. Ahora ella se está muriendo de cáncer en el hospital de Danbury. Le queda una semana de vida, tal vez un mes. Yo voy a verla por lo menos cada dos días. Le sostengo la mano y le digo que nacerá a otra vida, que Jesús la recibirá en sus brazos y que volverá a ver a su marido y a sus seres queridos. ¿Le digo la verdad, David?

David no contestó.

—¿Te callas? El rabino no quiere comprometerse delante del clérigo cristiano. Pero, qué diablos, yo le doy paz de espíritu, David. Le quito el temor al sufrimiento estéril y a la muerte estúpida. La ayudo a irse de este mundo con cierta dignidad. ¿Está mal eso?

En casa, Lucy le dijo:

—Si por lo menos tuviéramos una pelea, una buena pelea, con gritos, insultos y lágrimas, tal vez pudiéramos hacer borrón y cuenta nueva.

—Yo no entiendo eso. Yo sólo sé que te quiero y que no puedo pelearme contigo, Lucy.

—Ya lo sé, David. Mañana tengo que ir a Nueva York a pasar el día con mamá. No puede seguir viviendo sola en aquel apartamento, sin papá...

—Te he dicho que trates de convencerla para que venga a vivir con nosotros. Yo aprecio a tu madre.

—No lo entiendes. Tú eres rabino. Siempre estaríais discutiendo. De todos modos, ha decidido dejar el apartamento e irse a vivir a California. Allí tenemos muchos parientes, incluida la tía Freda, su hermana. Quiere que vaya al apartamento y escoja todo lo que desee conservar. En realidad, no deseo nada de lo que hay allí, pero si le digo eso se ofenderá.

—Por supuesto. Yo me quedaré con los niños. No hay inconveniente.

—Saldré a las siete menos cuarto de la mañana, antes de que se congestione el tráfico, y podré estar de regreso para la hora de la cena. Dejaré la carne preparada para meter en el horno y una nota con instrucciones para las temperaturas y el aderezo. Tú tendrás que despertar a los niños, encargarte de que se vistan, darles el desayuno y mandarlos al colegio. El autobús pasa a las ocho cuarenta exactamente. Copos de avena con leche y donuts. No se morirán por un desayuno frío. Tomarán un almuerzo caliente en la escuela. El autobús los trae a las tres y diez.

—Creo que podré arreglármelas.

—Claro que sí. Soy una pesada.

Aún era de noche y él acababa de dormirse. Lucy le sacudía por un hombro.

—Arriba y a ellos, rabino. Son las seis y media y ya me voy.

Él habría podido protestar airadamente que no tenía por qué levantarse a las seis y media, pero David nunca protestaba airadamente. Era parte de la carga que tenía que soportar. No protestar airadamente por nada.

David siempre había dado por descontado que sus dos hijos, Aaron, de nueve años y Sarah, de siete, formaban parte de su vida. De pronto aquella mañana, eran dos extraños. Sus relaciones se habían modificado. Miraron con recelo los copos de avena.

—Mamá nos da sémola y le echa miel. A esto no se le puede echar miel.

Sarah explicó a su hermano con un ronco susurro:

—Él no sabe hacer sémola. Es un hombre.

—¿Por qué se ha ido a Nueva York? —preguntó Aaron.

—La abuela Sally se va a California, y mamá a ido a ayudarla a vaciar el apartamento.

—¿Dónde está California? —preguntó Sarah.

—¡Ya no la veremos más! —dijo, Aaron.

—¿Por qué?

—California está muy lejos.

—¡No volveremos a ver a mamá! —berreó Sarah.

—Mamá volverá esta noche antes de que os acostéis —dijo David. —Mamá no se va a California. Es la abuela la que se va a vivir con su hermana, la tía-abuela Freda.

Aquel ligero y extraño antagonismo persistió hasta que los niños salieron para la escuela, dejando a David muy preocupado pensando en qué era él para sus hijos. Cuando volvieron, los esperaba con leche y galletas pero lo primero que preguntaron fue si había vuelto Lucy. Los esfuerzos de David por divertirlos fueron tan poco afortunados como los tazones de copos de avena. Después de la merienda, los dos salieron de estampida, en busca de sus amigos, mientras David se preguntaba qué hacía entonces. Si se quedaba en casa, podía vigilarlos por el jardín de atrás, pero ¿pensaba Lucy que no debía perderlos de vista como estimaba él?

*Mrs. Shapiro* le llamó desde la sinagoga, para recordarle sus compromisos.

—Tendrá usted que anularlos. He de quedarme en casa para vigilar a los niños.

—Ya no es posible. Rabino, yo iré a vigilarlos mientras usted cumple sus compromisos. Espéreme, estaré ahí dentro de unos minutos.

David sintió un gran alivio al verse libre de la responsabilidad de los niños y traspasarla a *Mrs. Shapiro*. Su secretaria era una mujer maciza y competente. Y qué inspirada estuvo al proponer el intercambio.

—¿Los tendrá usted bien vigilados mientras yo esté fuera? —le preguntó David.

—Rabino, rabino, ¿qué puede ocurrirles a unos niños en este hermoso lugar? Donde yo me crié, la Avenida B del barrio Este, era otra cosa. Pero incluso allí los niños sobreviven. Es un hábito que tienen.

David permaneció en la sinagoga hasta que hubo terminado el culto vespertino diario y luego corrió a su casa. *Mrs. Shapiro* y los niños estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina. Sus hijos tenían delante sendos platos de huevos revueltos y tomates troceados que devoraban ansiosamente acompañándolos de pan con mantequilla.

—¡Cielo santo! Me olvidé del asado. Lucy me matará.

—Están muy delgados —dijo *Mrs. Shapiro* en tono acusador.

—Es porque son muy activos. No porque me haya olvidado de meter la carne en el horno.

—Dicen que usted les deja ver la televisión. ¿Es verdad, rabino?

—Ellos no mienten, *Mrs. Shapiro*. Claro que es verdad. Una hora del programa infantil.

—¿Lo ve? —dijo Aaron. —Y hoy nos lo hemos perdido.

—Y también os ha preparado una cena estupenda. Conque no seas repelente — dijo David.

—Pero si os había dejado cena en la nevera —dijo Lucy cuando llegó a casa una hora después. —Te lo dije, David: la carne, el horno...

—Sí, pero se me olvidó. Mel Klein regresó temprano de Nueva York y tuvimos una reunión para hablar de finanzas. Luego vinieron las de la hermandad femenina con la petición de que pongamos a una mujer de chantre<sup>[5]</sup>. Sophie Frome y Dora Buckingham están volcadas por lo que ellas llaman los derechos de la mujer...

—Yo también.

—Y yo —dijo David. —Pero una mujer, cantando en los oficios...

—¿Por qué no? Cantamos mejor que los hombres, nuestra voz suena mejor, y tengo entendido que en varios sitios ya hay chantres femeninos.

—No discutamos por eso. Cuéntame cómo está tu madre.

—Bien. Va superándolo. Pero es un proceso muy lento. Ya hace cuatro años que papá murió, y podría haberse hecho a la idea, pero aún se echa a llorar cada vez que hablamos de él. Estaban muy unidos. Por una parte, creo que es bueno que se vaya a California.

—¿Por qué? Va a estar muy lejos de ti y de los niños.

—Sí, pero California tiene para ella una especie de significado místico. Ella y papá estuvieron allí en viaje de novios. Se hospedaban en un pequeño parador de Santa Bárbara. Fue poco después de que papá se licenciara del Ejército en mil novecientos dieciocho, y por lo que cuenta mamá, en aquella época, el sur de California era lo más parecido al cielo que había en este mundo. Su familia sigue viviendo en Santa Bárbara. El tío Bert tiene una tienda de arneses. Bueno, ya no vende muchos arneses, sino botas, sillas de montar y cosas así. Necesitan a alguien que les ayude y han ofrecido un empleo a mamá. O sea que, por ese lado no hay problema.

—Pero, por otro lado...

—Por otro lado, la echaré mucho de menos, David.

—Bueno, tendremos que apretarnos el cinturón y ahorrar lo suficiente para hacer un par de viajes al año.

Lucy se echó a reír.

—David, eres formidable. ¿Apretarnos el cinturón? ¿Más todavía?

—Bueno, nos arreglamos, ¿no?

—Con muchos apuros. De no ser porque el doctor Levine no nos cobra las visitas, Della nos regala cosas del huerto y la hermandad femenina me proporcionó la máquina de coser, no sé cómo podríamos arreglárnoslas. ¿Y ahora pretendes que hagamos dos viajes en avión a California? No sé cómo.

—Ya encontraremos la forma.

David comentó el asunto con Martin, que le dijo:

—Bueno, ahí lo tienes, David. Nos hemos dedicado a una profesión que está peor remunerada que la de carpintero o fontanero. Afortunadamente, Millie tiene una renta de unos pocos miles al año. Yo opino que la profesión de clérigo deberían ejercerla sólo los hijos de familia rica.

—¿No hablarás en serio?

—No, claro que no. Pero lo malo es que los padres peregrinos, que eran más pobres que las ratas, hicieron de la pobreza un pecado y crearon una ideología nacional que perpetúa la idea. Si eres rico, Dios ha bendecido tu laboriosidad y tu inteligencia. Si eres pobre, ello demuestra que eres perezoso, descreído y estúpido.

—Eso nos deja al margen —observó David.

—Y a los profetas, y a los apóstoles, y a san Francisco, a otros muchos.

Semanas después, a primeros de junio, David predicaba su último sermón de la primavera. Los cuatro sermones siguientes estarían a cargo de oradores invitados. David decidió que su plática versaría sobre la antigua leyenda judía de los Lamed Vov. Hacía años que no hablaba de ella, no era tema de su agrado. Lo encontraba, si más no, triste y deprimente. David recordó a su auditorio que, según la antigua leyenda, si llegaba un momento en el que no fuera posible hallar a treinta y seis hombres justos y santos, el mundo se acabaría.

—Pero en una época en la que estamos almacenando suficientes armas nucleares para aniquilar a toda la especie humana —dijo David en su sermón—, ¿cómo hemos de interpretar la leyenda de los Lamed Vov? ¿Es pintoresca y anacrónica? ¿O es que en este mundo que hemos montado ya no puede haber treinta y seis hombres justos?

Después, Lucy le dijo:

—¿Cómo pudiste decir eso? Había niños escuchándote. Es lo más deprimente que he oído en mi vida.

David aceptó en silencio la crítica de Lucy y rehuyó a la gente todo lo posible. Cuando hubo pasado el fin de semana, se fue a Nueva York diciendo que regresaría antes de la cena. Su actitud hizo desistir a Lucy de preguntar por la razón del viaje y acoger con alivio su ausencia de un día.

Rabí Belsen, ya emérito a sus ochenta y tres años, seguía ocupando el mismo despacho del Instituto. Nadie se atrevía a sugerir que se retirara ni que dejara el despacho, porque, según dijo alguien, nadie deseaba cargar con la tarea de trasladar todos sus libros y papeles. Libros y papeles que llenaban a tope las estanterías que cubrían hasta el último centímetro cuadrado de pared.

—Llega usted temprano —dijo cuando David entró en el despacho. —¿No hará mucho calor para tomar una taza de té? —Estaba calentando el agua en su hornillo eléctrico. Tenía la barba completamente blanca y más arruguitas alrededor de los



ojos, pero, por lo demás, había cambiado muy poco desde la última vez que David le había visto, hacía varios años.

—¿Cómo está? —preguntó David.

—¿Cuánto tiempo hace que no venía por aquí, David, seis años, ocho? Soy viejo. Dios ha querido concederme ochenta y tres años de vida, pero no ocuparse de otras cosas, como mis ojos, mi artritis, mi memoria, para no hablar de mi corazón. Bueno, ¿y qué es lo que he aprendido? Browning era muy buen poeta, pero un poco necio. «¡Envejece conmigo! Lo mejor aún no ha venido, la razón última de la vida fruto de la primera». Tal vez para rabí Ben Ezra, Dios le bendiga, envejecer era un placer. Para mí, no. ¿Toma el té con azúcar?

—No, gracias.

—No crea que charlo tanto porque sea insensible o porque empiece a chochar. Trato de hacer que se sienta usted cómodo. Porque está abrumado por la pena.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su forma de hablar cuando me pidió la entrevista. Por su aspecto. Está más delgado. Tiene ojeras. No hay en usted sosiego ni placidez, David.

—Mi mundo se ha hecho pedazos, rabí Belsen.

—Es lo que suelen hacer los mundos. Es una vieja costumbre.

David no encontraba palabras para expresar lo que tenía que decir. «Un cura frustrado» tenía acento histórico, tradición, pero «un rabino frustrado» resultaba anodino. Permaneció inmóvil frente a rabí Belsen que esperaba pacientemente, removiendo el té, y luego dijo bruscamente:

—He perdido la fe.

—¿Oh? —El anciano movió la cabeza. —No veo claro qué es lo que ha perdido, David. La fe es una cosa muy cristiana. Si no me equivoco, el diccionario suele definir la fe como una creencia sin pruebas. ¿Tenía usted esa creencia, una creencia sin pruebas? Si la tenía, dígame qué pruebas le hacían falta para convertir esa creencia en certidumbre.

—No estoy seguro de entender lo que quiere decirme. Yo creía en Dios. Ahora ya no creo. Soy un rabino que no cree en Dios.

—¿Sabe?, hace tanto tiempo que mi familia llegó a América —dijo el anciano. — Mi padre vino hace ciento catorce años. Desde luego, eso no es nada si lo comparamos con el tiempo transcurrido desde que llegaron los que fundaron Leighton Ridge, pero sí lo suficiente para que uno se sienta desconcertado. David, a veces yo observaba cómo bebían el té los recién llegados de Europa, sosteniendo un terrón de azúcar entre los dientes. Yo probé una vez, pero no me satisfizo. —Hizo una pausa y agitó el índice. —No, no he perdido el juicio. Aún estoy tratando de hacer que se sienta cómodo. Me pregunto por qué ha perdido su fe en Dios. ¿Es porque el mundo no da señales de cordura en ningún lugar? ¿O es porque la gente comete atrocidades? Ambas cosas se ponen de manifiesto en la Biblia, que narra los actos más horrendos, consumados sin armas atómicas ni pólvora.

—No sé por qué he dejado de creer. Sólo sé que ya no creo.

—Supongo que ya sabe que nosotros decimos que el judío no deja de creer sino que, sencillamente, se enfada con Dios.

—Ya lo había oído.

—Fíjese, Davie, yo no discuto ni trato de convencerle de nada. En estos momentos, todos mis argumentos serían inútiles. Sólo servirían para estimularle a buscar razones en las que apoyar su postura. Yo prefiero dejarle desorientado. Al fin y al cabo, tuvo usted una excelente formación rabínica que creo yo, no desmerece de la que, según se dice, imparten los jesuitas. Yo conocía a un médico muy sabio que un día me dijo que todo el que estudie el hígado humano forzosamente tiene que creer en Dios. Pero esto no le resuelve nada, ¿verdad?

David movió la cabeza, sonriendo.

—Temo que no.

—Bien. Ya se siente un poco mejor. Comprendo su angustia.

—No se trata sólo de mis creencias. Tengo que dejar la sinagoga.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedo hablar de Dios, de fe y de esperanza, si no creo en nada ni espero nada?

—Según mis informes, usted es un rabino muy bueno. Eso es importante. ¿Piensa que, de seguir en su puesto, se convertiría en un rabino indigno?

—Quizá. No lo sé.

—Si usted renuncia, ¿encontrarán a otro que sea mejor que usted?

—No lo sé, rabino. No puedo responder a esa pregunta.

—Y yo no puedo decirle lo que tiene que hacer, David. No me es posible encontrar a Dios por usted ni decirle algo que le convenza de que Dios existe. Eso debe descubrirlo usted por sí mismo. Pero ¿no es posible que, en realidad, usted nunca haya creído en Dios y que hasta ahora no haya podido afrontar esa circunstancia?

—No, no es posible —dijo David casi con brusquedad.

—Está bien. Pero piénselo.

—¿Y enviará a alguien a la sinagoga para relevarme?

—Bueno... aún no. Yo ya no intervengo activamente en la designación de rabinos, pero puedo hablar con los encargados. De todos modos, no hay que precipitarse. Piénselo. Recapacite. Y no crea que iba a ser tan fácil encontrar a la persona adecuada para Leighton Ridge. Así que, por el momento, David, continúe con su trabajo.

David salió del Instituto enojado consigo mismo y con rabí Belsen; consigo mismo, por haber acudido al anciano, gimoteando, sin un ápice de dignidad, y con Belsen, porque no le había ofrecido nada, ni esperanza ni consejo. Con sus huesudos hombros encorvados y las manos hundidas en los bolsillos de su viejo traje de rayadillo, estuvo deambulando por las calles de la ciudad mientras trataba de adivinar

qué habría hecho si Belsen llega a decirle que tenía que abandonar el rabinato y ceder el púlpito a otro. Hubiera tenido que decir a Lucy que estaba sin empleo y que ya no tenían derecho a ocupar la casa en que vivían. ¿Y entonces qué? ¿Para qué otra cosa servía él? Toda su formación, todas sus aptitudes se circunscribían al rabinato. Conocía a varios hombres formados para el rabinato que habían terminado en alguna Universidad, enseñando Historia Bíblica, Hebreo o las Religiones del Oriente Medio, pero no era un futuro que le sedujera, aun suponiendo que alguna Universidad se interesara por sus servicios.

Se encontró caminando por Riverside Drive. Se paró a mirar el río, apoyado en el pretil. El viento hacía cabrillar el sol en el agua. En aquel momento, pasaba una yola remontando la corriente con las velas desplegadas. Dos hombres y dos mujeres manejaban las velas afanosamente moviéndose con agilidad para esquivar el botalón cada vez que oscilaba hacia uno u otro lado. Mientras los observaba, jóvenes bronceados, desbordando vitalidad en su brega con el viento y la lona, David pensó que él nunca había estado en una embarcación como aquella, ni en ninguna embarcación de vela y de pronto su vida se le antojó gris, apagada, aburrida, un aburrimiento interrumpido sólo por los años de la Segunda Guerra Mundial, y al recordar aquellos años, instantáneamente, y no sin cierto placer, rememoró la emoción, el peligro y el horror.

—¡Oh, Dios mío! —dijo en voz alta. —¿Es que la única forma de sentirse vivo es participar en la mayor matanza desencadenada por el hombre?

Mientras regresaba en el coche a Leighton Ridge, se preguntaba por qué había ido a Nueva York, y cuando trató de explicárselo a Lucy, ella dijo:

—David, no tienes que darme explicaciones. Eres un hombre maduro y tienes perfecto derecho a ir a Nueva York o adonde quieras, sin consultarme ni explicarme nada.

—No, no lo tengo. Tú eres mi esposa.

—Sí, y sé lo que tratas de decirme. Vas a decirme que fuiste a Nueva York para ver a rabí Belsen, o alguna otra persona de aquel extraño lugar, y pedirle que te devolviera el Dios que habías extraviado por ahí.

Él se sintió dolido. Ella podía herirle más fácil y profundamente que nadie, y ahora advirtió que le había hecho daño.

—Oh, perdona —exclamó.

—No tiene importancia. Sí, eso es lo que iba a decirte.

—¿Por qué, David? ¿Por qué? Ahora ya no es a mí... eso te lo haces a ti mismo.

—Quiero explicarte por qué, Lucy. Tú eres mi mujer y yo te quiero. Por lo tanto, tendría que poder decirte por qué. Pero es tan difícil.

—Inténtalo, David. Hace más de diez años que estamos casados. ¿No es hora de que podamos hablar sin reservas?

—No es que no quiera hablar de eso contigo..., es que me es difícil expresarlo con palabras. Me parece que desde que iba a la secundaria he tenido la impresión de

que había sido puesto en este mundo para prestar un servicio. No, eso no lo describe. Digamos que yo me puse en las manos de Dios, dispuesto a aceptarlo todo, por terrible que fuera. Como dijo el poeta: «Dios está en el cielo, todo va bien en el mundo. Pero un día, de pronto, las manos ya no estaban».

—David, David, amor mío, nunca estuvieron. Esas manos no existen. Sólo existe la gente... tú, yo, los niños, los amigos... sólo gente. Lo malo y lo bueno lo hacemos nosotros.

—¡No!

—David, mira a tu alrededor. Existe una vieja religión llamada golf y una nueva religión, completamente ecuménica llamada tenis, y los nuevos apóstoles son los ases de la raqueta. ¿Y Dios? David, ha salido a almorzar. David, mira dónde te has metido. Si tú te empeñas en tener un Dios y no hay Dios, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé —dijo él con resignación.

—Tú y Martin os habéis metido en un buen berenjenal.

Dos meses después del incidente, unos diez días antes de que los niños volvieran al colegio, David y Lucy estaban terminando de cenar más tarde de lo habitual. Los niños se hallaban en la cama y Lucy propuso tomar el café en la sala.

—Tengo que decirte algo muy importante, David. —Había hecho venir a *Mrs.* Holtzman, aunque David no se explicaba por qué, puesto que estaban solos, pero, al parecer, ahora quería hablar donde *Mrs.* Holtzman no pudiera oír lo que decía.

David intuyó la frialdad, si no la sustancia, de lo que se avecinaba. Desde hacía semanas el lazo que le unía a su esposa había ido tensándose y debilitándose. Sus relaciones sexuales habían cesado casi por completo, su charla era más seria y sus silencios, más largos. Aquella noche, Lucy dijo:

—Tenemos que hablar, David, y hablar de cosas que tú prefieres evitar, es decir de ti y de mí.

—¿De qué sirve hablar? Tú te enfadas. Siempre te enfadas. Y yo no puedo pelear contigo, Lucy. Me haces trizas.

—Esta noche, no. Pero de eso se trata..., de la cuestión de enfadarse.

—Eso ya lo hemos discutido.

—En realidad, no. Si pudiéramos enfadarnos y pelear de verdad, ello demostraría que estábamos vivos. No, no quería decir eso. Lo que trato de decir es que a nuestro matrimonio le falta algo, algo que yo necesito como el aire que respiro.

—¿Y qué es, Lucy? —preguntó él suavemente.

—No estoy segura. Risa, tal vez. Alegría. Una especie de expectación. Esperar el mañana con ilusión porque piensas que ha de traerte algo bueno. No pensar que el mañana no ha de ser menos agobiante que el hoy.

—¿Eso piensas tú?

—Ya hace mucho tiempo, David. ¿No lo habías notado?

—No imaginé que fuera eso.

—No es que no te quiera. Eres tan bueno y cariñoso...

—Pero no es suficiente, ¿verdad?

—David, tengo que marcharme de aquí, o me volveré loca. No estoy hablando de divorcio. Sólo quiero irme con los niños a California durante un semestre escolar. Hasta febrero. Hablé por teléfono con mi madre, ella preguntó al tío Bert y la tía Freda. Él necesita alguien que le ayude en la tienda. Me daría cien dólares a la semana.

—Y me dejas para ir a trabajar en una tienda de sillas de montar de California —dijo él con incredulidad. —Lucy, ni siquiera sé dónde está Santa Bárbara. ¿Y te llevas a los niños?

—Yo no te dejas. Bueno, sí y no. No pienso pedir el divorcio. Sólo es por salvar mi... Iba a decir mi sano juicio. Pero no; es mi vida, David.

—No lo entiendo. No entiendo nada.

—¿Alguna vez has entendido algo que yo te haya dicho?

—No es justo —protestó David. —Siempre te he escuchado y he tratado de comprender tu punto de vista.

—Bien, pues aquí tienes mi punto de vista —dijo ella alzando la voz. —Mi punto de vista es que si no me marcho de Leighton Ridge acabaré volviéndome loca, suicidándome, gritando hasta que se me rompan las cuerdas vocales convirtiéndome en una pobre idiota o divorciándome de ti... o todo a la vez. Oh, Jesús, no sé. No quiero acabar con nuestro matrimonio. No quiero el divorcio. Pero tampoco puedo continuar como hasta ahora. Por eso he pensado en una separación temporal. No tienes que mandarnos dinero. Mamá encontró una casita muy mona con habitaciones de sobra, y viviremos con ella. Ella cuidará de los niños mientras yo estoy en la tienda... —Vio que él trataba desesperadamente de disimular el dolor que sentía y se interrumpió, para no echarse a llorar. —¿Cómo podría explicártelo? —preguntó tristemente.

David no contestó. Se quedó inmóvil en la silla, rígido, mirando a su mujer tal vez durante un minuto, y luego dijo:

—¿Cuándo piensas marcharte?

—Dentro de unos días, David, para poder inscribir a los niños en la escuela antes de que empiece el curso.

—¿Habrá judíos allí, Lucy? —preguntó él con infantil inocencia.

—Claro que sí. Y en Los Angeles, a menos de noventa kilómetros, casi la misma distancia que hay de aquí a Nueva York, reside la segunda comunidad judía más importante del mundo.

—Podría llamarte por teléfono. No debe de ser muy caro. O ir a veros, dentro de uno o dos meses. Voy a echaros mucho de menos —añadió triste, desconsoladamente.

—Naturalmente. Tenemos ahorrados cinco mil dólares. Creo que podrías gastar la mitad en viajes y demás.

Él movió la cabeza.

—Esto es disparatado. ¿Qué nos ha pasado?

—Lo mismo que a mucha gente, David.

—Pero yo te quiero. Y siempre creí que tú me querías.

—Y te quiero... en cierto modo. Pero no basta. Sencillamente, no basta.

—No lo entiendo —dijo él, anonadado. —¿Y yo qué hago? ¿Sigo viviendo aquí?

—Mrs. Holtzman se quedará en la casa. Dormiré en el cuarto de Sarah. Ya he hablado con ella. Le he dicho que me llevo a los niños a California a pasar una temporada con mi madre. No tiene por qué saber más, ni ella ni los otros miembros de la congregación. Les dices eso. Es perfectamente natural.

—¿Y he de vivir solo?

—Es sólo una temporada, David.

—Has dicho todo un curso, cinco meses. ¿O es sólo para prepararme para el divorcio?

—No pienso pedir el divorcio, David. A no ser que tú lo desees.

—¿Por qué iba yo a desear el divorcio? Lucy, por el amor de Dios, no hagas esto. No hay motivo.

—Es sólo para salvar mi vida.

Una semana después de que Lucy y los niños se fueran a California, David, porque tenía que hablar con alguien, contó a Martin Carter la verdad acerca de los motivos del viaje de Lucy, y Martin, comprensiblemente ya que no se le exigió que guardara el secreto, se lo dijo a su mujer. A Millie le faltó tiempo para invitar a David a cenar, y luego dijo a su marido:

—Cuando él llegue tú quédate arriba para que yo pueda hablar a solas con él.

Cuando llegó David, Millie estaba en la cocina. Él entró por la puerta principal, que nunca estaba cerrada con el pestillo, y Millie le gritó desde la cocina:

—Pasa a la sala y ponte cómodo, David. Martin está arriba duchándose. —Ella salió con dos vasos altos de ginebra con tónica. —Para los días de perros. ¿Te gusta la ginebra con tónica?

David aceptó el vaso con una sonrisa de desamparo. Estaba contemplando los muebles de la sala: el mullido tresillo tapizado de cretona, la mesa de costura del siglo XVIII el canterano de caoba, el espejo con marco imitando los rayos del sol que Millie había heredado de su abuelo, los dos retratos al óleo de unos antepasados... contemplándolo y tratando de comprender por enésima vez por qué Lucy había tenido que huir de todo aquello, su afirmación de que todo —incluidas cosas antiguas y hermosas como éstas—, todo lo que había en Leighton Ridge estaba asfixiándola, matándola. No obstante, sus vidas no habían quedado circunscritas a Leighton Ridge. Él y Martin se habían unido a todas las campañas justas, ido a manifestaciones, firmado peticiones, predicado contra la guerra y la injusticia. Pero eso, él y Martin. ¿Dónde se quedaba Lucy?

Ahora Millie la mejor amiga que había tenido Lucy —según la propia Lucy—, le

decía sin rodeos:

—David, ¿por qué la dejaste marchar?

—Yo no la dejé. —Se quedó desconcertado e hizo un esfuerzo desesperado por explicar su propia actitud. —¿Cómo iba a retenerla?

—Diciendo que eres su marido y que no se le ha perdido nada en California.

—No podía decirle eso.

—¿Por qué? Por todos los santos del cielo, ¿por qué?

—Es un ser humano. Yo en su lugar, sintiendo lo que ella siente, habría hecho lo mismo.

—No, ni hablar. Ahora escúchame, David Hartman. Yo llevo casada con uno de los vuestros un montón de años, y sé lo que me digo. Además hace diez años que os observo. No es la religión. La gente como tú y Martin a veces os agarráis a la religión y a veces a otras cosas, qué sé yo, revoluciones y demás, pero siempre es porque sois una especie de santos, y que Dios se apiade de la mujer que se casa con un santo. Sé de lo que hablo. Yo he pasado por eso y conozco perfectamente hasta el último pensamiento y la última emoción de Lucy. También yo he sentido el afán de salir corriendo, y no una vez sino media docena. Pero a mí no me enseñaron como a ella a pensar y obrar con plena libertad, ni tenía a nadie en California. Si me hubiera marchado, la familia de Martin y la mía me habrían dejado en la estacada. Martin no, por supuesto. Él habría demostrado esa repelente comprensión que tan bien se os da a vosotros, los santos. Sí, me alegro de haberme quedado. La vida es tan absurda y mortificante en Santa Barbara o en cualquier otro sitio como en Leighton Ridge, y Martin, a pesar de su pía candidez, es un hombre maravilloso y apuesto, lo mismo que tú. Y nuestros hijos se han criado con un padre y una madre, como debe ser. Pero no es Leighton Ridge. Es este apestoso planeta en el que vivimos.

—Pero, si pensabas así, ¿qué te retuvo?

—¿Qué me retuvo? Las puertas cerradas. Yo soy hija de un clérigo y estoy casada con un clérigo. Eso cierra muchas puertas. Yo no me crié en una familia liberal y sin prejuicios como Lucy, libre de dudar y cuestionar. Pero ¿sabes?, me alegro... porque gracias a ello conservo a Martin.

—Si ella me quisiera, no se habría marchado. ¿De qué serviría obligarla a vivir con un hombre al que ha dejado de querer?

Millie suspiró con resignación.

—Me parece que no he conocido ni a un solo hombre que no tuviera menos seso que un mosquito, por lo menos cuando se trata de emociones y sentimientos. Las pocas horas que pasaste con la pobre Sarah Comstock, que en paz descansa, fueron horas de amor. Maravillosas, sí, pero horas, David, ¿comprendes? Al cabo de unos días, se va enfriando después de unas semanas apenas palpita y con los meses, si no se convierte en amistad, consideración y compenetración, hace que los enamorados se sientan dispuestos a destrozarse el uno al otro. Y la mayoría lo hacen. Y Lucy te tiene respeto admiración y confianza, y ese amor es mucho mejor que el que nos enseñan

en el cine y en la tele.

—Aunque fuera verdad eso que dices, ya es tarde.

—¿Por qué?

—Ella se ha ido.

—David, David, sube a un avión y ve a buscarla.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo. Yo quiero mucho a Lucy, pero está loca. Destrozaré su vida, la tuya y la de los niños.

—No puedo obligarla a volver.

—David, toma un avión y vete a California. Es todo lo que tengo que decirte. Esta noche tenemos pastel de carne, un modesto pastel de carne de casa de clérigo. ¡Martin! —llamó. —Cenamos dentro de cinco minutos.

David permaneció despierto la mitad de la noche, pensando, haciendo planes, hablando consigo mismo, discutiendo consigo mismo, hasta que le rindió el cansancio. No llegó a su despacho de la sinagoga hasta después de las diez, y cuando entró *Mrs. Shapiro* con la lista de las llamadas, él la atajó con un ademán y dijo:

—Esta tarde me voy a California, *Mrs. Shapiro*. Ya he hecho la maleta. Reserve un pasaje en un avión que salga después de las dos. Así tendré tiempo de llegar a «Idlewild». ¿Usted sabe conducir?

—Desde luego. Vengo en coche a trabajar. Me parece maravilloso que vaya usted a ver a su esposa y a los niños, pero ¿y el oficio del viernes por la noche?

—Llame a Mel Klein. Él dirigirá los rezos. Usted me acompañará a «Idlewild» y así podrá traer el coche.

—Me perderé. No encontraré el camino de regreso.

—Encontrará el camino. Una persona mayor en un coche, si se pierde la encuentran siempre. Ahora, por favor, reserve los pasajes. Ida y vuelta para mí y pasaje sencillo Los Angeles-Nueva York para mi mujer y los niños. —Trataba de decirlo y de pensar en ello con naturalidad, pero interiormente le atormentaban las dudas y el miedo. Se había desdoblado en dos, y la parte que hablaba y se movía estaba destrozando todas las fibras del verdadero David Hartman.

La sensación se mantuvo durante todo el trayecto hasta «Idlewild», mientras *Mrs. Shapiro* le recordaba:

—Del sábado en ocho tiene usted el *Bar Mitzvah* de Kaplin. Faltan diez días. ¿Estará de vuelta dentro de diez días, rabí Hartman? No me ha dado unas señas ni un número de teléfono. Usted debe de saber dónde vive su madre política, pero yo no. O quizá tampoco lo sabe. ¿Qué le digo a Mikey Kaplin? ¿Y a su madre? Ya sabe que en seguida se pone histérica.

—Santa Bárbara.

—¿Y dónde está Santa Bárbara? No puedo decir sólo Santa Bárbara. ¿Qué hago, llamar a Información y pedir que me pongan con Santa Bárbara?

—Por favor, *Mrs. Shapiro*, no se ponga nerviosa. —Pensaba que él estaba



nervioso por los dos. —Mi suegra se llama Sally Spendler. A Información les basta con eso. Cuando lleguemos al aeropuerto, se lo daré por escrito.

—¡Ay, Dios mío!

—¿Qué ocurre, *Mrs. Shapiro*?

—Tiene usted una boda. Los Silverman. Lo había olvidado. Dios me valga, estoy volviéndome como usted, rabino.

—La boda será dentro de dos domingos. Si no he vuelto para entonces, llame al rabino Bert Sieger, de Norwalk. Él puede celebrarla.

—¿Y si el rabino Sieger tiene una boda en su propia congregación?

—¿En setiembre?

Cuando llegaron al aeropuerto, David estaba tan enfrascado en los problemas de *Mrs. Shapiro* que momentáneamente olvidó los suyos. En cuanto despegó el avión, volvieron a asaltarle sus propias preocupaciones y estuvo cavilando sobre ellas durante las siete horas del vuelo hasta Los Angeles. Una vez en Los Ángeles, la emoción de saber que dentro de poco volvería a ver a Lucy y a los niños pudo más que su desasosiego. Hacía sólo diez días que se habían ido de Connecticut, pero a él le parecía una eternidad. *Mrs. Shapiro* le había conseguido pasaje en el vuelo de la una, por lo que David tuvo que ir directamente y a toda prisa al aeropuerto. El avión aterrizó a las cinco, hora de Los Ángeles. A las seis, David iba en un coche de alquiler, hacia el Norte, camino de Santa Bárbara, consultando con frecuencia el mapa de carreteras. A las ocho y cuarto subía lentamente por Acacia Road, buscando el número 432, el de la casa alquilada por la madre de Lucy. Cuando lo encontró, le recordó las grandes casas de la playa de Far Rockaway adonde solía ir de niño con su madre, a visitar a una pariente lejana. Las paredes estaban cubiertas de tablas marrón oscuro y tenía porche en dos fachadas. En la puerta había un panel de vidrios de colores.

Era casi de noche. A través de los vidrios brillaban luces. David tocó el timbre, y Sally Spendler abrió la puerta, le miró, lanzó una exclamación de sorpresa y lo estrechó contra su amplio pecho, susurrando:

—Gracias a Dios que has venido. Está sola y amargada, y bien merecido se lo tiene. ¿Por qué, por qué, por qué la dejaste marchar?

Entretanto, la voz de Lucy preguntaba:

—¿Quién es, mamá?

Sarah, al ver a su padre, chilló:

—¡Es papá!

Sally le soltó, y los dos niños llegaron corriendo. Él se arrodilló y los abrazó. Nunca se habían dado un abrazo como aquél. Él levantó la mirada y vio a Lucy, plantada en el pasillo, contemplando la escena. Soltó a los niños, se acercó a ella y le dio un beso.

—David, ¿tienes hambre? —preguntó la madre con presteza.

Lucy seguía mirándole sin decir palabra.

—Estoy desfallecido.

—Pues ven a la cocina y deja que te alimente.

—Voy a acostar a los niños —dijo Lucy bruscamente. Pero, ante sus ruidosas protestas, consintió en que se quedaran en la cocina quince minutos, mientras la abuela calentaba cena para David y colocaba ante él un plato bien colmado.

Los niños charlaban sin parar acerca del viaje en avión hasta la Costa, la escuela —que no les gustaba— y sus habitaciones del piso de arriba en las que, según ellos, siempre hacía mucho calor. Cuando por fin, Lucy se los llevó, su madre dijo a David:

—Yo también me voy a mi habitación. Habla con ella. ¿Se puede saber qué paso entre vosotros?

—No lo sé.

—Pues me parece que ya podrías saberlo. Desde que llegó, no la he visto sonreír, por lo que no me parece que sea la mujer más feliz del mundo. Y, por lo que más quieras, no consientas que te haga dormir en el sofá. Estás casado con ella, y su cama es lo bastante ancha para dos.

Unos minutos después de que Sally saliera de la cocina, entró Lucy e informó a David que le había preparado la cama en el sofá.

—Son las diez de la noche —dijo David alzando la voz—, yo no acostumbro a meterme en la cama a las diez y maldito si voy a dormir en un cochino sofá. Además, me gustaría saber qué te has creído para entrar aquí diciendo que me has hecho la cama en el sofá.

—Pues será mejor que busques otro sitio donde pasar la noche.

—Ni hablar. Aquí estoy y aquí me quedo, esta noche, mañana y mientras tú y los niños estéis aquí.

—¿Hablas en serio?

—Hablo en serio.

—¿Y la sinagoga?

—Ya encontrarán a otro rabino.

Ella se sentó a la mesa de la cocina y escondió la cara entre los brazos.

—¿Qué haces?

—Llorar —murmuró ella.

—¿Por qué? ¿Porque estoy aquí?

—Porque todo está jodido.

—Siempre lo ha estado. Como tú solías decir, es la condición natural de la vida en la tierra.

Ella levantó la cara, surcada de lágrimas, y dijo:

—Tiene gracia, me alegro de que hayas venido. Odio todo esto.

—¿Y qué me dices de mí?

—Te he echado de menos.

—¿Vuelves a casa?

Ella titubeó y movió afirmativamente la cabeza.

—De acuerdo. Tendré que preparar las cosas.

—Yo tengo pasajes para ti y los niños.

—¿Qué?

—Pensaba quedarme hasta que vinieras conmigo.

—Eso es una treta.

—No lo es.

—No creí que fueras tan falso. Hay que ver el número que has montado esta noche. Siempre te consideré un santito. ¡Bah, a hacer puñetas! Hablamos demasiado. Vamos a la cama.

—¿Al sofá?

—No, es muy estrecho. A mi cama.

—A tu cama. Encantado.

# SEXTA PARTE

1960

## Capítulo 6

David nunca había estado en el Sur y, en algunos aspectos, le pareció el lugar más extraño de todos los que había conocido. El calor era diferente al que había sentido hasta entonces, el aire, denso y húmedo y los árboles, ondulados y deformes por efecto del calor y el aire.

Poco antes, los centenares de personas que marchaban detrás de él cantaban: «No nos moverán. No nos moverán. Como el árbol que crece junto al río. No nos moverán». Pero ahora habían dejado de cantar y caminaban en silencio. El calor iba en aumento. David sentía la camisa empapada debajo de la americana y un enjambre de insectos, atraídos sin duda por el olor a sudor, contribuían a hacer aún más incómoda la existencia.

Tres hombres encabezaban la marcha. En el centro iba el reverendo Marchand Jones, predicador baptista, negro como el carbón y dueño de una voz magnética y profunda. A su derecha estaba Martin Carter, con el alzacuello reblandecido y el pelo, espeso todavía, pero casi completamente blanco, transición que se había producido durante el último lustro y que le hacía aparentar más de sus cincuenta y cinco años. A la izquierda del reverendo Jones iba David Hartman, alto, delgado, un poco calvo y ya ligeramente encorvado a los cuarenta y cuatro años. El reverendo Jones se había empeñado en que David presidiera la marcha con él. Había conocido a muy pocos rabinos y tener hoy uno a su lado daba al acto una connotación bíblica. Martin, por su parte era el primer ministro congregacionista que había conocido el reverendo, y su presencia simbolizaba el refrendo de la primitiva iglesia norteamericana y cuando el reverendo Marchand Jones divisó a ocho policías estatales que, hombro con hombro y con las piernas abiertas, cortaban la calle blandiendo largas estacas antidisturbios y, detrás, a una docena de agentes y coches con luces que parpadeaban, dijo a David y Martin:

—Déjenme hablar a mí. Conozco a esa gente.

David asintió preguntándose si no estaría ya demasiado viejo para semejantes escauceos con el peligro.

—Buenos días, reverendo —dijo uno de los policías.

—El capitán Queen —susurró Jones a David, levantando los brazos para que se detuviera la marcha. La muchedumbre quedó a unos siete metros de los policías. — Buenos días, capitán.

—Siempre le tuve a usted por un ciudadano respetuoso con la Ley.

—Y eso es lo que soy capitán.

—Pues no, señor. No estoy de acuerdo, reverendo. Dirige usted una marcha que no ha sido autorizada. Está usted bloqueando una vía pública. Entorpece el tráfico y fomenta el desorden.

—Santo cielo, capitán, ¿cómo es posible que hagamos todas estas cosas si no somos más que un grupo de personas que van a inscribirse para votar?

—Reverendo, lleva usted detrás a trescientas o cuatrocientas personas. Mire, hágame caso, den media vuelta y váyanse tranquilamente a su casa.

—Nos gustaría pero no podemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque hemos dicho a esta buena gente que les acompañaríamos a la ciudad a inscribirse para poder votar.

—Mire, reverendo, usted sabe que no consentiremos que los negros se inscriban ni voten, así que no trate de liarme. ¿Quiénes son esos dos blancos que vienen con usted?

—El reverendo Martin Carter, pastor congregacionista de Connecticut y el rabino David Hartman, también de Connecticut.

—Están ustedes muy lejos de su casa. Que me ahorquen si sé lo que es un congrega..., lo que sea y en cuanto a los judíos, a los de por aquí no nos gustan ni pizca. Así que a ustedes tres voy a darles un minuto para dispersar a toda esa gente, y pasado el minuto empezaremos a dispersarla nosotros. Un minuto, señores.

—Bueno, ¿qué dicen ustedes? —preguntó el reverendo Jones a sus dos colegas.

—Tenemos que mantenernos firmes —dijo Martin.

—Es cuestión de principios —dijo David, pensando en el gran esfuerzo que aquellas cuatro palabras habrían costado a Martin; tanto, como a él. —Pero cuidado con la cabeza, Martin.

—Tanto tiempo... tan despacio... —dijo el reverendo Jones.

Transcurrido el minuto, los policías avanzaron con las estacas en alto y, con un impulso repentino, se abalanzaron sobre ellos. David trató de protegerse la cabeza con los brazos y ya no se enteró de nada más, hasta que abrió un ojo y vio el suelo a dos centímetros, y sintió en la mejilla el calor del pavimento en el que había un charquito de sangre que casi hervía sobre el asfalto. Alguien le tiraba del hombro, y una voz dijo:

—Vamos, rabino. No tiene más que un golpecito en la cabeza.

Le ayudaron a ponerse en pie. David sintió que la sangre le resbalaba por la mejilla y sacó el pañuelo para limpiarla. Aparte una docena de los negros que iban en la marcha y que ahora estaban sentados en el suelo restañándose las heridas de la cabeza y otro que yacía sin sentido, no quedaba nadie más que el reverendo Jones y Martin. Éste último tenía un gran bulto azulado en la frente. El reverendo Jones había sido golpeado brutalmente y estaba sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, atendido por dos de sus feligreses vestidas con trajes blancos del coro.

—Necesita un médico —dijo David a uno de los policías. —¿Es que no ven que necesita un médico?

—En la cárcel tendrá médico.

—Tendrían que llevarlo al hospital, no a la cárcel.

—Rabino, usted a callar como un buen judío, o el que tendrá que ir al hospital será usted.

Martin le tiró de la manga susurrando:

—Déjalo, David. Ahora están furiosos. Es mejor esperar a que se les pase. ¿Estás bien?

—No lo sé.

—Tienes un par de cortes en la cabeza y la cara hinchada. ¿Duele?

—Duele. ¿Y a ti?

—Tengo dolor de cabeza y estoy un poco atontado.

Los llevaron a la ciudad en uno de los coches-patrulla.

—Iguales pero separados —les dijo el conductor. —Nosotros no ponemos junto a negros y blancos, aunque juntos burlen la ley.

—¿A dónde nos llevan?

—A la cárcel, rabino, a la cárcel.

—Necesitamos un médico.

—En la cárcel les verá el viejo Jake. Él ha arreglado descalabros peores que los suyos, señores. No se preocupen.

El policía tenía razón. En la cárcel los pusieron en una celda a los dos solos aunque había cuatro catres, y Jake fue a hacerles una cura con un botiquín de mano. Les desinfectó los cortes con yodo, se los tapó con gasas y esparadrapo y dio a Martin una toalla empapada en agua fría para que se la pusiera en el hematoma de la cabeza. Jake era un hombre de unos cincuenta y tantos años, con una enorme barriga de bebedor de cerveza y unos ojos azules que parpadeaban nerviosamente.

—Me han dicho que usted es rabino —susurró a David, deduciendo quién era por la falta de alzacuello.

—Es cierto.

—No es que me gusten los amigos de los negros, pero voy a ayudarle. ¿Sabe por qué? Porque mi abuela Sadie era judía y la sangre siempre tira. Llamaré por teléfono al profesor Byron Jackson de la Universidad del Estado. Es decano de la Facultad de Derecho y cuando se entere de lo que ha pasado estará aquí en menos que canta un gallo.

—¿Y cuánto tarda en cantar el gallo? —le preguntó Martin.

—Tal vez esta misma tarde. Como mucho, mañana por la mañana.

—Yo iba a reclamar mi derecho a la consabida llamada telefónica que, según tengo entendido, no pueden negarnos. Aunque tal vez sea preferible que llames tú —dijo a David—, porque, cuando Millie se entere de la situación en que nos hemos metido, se pondrá tan furiosa que tal vez decida dejar que me pudra aquí.

—Sabes perfectamente que ella no haría eso.

—Escúchenme los dos —dijo Jake. —Fueron arrestados por la Policía del Estado, pero esto es la oficina del *sheriff* Benton, y él no dejará que les vea ningún abogado yanqui hasta que tengan una pinta más humana y puede que para eso tenga que pasar una semana. Conque me parece que será mejor que llame al profesor Jackson.

—¿Dónde está el reverendo Jones?

—Le han puesto en una celda para negros. Pero le he curado igual que a ustedes. Está bien, aunque aquí no mezclamos las razas.

—Sí, será mejor que llame al profesor Jackson.

Jackson no fue aquella noche. Les dieron un potaje bastante aguado de rabo de buey y un gran pedazo de pan, pero ni David ni Martin tenían mucho apetito. En cuanto acabaron de cenar, se apagaron las luces.

—Procura dormir —dijo Martin.

—Me asusta la idea de echarme.

—¿Por el dolor?

—Por las chinches.

—¿Cómo sabes que hay chinches?

—Cuando murió mi padre, vivimos en un apartamento que estaba infestado de esos bichos. Desde entonces les tengo pánico.

—Si tu cama los tiene, la mía, también.

—Eso, seguro.

—¿Y qué puedo hacer?

—Nada —dijo David. —Dar gracias a tus padres, por haberte criado en una casa sin chinches.

Al cabo de una hora, Martin preguntó en voz baja:

—David, ¿duermes?

—Que yo sepa, no.

Hubo unos minutos de silencio y Martin dijo:

—David, ¿tú has perdido la fe en algún momento?

—Interesante la pregunta —respondió David, después de unos instantes. —La respuesta es sí.

—¿Y no la has recobrado?

—No lo sé. Tal vez en parte, de otro modo.

—Bien. ¿Y cómo te apañas?

—¿Puedo preguntar cómo te apañas tú, Martin?

—Puedes.

—¿Cuándo fue?

—Probablemente, lo mío es diferente. Yo nunca pude aceptar lo de la Inmaculada Concepción. En cierto modo, aún admitía la divinidad de Cristo, pero después hasta eso se me atragantó. Sin embargo, me gusta el episodio de la Navidad, el Nacimiento del Niño Jesús y todo eso. Pero un día, en un programa de televisión, coincidí con un fraile paúl, que tenía mucho más cerebro que yo. Estuve hablando de la gloriosa muerte de Cristo, sacrificado por la redención del hombre y aquel fraile, que había sido capellán durante la guerra, lo mismo que tú, se puso furioso. Dijo que lo único que tenía un significado era la vida de Cristo, que su muerte fue una espantosa y sangrienta barbaridad, que la muerte gloriosa no existe, que eso es un cuento con el que nos lavan el cerebro para que demos apoyo a la guerra. Y entonces fue cuando



todo se me vino abajo.

—¿Tú crees en Dios?

—¿Y tú?

—Dios Creador. A Él he ido recuperándolo poco a poco. Pero no al viejo de la barba blanca. Oh, no. Más lógica sería la idea de una diosa madre, pero tampoco creo en ella. Un Dios que se preocupa por nosotros... No sé. Somos una mota de una galaxia dentro de un universo que tiene millones de galaxias como la nuestra. Tal vez un espíritu, una fuerza que nos da cohesión. No se me da muy bien pensar en eso, ni hablar de ello.

—Mejor que a mí. Yo me digo que debo de servir para algún fin, para algún objetivo. Al principio me sentía profundamente trastornado. Pero ya pasó. Ahora estoy en paz.

—Es extraño este mundo —dijo David. —Y más, para un clérigo. De buena gana seguiría hablando, Martin, pero me duele la mandíbula cada vez que abro la boca, y estoy tan cansado que voy a echarme en el catre, a pesar de las chinches. De todos modos, la cosa no tiene arreglo. Lo más que podemos hacer es reflexionar sobre nuestra insignificancia.

Jake abrió la puerta para llevarles el café y el pan del desayuno. El sol de principios del verano caldeaba la celda. Por la puerta abierta se oyó una voz potente que decía:

—¡No sea animal, Benton! Bastantes líos se ha buscado ya, para que ahora por su culpa puedan demandar a este Condado por cinco o seis millones de dólares.

—Mierda, profesor, yo no tengo la culpa. Esos brutos de la Policía del Estado me los trajeron. Y además tengo a una docena de negros, y al reverendo Jones, ese dichoso cura negro que es la última persona a quien yo quisiera ver en mi cárcel. Pienso sacármelo de aquí en cuanto pueda.

—¿Fueron maltratados? Me refiero a la gente de color.

—Les zumbaron, sí, si es eso lo que quiere decir.

—Eso empeora las cosas. ¿Es que no se da cuenta? Así es mucho peor. Por nada del mundo quisiera verme en su pellejo.

—Profesor, nosotros no les hemos tocado. Fue el capitán Queen y sus chalados. Jake, ¿quieres cerrar esa maldita puerta?

Minutos después, volvía a abrirse la puerta y Jake introdujo al profesor Jackson. A Jake le temblaba en las comisuras de los labios, más que una sonrisa, una mueca de malsana satisfacción mal reprimida.

—El profesor Jackson —dijo a los detenidos. Y al profesor—: Aquí, el reverendo Carter, de Connecticut, y el rabino Hartman, también de allá. Es un rabino judío auténtico.

—Gracias, Jake —dijo el profesor. —Y ahora sal y procura que no nos interrumpan. Así no podrás ser testigo de lo que no hayas oído.

—Tiene razón, profesor. Mucha razón.

El profesor, que no mediría más de un metro sesenta y cinco, tenía un aspecto que contrastaba de un modo extraño con su potente vozarrón. Tenía el cabello escaso, rojizo y entrecano, la cara pecosa y los ojos azul pálido tras unas gruesas gafas. Cuando Jake se fue, miró tristemente a los dos hombres y dijo:

—Nunca he conocido a un antisegregacionista que tuviera más seso que un mosquito. Me parece muy bien que vengan a hacer acto de presencia. Tal vez su gesto de solidaridad ayude a la gente de color a conseguir ejercer sus derechos constitucionales, o tal vez no. Pero cuando un hatajo de simios con el uniforme de la Policía del Estado les ordene dispersarse, háganlo. Ellos están armados. Ustedes, no. ¡Por todos los santos! Nosotros no somos unos animales. Aquí hay buena gente y mala gente. Ese hombre, Jake Hunter, puso en peligro su empleo al llamarme por teléfono. Acérquense, a ver esas lesiones. —Se acercaron a los barrotes y el profesor contempló los cortes y cardenales. —¡Qué barbaridad!

—¿Cuándo saldremos de aquí, profesor? —preguntó Martin.

—Quizá dentro de una hora. Quizá menos.

—¿Habrá que pagar fianza?

—¿Por qué? ¿Por dejarse pegar? —Jackson dio media vuelta, se marchó y le oyeron decir al *sheriff*. —Voy aquí al lado a pedir al juez Parsefal una orden de libertad.

—No puedo dejarles salir. El capitán Queen... me desollará.

—Mire, *sheriff*, si desobedece una orden judicial, acabará su mandato en la misma celda que ellos.

—Está bien, está bien, ya le he oído. ¿Por qué he de tener siempre el culo en el alero?

—¡Profesor! —gritó David. —Profesor, haga el favor de venir un momento. —El profesor volvió a entrar. David respiraba hondo. —Me duele la cabeza cuando grito. Profesor, ha sido usted muy amable con nosotros, pero no podemos salir de aquí sin los negros.

—¿Qué?

—No podemos. Nosotros marchábamos al lado del reverendo Jones. No podemos irnos dejándole a él aquí.

—¿Marchand Jones?

—El mismo.

—¡Puñeta, rabino! Yo les saco de aquí a usted y al reverendo. ¿Por qué complicarme las cosas? La gente de color tendrá que pasar tres meses a la sombra, tal vez treinta días, con suerte. Supongo que podría sacar a Jones, pero no a los demás.

—En tal caso, nos quedaremos.

Martin pareció despertar y dijo con voz aguda:

—Eso supone que vamos a tener aquí a la Televisión, profesor. Vendrán todos los corresponsales extranjeros. Yo no soy más que un ministro de la Iglesia congregacionista, pero rabí Hartman es uno de los rabinos más importantes de

América, y van a convertir esto en el caso de antisemitismo más sonado que...

—Basta, basta, reverendo, comprendo perfectamente adónde quiere ir a parar. ¡Dios del cielo! ¿Por qué no se quedan ustedes en su casa? Allí tienen más discriminación que nadie, pero a nosotros no se nos ocurre enviarles delegaciones de clérigos locos que les saquen de sus casillas. Está bien. Veré lo que puedo hacer. Pero, si vuelven a poner los pies en este Estado, les juro que les dejaré hervir en su propio jugo.

Cuando Jackson se fue, David dijo a Martin:

—No puedo creerlo. Uno de los rabinos más importantes de América... No tiene más que llamar a la Conferencia Central de Rabinos Americanos preguntando por un tal David Hartman. Si tienen tiempo, tal vez me encuentren en el anuario. Pero si llama a los conservadores o a los ortodoxos, le dirán que no saben quién soy, y esta gente no sabe que existen diferentes grupos de judíos. Se lavará las manos de este asunto y todos acabaremos en trabajos forzados.

—Bueno no ha sido peor que tu arrebato de altruísmo. Yo tenía que respaldarte de algún modo.

—¿A eso llamas tú respaldar?

—Sí. En cierto modo. Me pareció que tu actitud era noble y justa. Tenía que apoyarte.

—Martin, estás loco. Completamente loco.

—Sí, sí... Pero es una locura común, David. No lo olvides.

El decano de la Facultad de Derecho cumplió su palabra, y hasta hizo que el médico de la ciudad les limpiara y vendara las heridas en debida forma; pero Lucy no fue tan indulgente.

—Tú y Martin no sólo sois dos hombres de cortos alcances, sino dos hombres maduros que deberían comprender que ya no están para estas quijotadas —dijo fríamente.

—No paso por lo de cortos alcances. Somos bastante listos.

—Ni Millie ni yo estamos de acuerdo.

—Tú sabías adonde íbamos. No éramos los únicos clérigos. En esa campaña en favor del derecho al voto éramos más de cincuenta.

—Según el *New York Times*, ese capitán, como-se-llame, os ordenó deteneros. Y lo único que tenía eran unas cuantas pistolas y palos en manos de hombres jóvenes. Pero ni a ti ni a Martin os dio la gana de obedecer.

—Verás, no fuimos los únicos. Además de toda la gente que nos seguía, estaba el reverendo Marchand Jones. Estábamos en su campo, por así decir. No sólo nos mandaron detenernos. El del *Times* preguntó a varios policías, a unos cuantos manifestantes y al reverendo Jones. Con la paliza que le dieron, no estaba en condiciones de acordarse de cómo fue, pero la verdad es que nos ordenaron dispersarnos, despejar la calle, marcharnos. Y eso no podíamos hacerlo.

—¿Por qué no?

—No sabría explicártelo. Ese Jones se adelantó y habló con los policías. Luego, volvió atrás y dijo en voz baja: «Tanto tiempo... tan despacio». Fue como un lamento por su gente. Un camino largo, recorrido muy despacio. Lo mismo podríamos decir de los judíos. Dos mil años para que David Hartman llegara a Leighton Ridge. Tanto tiempo..., tan despacio. ¿Comprendes?

Lucy le miró en silencio durante minutos. Luego, movió la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—A veces haces que tenga miedo de amarte.

Él la abrazó.

—No tengas miedo. No tengas miedo de nada, amor mío.

Pero no terminó allí el incidente, ni mucho menos. En la década y media transcurrida desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, había surgido en el mundo un nuevo elemento que ya se llamaba los medios de comunicación: Radio, Televisión, Cine y Prensa. Las cadenas de la Televisión habían descubierto que, con una frecuencia creciente, sus cámaras podían estar donde ocurría la noticia y que, si ellos no estaban, habría otros que no tendrían inconvenientes en venderles las imágenes. Así ocurrió en este caso: se rodaron las escenas y una de las grandes cadenas las compró, y millones y millones de norteamericanos vieron cómo unos policías estatales pegaban a tres clérigos. Puesto que las cosas ocurren de una forma muy ordinaria de día en día, casi nadie cayó en la cuenta de que era curiosísimo que tres clérigos, un baptista, un congregacionista y un judío, se reunieran en un Estado del Sur para presidir una marcha en favor de los derechos civiles de los negros, y que los tres fueran derribados por las porras de la Policía. Algo había cambiado en el mundo. El clero intervenía en cuestiones de las que hasta entonces se mantenía al margen. Esto suscitó un interés nuevo, y David y Martin se encontraron envueltos en una fama momentánea. Eran entrevistados, recibían invitaciones para participar en programas de televisión —la mayoría de las cuales ellos rechazaban—, y Leighton Ridge, tras doscientos años de idílico anonimato, fue catapultado de pronto a la luz pública. Se obsequió a los norteamericanos con una breve *Historia de Connecticut*, el quinto Estado que ratificó la Constitución de los Estados Unidos, lugar de asentamiento de los célebres —ahora— *levelers*, diezmados y expulsados de Inglaterra por Cromwell.

En realidad, en palabras de un propagandista de Connecticut, aquélla fue la auténtica cuna de la Independencia norteamericana. Además, se instruyó, en forma abreviada, a los telespectadores acerca de la curiosa topografía de Connecticut, de cada una de sus cordilleras y valles, desde las estribaciones de los Berkshires, hasta la bahía de Long Island.

Todo ello tuvo múltiples consecuencias, entre otras, una llamada telefónica de Mel Klein, que dijo:

—David, ¿podéis venir el lunes a cenar tú y Lucy? Un amigo mío, alemán, está

pasando unos días con nosotros. Es una persona muy interesante, productor de cine, el más importante de Alemania. Se llama Herman Strauss y tiene muchas ganas de conocerle. Judío, sí.

Los Hartman aceptaron encantados. Lucy se preguntó qué relación podía tener Mel Klein con un productor de cine alemán, y David supuso que podía ser pariente de Della, cuyo apellido de soltera era Strauss. Efectivamente, existía parentesco, aunque muy lejano. Pero la madre de Della aún vivía, Strauss fue a verla y ella le presentó a Mel Klein, que le invitó a pasar unos días en Leighton Ridge. Herman Strauss era un hombre de aspecto corriente y mediana estatura, un poco calvo, con unos ojos pardos y plácidos tras unas gruesas gafas, boca grande, nariz pequeña y la maravillosa cortesía de un vienés culto. Llevaba un terno de estambre gris oscuro y, cuando estrechó con firmeza la mano de David, éste observó un detalle muy curioso. De un bolsillo del chaleco le asomaban dos cucharillas de plata.

—Celebro conocerle, rabí Hartman —dijo. Tenía un marcado acento alemán, pero se expresaba con soltura. —He leído la noticia de su campaña, desde luego, pero antes había leído ya tres sermones suyos, que me parecieron brillantes y muy profundos.

—¿Tres sermones míos? Eso me halaga, pero sin duda está equivocado.

—Oh, no. Se publicaron en una revista de Frankfurt, Der..., ¿cómo podría traducir el nombre? Sí. Opiniones del mundo.

Della Klein, que les escuchaba, dijo:

—Me parece que yo puedo explicarlo. En la sinagoga se hacen copias en ciclostil de los sermones del rabino para quienes las soliciten, y yo envío siempre un ejemplar a mi madre. Ella tiene a una buena amiga en Alemania que es una cuarta parte judía y, a pesar de todo, consiguió sobrevivir en Frankfurt. Seguramente, mi madre le manda los sermones.

—Pues ya está aclarado —dijo Strauss. —Todo puede comprenderse, con una explicación. Pero, o mucho me equivoco, o no le han pagado ni un dólar por sus escritos. A mi modo de ver, eso es un acto de piratería, indigno de esa revista. Pero, aparte el cine, yo tengo intereses en una pequeña editorial y ya había sugerido a Hans Kramer, nuestro director literario, que podríamos publicar un libro de sus sermones, si tiene suficientes, claro.

—Nunca pregunte usted a un rabino si tiene suficientes sermones —dijo David sonriendo. —Si pudiéramos cambiarlos por pan con mantequilla...

—De eso quería hablarle. Verá, en Alemania, a diferencia de lo que ocurre aquí, el sentimiento de culpabilidad ha calado muy hondo y los libros de sermones se venden bien. —Se le había subido un poco la manga y por el puño se asomaba una cifra tatuada en el antebrazo. —Culpas —dijo señalando el número con el dedo. — Dos años en un campo de concentración. En fin, aquello ya pasó, ¿verdad, rabino?

—Eso espero.

Durante la cena, Mel Klein preguntó:

—Mr. Strauss, dicen que es usted el primer productor de cine de Alemania. ¿Es cierto?

—Y eso, quince años después del Holocausto, le parece sorprendente. Quizá sea el primero o quizás el segundo, no sé. Pero, aunque he vivido muchos años en Alemania, yo soy vienés y antes de la guerra había producido siete películas de mucho éxito. Previendo lo que se avecinaba, escondí las copias, y cuando terminó la guerra y salí del campo de concentración, yo disponía de esas copias y Alemania estaba hambrienta de películas. Así empezó.

—Y usted se quedó en Alemania, después de todo el horror del Holocausto —dijo Lucy.

—Sí —dijo Strauss suavemente. —Dondequiera que vaya, el recuerdo del Holocausto me acompaña. No puedo escapar de él. Por otra parte, yo sólo sé hacer cine. Un zapatero puede hacer zapatos en cualquier parte, pero yo..., todos mis recuerdos son de Austria y de Alemania. Me gustan la lengua alemana, la literatura alemana y el buen cine alemán. Por eso me quedé en Alemania.

Pero nadie le preguntaba por las dos cucharillas de plata. Después de la cena, David, sin poder reprimir la curiosidad, se llevó a Strauss a un rincón de la sala donde, sentados en sendos sillones de orejas, los dos hombres podían conversar con cierto aislamiento.

Strauss, previendo la pregunta de David, movió la cabeza con una ligera sonrisa y dijo:

—No, no me las he llevado de un restaurante. Son de plata y me pertenecen. No imagina por qué las llevo encima, ¿verdad?

—No. Y me siento como un cretino presuntuoso.

—Usted no tiene nada de cretino, rabí Hartman. Le contaré la historia de estas cucharillas. Son un recordatorio. En mil novecientos cuarenta y dos, yo estaba en Berlín. No tenía documentos. Por ser un judío vienés, tampoco tenía nacionalidad. Lo único que tenía en el mundo eran dos cucharillas de plata que encontré en un cajón del aparador de la casa de una familia judía amiga mía. Incomprendiblemente, los nazis que saquearon la casa y se llevaron a mis amigos, dejaron estas dos cucharillas. Y el que no tiene papeles, ni dinero, ni amigos, a cambio de una cucharilla de plata puede procurarse alojamiento y comida. Por eso siempre las llevo encima. La gente que me conoce lo comprende. De los demás, algunos me preguntan, como ha hecho usted. En cuanto a mí, ellas me recuerdan que soy judío y que lo único con lo que puedo contar en este mundo es la misericordia de Dios.

«Y dos cucharillas de plata», pensó David, mirando con curiosidad al insignificante personaje que tenía delante.

—Y todavía cree en Dios —dijo.

—No cuando era joven, rabino. En Viena, y le cuento esto, rabino, por ser usted rabí Hartman, a los veinticuatro años, me casé con una joven actriz. Se llamaba Gretchen Schwartz. No era judía. Era una joven buena, sensible e inteligente con cara

de ángel. No sé qué pudo ver en mí, pero era casi una niña, diecisiete años, y muy ingenua, y por eso se casó conmigo. —Hizo una pausa y respiró profundamente varias veces. —Perdone, trataré de no ponerme sentimental. Estuvimos cinco años sin tener hijos. Yo quería que madurase su talento antes de obligarla a cargar con la responsabilidad de la maternidad. Luego nació nuestra hija. Hubiéramos tenido que marcharnos, pero algunos de nosotros no podíamos creer que aquello continuara durante mucho tiempo. Tal vez un día más, o un mes, y aquel loco y los animales que le seguían acabarían por destruirse a sí mismos. Bien, un día fueron a buscarme. No volví a ver a Gretchen. En el campo de concentración, me hice amigo de un sacerdote católico. Él murió. Acabó en la cámara de gas. Yo solía hablarle de Gretchen y de mi esperanza de volver a verla un día. Por fin, me dijo: «Deje de soñar, Strauss. Gretchen ha muerto». Él había oído en confesión a uno de los nazis, que fueron a buscarla, estrangularon a la niña y luego violaron y mataron a la madre. Ya ve, optó por faltar al secreto de confesión con tal de que yo dejara de soñar con volver a ver a mi esposa y pudiera ponerme en paz con Dios. —Sacudió la cabeza y se enjugó los ojos. —No sé por qué le cuento esta larga y triste historia. Sí. Usted me preguntó si aún creía en Dios.

—Sí, eso le pregunté.

—¿He contestado a su pregunta, rabino?

—No lo sé.

—Yo no soy lo bastante sabio como para analizar lo que hay en el fondo de mi pensamiento. Existe un viejo cuento judío del justo que muere y comparece ante el trono de Dios. De los ojos de Dios mana un río de lágrimas. El justo le pregunta por qué llora, y Dios responde: «Lloro por lo que hacen mis hijos». No es más que un cuento. Sí, rabino. Creo en Dios, ¿cómo podría vivir si no? Y más después del Holocausto. Yo creo porque, si dejara de creer, no habría nada más que tinieblas. Usted conoce la costumbre que existe en Israel de plantar un árbol en memoria de cada muerto. Desde que se implantó esta costumbre, yo he mandado plantar doscientos setenta y un árboles. Es el número de personas a las que conocía personalmente que han muerto en los campos de concentración, en las cámaras de gas, muertos de hambre, a golpes, a tiros..., doscientas setenta y una personas. Una de ellas era mi hija, otra, mi mujer, treinta y dos eran católicas, una docena, no estoy seguro y el resto, judíos. No creo en Dios a pesar de lo ocurrido sino precisamente por ello. Es algo que ni yo mismo entiendo, por lo que no me pida que se lo explique.

Doce días después de aquella cena que había ofrecido en honor de Herman Strauss, Mel Klein moría, a consecuencia de una trombosis coronaria que sufrió durante la noche. El doctor Henry Levine, que vivía en Leighton Ridge, fue el primero en acudir e, inmediatamente después, llegó la ambulancia del servicio de bomberos voluntarios; pero ya era tarde para el oxígeno y demás. El doctor Levine llamó a David a las cinco de la mañana, una hora después del fallecimiento, y él y Lucy fueron rápidamente a casa de los Klein. El matrimonio Klein tenía tres hijos,

todos mayores, un chico, que vivía en Nueva York, y dos chicas, en California, una, estudiante de Medicina y la otra, actriz. Cuando llegó David, Della estaba hablando por teléfono con su hijo. Era una mujer de cuarenta y cinco años —veinte menos que su marido—, ojos grises, llenita y francamente hermosa. Tenía el pelo castaño claro veteado de gris con mechones dorados por el sol, peinado estilo paje y casi no se pintaba. Tenía el trato afable y sereno de la mujer que se siente segura de sí y de su marido.

Ahora el marido había muerto. David esperaba encontrarla derrumbada por lo ocurrido. Le sorprendió su entereza.

—Me alegro de que hayas venido, David —dijo abrazándole. —Después vendrán las lágrimas y los nervios, cuando esté sola. Ahora tengo que conservar la calma. A pesar de todo, David, Dios nos dio tanto amor y tanta ternura. ¿Cuántas personas pueden decir eso? Yo veo envejecer a las personas y temer a la muerte, y llenarse de achaques. A Mel se le ha ahorrado eso. Yo he pasado veintisiete años de mi vida al lado de una de las personas más buenas que he conocido. Eso tengo que agradecer.

La tumba de Mel Klein era la undécima del pequeño cementerio. Al pie de la tumba, rodeado de Della y sus hijos, David rezó las oraciones y luego murmuró su adiós personal a un caballero amable y prudente. Once veces había oficiado en ceremonias como ésta. Era la función del rabino, de la que apenas se hablaba en el seminario, y casi todos los que estaban allí, cada uno de los muertos que ocupaban aquellas tumbas, los había tratado personalmente. Pero, por extraño que pueda parecer, ello no le había curtido, y pensaba él que éste era uno de sus peores defectos, que nada le curtía.

Jack Osner había venido de Washington para asistir al entierro. Se rumoreaba que Osner era una de las personas en quienes más confiaba el Presidente. Asistía a las reuniones del gabinete. Él era el enlace directo con el Pentágono, y si las elecciones del otoño llevaban a un republicano a la Casa Blanca, Osner sería nombrado, sin duda alguna, secretario de Defensa.

Los miembros de la congregación estaban impresionados por su asistencia al funeral.

—Es que, al fin y al cabo, Mel y yo fundamos esta sinagoga —dijo él.

Osner encargó y pagó una placa de bronce que sería colocada en la pared de la entrada, en la que se habían grabado los nombres de los fundadores de la sinagoga, empezando por el de Mel Klein.

—Por supuesto —dijo a David—, a los gentiles les impresionaría más una placa con los nombres de los miembros de la congregación muertos en la guerra, pero no podemos ponerla, porque no nos organizamos hasta después de la guerra. Aquí tengo el dibujo de la placa. Quiero enseñárselo a Della.

—Yo no se lo enseñaría —dijo David. —Ahora no, Jack.

—¿Crees que podría impresionarla?

—Tal vez.



Después del entierro, los amigos de Mel y Della se reunieron en casa de los Klein. David opinaba que uno de los aspectos más humanos del ritual fúnebre era la costumbre de reunirse para comer después del entierro. Los asistentes llevaban la comida y las mujeres la guisaban y servían. La comida era la más antigua afirmación de la vida. Ahora la casa, pese a ser tan grande, se había llenado de amigos de los Klein, acompañados de sus hijos. Osner buscó a David entre la muchedumbre y le dijo:

—¿No podríamos hablar un momento en algún lugar tranquilo?

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—Me temo que sí. He de tomar el avión de las cinco en La Guardia, y faltan tres horas. Es importante, David.

—Está bien. Della tiene un cuarto de costura en el piso de arriba. Seguramente, no hay nadie.

David se instaló en un pequeño taburete con sus largas piernas dobladas delante del cuerpo.

—Bueno, Jack, tú dirás.

Osner se había sentado en la única silla de la habitación. Se le veía incómodo en aquel cuartito, entre los cestos de la ropa, la máquina de coser, paquetes de tela y retales. Osner había aumentado de peso, de cuello, de carrillos y de abdomen.

—Como ya debes de saber, tengo mucho trato con los jefes del Pentágono.

—Eso me han dicho.

—Bien, resulta que va a quedar vacante la plaza de capellán judío número uno, o sea, jefe máximo para todo el Ejército de los Estados Unidos. Grado de coronel, una paga respetable que hace que lo que ahora cobras parezca los beneficios de un vendedor de cacahuetes, y las gangas, David, que equivale a otros cien mil al año. Coche oficial con chófer las veinticuatro horas del día. Si lo pides para las tres de la mañana, a las tres de la mañana lo tienes. Y eso es sólo el principio. Tipo especial de alquiler, prácticamente un regalo, para una casa propiedad del Ejército, situada en Georgetown. Viajes gratis a cualquier rincón donde tengamos tropas estacionadas, y están en cantidad de rincones, y si te llevas a Lucy y a los niños nadie dirá nada. David, es una oportunidad única. ¿Que quieres mantos de oración de seda? Pides un millar y al día siguiente los tienes en tu despacho. Y así, cualquier cosa. Nadie que no haya tenido relaciones con el Pentágono puede imaginar las ventajas de un cargo como éste. Y no hablemos de la satisfacción de volver a llevar el uniforme. Cuando propuse tu nombre, lo primero que hicieron fue pedir tu hoja de servicios. Bueno, yo había oído comentarios, pero no imaginaba que tuvieras semejante historial de guerra. Extraordinario, realmente soberbio. Ahora bien, cuando preguntaron al FBI, allí encontraron un expediente muy distinto, pero yo conseguí quitarles esta mala impresión. Les dije que eras tan patriota como el primero, y tengo influencia suficiente como para que se tengan en cuenta mis recomendaciones. Pero una cosa he de pedirte: basta de marchas, basta de manifestaciones, basta de cartas al *New York*

*Times*. Ojalá no hubiera ocurrido todo ese jaleo en el Sur. Y es que, ¿sabes?, la mayoría de los jefazos son de allí, y les revienta que les tachen de nazis. Bien, lo hecho hecho está, y hoy todo el mundo anda pregonando que los negros tienen que votar. ¿Por qué no situarnos de manera que podamos beneficiarnos de sus votos? ¿Qué me contestas?

—¿Quieres decir si deseo ese cargo, Jack? No, me parece que no.

—¿Bromeas?

—No.

—David, David. —Movía la cabeza. —Un rabino siempre es un rabino, lo comprendo. Pero si se es rabino se ha de tratar de llegar a lo máximo para un rabino, y es esto. No hay vuelta de hoja.

—Oh, te agradezco que te acordaras de mí, Jack; pero yo nunca podría aceptar ese trabajo.

—Dame una razón —dijo Osner.

—Bien, en primer lugar, yo soy pacifista. Yo creo que la guerra como medio de zanjar un conflicto o lograr un objetivo social es un puro disparate.

—Eso lo creemos todos, David. Pero ¿lo creen también los rusos? ¿Vamos a defendernos o les decimos: Podéis venir y arramblar con todo?

—No me gusta el Pentágono.

—Vamos, ¿qué es eso de gustar o no gustar? Tenemos clientes con los que yo no hablaría por nada del mundo. Pero su dinero es lo que me convence.

—No podría hacerlo, Jack.

—David, me he arriesgado mucho por ti. Les he dicho que tenía a alguien de toda confianza y ahora tú me fallas.

—Te agradezco mucho lo que has hecho y que te hayas acordado de mí, pero no puedo aceptar un empleo sólo porque a ti te parezca que es el trabajo idóneo para mí.

—¿Un empleo? No es un empleo, es un cargo, un modo de servir a tu país, una pensión, cuando te llegue la jubilación, que es el doble de lo que ganas ahora. ¿Quién diablos te has creído ser? —Estaba furioso. David nunca le había visto tan violento.

—Un rabino de pueblo que gana ocho mil dólares al año. Menos que un peón. Y te permites mirarme con aire de condescendencia y decir que eres una especie de pacifista de mierda. Bueno, pues allá tú, con tus escrúpulos. —Y Osner salió del cuarto de costura dando un portazo.

David se quedó sentado en su taburete un buen rato. En la habitación había una mesa de modista. La máquina de coser estaba destapada. La pata sujetaba la costura de un vestidito de algodón estampado que Della estaba haciendo para su nieta de un año. Reinaba allí un aire de paz, de laboriosidad y sosiego que la ira de Osner violaba.

Finalmente, David movió la cabeza con resignación, salió al pasillo y bajó a reunirse con los demás.

—¿Qué ha pasado con Osner? —le susurró Lucy. Había tenido que abrirse paso

entre la multitud para situarse a su lado.

—Luego te lo explico.

Della tenía en brazos a una niña —sin duda, la nieta a la que estaba destinado el vestidito.

—¿No es una preciosidad, David? —le preguntó.

—Desde luego.

—No te marches aún. Por favor, quédate.

—Naturalmente. Hasta que tú quieras.

A las nueve de la noche, se habían despedido todos menos David y Lucy, Eddie y Sophie Frome y los tres hijos de Della. La hija mayor estaba arriba, acostando a la niña. El hijo se había sentado al lado de su madre y la otra hija estaba en un rincón, mirando al suelo en silencio. De pronto, inesperadamente, Della dijo a David:

—Tú no juegas al pinnacle, ¿verdad, David?

Él la miró, sorprendido, y tardó en contestar:

—No, no juego.

—Tenía razón Mel —dijo Frome. —No juega.

—Soy un pésimo jugador de cartas —dijo David. —Pero ¿por qué no te enseñaron a ti, Della?

—¿Al pinnacle? Las mujeres no juegan al pinnacle.

—¿Por qué?

—Es un juego muy antiguo de una sociedad dominada por los hombres.

—¿Cómo podéis hablar así? —exclamó la muchacha del rincón, la hija menor de Della. —Hemos enterrado a mi padre hace sólo unas horas y vosotros estáis charlando...

—... como si él aún estuviera aquí —dijo Della suavemente. —Tenemos que hacerlo así, ¿comprendes? De lo contrario, olvidaríamos muy pronto. —Se levantó y se acercó a su hija. —Y, Joan, no debemos olvidar. —La muchacha se levantó y su madre la abrazó. Ahora lloraban las dos.

Poco después de medianoche, cuando los Hartman estaban ya en su habitación, Lucy dijo:

—Bien, cuéntame ahora lo de Osner.

—Estaba pensando en Della —dijo David. —Es una mujer extraordinaria.

—Supongo que por eso has estado siempre enamorado de ella. Porque lo estás, ¿sabes?

—Lucy, no hagas eso.

—Lo que me asombra es que, después de predicar tanto la comprensión, tú tengas tan poca. ¿Por qué no reconoces lo que sientes por Della?

—Porque no lo siento.

—Oh, perdona, perdona, perdona. No sé por qué hago esto. No me hagas caso, por favor. Cuéntame qué quería Osner.

Contento de poder cambiar de tema, David le explicó lo que Osner le había

ofrecido.

—¡Ajá! —dijo Lucy en voz baja. —Eso es algo gordo. Jefe de todo el asunto, mandamás de todo el Ejército de los Estados Unidos.

—No tanto. Capellán encargado de todos los capellanes judíos. Y no creas que ahora hay tantos soldados judíos. No es como en el cuarenta y dos, cuando teníamos en el Ejército a medio millón de judíos.

—¿Por qué sólo coronel?

—Es lo que exige el cargo.

—Y, naturalmente, tú has dicho que no.

—No podía decir otra cosa.

—¿Por qué? —preguntó Lucy.

—Ya sabes por qué. No hace falta que te diga lo que pienso de la guerra.

—No pensabas así en mil novecientos cuarenta y dos. No esperaste a que te movilizaran. Te alistaste, y cuando te hicieron oficial no protestaste. —Él trató de interrumpirla, pero ella le atajó—: Déjame terminar, David. Tengo que decirlo de una vez por todas. Tal vez seas un pacifista de lo más puro, y tal vez odies la guerra, pero de no ser por ti y por millones de muchachos que se pusieron el uniforme de los Estados Unidos, quizás hoy tú y yo viviríamos gobernados por Hitler, sólo que no viviríamos, sino que habríamos muerto. Di que no es verdad.

—No sé si tienes razón, Lucy. Pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces? Ya sé que Jack Osner es un mierda, pero no tenía por qué hacer esto. Él te tiende una mano y tú escupes en ella.

—No me ha tendido una mano —dijo David en voz baja. —Él tiene que aprovechar cualquier oportunidad para anotarse tantos frente al Pentágono. No me gusta decir esto, pero él se cubriría de gloria presentando a la Junta de Jefes de Estado Mayor a un héroe de guerra con todas esas malditas condecoraciones que me concedieron, judío y rabino por añadidura. Él es judío, y no creas que ellos no lo saben, y si Nixon gana las elecciones él será secretario de Defensa.

—David, yo soy la esposa del rabino de una congregación que te paga ocho mil dólares al año más la casa en que vivimos. Estamos en mil novecientos sesenta. Hace catorce años que eres rabino de Leighton Ridge. Tienes casi cuarenta y cuatro años, ¿y qué es lo que has conseguido? Yo tengo que coser mi propia ropa, debo hacer economías para que *Mrs. Holtzman* me ayude si tenemos invitados, y somos los únicos de la congregación que no tienen televisor en color. El coche se cae a pedazos... David, ¿no te das cuenta de lo que te ofrece Osner? ¿Tú has estado en Georgetown?

—Sí, he estado allí.

—Es el mejor barrio de Washington. Si el Ejército nos ofrece una casa en Georgetown, seguro que es con criados. Los dos sabemos lo que es el Ejército. Y no tendrías simplemente un coche, sino un coche oficial, con chófer. David, es como el cuento de Cenicienta... y poder viajar a cualquier parte con los gastos pagados, esos

lugares con los que hemos soñado y que nunca pudimos ver. Los niños podrían ir a la Universidad... David, eso no significa que tú tengas que renegar de tus principios. Esos muchachos te necesitan. Durante la guerra te necesitaban, lo sabes. Anda, llama a Jack y dile que has cambiado de idea. Él te necesita tanto como tú a él.

David movió la cabeza.

—No puedo. Por favor, no insistas, Lucy. Sabes que no puedo hacer eso.

—No, no puedes —dijo Lucy. —Si lo hicieras, te situarías al mismo nivel que los demás mortales, y eso sería horrible.

—Lucy...

—Oh, a hacer puñetas. Déjame dormir. Estoy cansada.

Acabó el verano y llegó el otoño, pero el vacío que se había abierto entre David y su mujer no se cerraba. Ella no volvió a mencionar la oferta de Jack Osner. Llegaron las elecciones de 1960, Nixon fue derrotado y John Kennedy se convirtió en Presidente de los Estados Unidos. Pero la gente de Washington que se preciaba de estar enterada de lo que sucedía y de quién movía los hilos de la acción, no descartó a Jack Osner juntamente con Dick Nixon. Se observó que Kennedy daba la mano a Osner delante de las cámaras y le decía:

—Puede usted llamarme John, Jack.

Eso se comentaba en los círculos enterados, pero lo cierto es que Osner no ostentaba ningún cargo público. Su bufete era conocido en Washington como agencia de poder. Los miembros de estas firmas nunca se descartan.

Y Camelot llegó al Potomac, y las antorchas que lo envolvieron en su luz dorada no eran muy distintas de las antorchas que empezaban a arder en Vietnam. Se la llamaría la guerra de Johnson y la guerra de Nixon, y muy pocos recordarían que John Kennedy prendió sus primeras llamas.

En Leighton Ridge, Aaron, el hijo de David, iba a cumplir trece años. David nunca fue muy partidario de la ceremonia de *Bar Mitzvah*, por la que se lanzaba a un adolescente a la llamada edad adulta y aún menos le agradaba la decisión del movimiento reformado de extender la práctica a las niñas. Le parecía que el *potlach*, la avalancha de comida y bebida con la que los orgullosos padres atiborraban a amigos y parientes, era superflua y vulgar, y de buena gana hubiera suprimido toda aquella ceremonia medieval. Sin embargo, por extraño que parezca, al pensar en el *Bar Mitzvah* de su único hijo varón, David se sentía emocionado y ufano, y advirtió que esperaba la ceremonia con ilusión.

A los trece años, Aaron Hartman era un muchacho alto y delgado, que ya medía uno setenta y cuatro. Jugaba de base en el equipo de baloncesto de Leighton Ridge, a pesar de estar aún en primero de secundaria, y formaba parte del equipo de natación de la escuela, habiéndose especializado en los cien metros libres. Todo ello le convertía en todo un héroe para sus camaradas y un verdadero ídolo para Sarah, su

hermana, que tal vez un día fuera una mujer bonita, pero ahora tenía la misma complexión que su hermano: huesos grandes y largas extremidades, la piel tan cubierta de pecas que apenas quedaba espacio entre ellas, un metro sesenta y cinco de estatura y el pelo descolorido por el sol en tonos distintos. Sus facciones bien dibujadas, su cabeza bien torneada y sus luminosos ojos azules tranquilizaban a sus padres, pero ella se consideraba la criatura más fea de Leighton Ridge, y se refugiaba en la popularidad de su hermano. En cuanto a Aaron, su cara larga, huesuda y fea no le preocupaba en absoluto.

David miraba a su hijo con una mezcla de amor y perplejidad. Aaron estaba en paz con el mundo. Era un mundo estupendo, en el que uno tenía que hacer su trabajo, sudaba a chorros, bebía grandes cantidades de líquidos embotellados, comía a dos carrillos sin ganar un gramo y no pensaba en nada más allá de Leighton Ridge. Algunas veces, David lo llevaba de excursión a los montes Berkshire. El chico se interesaba por lo que hacía y poco más; pero no era tonto. Sus notas eran excelentes, y cuando David y Lucy llevaron a los niños a Israel en un viaje pagado por la congregación, Aaron captó el hebreo como si hubiera nacido con una gran predisposición para aquella lengua que incluso traducía para su padre, cuyo hebreo del seminario dejaba mucho que desear. David advertía en sus hijos una marcada similitud con los niños del *kibbutz*; la misma vitalidad, la misma seguridad en sí mismo, la misma indiferencia por los problemas intelectuales.

Pero ahora, al mirar a su hijo en la sinagoga al término de la ceremonia del *Bar Mitzvah*, después de la bendición *Baruch shepetarani*, «Bendito el Señor que te ha hecho un hombre», David añadió en voz baja:

—Sé prudente, hijo mío, que sin prudencia no puede haber bondad de corazón.

Después de besar a su hijo, Lucy, con los ojos llenos de lágrimas, dio un beso a David. Se había hecho para la ceremonia un vestido amarillo y llevaba un peinado distinto, con el pelo recogido en un moño alto, David la miró como si no la reconociera. Era una mujer muy atractiva.

Varios días después, estando los dos solos, ella le dijo:

—No sé cómo voy a poder vivir sin ti, pero tengo que intentarlo. Lo comprendes, ¿verdad?

Él la miró sin responder.

—Esta vez no trates de retenerme, David. Te lo ruego. —Y añadió—: Tengo que vivir, David.

—Sí, tienes que vivir —dijo él.

# SÉPTIMA PARTE

1966

## Capítulo 7

Cuando recogieron al último pasajero, el padre Joseph Kelly, un sacerdote vicentino muy grueso que subió en Norwalk, David empezó a reír entre dientes. La vieja furgoneta de Martin Carter crujió y chirrió con el nuevo peso y David se disculpó con el padre Kelly.

—Perdone, no me río de usted. Es que me acordé de *Tres hombres en una barca*, de Jérôme K. Jérôme, y no pude contenerme.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ya ni me acuerdo. Habrá sido por el paraguas de Bert.

—Va a llover —dijo el rabino Bert Sager. —¿Sabéis lo que sois vosotros? Sois personajes de un cuento de Sholem Aleichem, locos divinos, o tal vez no tan divinos, de Chelm, donde la gente cuando llueve sale a la calle a recoger el agua con un colador. Yo llevo el paraguas porque me parece que va a llover, y ahora este rabino del llamado judaísmo reformado que viaja a mi lado me dice que le recuerdo a Jérôme K. Jérôme. Pero, bien mirado, no está mal, David, no está mal. Esta noche, mi mujer me dice: Bert, ¿harás el favor de decirme a dónde vas? Es la esposa sencilla, inteligente y sufrida de un rabino que tiene una congregación en Connecticut, pero no tan sofisticada como la de David, sino una congregación lisa y llanamente conservadora. ¿Y yo qué puedo decirle? Sylvia, van a venir a buscarme dos flacos ministros protestantes, un flaco rabino y un robusto cura católico... robusto, Joe, ¿nos describe a los dos? Nunca digas gordo. La robustez es una virtud que esos resacos puritanos no pueden comprender.

—Muy amable, Bert. Pero yo, más que robusto, me considero un hombre de peso.

—Tampoco está mal. De peso. Van a venir a buscarme, le digo, para ir a la catedral de San Patricio, a Nueva York. Pero no entraremos, Dios nos libre, sino que nos quedaremos en la acera, donde hemos prometido velar cuatro horas. Por eso llevamos todas estas velas. Nos sentaremos con las piernas cruzadas y las velas encendidas. Claro está que yo no he podido cruzar las piernas desde que tenía doce años, pero, en fin, ya veremos. Lo cierto es que tenemos que hacer una sentada de cuatro horas. Si yo le digo esto a Sylvia, ¿qué creéis que ha de contestarme?

—Seguramente, una verdad como un puño —dijo David.

—No sé —dijo Philip Simpson, un pastor metodista de Westport. —Es verdad que si yo solo me sentara en la Quinta Avenida con una vela encendida, la Policía me llevaría a Bellevue. Y supongo que harían bien.

—Harían muy mal —dijo David.

—Quizá, quizá. Pero habrá cien mil personas sentadas en la Quinta Avenida con velas encendidas, y la Policía va a cortar el tráfico, y el alcalde, en cierto modo, nos ha dado su beneplácito, y tal vez el acto tenga algún significado, y haga que cambien las cosas.

—Me temo que las cosas poco pueden cambiar —dijo el padre Kelly. —El



presidente Johnson es un hombre duro; por desgracia, también es un hombre estúpido, petrificado en sus pasiones y su locura. Sólo los prudentes pueden ser buenos. Eso lo saqué de uno de sus sermones, rabí Hartman. Confieso con todo candor que copio sus sermones sin el menor escrúpulo. Pero volviendo a ese hombre, Johnson. A él le es indiferente que cien mil personas pasen una noche en vela sentadas en la Quinta Avenida, quemándose las manos con la cera caliente. A propósito, ¿a quién se le ha ocurrido traer una palmatoria? —Se volvió para mirar a los demás pasajeros. —Ah, sí, a los dos rabinos. Ustedes, los protestantes, han olvidado la magia de las velas.

—Quiá —dijo Martin. —Se dejan caer unas gotas de cera, se hinca la vela y ya está. No es necesario tenerla en la mano.

—Touché.

\*—No es por ahí —dijo Kelly. —Ésta es la expedición ecuménica más interesante de la Historia. Esta camioneta es de mil novecientos cincuenta y dos, ¿no, Martin?

—Cincuenta y uno.

—Entonces la mano de Dios se hace evidente, ya que el que este coche nos lleve a Nueva York a nosotros cinco es, sin duda, un milagro. A diferencia de rabí Seger, yo no tengo esposa a quien ocultar mi candidez o mi majadería, pero tengo al padre Flannigan, mi rector, y a él no podía mentirle. La mirada que me lanzó fue del más completo asombro. «¿Me está diciendo, Joseph, que va a Nueva York con un pastor congregacionista, un pastor metodista y dos rabinos y que todos se sentarán delante de San Patricio con una vela en la mano?», me preguntó. «Eso es exactamente lo que pensamos hacer», respondí. «¿Y por qué hacen ustedes una cosa tan rara?».

Y yo le digo: «¿Por qué? Pues para acabar con la guerra del Vietnam. ¿Por qué si no?».

—¿Y él no le prohibió venir?

—Oh, no. Ni mucho menos. Pero no sé qué pensaría. Es un hombre muy amable.

—Tiene que serlo —dijo el rabino Sager.

—Naturalmente, se puede pasar por alto el quid de la cuestión —dijo David. — Nuestra cultura ve en el clérigo a una figura un tanto ridícula. Se le tolera como una reliquia absurda del pasado, en una época en la que nadie cree muy firmemente en Dios, si es que cree. Sí —añadió inclinando la cabeza hacia Kelly—, ustedes los sacerdotes católicos están mejor considerados porque trabajan con más ahínco por su mitología, aunque imagino que tampoco es todo miel sobre hojuelas. Pero, de pronto, algo ha cambiado. Por primera vez en la historia moderna, nos encontramos involucrados en la dirección de un gran movimiento pacifista, y eso es un hecho indiscutible. Miles de pastores, curas católicos y rabinos se han unido para detener esa obscena guerra del Vietnam. Y nosotros no damos la bendición de Dios a nuestro bando, sino que denunciemos su injusticia.

—Sin duda, sin duda —convino Kelly. —Y si en eso no ven ustedes la mano de

Dios...

—¿Dónde estaba la mano de Dios cuando, en la Primera Guerra Mundial, con la sangre derramada en los campos de Francia y de Flandes hubiera podido botarse toda una flota, y nuestros colegas de uno y otro bando bendecían la matanza? —preguntó Simpson.

—No nos metamos en una de esas polémicas acerca de la voluntad de Dios —dijo Martin. —Lo que yo hago obedece a mi propia voluntad. Mi hijo Joseph está en Toronto, trabajando de carpintero, y muy contento de haber conseguido el trabajo. Cuando se negó a ir al Vietnam, Millie y yo estuvimos de acuerdo con él en que, como cristiano, no podía sino negarse a tomar parte en esa guerra. De la noche a la mañana, ser cristiano se había convertido en algo muy difícil. En cuanto a los judíos..., bueno, ellos siempre lo han tenido difícil. El hijo del rabí Hartman está en la cárcel por objetor de conciencia.

Los otros guardaron silencio. David se preguntó si estarían rezando.

No había cien mil personas sentadas con velas encendidas delante de la catedral de San Patricio, pero sí la mitad, y entre ellas estaba David preguntándose, como hacía siempre en ocasiones semejantes, de qué podía servir su acción. Lucy solía hacerle esta pregunta.

—Eso no importa. Uno hace lo que tiene que hacer —respondía él.

¿Por qué? ¿Por qué? La cabeza de Lucy estaba llena de porqués, aplicados al concepto del mundo que tenía David. Ella pensaba que las cosas son como son y que nada ha de cambiar. Cada cual tiene lo que se merece, pero no por la fe, ni por la oración, ni por la mediación divina, sino por la acción, mucho más eficaz, de la pura estupidez y la codicia.

—¿Lo ve usted? —dijo el padre Kelly al rabino Sager. —No ha llovido. Dios vela por las cosas pequeñas lo mismo que por las grandes.

—Si bien se mira —dijo el rabino Sager—, nunca llueve en Yom Kippur y sí, en cambio, el día de san Patricio.

—No puedo creerlo —dijo Martin—, no puedo creer que dos hombres adultos digan esas cosas.

«Desde luego —pensaba David—, fue la inteligencia de Lucy, su mentalidad clara e incisiva lo que provocó la ruptura. Si ella hubiera sido una ingenua o una mujer piadosa y resignada, su matrimonio habría podido vegetar toda la vida; pero puesto que no le veía el menor sentido a lo que él hacía, ni finalidad, ni viabilidad, el matrimonio se deshizo. Fue la razón principal; la falta de comodidades era sólo un pretexto que se puso a sí misma».

Hacía más de cinco largos años que ella le dejó por segunda vez y se divorció de él. Le parecía increíble que pudiera haber pasado tanto tiempo, un tiempo vacío. ¿Y qué le esperaba ahora? Sólo el vacío.

—Eso es lo malo —decía el rabino Sager. —Ya nadie quiere creer en la intervención divina en la meteorología. Ya no. Ni siquiera yo.

Fue un proceso muy simple y, como suele decirse, civilizado. Lucy se llevó a los niños a California, los dejó con su madre y se fue a Reno a tramitar el divorcio.

Esta vez, el mundo de David se desmoronó. Había oído decir que los que se emborrachan a conciencia no recuerdan lo que hacen, pero su recuerdo de lo ocurrido entonces era claro como el cristal y frío como el hielo. Él no era abstemio. Solía beber una copa, o dos, o tres, cuando la ocasión lo requería, y durante la guerra, de vez en cuando, se había aturcido con cerveza, al modo melancólico y solitario de los soldados en todas las guerras. Pero ahora, cuando recibió la carta en la que Lucy le decía que el divorcio se había fallado, que su pequeña cuenta bancaria era para él, que podría ver a los niños cuando quisiera y prolongar los períodos de visita a su gusto, que ella nunca se opondría a él en nada, que no le indispondría con sus hijos, que aún le quería y, probablemente, siempre le querría, David sintió que no podía seguir soportando la existencia. Sacó una botella de *whisky* escocés aún sin abrir que Martin Carter le había regalado la última Navidad, se sentó con la botella y un vaso y procedió a tratar de aturdirse con la bebida.

A las dos de la madrugada, con dos terceras partes de la botella en el estómago, estaba completamente borracho. En aquel estado salió tambaleándose a la nieve, con la botella en la mano y recorrió los dos kilómetros y pico que había de su casa a la de los Carter, parando de vez en cuando para echar otro trago de *whisky*. Teniendo en cuenta lo que llevaba en el estómago, aquel recorrido fue toda una hazaña de resistencia física. Había casi un palmo de nieve y seguían cayendo unos copos gruesos y lentos.

Debajo de la ventana del dormitorio de Martin y Mille, se paró y gritó:

—¡Eh, Carter, santo mercader de Dios!

No hubo respuesta. La casa y la iglesia de madera blanca se levantaban aisladas en medio de los campos nevados, recortados al claro de luna por la sombra azulada de los muros levantados muchos años atrás por los adustos granjeros de Connecticut para señalar dónde debían pacer sus corderos y dónde crecer el trigo. Y ahora un rabino borracho gritaba al viento helado:

—Martin Carter, a ti y a mí... a ti y a mí se nos ha acusado de evitar el lenguaje vivo. Eso dijo Lucy. ¡Lucy, mi mujer! Dijo que yo evitaba el lenguaje vivo y se fue llevándose a mis hijos. Si yo hubiera podido decirle que me cabreaban sus jodidas sentencias, ella no me habría dejado solo en esa mierda de casa. Pero yo soy incapaz de hablar con energía y sentido, y ella lo sabe.

En aquel momento se abrió la puerta, y Martin, en bata y arrastrando los chanclos, salió a la nieve y agarró del brazo a David.

—Entra en casa, hombre —dijo Martin.

—No.

—Estás helado y chorreando, y no llevas más que esa camisa. Si no entras, te pondrás enfermo.

—Bueno. Me moriré. Ya es hora.

—No te morirás, sino que te pondrás muy enfermo, y tus amigos, que tienen otras cosas que hacer, se verán obligados a cuidarte.

—No tienen por qué hacerlo. ¿Quién se lo ha pedido?

Martin le quitó la botella de la mano.

—¿Todo esto te has bebido?

—Puedes apostar el pescuezo.

—¿Estaba llena?

—Puedes apostar el pescuezo.

—Tú no querrás que yo caiga enfermo, ¿verdad, David?

—Oh, no, ni hablar. Tú eres amigo mío, Martin. Claro que también podrías ser un hijoputa de la SS que se hiciera pasar por un pastor amante de los judíos.

—¡Basta, David! ¡Estás borracho y no sabes lo que dices, puñeta! Ahora mismo entras en casa conmigo.

En la botella quedaba un trago de *whisky*, y cuando David la levantaba Martin se la arrancó de la mano y la arrojó a la nieve.

—¡Basta ya!

—Me has gritado —gimió David.

—¡Pues claro que te he gritado!

—Quiero hablar con Millie. Ella no me odia.

Martin condujo a David a la casa y entraron en la cocina, donde Millie había puesto a funcionar una cafetera grande. Hacía frío en la cocina. Millie llevaba una bata encima del camisón.

—¿Cómo está? —preguntó a Martin.

—Como una cuba. Se ha bebido casi un litro de *whisky*.

—Puede morirse.

—Tiene la resistencia de un caballo. Está chorreando. Mientras tú empiezas a darle café, yo traeré una camisa seca y un jersey.

David ahogó un quejido.

—¡Llévalo al cuarto de baño! —gritó Millie.

Martin le sostenía mientras él vomitaba en la taza del retrete. Los dos estaban delgados, pero David era más alto y pesado, y Martin apenas podía sujetarle para que no se desplomara sobre la taza. Después le limpió con una toalla húmeda y lo llevó otra vez a la cocina.

—¿Lo has hecho bien cargado? —preguntó a su mujer.

—Tú dirás.

—Pues hay que echárselo dentro.

—Me parece que en estos casos también hay que pasearlos. Al fin y al cabo, el alcohol es un veneno.

—Exactamente.

Estuvieron paseándole y dándole café, y cuando entraba en la cocina la primera

luz del amanecer, rabí Hartman estaba mareado, cansado, con los ojos irritados y medianamente sereno, lo suficiente como para sentirse avergonzado, afligido y culpable.

—Uno hace estas cosas a las personas más queridas —murmuró. —Y ahora, para acabar de arreglarlo, tengo que pedirlos que me lleváis a casa en coche.

—Hay más de un palmo de nieve ahí fuera —dijo Millie. —Además, tienes que echar algo sólido al estómago. Te prepararé huevos y tostadas. Hace años que los chicos se fueron de casa y será grato tener a alguien infantil a quien cuidar.

—¡Millie! —gritó Martin.

—Tiene razón —dijo David. —Soy una calamidad.

—Tonterías. Has tenido que soportar un divorcio, que es una de las peores experiencias por las que pueda pasar una persona sensible. Y para ti, con la carga que llevas, tiene que ser aún peor. Pero no es el fin del mundo, ni es el fin de tu vida.

Millie puso el plato de huevos con tostadas delante de David.

—Anda, come, David. Y perdona lo que te dije antes.

—Tenías razón.

—No, no la tenía. Ahora come, haz el favor. Has tenido una noche horrible.

Sí, fue una noche horrible. Habían transcurrido más de cinco años y aún le amargaba su recuerdo. Nunca la olvidaría, y ni sus relaciones con Martin volverían a ser las de antes.

—No hace falta que pongas la vela en ese pequeño candelabro —susurró Martin. —Puedes dejarla en el suelo. Me parece que el padre Kelly exagera.

—¿Crees que en realidad podemos cambiar algo? —preguntó David. —Lucy siempre decía que no. Éste era nuestro eterno tema de discusión. Cuando ella y Millie publicaron aquel recetario de cocina, en una librería de Westport vi todo un escaparate lleno de ejemplares. Lucy dijo que, por lo menos, ella y Millie habían conseguido cambiar la forma de guisar de la gente... en cierta medida. ¿Y qué cambiamos nosotros?

—Es difícil la pregunta. En el Vietnam, los monjes budistas se rocían de gasolina, se sientan en el suelo con las piernas cruzadas y se prenden fuego. Imagino que la idea es que ese dolor tan atroz, ese horror tan grande y esa valentía tan extrema han de hacer que se escuche el ruego por la paz.

—Pero el ruego no se escucha y todo sigue igual.

—¿Podemos estar seguros, David? Aquí sentado con esta velita me siento un poco ridículo, pero luego me acuerdo de la canción que dice que es mejor encender aunque no sea más que una vela que permanecer a oscuras maldiciendo las tinieblas. De todos modos, es nuestra única opción, ¿no crees?

—Sí; nuestra única opción.

A raíz del divorcio de David, hubo muchas habladurías en la congregación y no faltaron los que llegaron a decir que debería renunciar; pero no hubo consecuencias.

Había en la congregación una minoría que se habría alegrado de librarse de rabí Hartman, pero no hicieron nada para ello. *El libro de sermones*, editado primeramente en traducción alemana con el título de *El extraño*, se había vendido bastante bien en Alemania. Después fue traducido al holandés y, posteriormente, a las lenguas escandinavas. Su publicación en Inglaterra tuvo lugar un año aproximadamente después de que apareciera en Alemania, y al cabo de otro año, un editor americano se interesó también por el libro. Por aquella época, David se enteró de la muerte de Herman Strauss, y puso a la edición americana el título de *Dos cucharillas de plata* y un prólogo en el que narraba su encuentro. Aunque el libro no estaba destinado a ser de los que hacen furor, se esperaba que tuviera una buena acogida, y entre los derechos de autor de las ediciones europeas y el anticipo del editor americano, David se encontró con unos ingresos considerables y, por primera vez en su vida, se vio libre de estrecheces.

Fue una suerte, porque Lucy había decidido que ningún lugar como Leighton Ridge para que sus hijos pasaran las vacaciones de verano.

Tuvo la sensación de que era la primera vez que los veía. Durante los siete meses que había estado sin verlos, habían experimentado un cambio que hacía que ahora le parecieran dos extraños. El chico se había convertido en un joven tímido, pero la transformación de Sarah parecía un auténtico milagro. La inflorescencia de la pubertad había hecho del patito feo una muchacha preciosa. David había alquilado una cabaña a orillas del lago Cobbosseeconte, en Maine.

Fue un mes maravilloso. Al principio, los chicos estaban un poco tercos y reservados, pero, poco a poco, los tres volvieron a compenetrarse. Poseían una canoa y un viejo esquife, y tenían también un rincón del lago, de aguas someras y deliciosamente cálidas. Había islas diseminadas alrededor del lago, y las exploraban para hacer sus picnics en las mejores. Encendían hogueras por la noche y asaban maíz y salchichas.

Pero ¿por qué nunca se le ocurrió tomarse unas vacaciones como éstas con Lucy?

Y las preguntas eran siempre las mismas, las mismas preguntas que se hacían a todas las parejas de la congregación que se divorciaban, se las repetían a él sus hijos.

—¿Por qué habéis dejado de quererlos tú y mamá?

—No hemos dejado de quererlos.

—Entonces, ¿por qué no vivimos todos juntos?

—¿Por qué no podemos vivir todos en Leighton Ridge?

—¿Qué va a ser de nosotros?

Sarah tenía miedo a los aviones.

—Se caerá y nos mataremos todos.

No les gustaba California. Al terminar el verano, le miraban con ojos llorosos, suplicando que no les obligara a marcharse.

Una ráfaga de viento que sopló por la profunda garganta de la Quinta Avenida

hizo chisporrotear las velas. La de David se apagó. El padre Kelly se inclinó para volver a encenderla.

—¿Por qué hacemos lo que hacemos, rabino? —le preguntó Kelly. —¿Por qué nos sentamos en la Quinta Avenida, para suplicar a los que gobiernan el mundo que tengan un poco de compasión por sus semejantes?

—Supongo que lo hacemos para poder dormir tranquilos.

—¿Duermen tranquilos los Johnsons y los Kissingers?

—Seguramente —dijo David.

—Entonces, ¿en qué quedamos? —preguntó jovialmente el padre Kelly. —¿Qué queda de su razonamiento?

—Lo mismo que de cualquier razonamiento, sin duda.

—Yo diría que estamos aquí porque ansiamos desesperadamente creer en Dios —dijo rabí Sager—, y nuestra ingenua actitud es que si prescindimos de la compasión, de la indignación y de la oración, ¿quién va a poder dar testimonio de que alguna vez hubo o pudo haber un Dios? Seguramente, eso era lo que movía a su san Francisco. Nosotros queremos ante todo que Dios se fije en nosotros. Estando en Jerusalén, vi como estallaba una bomba entre un grupo de mujeres y niños. Nunca lo olvidaré, pero nosotros estamos arrojando en Vietnam una bomba muy grande cada minuto de cada hora de cada día.

Philip Simpson, el pastor metodista, dijo:

—El caso es que en mi congregación hay personas buenas y honradas, que aman a sus hijos, que leen libros, personas educadas y decentes, que no se paran a pensar en estas cosas y apoyan al Gobierno incondicionalmente.

—¿Y qué hacíamos nosotros veinte, cuarenta, cincuenta años atrás? —preguntó Martin. —Cuando Mark Twain arremetía contra la hipocresía y la iniquidad de la guerra de Cuba, ¿hubo en todo el país un solo sacerdote que le apoyara desde el púlpito? Y cuando, en mil novecientos dieciocho, los objetores de conciencia fueron a la cárcel, los púlpitos estaban tan callados como la noche. ¿Y dónde estaban las voces de los púlpitos cuando seis millones de judíos fueron sacrificados en los mataderos de Hitler? Si estamos sirviendo a Dios, lo hacemos mal, muy mal.

—Todas las cosas han tener su comienzo —dijo el padre Kelly suavemente. —Tal vez éste sea el comienzo.

Nadie respondió a esto y permanecieron en silencio durante otra media hora.

Un policía de uniforme pasó entre ellos, mirándolos con curiosidad, y a lo lejos, una voz de mujer, clara como una campana, entonó una vieja canción irlandesa: *I laid my boy away today, with a bullet in his chest* («Hoy enterré a mi chico, con una bala en el pecho»).

Circulaban equipos de televisión, cámara al hombro, y se oyó a una mujer que, con voz profunda, decía ante un micrófono:

—Hacemos lo que debemos. Sería mejor que se hiciera en Washington, pero, como allí no se hace nada, tenemos que intentarlo nosotros.

David dobló el cuello para verla. Era alta y delgada, con el pelo rubio y corto. Sin saber por qué, le recordó a Sarah Comstock. El recuerdo le estremeció y le hizo sentir un deseo casi irresistible de estar con una mujer, de enamorarse, de mirarla con pasión, de tenerla en los brazos.

Sólo le había ocurrido aquello otra vez, el tercer verano que llevó a sus hijos al lago de Maine. Ella trabajaba de camarera en un hotel situado en una ensenada del lago. Era muy joven, estaba en primero en «Smith College». Resultaba encantadora: no muy alta, robusta, con los ojos pardos, el pelo negro y la piel tostada por el sol. No era una belleza, pero respiraba salud y sinceridad. Se parecía a la Lucy que David conociera en Nueva York, y se llamaba Patience Street. Se encontraron mientras navegaban: la canoa de ella quedó al lado de la que ocupaban David y sus hijos. Puesto que sólo trabajaba en el turno de noche, disponía de tiempo libre para salir a nadar, a pescar y almorzar con ellos. Se quedó prendada de Aaron y Sarah y, probablemente, también de David. Una noche, mientras los chicos dormían, la muchacha del pelo negro y ojos brillantes, se acostó con David y, después de hacer el amor, le susurró al oído:

—David, cástate conmigo y te querré toda la vida.

—Creo que yo también podría quererte toda la vida —respondió él en voz baja—; pero tengo cuarenta y seis años y tú, veintiuno. Yo soy un judío viejo, cansado y torturado, y tú, la esencia de la alegría, la vitalidad y la juventud. Tú estás llena de ilusiones y a mí no me queda ninguna.

—Además, estás loco de remate —dijo ella. —Eres fuerte, vigoroso y haces el amor mejor que esos chicos estúpidos que te parchean torpemente, quiero a tus hijos y creo que eres el hombre más maravilloso que he conocido, y nos llevamos bien en la cama. ¡A que sí!

Pero, a la fría luz del día, se entibió el afán de matrimonio de Patience Street, y cuando David se despidió de ella al abandonar el lago sabía que no volverían a verse.

Se lo contó a Della Klein, sencillamente, porque tenía que decírselo a alguien, pero Della le brindó un flaco consuelo.

—Siempre escapando, ¿eh, David? —dijo. —Huyes de la vida y, cuando encuentras un poco de dicha, te sientes culpable.

Unos días después de la protesta nocturna a la luz de las velas, que por cierto se terminó con un fuerte aguacero, David fue a cenar a casa de Della.

—Ésas son las cosas que me gustaría hacer y no puedo —dijo Della. —Seguramente, tengo miedo. Siempre me pregunto si va a servir de algo. Sin duda, para tranquilizar mi conciencia.

—Eso es lo que nos preguntamos todos. ¿Va a servir de algo?

—¿Y os quedasteis allí aguantando la lluvia?

—Un rato. Pero llega un momento en el que la perseverancia deja de ser admirable y se convierte en ridícula...



—Exacto.

—Y es una sensación con la que estoy muy familiarizado.

—Tú nunca estás ridículo, David.

—Muy amable.

Cenaban solos en casa de Della. Ésta conservó la gran casa después de la muerte de Mel, más que nada por inercia, como decía ella, pero también porque amaba profundamente el viejo caserón, en el que se sentía segura. Era todavía una mujer hermosa que conservaba su buena figura y su sentido del humor. Su hijo había convertido la pequeña industria de confección de su padre en una empresa de ámbito nacional, pero Della no sentía ni el menor deseo de intervenir en el negocio. Cuidaba su jardín, leía y trabajaba en la sinagoga.

—Eres muy amable —dijo David. —Pero yo me siento ridículo con mucha frecuencia. He hablado de ello con Martin y él comparte este sentimiento..., el de una persona que se sitúa en una posición absolutamente insostenible. Imagina, tener la desfachatez de creer que puedes hablar en el nombre de Dios.

—Yo nunca lo he enfocado desde ese punto de vista —admitió Della. Habían terminado de cenar. —Ha refrescado, y he encendido la chimenea de la sala. ¿Nos sentamos ante el fuego, David? Voy a hacer cuanto pueda para seducirte sin que te sientas ridículo.

—No tendrás que esforzarte mucho. ¿Sabes que un día, en un momento de mal humor, Lucy me acusó de estar enamorado de ti?

—¿Y no había ni ápice de verdad en la acusación?

—Algo había. Eres una mujer muy seductora. No es pecado estar enamorado de ti.

Se habían sentado en el sofá, delante de la chimenea, y Della le preguntó, mientras servía el café:

—David, por el amor de Dios, ¿por qué tienes siempre que andar a vueltas con la idea del pecado? Sólo existe un pecado: hacer daño al prójimo. Lo demás son monsergas. Yo no soy una niña, pero sigo siendo una mujer, y desde que murió Mel no he sentido la mano de un hombre. —Bruscamente, se echó a llorar. David la abrazó. —Oh, esto es una estupidez. —Él le acarició la cara y la besó, y en ella estalló la pasión. De pronto, se apartó ligeramente y dijo—: Dios mío, David, estamos arrullándonos en un sofá como dos crios.

—Ya lo sé.

—Arriba hay una cama de verdad.

—Me siento espantosamente ridículo.

—Oh, calla, David.

Entonces subieron a la habitación.

Tanto David como Della sentían la violenta acometida del deseo. Ninguno de los dos había conocido antes aquella embriaguez. Para David, el cuerpo de ella era como un tarro de miel en el que él se sumergía. Era una mujer de suaves curvas, hombros,

pechos y caderas redondeados, que se le entregaba, le acogía y le acariciaba como nunca le habían acariciado y le besaba como nunca le habían besado. Y él le devolvía sus besos y sus caricias recorriendo todo su cuerpo, como si nunca hubiera tenido entre los brazos el cuerpo desnudo de una mujer.

Después, tendidos en la cama el uno al lado del otro, David dijo:

—Nunca me ocurrió eso con Lucy.

—¿Qué es lo que nunca ocurrió, David? Tuvisteis dos hijos.

—No era eso.

—¿Qué era, entonces?

—No lo sé.

—¿Estás contento?

—Más de lo que puedas imaginar. —Él contemplaba su hermoso cuerpo de anchas caderas y senos suntuosos.

—No más de lo que yo pueda imaginar, rabí. Tengo una amiga católica que me dice lo emocionante que es acostarse con el cura...

—No. Bromeas.

—David, eres la criatura más inocente que he conocido. Cuenta, ¿soy yo la primera mujer de la congregación con la que te has acostado?

—Naturalmente.

—¡Madre de Dios! Perdona, es una regresión. Y es que sólo soy medio judía. Mi madre era judía y mi padre, marinero, un vagabundo de Liverpool que se marchó de casa cuando yo tenía dos años. Conocí a Mel a los dieciséis años. Él se enamoró de mí y cuidó de nosotras hasta que murió mi madre. Yo me convertí al judaísmo con todas las de la ley. Me instruí en la doctrina, aunque no tenía necesidad de hacerlo, porque mamá era judía; pero pasé seis años en un orfanato católico en el que ella tuvo que dejarme. No voy a aburrirte con detalles, pero ésa es la razón por la que a veces me siento a caballo entre las dos religiones. ¿Por qué te decía esto?

—Me he perdido.

—Sí. Ninguna otra de la congregación. Increíble.

—¿Es cierto eso de que eres medio judía? —preguntó David.

—Sí, ¿por qué no? Mel no quería que se supiera, y yo me lo callé. Adoraba a Mel. ¿Y crees tú que Martin Carter nunca tuvo sus devaneos? Pues los tuvo, ya lo creo.

—Eso no puedo admitirlo. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó la dama en cuestión.

Él se levantó y empezó a vestirse.

—¿Es que te vas a tu casa?

—Podría comprometerte.

—¿A mí? Oh, David, eres maravilloso. Es más de medianoche y empieza a llover. Anda, vuelve a la cama.

En realidad, en aquel momento, él no deseaba más que volver a aquella cama muelle y caliente y abrazar el amplio busto de aquella mujer extraordinaria. Pero dijo

que *Mrs. Holtzman*, que dormía en el que había sido el cuarto de Sarah, le echaría de menos por la mañana.

—Oh, no. Quieres tomarme el pelo.

—No.

Ella se ahogaba de risa y David, en calzoncillos y con los pantalones en la mano, la encontraba irresistible. Nunca había conocido a una persona como ella, y no sabía a ciencia cierta si aquellas convulsiones de regocijo las había provocado la estampa del rabino de Leighton Ridge en ropa interior y con las piernas al aire o su compungida mención de *Mrs. Holtzman*. Sin pararse a averiguarlo, tiró los pantalones al suelo y se lanzó sobre la cama, aprisionándola en un abrazo de oso que la dejó sin respiración.

—David, David —suplicó ella.

—Perdona. Oh, lo siento.

Ella le apartó y le tomó un brazo contemplando con admiración sus músculos largos y lisos.

—Estás en muy buena forma para ser un hombre que lleva sobre sus hombros todo el peso del mundo. ¿Cuántos años tienes, David? ¿Cincuenta?

—Casi. Cuarenta y nueve.

—La mejor edad para mi hombre. Yo podría ser tu madre.

—Difícilmente. Vas a cumplir cincuenta y dos en enero.

—¿Y cómo estás tan enterado?

—Soy tu rabino, mi adorada Della.

—Ah, claro. Es verdad. Tienes casi cincuenta años, llevas varios años divorciado y te asusta pensar que *Mrs. Holtzman* descubra que has pasado la noche fuera de casa.

—Bueno, dicho así...

—¿Y cómo quieres que lo diga, David? ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que eres una persona extraordinaria?

—Nunca —respondió él con firmeza.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento. ¿No sabes que entre aquí y Westport hay por lo menos una docena de mujeres que suspiran por ver a sus hijas unidas a ti con el lazo sagrado del matrimonio?

—No, no lo creo. Lo que yo creo es que a ti te gusta inventar estas cosas. —Extendió el brazo para tocar su seno redondo y aquel pelo lacio que ella llevaba todavía cortado estilo paje como cuando él la conoció, hacía veinte años.

—Veinte años, ¿verdad?

—O un poco más —dijo ella sonriendo. —Recuerdo el día en que tú y Lucy llegasteis a Leighton Ridge y todos cenamos en casa de Jack Osner. Me pareciste muy guapo. Yo siempre tuve celos de su mujer, con su «dos metros» de estatura y aquellos pómulos tan fotogénicos. A su lado siempre me sentí como un fardo. Por cierto, van a hacerle Secretario de Estado. Lo dicen las cartas.

—Nadie podría considerarte un fardo. Eres exquisita.

—¿La estampa de la madre Tierra?

—Aún sigues riéndote de mí —protestó David. —Hace un par de horas hablábamos de lo ridículo que puede ser un rabino. ¿Aún te parezco ridículo?

—Eres una persona dulce y encantadora, y empiezo a estar locamente enamorada de ti. Pero no me parezco en nada a Shelly Osner.

—¿Por qué habías de parecerte a ella?

—Ni a Sarah Comstock, pobrecilla.

—¡Dios mío! ¿Cómo lo sabes? Fue hace años y años.

—Rabino, en un lugar como éste no puede haber secretos.

—No, supongo que no.

—Tienes una congregación que te quiere mucho.

—Algunos.

—La mayoría —dijo Della suavemente.

Permanecieron un rato en silencio, y David le tomó una mano, la contempló y le dio un beso en la palma.

—Eres muy gentil. Haces que me sienta como una muchacha.

—Y tú haces que yo me sienta vivo.

—Eso lo es casi todo, sentirse vivo. L'chaim, decimos nosotros.

—Casi todo. Eso... y el amor.

—He ido un par de veces a escuchar a Martin. Predica muy bien, aunque no tanto como tú, David. Pero es bueno, con esa reserva suya, un poco goyishe. Él dice que Dios es amor. ¿También tú lo crees así?

—Yo no sé lo que es Dios. Espero saberlo algún día. Pero todavía no lo sé.

—Quiero que vuelvas a amarme. ¿Te parece indecente en dos personas de nuestra edad?

David soltó una carcajada.

—No recuerdo haberte oído reír hasta ahora —dijo Della. —Pero basta de risas. No se hace el amor como es debido riendo.

—Probaremos —dijo él sin dejar de reír.

Después, Della dijo de pronto:

—Necesito un cigarrillo. Me apetece. Hace meses que no fumo, pero después del amor es imprescindible. —Mientras hablaba, revolvía en el cajón de la mesita de noche. —Aquí están. Quedan cuatro. —Tenía en la mano un paquete aplastado. —¿Quieres uno, David?

—No he fumado nunca.

Ella encendió el cigarrillo, inhalando profundamente.

—Ah... muy bueno. Ahora, David, no te escabullas tratando de simular que aquí no ha pasado nada.

—No es probable.

—¡Oh, qué palabras tan románticas! No es probable.

—Son románticas para mí, Della. Yo quería a Mel y te quería a ti. Eso duró muchos años. Lo de esta noche ha sido mejor de lo que yo podría expresar con palabras. No creas que voy a escabullirme. Por otro lado...

—Vamos a dejar ese otro lado por el momento.

—Está bien. A propósito, Lucy viene a verme la semana próxima.

—¡Qué!

—No ocurre nada. Vuelve a casarse. Quiere llevarse varias cosas que hay en casa, cosas de sus padres. También quedan algunos trámites...

—¿Por qué no te ha pedido que vayas tú a California?

—Lo hizo, pero yo no quise ir. Me pareció que ella deseaba tener un prefecto para venir. Tiene aquí buenos amigos.

Della alargó el brazo y apagó la luz de la mesita de noche. A través de las cortinas, se filtraba un poco de claridad.

—Ya es de día, David. —Ella saltó de la cama y descorrió las cortinas. —Hace una mañana espléndida.

David se acercó a la ventana. Había dejado de llover y el sol asomaba por encima de unas nubes translúcidas y alargadas. La lluvia había arrancado a arces y robles sus hojas de otoño, alfombrando el césped de rojo y oro.

—¿Qué sientes? —le preguntó Della.

—Remordimiento y satisfacción.

—Vamos a dar el desayuno a tu remordimiento. Luego, podemos ir a caminar un poco. Me gustaría, David.

—Como quieras.

—Nos verá la gente, pero que se vayan a hacer puñetas y que sus hijas se busquen un marido de su edad.

—Si toleran a un rabino divorciado, también tolerarán a un rabino que pasa la noche con mujeres casadas.

—Toleran a un rabino con muy poco seso, querrás decir. Yo no soy «mujeres casadas». Soy libre y singular. Soy viuda desde hace seis años.

Después del desayuno, salieron a un camino de tierra que discurría por detrás de la casa de Della. Lo bordeaban dos hileras de arces de un rojo encendido. Lo siguieron hasta un altozano desde el que se dominaba una gran extensión de prados. Hacia el Norte se divisaba el contorno desdibujado de las estribaciones de los montes Berkshire. El aire estaba límpido e impregnado de los olores de octubre, y las hojas doradas de un grupo de álamos blancos relucían como piedras preciosas.

—Es el lugar más hermoso de la tierra —dijo Della.

—Casi.

—¿Por qué casi?

—Durante la guerra, me llevaron a Casablanca en avión. Cuando dábamos la vuelta para aterrizar, miré abajo y vi una gran piscina. No sé qué era exactamente, ni quién la construyó, ni por qué. A mi lado iba un viejo y curtido coronel del Ejército.

«Ésa debe de ser la piscina más grande del mundo», le dije. Él me miró un momento y dijo: «No, hijo. Si acaso, la segunda. Porque, de todas las cosas, siempre hay, en alguna parte, otra mayor o mejor».

—Bonita historia, David. Digamos, pues, que éste es el segundo lugar más bonito de la tierra. Ahora contéstame a una cosa, David. ¿Por qué no has de poder decirme que Lucy viene a ver a vuestro hijo?

—El divorcio es una cosa muy complicada —dijo David, después de una pausa. —Y cuando se tiene a un hijo en la cárcel se complica todavía más.

La complejidad de la situación sorprendió incluso al propio David cuando Lucy le llamó a la semana siguiente.

—¿Cuándo llegas? —preguntó él.

—Ya he llegado. Estoy en casa de los Carter.

—¿Que estás dónde?

—En casa de los Carter. Millie fue a buscarme al aeropuerto. Me quedaré sólo tres días, un tiempo prudencial según la norma de Ben Franklin.

—Pero podías estar aquí. La habitación de Aaron está libre, y *Mrs. Holtzman* duerme en la casa.

—David, cariño, yo no necesito carabina. Sencillamente, me ha parecido mejor que no durmiéramos en la misma casa.

—Quizá tengas razón.

—¿Cuándo vamos a ver a Aaron?

—Pasado mañana. Yo te llevaré a Danbury, desde luego. Dime, ¿cómo está Sarah?

—Sana y hermosa. Hace dos semanas que va a la Universidad. Martin quiere que cenes aquí esta noche. Vendrás, ¿verdad, David?

David accedió civilizadamente. Los divorcios eran ahora muy civilizados. Él era civilizado. Martin y Millie eran civilizados. Lucy y Della eran civilizadas. Sin embargo, él se sentía vacío, terriblemente vacío. ¿Qué sacaba en limpio de todo ello? La casita que la congregación construyera para su rabino era el lugar más frío y solitario del mundo. ¿Y su esposa? Porque él aún la llamaba su esposa. Ella se había marchado y él comprendía que nunca podría volver.

Le parecía que hacía apenas un momento que él había entrado en aquella cantina de las Fuerzas Auxiliares Femeninas en Broadway y ella le decía, saludándole con aquella sonrisa suya: «Bien venido, soldado, bueno, oficial. Hay un club de oficiales en la Calle 44, donde estará más a gusto».

»—Yo no quiero café ni bollos. La estaba mirando desde la calle. Quiero su nombre, dirección y número de teléfono, y también quiero que salgamos juntos.

»—¿Está loco, capitán?

»—Tal vez.

»—¿Y qué es eso? —Señalaba la Estrella de David que llevaba en el blusón.

»—Soy rabino.

»—No habla en serio. ¿Y toda esa ensalada? —Eran las tres hileras de condecoraciones.

¿Se acordaba ella? Trató de recordar lo que contestó él. Aquel día no era él; habitualmente, era un muchacho inseguro y tímido, y mientras la miraba desde la calle estuvo ensayando lo que le diría. ¿Se equivocaba al recordar aquellos primeros tiempos como una época muy feliz? Veinte años no eran mucho tiempo y, sin embargo, el mundo y las actitudes de entonces se habían ido para siempre.

David trataba de dominar la expectación. Al fin y al cabo, ahora había encontrado a otra mujer, una mujer que le quería, y en aquella única noche pasada con Della había conocido una satisfacción sexual completamente nueva. No culpaba a nadie más que a sí mismo por no haberla experimentado con Lucy, pero, responsable o no, tenía otras posibilidades de ser feliz que no dependía de Lucy.

De todos modos, pese a todos sus razonamientos, le impresionó el aspecto juvenil de Lucy. No la había visto desde que ella se marchó a California por segunda vez. Entonces era un mujer amargada y torturada, y él no esperaba encontrarla ahora tan rejuvenecida. Ella le abrazó y le besó sin exteriorizar la menor violencia ni reserva y le dijo efusivamente:

—Me alegro mucho de verte, David. Estás estupendamente.

—Tú sí que estás estupendamente —dijo él. —A mí se me está cayendo el pelo, y el que me queda está casi gris. Por ti no pasa el tiempo.

—No creas que he hecho un pacto con el diablo. Trabajo mucho, pero me gusta lo que hago, aunque no creo que tú lo apruebes —dijo hablando muy de prisa. —Soy agente teatral, representante de artistas. Bob Greene, el hombre con quien voy a casarme, es dueño de la agencia. Está divorciado.

Lo dijo casi sin respirar. Martin miraba atentamente a David y a Lucy, y asintió ligeramente cuando David respondió:

—Claro que lo apruebo. ¿Por qué no? Me parece espléndido que te hayas encontrado a ti misma.

—Bueno, eso suena un poco ampuloso. No puedo decir que me haya encontrado a mí misma..., en el sentido en que Martin y tú usáis esa expresión. Ni he satisfecho una vocación ni he dado un sentido esotérico a mi vida. Lo único que puedo decir es que gano mucho dinero, más del que nunca pude soñar, doy trabajo a muchas personas y procuro que les paguen bien quienes tienen posibilidad de hacerlo, y estoy contenta por haber encontrado a un hombre con el que me siento a gusto.

—Estás contenta y eso es lo principal —dijo David.

Mientras cenaban, Lucy les dijo que pensaba vivir en Beverly Hills. Ya tenía un apartamento allí, pero cuando se casaran buscarían casa. Beverly Hills era un lugar de ensueño. Ellos se sintieron un poco disminuidos.

—Aquí nada ha cambiado —dijo David.

—Yo no diría tanto —terció Martin. —David está haciéndose famoso.

—¡Martin!

—Bueno. No tan famoso como algunos, pero más que otros. Su libro es un auténtico fenómeno, no deja de venderse, y a David le invitan a hablar aquí y allá. Aunque te cueste creerlo, el *New York Times* publicó un artículo hablando del rabino de Leighton Ridge. Fue prácticamente la primera vez que salimos a la luz pública desde que se libró la Batalla de Leighton Ridge, en mil setecientos setenta y ocho...

—En realidad —dijo David, interrumpiéndole—, de Leighton Ridge están saliendo más cosas que los discursos de un rabino rancio. El *New Yorker* envió a Eddie Frome a Vietnam, y él escribió unas crónicas brillantes, y Mike Benton ha estrenado una obra en Broadway que es un gran éxito. Todo el mundo dice que es el candidato número uno para el premio Pulitzer.

—Ya sé lo de la obra de Mike. Bob es agente suyo en la Costa Oeste —dijo Lucy. —Pero que se olvide del Pulitzer. No darán ni papel carbón usado a un exrojo.

—Pues tal vez se lo concedan a Freddie Sims —dijo Millie. —Está en nuestra congregación y su obra lleva catorce semanas en Broadway.

—Estamos poniéndonos muy tontos —dijo Martin. —En lugar de animar a Lucy a que nos cuente cosas de ese mundo fascinante del que ahora forma parte, tratamos de competir como crios. A mí, personalmente, me gustaría saber en qué consiste su trabajo. No tengo más que una vaga idea de lo que hace un agente teatral.

David, con gran alivio, escuchó las explicaciones de Lucy acerca de cómo buscaba trabajo para los artistas, de los miles de artistas que pasaban hambre, de las grandes sumas que se pagaban a las estrellas y de las comisiones que cobraban los agentes. Mientras hablaba de la nueva vida que había elegido, Lucy estaba chispeante de animación, y David, tal vez por primera vez en su vida, era capaz de observarla con objetividad. En aquel momento, sin que él lo notara siquiera, se rompían los últimos lazos que los unían. Era realmente una mujer inteligente, atractiva y simpática, pero él no sentía ya el menor deseo de volver a ser su marido.

Después, mientras Millie acompañó a Lucy al piso de arriba para preparar su habitación, o para dar a Martin la oportunidad de quedarse a solas con David, los dos hombres se sentaron en el pequeño estudio de Martin con el coñac. Martin encendió la pipa y observó a David con curiosidad.

—Nunca dejas de sorprenderme —dijo Martin.

—¿Qué esperabas?

—Estaba preocupado. David, es una mujer extraordinaria.

—En todas partes encuentro a mujeres extraordinarias, por suerte o por desgracia para mí.

—Consérvala como amiga. Nosotros tenemos el inconveniente de relacionarnos con muy pocas personas. Por lo que ella ha dicho, parece que tu hija piensa quedarse en California.

—Está sólo a unas horas de avión.

—Ella y Millie se aprecian mucho. A mi mujer le cuesta hacer amigos, David.

—Todo el mundo sufre por falta de amigos. A veces me pregunto qué ocurría



cuando se tardaban dos días en ir de Leighton Ridge a Danbury.

—Lo mismo que ahora. Aunque quién sabe. ¿Cómo está Aaron? ¿Cómo se adapta a la cárcel?

—¿Puede alguien adaptarse a la cárcel? —preguntó David. —Aaron es un muchacho interesante, lo que equivale a decir que es un muchacho extraño. No hay cólera en él. Dice que la cárcel le parece una experiencia valiosa. Yo creo que para mí sería una experiencia terrible y funesta. Pero a veces me parece que, de todas las personas a las que tratamos en nuestra vida, nuestros hijos son las que menos llegamos a conocer.

—Y los padres son las que peor conocen ellos.

—Eso también.

Entraron Lucy y Millie, y Lucy miró la habitación con agrado.

—Lo que no sobra en la Costa es el buen gusto. Allí no podríais encontrar una habitación como ésta: ni alfombras anudadas a mano, ni suelos de madera, ni muebles del siglo XVIII.

—Vamos —dijo Martin—, yo he visto habitaciones como ésta en más de cien películas. Tampoco tenéis temperaturas de muchos grados bajo cero, ni nieve, ni cañerías heladas.

—Y yo, con mi preocupación por Aaron, ni he preguntado por Ellie y Joe. ¿Se casó Ellie con aquel médico?

—No, aquello se acabó. Y Joe está bastante contento —dijo Martin. —Trabaja de carpintero en Toronto, conoció a una muchacha que le gusta...

—Pero ¿no podrá volver? Quiero decir, cuando haya pasado esta pesadilla.

—Esto nunca pasará —dijo Millie con resignación.

—Nosotros lo educamos como a un cristiano —dijo Martin. —Le enseñamos a comprender y a vivir según las enseñanzas de Cristo, a no usar de la violencia con sus semejantes. Mis antepasados llegaron aquí hace más de trescientos años, huyendo de un Gobierno cruel y obcecado que les parecía intolerable. Él hizo la misma elección, y yo tengo que respetarla.

—Pero ésta es nuestra tierra —protestó Millie. —La familia de mi padre ha vivido en Connecticut durante muchas generaciones.

—Y, sin embargo, seguimos siendo unos extraños... lo mismo que David y Lucy. Es nuestra desgracia, o nuestra suerte.

—Yo podría prescindir de esa suerte —dijo Millie.

—Algún día volverá —dijo Martin. —Todo cambia y esto también ha de cambiar. Lo terrible es que miles de los muchachos que están enviando al Vietnam no volverán..., si no es en sacos precintados.

Dos días después, mientras iban en el coche camino de la prisión de Danbury, Lucy preguntó a David:

—¿Estás de acuerdo con Martin? ¿A ti te parece bien que su hijo se fuera al

Canadá? Aaron no tendría por qué estar en la cárcel. Hubiera podido marcharse al Canadá.

Hacía diez minutos que viajaban en silencio. David, sin pensar en nada, se deleitaba con el paisaje otoñal de Connecticut. Por más veces que hubiera presenciado el milagro, aquel súbito cambio del verde a una orgía de dorados, rojos, ocres y bronces, no podía mirarlo con la indiferencia nacida de la costumbre. Siempre le parecía nuevo, inesperado, increíble. Por ello, en lugar de contestar a Lucy, dijo:

—¿No echas de menos esto? Yo creo que no podría estar años sin verlo.

—¿El qué?

—Este colorido.

—¿Has oído una sola palabra de lo que te decía? Decía que Aaron no tenía por qué haber ido a la cárcel. Hubiera podido marcharse a Vancouver, en la costa del Pacífico. Allí hay cientos de prófugos americanos.

—Yo no le dije lo que tenía que hacer, Lucy. Él obró según su propio criterio.

—¿Alguna vez le has dicho algo? —preguntó ella con irritación.

—Dentro de un rato vamos a verle. Mientras, ¿por qué no te relajas y disfrutas del paisaje? Estoy seguro de que hace años que no has visto los colores del otoño.

—Eres fantástico, David. Absolutamente fantástico. Vamos camino de la cárcel de Danbury, a ver a mi hijo que está encerrado allí como un delincuente común, y tú no piensas más que en los dichosos colores del otoño. Yo no puedo arrancarme de la cabeza la idea de que nunca le soltarán. Pueden tenerlo encerrado para siempre.

—No pueden. Estás dejándote dominar por el miedo. Éste aún es un país de derecho, por lo menos dentro de nuestras fronteras, y dentro de ocho meses saldrá de la cárcel y empezará un programa de trabajo.

—Sí, trabajos forzados, seguramente.

—Seguramente, le pondrán en el hospital de Danbury, donde tendrá que hacer lo que le manden. Lo importante es, creo yo, que cuando entremos a verle no le atosiguemos con nuestros propios problemas. Ya tiene bastante con los suyos.

—No es eso lo que yo pensaba hacer.

—Ya lo sé.

—Pero si se hubiera marchado al Canadá...

—Lucy, Aaron no quería ir al Canadá ni colgarse una etiqueta de pacifista. Sencillamente, opina que la guerra del Vietnam es injusta y contraria a todos los principios en los que él cree. Forzosamente tenían que enviarlo a la cárcel. Yo personalmente hubiera hecho y dicho cualquier cosa con tal de librarle de aquella carnicería. Eso ya lo sabes.

—Sí.

—Se alegrará mucho de verte.

—Lo sé. —Se arrimó a él y apoyó la cabeza en su hombro. —Estoy cansada, David, muy cansada. Me ha ido bien el no verte. Durante estos cinco años, había podido olvidar muchas cosas, cómo eres, lo que era nuestra vida aquí. Pero, desde

que te he visto, todo se ha complicado. No puedo ser tu mujer, no puedo..., aunque te quiero como una condenada. No me es posible vivir aquí. Esto me ahoga, a pesar de esos colores que a ti te encantan. Me siento enterrada en vida. Todo es tan estrecho. Bob y yo tenemos una casita en Malibú. Cuando regresamos a Los Angeles, a cinco minutos de la casa, entramos en Malibú Canyon, rodeado de unas montañas enormes... No, no es eso. No es el paisaje. ¡Qué estupidez! Es la forma en que tú y Martin miráis el mundo, como si fuera vuestra responsabilidad personal. Y no es responsabilidad vuestra. Ni vuestra ni de nadie. ¿Quieres saber lo que es el mundo? Yo te lo explicaré. El mundo es un montón de mierda. El mundo es un conglomerado de idiotas que se dejan gobernar por un maníaco como Lyndon B. Johnson y que periódicamente salen a matarse unos a otros. ¿Sabes cómo llaman a la gente del cine? Los shit-kickers, chuta-mierda. Y éstos son los que pueblan el mundo, los chuta-mierda y los tarugos. Nadie puede remediarlo. Ni tú ni Martin podréis cambiar nada, y andáis dando traspiés por la vida con vuestra fe puesta en un Dios que no existe y lo que estáis perdiendo es la misma vida... —Se le ahogó la voz y rompió a llorar. —Yo te quiero —dijo. —Siempre te he querido, y no se puede hacer nada. —Ella gimió. —Llegaremos tarde.

—La visita termina a las tres y no son más que las nueve y media. Vamos, mujer. Te has dejado vencer por la emoción y es natural. Hacía años que no nos veíamos. Llevas varios años fuera de Leighton Ridge.

—David, ¿por qué no te pones furioso conmigo? ¿Por qué no me dices que soy una pécora?

—Porque no lo eres... y porque te quiero.

—Oh, David —sollozó. —Tú me quieres, ¿verdad? Y yo te quiero, y no sirve de nada, ¿verdad?

—Sirve de lo que tú quieras. No volveremos a vivir juntos, pero tenemos dos hijos, y eso nos une. Podemos querernos. Es mejor que odiarnos y que sernos indiferentes.

Ella sacó del bolso varios pañuelos de papel y se secó los ojos.

—¿Cómo tengo los ojos, David?

—Preciosos.

—Eres un encanto.

—No siempre. También puedo ponerme odioso.

—¿Tú?

—Algunas veces. ¿Cómo te sientes ahora?

—Mucho mejor. Tenía que desahogarme. Yo podría ir a la cárcel... créeme, si fuera necesario, podría... pero ver a tu hijo pasar por eso es mil veces peor. Y él no ha hecho nada. Sólo negarse a matar.

El guardián de la entrada de la prisión de Danbury inspeccionó el bolso de Lucy. Ella llevaba un cartucho de caramelos de menta.

—En su lugar, yo no intentaría dárselos —dijo el hombre.

—Ni se me había ocurrido.

Les sellaron el dorso de la mano con tinta simpática.

—Eso es para evitar que nos cambiemos de ropa con tipos desesperados como Aaron —dijo Lucy. —Me parece que sacan todas sus ideas de las películas. — Esperaban en el gran locutorio, ya muy concurrido de visitantes y prisioneros. Un guardián acompañó a Aaron: diecinueve años, larguirucho y tan parecido a su padre que Lucy dio un respingo. Hacía meses que no le veía, y esperaba encontrarse con un personaje vencido, cabizbajo y vestido con uniforme de presidiario; pero lo que tenía delante era un muchacho bronceado, con pantalón tejano y camisa de algodón azul. Él le dio un fuerte abrazo y, luego, inesperadamente, otro a David.

—Me alegro de veros a los dos —dijo. —Me alegro mucho. Mamá, estás muy guapa.

—Es muy guapa —dijo David.

—Sí, es cierto. —Los miraba inquisitivamente, y David comprendió que su hijo estaba desconcertado.

—Aaron, escucha —dijo David en voz baja—, tu madre y yo nos queremos. Siempre nos querremos. El que cada uno de nosotros tenga que vivir su vida, en el lugar que prefiera, no significa que no nos queramos. ¿Lo comprendes?

—No muy bien. —Les miró largamente. —Pero lo intentaré.

—Bien. Ahora hablemos de ti.

—¿Comes lo suficiente? —preguntó Lucy.

—Dan mucha comida, y es bastante buena. Nos tratan bien. La prisión está en la orilla del lago, y eso es una ventaja, Y podemos pasar mucho tiempo al aire libre. Hay varios chicos que están aquí por lo mismo que yo, de manera que tengo amigos y personas con quien hablar. Aquí envían también a los políticos descarriados, y hasta congresistas como J. Pamell Thomas, que fue presidente del Comité de Actividades Antinorteamericanas, han cumplido condenas aquí. De manera que esto está considerado como una prisión de primera clase para peces gordos. Aunque tampoco es un club de campo, desde luego, pero no está mal. No es como las que salen en las películas.

—Bueno, gracias a Dios —dijo Lucy. —Temí que fuera algo horrendo.

—Está bien. ¿Vuelves a California?

—Mañana.

—Me quedan ocho meses. Papá está aquí y a él le veo a menudo. ¿Volveré a verte a ti antes de que me suelten?

—Te lo prometo. Por lo menos, dos veces. Y, cuando salgas, vendrás a California.

—¿Y Sarah? ¿Cómo está?

—Muy bien. No la traje porque creí que esto sería mucho peor. La próxima vez vendrá conmigo.

—Cuando salga, tendré que hacer dos años de servicio. Creo que me enviarán al hospital de Danbury, pero supongo que podré conseguir el traslado a California. Ya lo

sé, papá —dijo a David—, pero tú y yo nos hemos visto a menudo y mamá y Sarah están a cinco mil kilómetros. ¿Aún piensas casarte con Bob Greene? —preguntó mirando a Lucy.

—Sí.

—Bueno, al veros aquí juntos y tan amigos... Habéis dicho que os queréis.

—No podemos vivir juntos —dijo Lucy. —Algún día comprenderás por qué.

—No lo entiendo —porfió él. —No entiendo nada. Yo sé que, si quisiera a una mujer, desearía vivir con ella.

—Supongamos que ella tuviera los dos pies firmemente plantados en las nubes —dijo David. —¿Cómo la harías bajar?

Los tres se echaron a reír. A David le hacía bien ver reír a Aaron. Luego hablaron de los estudios. Aaron sacó a relucir el tema.

—He terminado el primer curso en Yale. ¿Creéis que podré estudiar mientras cumplo con el servicio? ¿Y dónde? No estoy seguro de querer volver a Yale. Si estudiara Medicina, el trabajar en el hospital aún podría servirme de algo.

—¿Qué quieres ser?

—Me parece que ingeniero. No me seduce meterme con filosofías de ninguna especie. Quiero aprender a construir algo. Hay cantidad de médicos y abogados judíos, pero en Yale estuvo una mujer de Israel..., cazadores de cabeza los llaman, que quería reclutar ingenieros. Lo que más necesitan ahora en Israel son ingenieros industriales especializados en electrotecnia. Y no encontré ni un solo ingeniero electrotécnico judío en todos los Estados Unidos. Tal vez yo me iría a Israel si fuera capaz de construir allí algo que no pudiera hacer nadie más.

A las tres se terminaba la visita. Lucy se abrazó a Aaron. Él, tan alto como David y mucho más que su madre, la consolaba:

—Mamá, estaré muy bien, no me pasará nada. Bien mirado, esta cárcel es el lugar más seguro del mundo.

—Se acabó la hora de visita —anunciaba un guardián. —Las tres. Se acabó la hora de visita.

—Olvidaba deciros que estoy aprendiendo otra lengua —dijo Aaron. —Español.

—¿Por qué?

—Es la lengua de California. ¿Quién sabe dónde viviré?

Fuera, llorando otra vez, Lucy dijo:

—¿Cómo puede tomarlo tan a la ligera?

—Lucy, se reía porque nosotros estábamos con él y eso le hacía sentirse contento. Lucy, él es joven y fuerte y está lleno de proyectos para el futuro. Tiene vitalidad.

—Ya lo sé. —Estaban en el aparcamiento, al lado del coche de David. Unas nubes grandes y oscuras habían cubierto el alegre sol de aquella mañana. —Oh, David, creo que piensa ir a California, y entonces tú no tendrás a nadie a tu lado. Quiero decir, ¿por qué si no iba a aprender español?

—El francés es la segunda lengua que aprendió en la escuela y a Francia no irá. ¿Quién sabe a dónde querrá ir? Quizá vaya a Israel.

—Oh, no. David, tengo frío.

Él le rodeó los hombros con un brazo, mientras buscaba las llaves del coche.

—Vámonos de aquí. Odio esto. Es feo. —Pero, ya en el coche, Lucy añadió—: De todos modos, volveré. No he querido decir que no vaya a volver. David, eso de estudiar para ingeniero y marcharse a Israel. ¿Qué le hace ser tan judío?

—Es judío.

—No me refería a eso. Veo en él algo que ni en ti he visto nunca, y que no tiene nada que ver con lo que dice o hace. ¿Te acuerdas con qué cariño ponía las manos en la Torah durante la ceremonia de *Bar Mitzvah*? ¿Tiene novia? —preguntó súbitamente.

—Desde luego, una preciosidad de muchacha. Vive en New Haven. Pero, Lucy, por el amor de Dios, sólo tiene diecinueve años. No creo que tengan relaciones formales. Es sólo una amiga.

—¿Judía?

—No se me ha ocurrido preguntar.

—¡No se te ha ocurrido preguntar!

—Lucy, ¿qué puede importar eso?

—¿Tú eres rabino y me preguntas qué puede importar eso?

—Y tú eres una atea declarada.

—No trates de desconcertarme, David. Ser atea no tiene nada que ver con mi condición de judía. ¿Cómo se llama esa chica?

—Me parece... sí; Susan Andrews.

—Susan Andrews. ¿Y no sabes si es judía?

—Eso no importa. No sé de qué tienes miedo, pero voy a decirte algo sobre tu hijo. ¿Te acuerdas cuando, me parece que fue a los doce años, tuvo aquella urticaria tan fuerte, provocada por la hiedra venenosa? Vino a casa con la cara y los brazos hinchados y nos dio unas explicaciones un poco tontas sobre lo que había ocurrido.

—No creo que lo olvide nunca. Fue terrible.

—Lo que pasó realmente es que tres chicos, tres buenos mozos uno o dos años mayores que Aaron, empezaron a meterse con él, a llamarle judío asqueroso y asesino de Cristo... sí, aquí, en Leighton Ridge, donde tal cosa parece inconcebible. Y cuando él trató de defenderse, lo agarraron y lo tiraron sobre la hiedra venenosa. Un año después, cuando entró en la pubertad y se desarrolló, agarró a aquellos muchachos uno a uno y les dio una paliza.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo contó él?

—No, él nunca me ha hablado de aquello. Ocurrió poco antes de que os fuerais a California. No, me lo dijo Martin. El padre de uno de los chicos fue a hablar con él, hecho una fiera, desde luego, por la tunda que se había llevado su hijo. Sabía que Martin y yo éramos amigos. Yo me quedé anonadado, hundido. Toda la vida

predicando la no violencia, y mi propio hijo... Pero hablé con aquel chico, y Martin y yo interrogamos a los tres y, poco a poco, averiguamos toda la verdad. No es que yo apruebe lo que hizo. Hay momentos en los que me asusta pensar en ello. Pero tú me preguntabas por qué parece tan judío. Pues lo es, y de un modo que a ti y a mí nos resulta difícil comprender.

—¿Y tú no le hablaste de ello?

—No, no puedo hablarle de eso, ni puedo juzgarle.

—Es tan extraño —dijo Lucy. —Es inexplicable. Educamos a dos hijos y nos encontramos con dos desconocidos, y convivimos durante años y no podemos saber quiénes son en realidad.

—¿Te ocurre eso con Sarah?

Lucy titubeó, asintió y dijo:

—Sí, eso me ocurre con Sarah. Hay como un muro entre las dos. Y yo trato de comprenderla. Lo intento.

—¿Lo pasó bien este verano?

—Sabía que tú deseabas tenerla aquí contigo, David, pero créeme, yo no traté de influir en ella en ningún sentido.

—Lo sé.

—Ella deseaba hacer lo de Oklahoma. Me dijo: «Mamá, yo voy a ser arqueóloga, ésta es una oportunidad para empezar y no puedo dejarla pasar», y la verdad es que estaba tan ilusionada como una niña con una muñeca nueva por ir a esas excavaciones del poblado indio de Oklahoma. Y, David, ¿sabes lo que se llevó por todo equipaje? Cuatro pares de pantalones vaqueros, cortados por encima de la rodilla, y cuando quise hacerle los dobladillos me contestó que de ninguna manera, bueno, cuatro pares de vaqueros, ocho camisetas y dos pares de sandalias. Y nada más. Ni calcetines, ni una barra de labios, y es tan bonita... Ah, sí, y tampones. Y volvió requemada por el sol y con ese maravilloso pelo suyo color caoba, todo descolorido, y cuando quise enviarla a mi peluquero me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Y cómo ha tomado el que Aaron esté en la cárcel?

—¿Es que no te ha escrito?

—No me habla de eso en sus cartas.

—Él es su héroe. Y, además, le hace ganar puntos delante de sus amigos, como dice ella. Un hermano que tiene el coraje de ir a la cárcel. Ése es el héroe del momento. Ella y sus compañeras de cuarto colgaron un cartel a la puerta del dormitorio con ese eslogan que hoy repite la juventud: Hey, hey, ¿a cuántos chicos te has cargado hoy?

—Pues a mí no me ha dicho nada. ¿Por qué? ¿Es que no confía en mí?

—David, tú eres su padre, pero, además, eres el rabino. Tus hijos te adoran, pero estás lejos. Tú siempre estás lejos. Siempre estuviste lejos de mí.

—No, oh, no.

—Perdona.

Casi llegaban ya a Leighton Ridge cuando David dijo:

—Yo te llevaré al aeropuerto mañana.

—Me gusta la idea.

—Pensé que quizás aceptarás cenar conmigo. *Mrs. Holtzman* ha preparado cena suficiente.

—David, ojalá me lo hubieras dicho antes. No puedo. *Martin* y *Mille* esperan que cene con ellos. —Reflexionó un momento. —Supongo que podría dar una excusa. O llevarte conmigo. Ellos estarían encantados.

—No, déjalo. Hasta mañana.

Al llegar a casa de los *Carter*, David no bajó del coche. Ella se despidió dándole un beso en la mejilla. Cuando él dejó el coche, se sentía completamente abatido. *Mrs. Holtzman* preguntó desde la cocina:

—¿Pongo dos cubiertos, rabino?

—Uno. Sólo uno.

—Lo siento. Creí que *Mrs. Hartman* cenaría con usted.

—No.

—Encima de la mesa de su despacho le he dejado nota de las llamadas telefónicas.

David subió a su despacho, sintiéndose más solo y abandonado que nunca. Uno de los recados era de *Della Klein*. Él cogió el teléfono y marcó su número.

—David, qué voz más triste. ¿Tanto te ha afectado la visita a la prisión?

—No, me ha afectado la vida.

»Eso es lo peor. Lo último, pero no se puede claudicar.

—¿Cuál es la alternativa, al fin y al cabo? ¿Cómo está *Aaron*?

—Muy bien. Estupendamente.

—Entonces el problema está entre tú y *Lucy*. ¿Cenas con ella?

—No. Está en casa de los *Carter*.

—Bien. Entonces tú y yo podríamos ir a algún sitio de postín. Encontraremos algo elegante aunque tengamos que recorrer treinta kilómetros, y ya verás cómo te animas.

—Gracias. Eres una persona encantadora. Pero me quedaré en casa.

—No vuelvas a llamarme persona encantadora.

Cuando por fin David se sentó a cenar solo, *Mrs. Holtzman* dijo poniendo una fuente humeante encima de la mesa:

—Le he preparado un estofado de pecho, tal como usted me dijo que lo hacía su madre.

—Huele estupendamente.

—Rabino, perdone, ya sé que no tengo ningún derecho a hablarle así, pero me parte el corazón verle cenar solo noche tras noche.



—Delicioso —dijo David al primer bocado. —Y tampoco es noche tras noche, *Mrs. Holtzman*, pero es usted muy amable al preocuparse tanto por mí. De todos modos, no vivo olvidado. No ceno en casa más de tres noches a la semana. Si aceptara la mitad de las invitaciones que me hacen las familias de la congregación, no tendría ocasión de estar solo. Y necesito estar solo de vez en cuando.

—Ya lo sé, rabino. Puede estar seguro.

David durmió mal aquella noche. Siempre dormía mal cuando tenía que madrugar. En uno de aquellos breves intervalos de sueño, volvió a soñar con Dachau. Soñaba a menudo con el campo de concentración: unas veces, horribles pesadillas; otras, sueños más plácidos. Lo de aquella noche fue una pesadilla. Él volvía a hallarse en la gran fosa común en la que los cadáveres judíos estaban amontonados como leña. En su sueño, como tantas otras veces, él era uno de aquellos cadáveres, y aunque tenía los ojos abiertos y podía ver el borde de la fosa, su cuerpo estaba paralizado por la rigidez de la muerte. Allí tendido y helado vio a soldados americanos que se agrupaban al borde de la fosa. Él les llamaba. Les gritaba. Pero no le salía la voz, y entonces vio que los soldados llevaban palas en la mano y empezaban a tapar la fosa. Ninguna de las veces que David había soñado con la fosa ocurría aquello. David concentraba todos sus esfuerzos en hacer oír sus gritos, y de pronto sus propios gritos le despertaron y se encontró temblando y cubierto de un sudor frío.

A pesar de todo, a la mañana siguiente se sentía bastante fresco y descansado. Se miró al espejo con curiosidad mientras se afeitaba. En vísperas de cumplir los cincuenta y todavía un poco menos que medio calvo. Sus ojos azul pálido estaban rodeados de pequeñas arruguitas y empezaba a marcársele el rictus de la boca. Aún podía ponerse su antiguo uniforme, pues si había aumentado de peso no sería más de un kilo.

*Mrs. Holtzman* le había oído gritar.

—Tuvo una pesadilla, rabino —dijo.

—Sí.

—¿Otra vez el campo de concentración?

—Sí, otra vez.

—¿Recuerda que le dije, rabino, que yo estaba en Dachau cuando usted y los otros muchachos americanos nos liberaron? —Se le llenaron los ojos de lágrimas, como siempre que hablaba de Dachau.

—Pues claro que sí.

Ella le miró afectuosamente. Había creado una novela en su imaginación en la que él unas veces era su hijo y otras, su amante.

—Yo también tenía pesadillas de Dachau; pero ¿sabe lo que pasó? Desde que usted me dijo que iba con aquellos guapos muchachos que nos liberaron, no he vuelto a tenerlas. Sus palabras fueron como una bendición para mí. Y una bendición puede hacer milagros, ¿no?

—A veces.

Ella no sabía cómo continuar la conversación, y David intuyó que la mujer creía haber dicho demasiado. En vez de seguir hablando, le sirvió el desayuno, y David contempló, abrumado, la enorme cantidad de comida que le ponía delante. Se había retrasado y tenía que marcharse inmediatamente, dijo, a modo de disculpa por dejar intactos todos aquellos alimentos.

Martin y Millie salieron con Lucy. Martin llevaba las maletas. Era una fría mañana de octubre; estaba tan límpido el aire que parecía que fuera a resquebrajarse. La escarcha crujía bajo sus pies.

—Dentro de un mes iremos a Toronto —dijo Martin. —Hace ya demasiado tiempo que no vemos a Joe. Aprovecharemos el viaje para acercarnos hasta California. No hemos estado nunca, y Millie es una entusiasta aficionada al cine...

—¡Qué tontería! ¡Entusiasta! Pero, Lucy, si fuéramos, ¿podrías conseguirnos pases para visitar unos estudios?

—Creo que sí.

Las dos mujeres se abrazaron largamente. Martin tiritaba de frío y David recordó a Lucy la hora que era. Ella estaba otra vez llorando cuando se sentó en el coche de David.

—Pero ¿por qué?

—¿Crees que no tengo sentimientos? Aquí dejé una parte de mi vida. —Quizá lo mejor. No sé. —Al cabo de unos minutos, dijo—: Es inútil. No se puede hacer marcha atrás. No se puede, ¿verdad, David?

—No lo sé.

—David, si te pregunto una cosa, ¿me contestarás con toda franqueza, sin escrúpulos de ninguna clase?

—Lo intentaré.

—Bien. ¿Qué me contestarías si yo te dijera: David no deseo volver a California. Quiero quedarme aquí. Quiero volver a casarme contigo. Quiero ser tu mujer y vivir aquí contigo?

David guardó silencio, con la mirada fija en la carretera, mientras ella contemplaba su perfil. Luego, lentamente, respondió:

—Diría que me siento halagado. Y emocionado. Porque creo que siempre te querré más que a ninguna otra mujer. También estoy agradecido, porque reconozco que me sentí despreciado y abandonado. Pero, por otra parte, al cabo de dos semanas, tú empezarías a odiarme. Y te odiarías a ti misma, porque nada despierta el odio de uno mismo tanto como un acto de autodestrucción. Te aburrirías. Como tú misma dijiste, aborrecerías la pequeñez de todo esto, el frío, el invierno interminable, helado, repelente, el tener que viajar más de treinta kilómetros para ver una película y casi cien, para ir a un buen restaurante o al teatro. No tendrías a los chicos, para cuidarlos o distraerte con su compañía, y puesto que no podemos echar a la maestra que contratamos para sustituirte, no podrías ni dar clases en la escuela dominical.

—Santo Dios —susurró Lucy.

—Quizás exagero.

—Oh, no —dijo Lucy. —Nada de eso. Tienes razón. La perspectiva no puede ser más triste. Pero tienes razón.

—Por si te sirve de consuelo, te diré que desde que llegaste me he sentido lleno de deseo carnal y no hago más que pensar en nuestras noches de antes...

—David, bromeas.

—Es la verdad.

—Eres un encanto.

—Y he estado haciendo complicados planes para seducirte.

—¿Por qué no lo has intentado?

—Lucy, soy un rabino.

—Sí. A veces se me olvida. Mira, creo que todo eso es una sarta de mentiras.

—Ya sabes que yo no miento.

—Muy bien. En el aeropuerto hay un hotel...

—Lucy, eso no remediaría nada, y tú lo sabes.

—No, no remediaría nada. Nunca sabré si me has dicho la verdad, pero me ha gustado y te lo agradezco.

# OCTAVA PARTE

1971

## Capítulo 8

Sin duda, al joven alto y pelirrojo se le había dado una descripción de David, porque se abrió paso entre la multitud que llenaba el Aeropuerto Nacional de Washington sin vacilar y la pregunta de si era rabí David Hartman con que abordó al recién llegado sonó puramente retórica.

—¿Sabe cómo le he conocido, rabí? —preguntó con entusiasmo. ¿Aparte la foto que salió en el boletín del templo? Deme su maleta, por favor. Porque no lleva sombrero. Los rabinos de la Reforma no llevan sombrero. Qué chiste más tonto, ¿verdad? Naturalmente, le reconocí por la foto, y...

—¡Alto! —gritó David.

—¿He dicho alguna inconveniencia?

—Respire hondo. ¿Cómo se llama usted?

—Teddy Berg.

—Bien. ¿Adónde me lleva, Teddy?

—A su hotel, para que descanse un poco. Después, el rabino Gerson quiere cenar con usted. La función religiosa empieza a las ocho, y usted habla a las nueve. Yo soy el ayudante del rabino Gerson y estoy encantado de conocerle en privado. Esta noche tendremos a más de mil personas. Y es que somos uno de los templos más grandes del Este.

—Eso me han dicho.

—Ni que decir tiene que nos sentimos muy honrados con su visita. Si me permite la expresión, el nuestro es un foro muy distinguido. Hace unos meses, en el templo habló Nixon y, a pesar de lo que digan de él, es una persona que comunica.

—No cabe la menor duda.

—Se puede no estar de acuerdo con él, pero es el Presidente de los Estados Unidos.

Sentado en su habitación del hotel, tan parecida a cualquier habitación de hotel que hubiera visto en su vida, David se preguntaba por qué había accedido a hablar allí. Tenía por norma hablar únicamente en escuelas y Universidades, nunca en otras sinagogas ni iglesias, con la única excepción de la capilla de Martin.

En la iglesia de Martin, la Capilla Congregacionista de Leighton Ridge, se consideraba al rabino Hartman como a un allegado que daba lustre a la congregación. Al fin y al cabo, llevaba en Leighton Ridge más años de los que nadie pudiera recordar, pero, incluso allí, David aceptaba muy de tarde en tarde las invitaciones de Martin. «A mí nadie me ha nombrado apóstol de los gentiles. Y, de todos modos, a estos gentiles llevas tantos años machacándoles que si a estas alturas no han captado el mensaje, no es fácil que lo capten ya».

Fue durante aquella conversación, mantenida en casa de Martin mientras cenaban,

antes de que Lucy y David se divorciaran, cuando salió a relucir el tema de por qué a un hombre le da por hacerse pastor o rabino.

—Es indudable que te distancias de la gente —dijo Lucy. —David considera que se compenetra mejor con sus semejantes, pero yo no lo veo así. Oh, sí, aquí hay un montón de gente que le respeta y hasta le venera, pero tú y Martin sois nuestros únicos amigos de verdad.

—Exacto —dijo Millie. —Y yo doy gracias a Dios por teneros a vosotros.

Martin movía negativamente la cabeza.

—Martin no quiere reconocerlo —dijo Millie. —Pero pregúntale por qué se hizo sacerdote y te contestará que en su familia ha habido nueve generaciones de ministros congregacionistas. En la línea materna, desde luego; no, en la de su padre, aunque eso no significa nada, porque su padre era muy distinto.

—Además, está la razón de que yo quería vivir como un cristiano.

—Pero si nadie vive como un cristiano —dijo Millie. —Ya sabes lo que dijo Mark Twain del Cristianismo: una religión excelente, que aún no se ha practicado.

—Sí se ha practicado —dijo David suavemente.

—David, tú no eres cristiano.

—No. Una carga menos que soportar. Pero Martin y yo ya hemos hablado de esto. No es fácil de explicar. En cierto modo, es una forma de satisfacerse a sí mismo, porque cada uno de nosotros ve en ello algo bueno y precioso, y eso entraña cierto egoísmo. Pero el egoísmo está en todo lo que hace el hombre. El juramento del médico dice: «No causaré daño»; pero uno también se beneficia a sí mismo. Sé que os sonará extraño si digo que a los diecinueve años yo me planteé mi vida y no le vi ningún sentido, pero no sabría expresarlo de otro modo. Estaba en segundo curso, en el «City College» de Manhattan. Mi padre había muerto y una hermana menor, a la que yo adoraba, había muerto también hacía cinco años. Sólo quedábamos mi madre y yo. Un día, al volver de clase, hablé con mi madre y le dije cómo me sentía: vacío, inútil y sin ilusiones. No sé por qué. Fue un acto de crueldad. Ella se echó a llorar. Estaba asustada. Yo la abracé y ella me dijo sollozando: «¿Tú crees en Dios, David?». Salí a la calle y estuve andando varias horas, y acabé en el Instituto de Estudios Judíos. Me parece que quiero ser rabino, les dije. Ellos me contestaron que volviera cuando estuviera seguro. Terminé el semestre en el «City College», volví al Instituto y fui admitido.

—Pero ¿por qué? —preguntó Millie. —No nos has dicho por qué.

—No sabe por qué —dijo Martin.

—Oh, no lo pongáis tan misterioso —dijo Lucy con impaciencia. —Son cosas que se hacen por alguna razón. Todo puede explicarse.

—Tal vez algunos puedan explicarlas —convino Martin. —Otros, tal vez no. Decimos que uno trata de salvar su propia alma, pero ¿qué significa eso? No sabemos lo que es el alma ni sabemos lo que es la salvación. Estamos tan desorientados respecto al bien y al mal que el que para unos es un santo para otros puede ser un

monstruo. Yo no puedo explicar por qué soy sacerdote. Sólo sé que tengo que serlo.

—Hay cosas que no pueden explicarse —dijo David. —Sólo disponemos de palabras. Nosotros usamos la palabra «amor». Esta palabra puede significar cien cosas distintas y, todas, esquivas. Yo he oído decir a sacerdotes y rabinos que aman a Dios, que temen a Dios, que sirven a Dios, que honran a Dios y en realidad no sé qué significan esas palabras. Martin tenía que ser sacerdote; yo tenía que ser rabino. Tal vez para mí ello sea una carga, pero no puedo eludirla.

—De todos modos, ninguno de vosotros puede decir por qué es lo que es.

—No creo que alguien pueda decir eso.

Ahora David recordaba aquella conversación. No podía explicar por qué razón había ido a Washington, como no fuera precisamente ésa, la de que era rabino. Puesto que era rabino, no había podido rehusar la invitación, que era resultado de una extraña combinación de factores: la guerra, su hijo, él mismo. Aún faltaba una hora para que llegara el rabino Gerson, y David se preparó un baño caliente y se sumergió en el agua, discutiendo consigo mismo.

Desde el momento en que puso el pie en el avión en «La Guardia», empezó a sentirse incómodo al pensar en el sermón de aquella noche. «Buena suerte, querido rabino», le había dicho Della, que le acompañó al aeropuerto. Probablemente, aquello fue lo que le hizo empezar a cavilar. En la bañera, le vino a la memoria un chiste de mal gusto. Un hombre le dice a otro: «¿Qué hace su hijo?». «Es rabino», responde el otro, a lo que el primero replica despectivamente: «¿Qué trabajo es ése para un judío?».

Cierta vez que David habló en «Wellesley», una profesora de Psicología trató de seducirle y luego tuvo que reconocer, abochornada, que sólo quería tener una experiencia con un rabino por razones pedagógicas. Él se lo contó a Della. «Cuento pedagógico. Ésa quería un revolcón, rabino. Son las gangas del oficio, mi querido David. Por fin le veo la punta a eso de ser rabino».

Ahora, mientras se vestía con el atuendo que solía ponerse para estas ocasiones: pantalón gris, camisa blanca, corbata a rayas azul y gris y *blazer* azul marino, David decidió que todas aquellas cavilaciones y aquella propensión a evocar las razones que le habían impulsado al rabinato obedecían a la circunstancia de haber aceptado la invitación del rabino Gerson y haberle enviado el texto del sermón. David hubiera debido decirle que él nunca daba los textos por anticipado, aunque, eso sí, había demorado su envío hasta la víspera. Cuando entró el rabino Gerson, sus empalagosos modales hicieron comprender a David que había recibido el sermón y lo había leído.

—Mi querido rabí Hartman —dijo Gerson. —Cuánto me alegro de conocerle. Es un verdadero honor. —Demasiado, pensó David. Gerson era un hombre corpulento de cuello macizo y ojos negros y expresivos que subrayaban cada una de sus frases. —¿Cenamos aquí mismo? —dijo, afirmando más que preguntando. —Así podremos hablar privadamente.

Lo que menos deseaba David era hablar privadamente con el rabino Gerson, pero no podía negarse sin ofenderle. A fin de borrar toda sospecha de desconsideración por su parte, el rabino Gerson se apresuró a manifestar que, desde luego, su templo abonaría todos los gastos, además de los honorarios de David.

—Pero no crea que ello supone un gran sacrificio, David. Somos una congregación grande y bastante rica. En el templo hay mil asientos y podemos poner sillas plegables para otros quinientos. Y eso no quiere decir que los judíos de Washington sean *frum...* por cierto, muchos de nuestros miembros proceden de Maryland y de Virginia. Lo que ocurre es que todo político que quiera dirigirse a la comunidad judía encuentra una vía de comunicación muy útil en nuestro púlpito. Por él han pasado el Presidente, el Secretario de Estado, el presidente de la Cámara de Representantes, etcétera. Tenemos un gran eco en todos los medios de comunicación... todo lo cual me lleva a hablarle del borrador que me envió y que he leído esta mañana.

—¿Le ha alarmado?

—No, David, en absoluto. Conozco su ideología y estoy de acuerdo con buena parte de ella. Pero alarmará a la mayoría de los miembros de mi congregación.

—En tal caso, si la mayoría de su congregación apoya la causa del diablo, no les vendrá mal que les den una señal de alarma.

—Vamos, vamos, no hay que obcecarse.

—Ernest, yo no me considero un obcecado, aunque a veces lo que digo parezcan tonterías. Concretemos. Dígame qué es lo que puede alarmar a esa buena gente.

—En primer lugar, Muste. No me importa que un rabino cite a un pastor protestante. Somos lo bastante ecuménicos como para admitirlo. Pero A. J. Muste... Un rojo, un radical desafortunado.

—Nada de eso —dijo David suavemente.—Un ministro protestante y un hombre bueno y santo.

—Bueno, después de leer su borrador, llamé a Jeffrey, a Cootes y a Herblin, tres de los ministros protestantes más importantes de la ciudad: un episcopaliano, un presbiteriano y un metodista... y los tres me dijeron que, antes que consentir que A. J. Muste utilizara su púlpito, llamarían a la Policía. Permita que lea la cita de Muste que figura en su borrador: «El mundo espera a una gran nación que posea el sentido común, la imaginación y la fe necesarias para dedicar a la Ciencia y a la práctica de la no violencia la décima parte del dinero, la inteligencia y el tesón que invierte en la demencial preparación para la guerra».

—Es una declaración simple y clara. Miles de personas han dicho lo mismo, desde Georges Bernard Shaw hasta Mark Twain.

—Tal vez; pero no en el contexto de su sermón. Usted asume una rígida tesitura pacifista. Dice que en ningún caso es lícito armar a un hombre y enviarlo a matar a un semejante. Dice que esto es la base de toda ética.

—Yo le advertí que hablaría de ética y usted estuvo de acuerdo.



—¡David —casi gritó Gerson—, esto no es ética! Esto es una locura.

—Emest, Ernest —dijo David con suavidad—, la definición más simple que el diccionario nos da de la ética es: «principios del honor y la moral». La base en la que nos apoyamos para ejercer nuestra función de rabinos nos fue dada por nuestro padre y maestro rabí Hillel. Cuando el no creyente acudió a pedirle que le enseñara la Ley, Hillel dijo: «No hagas al prójimo lo que no quieras que él te haga a ti. Esto es la Ley. Lo demás es todo comentario».

—Maldita sea, David, insulta usted mi inteligencia. ¿Existiría un Estado de Israel sin el Ejército israelí? ¿Existiría un mundo de no ser por los ejércitos aliados que combatieron a Hitler? Jesucristo dijo casi lo mismo que Hillel, pero la definición de la ética que dan los cristianos no es ésta. —Agitaba el borrador delante de David. —Aquí no deja ninguna salida. No cabe más opinión que la suya. No puedo consentirlo, David. Tengo que pensar en mi propia situación. Y en la suya. Le abuchearán.

—No lo creo.

—Puede estar seguro. Esta congregación ha recaudado millones para Israel. En la placa de la entrada hay ciento setenta y tres nombres de miembros que murieron en la Primera y Segunda Guerra Mundial, la de Corea y la del Vietnam. ¿Va usted a decir a sus familiares y amigos que no hay ninguna guerra justa?

David guardaba silencio, observando al rabino Gerson.

—¿David?

David seguía callado.

—David —insistió el rabino Gerson—, hace tres años le oí hablar en la Universidad Americana sobre las religiones de los semitas. Le oí responder a las preguntas. Usted no necesita este borrador. Todo lo que le pido es que modifique un poco su postura. Que la haga más aceptable.

—Entonces ya no sería mi postura.

—Por una noche no tendría tanta importancia.

—La tendría para mí. De todos modos, sé que no está usted en un atolladero. Antes de venir a hablar conmigo, ya habrá buscado a un sustituto.

—Tenía que hacerlo.

—Naturalmente. ¿Quién es?

—Harry Ferguson.

—¿El presidente del comité de la Cámara para Ética?

—El mismo. David, de todos modos, usted percibirá lo acordado.

—De ningún modo. Si me envían el cheque, se lo devolveré.

—Cédalo a la sinagoga.

—No lo necesitan.

—Está bien. Es la persona más testaruda que he conocido en mi vida. Pero pagaremos los gastos. Eso tendrá que aceptarlo.

—Sí, eso lo acepto.

—Preferiría que hablara usted. Así lo hemos anunciado, y la gente querrá oírle a

usted.

—Pues aquí estoy —dijo David con naturalidad. —No tienen más que invitarme.

—No puedo —dijo Gerson moviendo la cabeza.

David pensó en regresar a Nueva York aquella misma noche, en el puente aéreo, pero estaba cansado. Llevaba en la maleta *Guerra y Paz*, de Tólstoi, una novela que quería leer desde hacía años y que había empezado y dejado por lo menos media docena de veces. Ahora llevaba ya doscientas páginas y se hallaba absorto en el encanto y complejidad de aquellas pintorescas y cautivadoras familias de la Rusia del siglo XIX. En el fondo, sorprendentemente, no le disgustaba sobremanera que, después de haberle hecho ir a Washington, el rabino Gerson hubiera estimado que el sermón podía escandalizar a su sinagoga, que él tenía buen cuidado en llamar templo. David no opinaba lo mismo, y en aquel momento se alegraba de poder estar en su habitación del hotel, leyendo tranquilamente *Guerra y Paz*. Le dio por pensar en lo agradable que sería formar parte de una de aquellas extensas familias que describía Tólstoi. La suya era muy escasa. Sarah se había casado con un muchacho protestante muy agradable. David pensó que no le afectaría, pero después de la boda descubrió que sí le inquietaba, a pesar de que los había casado Martin. Los dos eran profesores, todavía no numerarios, en el Estado de Arizona. Sarah enseñaba Arqueología y su marido, Física. Tenían una niña de un año, a la que habían puesto Priscilla, por la abuela paterna. Aaron estaba encantado de la vida escribiendo sobre deportes en el *Los Angeles Times*. A David, aquel entusiasmo de Aaron le tenía perplejo. Una vez salió de la cárcel y terminó el servicio, renunció a la Ingeniería y a la Medicina. David iba a ver a sus hijos por lo menos dos veces al año, pero la distancia que le separaba de ellos, tanto en el sentido geográfico como en el personal, le deprimía, y puesto que Aaron había roto con la chica Andrews, ya nada le retenía allí.

Por más que David trataba de concentrarse en la novela, se le cerraban los ojos y, para no acostarse tan temprano, bajó al bar del hotel y pidió un escocés con soda.

David se había sentado en la barra, que estaba bastante concurrida. Uno de los pocos asientos libres estaba a su lado, y al poco lo ocupaba una mujer morena, de unos cuarenta años y bastante atractiva. Le miró un par de veces, como inspeccionándole, antes de decidirse a entrar en conversación, y luego le preguntó si iba a menudo por allí.

—Es la primera vez. Soy forastero.

—Forastero, ¿de dónde?

—No creo que haya oído hablar del sitio.

—Probaremos. Hay muy pocos sitios de los que no he oído hablar.

—Leighton Ridge, Connecticut.

—Tenía usted razón. —Le miraba con gesto de aprobación, moviendo la cabeza ligeramente. —¿A qué se dedica?

—Soy el rabino.

—Me toma el pelo.

—En absoluto.

—No tiene aspecto de rabino.

—¿Qué aspecto han de tener los rabinos? —sonrió David.

—Aspecto de judíos... —Se mordió los labios. —¡Dios mío! Se me escapó. Perdona. Pero es verdad que hay personas que tienen aspecto de judíos, ¿no?

—Supongo que sí. —Él terminó su copa, le dio las buenas noches y subió a su habitación. Estaba muy cansado, pero ya no tenía sueño, y aquélla fue una de sus largas noches de insomnio durante la que estuvo cavilando acerca de su falta de inclinación a enojarse en las situaciones que lo exigían.

A la mañana siguiente, mientras cruzaba a grandes zancadas la terminal del aeropuerto para embarcar en el avión de Nueva York, oyó que alguien pronunciaba su nombre y, al volverse, se encontró con Jack Osner, al que no había visto desde el día del entierro de Mel Klein. Aparte un par de kilos de más que llevaba en la cintura, Osner, apenas había cambiado.

—Me alegro de verte con tan buen aspecto —dijo Osner, situándose a su lado y acomodándose a su paso. —Después de lo que Gerson insinuó anoche, esperaba encontrarte deshecho.

—Tuvimos ciertas diferencias en una cuestión de principios y necesitaba dar una buena explicación por el cambio de programa.

—Comprendo perfectamente que no os entendierais. Si ese idiota tuviera un gramo de seso, no te habría invitado. Ferguson es muy distinto. Ese sinvergüenza vendería a su propia madre a precio de saldo para ganarse unos dólares. ¡Presidente del comité de Ética! Casado y con tres hijos, y no sólo está liado con una chica del departamento de Comercio, sino que va a un salón de masaje todas las semanas.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó David.

—Porque tengo la misma masajista, que por cierto no se limita al masaje. De todos modos, Ferguson habla demasiado y cualquier día dará la campanada. Pero no seré yo quien lo sienta. El muy idiota es demócrata. ¿Nos sentamos juntos?

David advirtió que Jack Osner había olvidado que cinco años antes se había separado de él furioso. Evidentemente, tenía una vida muy agitada y no podía llevar la cuenta de todos los asuntos que trataba. Tanto mejor.

—Encantado —dijo David.

Mientras esperaban que despegara el avión, Osner dijo:

—Seguramente te sorprenderá que el nuevo jefe del Consejo de Seguridad utilice el puente aéreo...

—No se me había ocurrido.

—Eres muy inocente, David. Siempre lo fuiste. Sí, tengo a mi disposición un aparato del Ejército, pero Dick no quiere ostentaciones hasta que hayan pasado las elecciones. Va a barrer y entonces se levantarán todas las trabas. Pero, mientras tanto,

si algún periodista entrometido se entera de lo que cuesta que un «Siete Dos Siete» vaya y vuelva de «La Guardia» una vez a la semana, amén de otros viajes, podría meter mucho ruido. Y hay momentos en los que no conviene el ruido. Pero ayer tuve que hacer muchas combinaciones para poder ir al templo de Gerson a escucharte. Eso, David, debería hacerme ganar puntos.

David observó que Osner trataba de congraciarse.

—¿Cómo está Shelly? —preguntó.

—Estupendamente. Estamos divorciados. Un divorcio amistoso, por mutuo consentimiento, como se dice ahora. Los chicos ya son mayores, por lo que eso supone una complicación menos. Me han dicho que tú y Lucy habéis hecho otro tanto.

—Sí. Ya hace años.

—Pero tú continúas en Leighton Ridge.

—Sí.

—David, por cierto. No sé qué edad tendrá tu hijo, pero el día menos pensado lo agarran y lo mandan al Vietnam. Y tú no querrás que vaya a esa carnicería. Y el chico que va allá tiene muchas probabilidades de volver en un saco de lona. Yo podría darle un destino que le mantendría aquí hasta que termine la guerra. No tienes más que pedírmelo.

—Jack, Jack, hace cinco años que mi hijo fue a la cárcel por objetor de conciencia. Ya ha cumplido la condena y el servicio.

Osner se quedó mirando fijamente a David un buen rato, como si acabara de oír un chiste que no acababa de comprender. Luego, sacudió la cabeza.

—Demasiadas cosas, demasiadas. Sí, oí decir que estaba en la prisión de Danbury, pero uno se olvida.

—Es natural.

—Yo sólo quería hacerte un favor, David. ¿Por qué nunca me dejas hacerte un favor?

Ya estaban volando hacia Nueva York.

—Yo nunca he pretendido desairarte, Jack.

Se quedaron en silencio y David miró a tierra por la ventanilla. Como siempre que viajaba en avión, le pareció que el mundo quedaba muy lejos y estaba habitado por criaturas diminutas. Había leído en un libro de Lao-tsé que la vida del hombre se divide en dos partes, los cincuenta primeros años se consagran al aspecto humano y los otros cincuenta, a su relación con el tao, la tela del pensamiento que envuelve a todo el Universo. La idea había arraigado en él, impulsándole a profundizar en la filosofía china y dándole también una visión nueva sobre la insignificancia de las criaturas de este minúsculo planeta situado al borde de una galaxia, entre miles y miles de galaxias. Unas veces, esta idea le helaba el corazón, pero otras le daba un atisbo de la gloria y la majestad de aquello que el hombre, con su habitual ligereza, llama Dios. Esta sensación se agudizaba cada vez que subía a un avión, y la reacción

podía ser de abatimiento o de euforia.

—Jack —dijo al cabo de un rato—, no creo que vuelva a tener la oportunidad de estar tan cerca de una persona influyente, y me gustaría que me respondieras a una pregunta que me ha inquietado vivamente.

—Adelante, David.

—Me lo dijo Martin Carter, quien lo supo por una alta jerarquía eclesiástica cuyo nombre no puedo revelar. Fue en mil novecientos cuarenta y nueve, cuando Truman era Presidente. Nosotros teníamos la bomba atómica y los rusos, al parecer, todavía no. El Pentágono planeó un bombardeo atómico de la Unión Soviética, con el que se arrasaban cinco grandes ciudades, Moscú y Leningrado entre ellas, así como todas las bases de la Marina soviética. Estas bombas debían tener el mismo efecto que las utilizadas en el Japón: el de someter al Gobierno soviético a instantánea sumisión. Al parecer, Truman había dado el visto bueno, el ataque fue planeado hasta el último detalle, pero después Francia, Inglaterra y Alemania convencieron a Truman de que lo suspendiera.

—Hace años que circula ese rumor —asintió Osner.

—Pero tú estabas muy próximo a los jefes del Estado Mayor.

—Entonces no, David. Hace años que eso se rumorea en Washington. Pero ¿habría sido tan mala idea?

—¿Me lo preguntas en serio? —preguntó David, atónito.

—¿Y por qué no? Por una vez, considéralo desde mi punto de vista, David, es decir, en términos de política global. La única amenaza para la paz mundial es la Unión Soviética. Destruye su poderío militar y el mundo estaría gobernado por los Estados Unidos y sus aliados. No más guerras: no habría ninguna potencia lo bastante fuerte como para enfrentárenos. Nosotros seríamos los únicos que tendrían la bomba atómica. Morirían muchos rusos, sí, pero la paz bien merece ese precio.

—¿Has visto fotografías de Hiroshima?

—Naturalmente. ¿Y sabes cuántos de nuestros hombres se salvaron gracias a la bomba que lanzamos sobre Hiroshima?

David apoyó la cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados.

—Lo siento, David. Tú me preguntaste. He tenido que enfrentarme a lo mismo en el Vietnam. He ordenado bombardeos que han borrado del mapa a pueblos y arrasado ciudades. Bueno, era mi trabajo. Tenía que hacerlo para defender a mi país, a nuestra forma de vida.

—Todos estamos locos —dijo David al cabo de un rato. —Somos una especie que ha enloquecido.

—Sin duda. Pero es que vivimos en un mundo muy complicado. Para sobrevivir tienes que ser tan loco como el otro... o tan listo. Maldita sea, David, tú nunca diste una oportunidad a este país. Un hombre de tu talento, enterrado en ese rincón de Connecticut. Hasta ese ganso presumido de Ernest Gerson se saca cincuenta mil al año. Es la vida, David: trabajar de firme, ganar unos cuantos dólares y disfrutarlos.

Sólo pasamos por aquí una vez. Si Dios quisiera otra cosa, habría hecho el mundo de otra manera. En aquel empleo que te ofrecí en el Pentágono, habrías estado estupendamente, pero entonces habrías tenido que hacer causa común con todos nosotros, y eso no podías tolerarlo. Es más cómodo echarme la culpa de todo y mirarme como si yo fuera la escoria.

—Jack, no te miro como si fueras la escoria.

El avión estaba aterrizando, y David se alegraba de que el vuelo hubiera sido corto. Osner se ofreció para llevarlo a Nueva York en el coche de la «empresa», o sea, el Gobierno federal, pero David rehusó diciendo que iba directamente a Connecticut. Se dieron la mano.

—Por el amor de Dios, cuenta conmigo —dijo Osner. —Mi despacho está en el Departamento de Estado. Avisaré para que te dejen pasar directamente. Podríamos almorzar juntos o algo por el estilo. Qué diablos, ahora eres libre y podríamos tener buena compañía. Chicas inteligentes y educadas, no unas cualquiera. Que te vaya bien.

Della le esperaba en el aeropuerto.

—¿No era ése Jack Osner? —le preguntó.

—Nos encontramos en el avión.

—Puá, no hablemos de él. Ven por aquí. Tengo el coche en el aparcamiento. Cuenta, ¿tuviste un éxito clamoroso? ¿Las mujeres se te comían con la mirada? Ya ves, yo no te he oído hablar más que en la sinagoga.

—¿Sabías que los nazis adoraban a los niños? No a los niños judíos ni a los rusos, sino a los suyos. Y también a los perros. A los perros y a los niños.

—¿Qué dices? A veces sales con cosas rarísimas o das la impresión de estar sonado, y a nadie se le ocurriría pensar semejante cosa de un rabino. Excepto a mí. ¿De qué iba el sermón?

—De ética. Pero no hablé.

—Anda, explícate.

David explicó y Della dijo:

—¿Sabes lo que habría hecho yo? Decir que sí a todo lo que me pidiera ese fantasma de rabino y luego salir al estrado y decir lo que me viniera en gana. ¿Qué podían hacerte? ¿Es que ese borrico de Gerson iba a salir agitando los brazos para prohibir a la gente que te escuchara?

—No, pero no me va ese papel.

—En eso estamos de acuerdo. —Della sorteaba cuidadosamente el tráfico a la salida del aeropuerto. —De todos modos, tú no dices mentiras. Y eso es un inconveniente. Yo miento continuamente. Yo no podría vivir sin ese don para mentir con habilidad.

—No te creo —dijo David.

—Tal vez sí y tal vez no. Mira, mi buen David, generalmente, los grandes drama de la vida se representan ante un público muy escaso. De jóvenes, Mel y yo

formábamos parte de una compañía de teatro de aficionados en Litchfield. Había noches en las que no había más de media docena de personas en la sala. Y, ¿sabes?, esas noches trabajábamos mejor que nunca. Pero, en este caso, tú has pasado más de una hora sentado al lado de la persona más perniciosa de la tierra.

—Oh, no, no, no, Della. No hables así de Jack Osner. Hace muchos años que conozco a Jack. Es un hombre difícil y, quizás, enfermo, con una gran ambición y un complejo de inferioridad por ser judío. Pero decir que es la persona más perniciosa..., por cierto, es una frase muy contundente.

—No la he leído en ninguna parte, por si es eso lo que imaginas. Es de cosecha propia. Volviendo a tu amigo Osner. Esos bombardeos demenciales y desafortunados que ordenó sobre Vietnam, han matado a miles de hombres, mujeres y niños. Él envió a agentes de la CIA y millones de dólares a América del Sur para derrocar a Gobiernos elegidos democráticamente..., asesinando a miles de personas, creando centros de tortura, entregando a países enteros a la Policía secreta.

—Todo eso no lo hizo él solo, Della.

—Pero lo hizo. Salió de su cerebro enfermo y retorcido. Yo le conocí mucho antes que tú, David. Me hizo proposiciones más de una docena de veces.

—¿Qué proposiciones?

—Oh, David, eres un encanto. Quería que me fuera a la cama con él. Me suplicaba que me uniera a Shelly y a él en una especie de juego para tres. Una vez casi me violó, pero yo le di un rodillazo en los testículos y eso le disuadió. David, ahí fuera hay un mundo sucio y apestoso, y Jack Osner es uno de los que mangonean. —Moviébruscamente la cabeza. —No, no me las doy de mujer fatal. Soy una judía vieja y gorda, lo sé. Eso fue hace mucho tiempo, David.

Se quedaron callados, mientras Della introducía el coche en el tráfico y entraba en el Bronx por el puente. Luego, David dijo:

—¿Y quién tiene la culpa, Della? Yo dejé de creer en Dios, pero tenía que seguir rezando, porque sin la oración no podía existir. Tenía que pedir a Dios que librara de esta maldición a mi pueblo. Empecé a leer Historia, la Historia de América. ¿Sabes que en este país ningún judío había ocupado un puesto tan importante como el de Jack Osner? Pero ¿quién le puso ahí? ¿Quién se sirve de él? Estoy de acuerdo contigo en que Jack ha echado por la borda todos los preciosos valores que predicaban nuestros profetas. Es un hombre sin conciencia, sin compasión, sin esa cualidad que cien generaciones de judíos apreciaban más que nada y que en *yiddish* se llama *rachmones*, la piedad que va más allá de la piedad. Pero eso no le hace diferente de los demás. ¿Hay que aborrecerlo más que a los otros porque es judío, porque es gordo y carece de atractivo? ¿Es peor que Truman, porque lanzó dos bombas y causó la muerte de millones de inocentes? ¿Es peor que Johnson? ¿O que nuestro actual Mr. Nixon?

—Pero él es judío —dijo Della casi con un sollozo.

—Sí, y ésa era mi oración: que no se nos convirtiera en objeto de burla ante el

mundo. Y, ¿sabes?, así fue cómo empecé a recobrar la fe. Porque, si hay un Dios, entonces no puede haber ni judíos ni gentiles, sólo seres humanos. Y en cuanto a Jack —añadió—, lo suyo tampoco es nuevo. Los príncipes y duques alemanes tenían sus dignatarios judíos, un judío en un puesto de honor, mientras los demás vivían en los *ghettos*, hacinados como animales.

—A veces pienso que eres capaz de perdonar a cualquiera.

—Ésa es otra religión, Della. Yo ni juzgo ni perdono. Pero ¿a qué viene esta discusión? Estoy muy contento de volver a verte.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no te casas conmigo?

—¿Hablas en serio? —preguntó David. —¿O es una forma de hacer que no decaiga la conversación?

—No lo sé. Me parece que es la décima vez que te lo pido. Supongo que hablo tan en serio como las otras nueve.

—¿Dónde viviríamos? —preguntó David.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, yo tengo esa casucha que la sinagoga construyó hace más de veinte años y tú vives en una maravillosa granja que tú y Mel convertisteis en una especie de museo. No puedo esperar que accedas a venir a vivir conmigo.

—¿Sabes cómo estás hablando?

—No.

—Como lo que nuestras hijas llamarían un cerdo machista.

—¿De verdad?

—Oh, ¿por qué no te enfadas, hombre? Mira, a hacer puñetas. Ya veremos dónde vivimos. ¿Tú quieres casarte con una judía vieja y gorda?

—No me importa que seas judía. Y no me pareces tan gorda. Creo que podremos ponernos de acuerdo.

—A veces, David, sospecho que tienes sentido del humor. ¿Significa eso que quieres casarte conmigo?

—Creo que sí.

—Mira, déjate de bromas. Esto es muy serio. Yo te quiero más que a nada en el mundo. Eres lo único que le pido a la vida. ¿Me quieres tú?

—Desde el primer día.

—Nunca lo demostraste.

—Yo soy rabino, Della. Yo estaba casado y tú, también. Yo, con una mujer maravillosa y tú, con un hombre excelente.

—¿Por qué mirar el dentado a un rabino regalado? Nos conocemos hace mucho tiempo, David. No puede haber grandes sorpresas.

—Gracias —dijo él en voz baja.

Los dos comprendían la alusión, y el viernes por la noche, en la liturgia del sábado de la semana siguiente, al dirigirse a su congregación, con su túnica negra y, sobre los hombros, el ajado manto de seda que perteneciera a su padre, David dijo:



—Anoche traté de contar cuántos sermones he predicado desde aquí. Descontando las veces que hemos tenido predicadores de fuera, tal vez lleguen a mil, y esa idea asusta un poco. Cuántos sermones y cuánta santurronería. Y es que, por más que intente evitarla, siempre se filtra algo. Pero también hubo sus compensaciones, aparte la de vuestra atención y paciencia al escucharme una y otra vez. Me dicen que se me plagia más que a otros rabinos. Mis sermones han sido robados alegremente por sacerdotes católicos, luteranos, baptistas, presbiterianos, congregacionistas y, naturalmente, por rabinos. La mayor parte de las veces, con mi autorización o disculpa. Una vez, por el deán de una gran catedral, con autorización. Pero creo que el hurto más interesante es el cometido por Emil Hostra, un clérigo mormón de Salt Lake City. Aquí tengo su carta. Dice así: *Querido rabí Hartman: Leí su sermón sobre la cólera en el número de agosto de Young Israel. Le escribo para comunicarle que se lo robé descaradamente, por lo que la presente puede servir a modo de confesión. Puesto que mi ciudad, Salt Lake City, es el único lugar del mundo en el que un judío puede ser gentil sin apostatar, mis colegas y yo le invitamos a venir a probar la experiencia. Creo que podrá comprobar que la misma ha sido excesivamente sobrevalorada, pero tenga la seguridad de que, en compensación por el robo de que le hemos hecho objeto, le atiborraremos de comida y afecto.* Bien —dijo David, cuando cesaron las risas—, todavía no he ido a Salt Lake City, y temo que voy a morirme sin saber lo que es ser gentil. Pero, puesto que conozco a Martin Carter desde hace un cuarto de siglo y ha demostrado ser un amigo leal y afectuoso, supongo que la experiencia no habría de resultarme extraña. Por otra parte, el que un sermón de sinagoga encaje tan bien en una iglesia católica o mormona, me hace concebir esperanzas en un futuro ecuménico.

»Pero, esta noche, el sermón no es mío, y al igual que esa buena gente, voy a contar una historia que no es de mi propia cosecha. Se trata de una antigua leyenda judía y en ella intervienen Dios, el profeta Elias y un santo rabino. Según esta leyenda, parece ser que algunas de las misiones de Dios en la tierra son ejecutadas por Elias, que mora entre los ángeles. Al encomendarle esta misión, Dios le dijo que se apareciera a este buen rabino y, en premio a su bondad, lo llevara consigo en el viaje.

»De manera que el profeta se apareció al rabino y se dio a conocer, y, una vez el rabino se hubo recuperado de la impresión de ver ante él al mensajero de Dios, se mostró encantado de poder acompañarle. Se pusieron en camino y anduvieron muchos kilómetros. Cuando anocheció, el rabino estaba muy cansado y preguntó al profeta Elias dónde dormirían.

»El profeta señaló una cabaña que se veía a lo lejos. “Dormiremos allí”, dijo. “En esa cabaña viven un pobre campesino y su esposa. Son unos ancianos muy bondadosos. Nunca han hecho daño a nadie, ni han desoído una petición de ayuda, ni se han dicho una palabra dura. Por lo tanto, Dios les ha recompensado permitiéndoles que nos alberguen esta noche”.

»Tal como había dicho el profeta, el anciano matrimonio los recibió encantado. Eran muy pobres: no tenían más que una vaca y un pequeño huerto que apenas les daban para vivir. Lavaron los pies a los cansados viajeros y les dieron su propia cena y su cama, y ellos se acostaron en el suelo, sin cenar, delante del fogón.

»Por la mañana, despertó al rabino el llanto de la anciana, y cuando él quiso consolarla, ella le dijo que durante la noche había muerto la vaca... ¿y cómo podrían vivir ellos sin la vaca?

»El profeta Elias y el rabino abandonaron la cabaña y reanudaron la marcha. El rabino iba rezongando entre dientes, hasta que el profeta Elias le dijo: “¿Qué murmuras, rabino? Eso me molesta”.

»“Sí?”, dijo el rabino, indignado. “Ahora sabrás por qué murmuro. Toda mi vida predicando la bondad y la misericordia de Dios, ¿y qué es lo que veo? Dos buenas personas, castigadas mientras los malos viven felices”.

»“No debes desconfiar de los designios de Dios”.

»“Pues desconfío”.

»“No, rabino. Tú debes tener fe. Yo no acostumbro a explicar los actos de Dios, pero esta vez voy a hacer una excepción. Has de saber que anoche, mientras dormía, fui llamado a la presencia del Altísimo que, entre otras cosas, me preguntó por el campesino y su esposa. Cuando le hablé de su bondad, Dios se entristeció. En el Libro del Destino, aquel hombre tenía los días contados. Mientras hablábamos, el Ángel de la Muerte, *malakh ha mavet* viajaba ya a la velocidad de la luz para poner fin a la vida del pobre hombre. Ni siquiera el Altísimo puede detener al Ángel de la Muerte, pero Dios también tiene sus poderes y, extendiendo la mano, desvió el golpe del *malakh ha mavet*, y la muerte fulminó la vaca en lugar de herir al campesino. Así fue burlado el Ángel de la Muerte y los dos ancianos podrán seguir juntos unos años más”.

»El rabino quedó tan abochornado después de oír esta explicación que estuvo andando varias horas sin abrir la boca. Empezó a hacer mucho frío y a llover, y el profeta y el rabino siguieron caminando con el frío y la lluvia, pero el rabino no se atrevía a protestar.

»Por fin, al caer la noche, llegaron ante una magnífica mansión. Se acercaron corriendo y llamaron a la puerta principal. Salió a abrir el dueño en persona. Llevaba túnica de seda, zapatos de tafilete, cinturón de pedrería y dos anillos de brillantes. Miró con desprecio a los dos empapados y maltrechos viajeros y, cuando ellos le suplicaron que les dejara pasar la noche en su casa, él les escupió y les dio con la puerta en las narices. No muy lejos de la mansión, había un viejo cobertizo lleno de goteras, en el que el profeta Elias y el rabino pasaron la noche acurrucados. Como podéis imaginar, el rabino no pegó ojo y a la primera luz del día vio que el profeta se levantaba y salía del cobertizo sigilosamente. El rabino le siguió. Había dejado de llover. El profeta fue al pueblo más próximo y despertó a un albañil. Con él volvió a la mansión del rico. Una esquina de la casa estaba agrietada y el profeta dijo al

albañil que la reparara. Una vez terminado el trabajo, le pagó.

»El rabino se fue corriendo al cobertizo y, cuando el profeta volvió, fingió dormir. Comieron pan con queso y se pusieron otra vez en camino. Al fin, el profeta preguntó: “¿Otra vez murmurando, rabino?”.

»“Esta mañana te seguí”.

»“Ya lo sé”, dijo el profeta. “Y vuelves a dudar de Dios”.

»“¿Y cómo no voy a dudar? Dos personas santas y muy pobres, y su única vaca, muerta. Y este rico y cruel y egoísta... y tú, tú, el profeta Elias, mandas reparar su casa y pagas el trabajo de tu bolsillo”.

«“Rabino, rabino”, dijo el profeta, “has perdido la inocencia y has perdido la fe. Voy a explicártelo también esta vez. Anoche fui llamado nuevamente a la Divina Presencia, y hablé del rico cruel e inhóspito. Dios no interviene en la vida del hombre aquí en la tierra, pero esta vez estaba intrigado. La esquina de la casa de ese hombre se está resquebrajando, me dijo. Dentro de pocos días, después de las lluvias, cuando se caiga del todo, dejará al descubierto un cofre que se enterró allí hace cien años. El cofre está lleno de joyas, y el rico será aún más rico, más cruel y más egoísta. De manera que ves al pueblo, contrata a un albañil y manda reparar la esquina de la casa, para que el cofre quede escondido otros cien años”».

»Nuevamente, el rabino se sintió avergonzado y se cubrió la cara con las manos. Cuando las retiró, el profeta Elias había desaparecido. Y aquí termina la fábula. Os la he contado, no porque mi fe sea muy robusta, sino porque ha sido puesta a prueba muchas veces. Otras gentes aceptan las calamidades que afligen a la Humanidad y los sufrimientos inherentes en nuestra condición humana como una parte natural de la existencia. Pero nosotros, los judíos, somos muy avispados y a toda costa queremos hacerlos encajar en los esquemas divinos, y tal vez tengamos razón. ¿Quién sabe?

»Siempre me ha gustado esta fábula, pero en el fondo tampoco estoy seguro de que la fe sea la respuesta a todo. Yo prefiero la duda. Moisés se encaró con Dios. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre? Dame una prueba. Existe una vieja creencia rabínica según la cual la única prueba de Dios está en nuestros actos, y casi siempre me parece suficiente.

Después del oficio del sábado, se reunían a tomar café y pastel en la sala de la sinagoga. Aquella noche, David se vio más asediado que de costumbre con las preguntas y comentarios de sus congregantes, que iban desde la petición de Eddie Frome de que le dejara publicar el cuento en *The New Yorker* hasta la exigencia de Al Bramer de que le enseñara en qué lugar del Talmud aparecía el relato. Bramer estaba situado en el sector más ortodoxo de la congregación. Martin y Millie, simples visitantes, se mantenían apartados.

—Se lo ha inventado él —susurró Millie.

—Tonterías. Nadie podría inventar una cosa así.

—Es una especie de chiste judío —dijo Alan Buckingham a Dora, su mujer,

quien respondió que él era la última persona del mundo capaz de pontificar sobre chistes judíos.

—El mismo término de chiste judío es un contrasentido —añadió Dora.

—Nosotros somos un chiste judío —dijo Oscar Denton. Tenía noventa y cuatro años, aún caminaba sin bastón y leía sin gafas. —Se me ha dejado en el mundo hasta esta edad inhumana para que pudiera comprenderlo. Ahora que ya lo he comprendido, imagino que cualquier día seré llamado a reunirme con mis antepasados, como suele decirse. Los goyim —alzó la mano hacia Martin y Millie en señal de disculpa—, los goyim nos inventaron cuando se dieron cuenta de que estaban completamente locos. Habían pasado los tres mil primeros años de su historia matándose unos a otros y, cuando comprendieron que corrían peligro de extinción, nos inventaron a nosotros. Pero les salió el tiro por la culata, porque nosotros empezamos también a matarnos los unos a los otros con el mismo entusiasmo. Ahora sigue habiendo matanzas, y, además, judíos.

Joe Hurtz, que acababa de unirse al grupo, dijo a David:

—El viejo está más loco que un cencerro. Tendrían que internarlo. Me parece que se ha vuelto antisemita.

—Yo diría que eso tiene miga —dijo Eddie Frome a David, que no había oído la versión de la Historia expuesta por Oscar Denton. —Habría que pulirlo y agregar algunos ejemplos; pero tiene miga.

—¡Hurtz! —exclamó Oscar Denton en tono autoritario. —Hurtz, ¿cuántos años tienes?

—Setenta y tres, Oscar. Lo sabes perfectamente.

—Muy bien, setenta y tres. Ahora escucha, capullo, yo he de enterrarte. —Con estas palabras, Denton se alejó pisando fuerte. En la puerta se volvió para decir—: De todos modos, ya debería estar en la cama.

David extendió los brazos con ademán de resignación.

—Cuando éramos niños y uno de nosotros levantaba la voz —dijo Sophie Frome —, la abuela solía decir: «*Sha, a Shandeh for the goyim*». Bueno, pues lo mismo digo yo ahora. A mí no me molestan las frases atrevidas, pero ese viejo es abominable.

—No es para tanto —dijo Martin. —Puesto que Millie y yo somos los únicos goyim que hay aquí esta noche, tampoco es para llamarlo una... ¿cómo dijo?

—Shandeh —dijo David. —Vergüenza en yiddish.

—Oh, a mí me parece un anciano muy simpático —dijo Millie.

David la miró sonriendo. Los dos recordaban una noche, hacía mucho tiempo, en que Lucy invitó a cenar a los Carter y a Denton. La esposa de Denton había muerto hacía años, y Lucy lo sentó al lado de Millie. «Tiene una rodilla que es como un tigre», comentó Millie después.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó David.

—Nada que tenga sentido —sentenció Alan Buckingham.

—¿De dónde sacó ese cuento, rabino? —preguntó Mrs. Shapiro.

—En realidad, no lo sé. Recuerdo haberlo oído contar siendo niño, probablemente en una sinagoga. Luego debí de leerlo, pero no sé dónde.

—«Chiste judío» no tiene por qué ser un contrasentido —insistía Eddie Frome. — El otro día me contaron uno. *Mrs. Cohen* se encuentra en la calle con *Mrs. Levy*. *Mrs. Levy* pasea en un cochecito a un par de gemelos, Arthur y Arnold. Pero ¿cuál de ellos es Arthur y cuál, Arnold?, pregunta *Mrs. Cohen*. Muy sencillo, responde *Mrs. Levy*. Arthur es el abogado y Arnold, el médico.

—Horrendo.

—No tanto. Es el típico chiste judío, o italiano, o griego, o de cualquier colectividad pobre y recientemente liberada que esté ansiosa de prosperar. El cuento de David es otra cosa. ¿Cómo hay que mirar a Dios, o al destino, o al universo, después del Holocausto?

—Este cuento es muy anterior al Holocausto.

—¿Qué Holocausto? Toda la Historia del hombre es un holocausto. Tengo un amigo que trabaja en el proyecto «Manhattan». Él y sus colegas calculan que una guerra atómica destruiría a las dos terceras partes de la especie humana.

—Si no a toda ella.

*Della Klein* se llevó aparte a David.

—Vamos a tomar café y un poco de pastel, rabino. Es demasiado tarde para hablar de cosas tan serias.

—Sí, me apetece un poco de café y pastel.

El pastel era bastante malo. Como de costumbre. Había buenas reposteras en la congregación, pero nunca se ofrecían a hacer el pastel del viernes. De todos modos, nadie protestó y el pastel se terminó.

—Lo malo de tus cuentos es que les falta un tercer acto —dijo *Della*.

—Son cuentos, no comedias.

—Sí. Sí, claro. David, ¿nunca has pensado en dejar el rabinato?

—Sí, alguna vez.

—Pero no lo harás, ¿verdad?

—No, mientras nos toleren. Verás, a los sacerdotes y a los rabinos se nos tolera. Somos los payasos de Dios, si es que hay Dios; pero todo lo demás se desmorona. No es que la gente sea muy admirable, pero merece que se le dé la oportunidad de sobrevivir. Quizá nosotros podamos ayudarla a ello.

—¿Te acuerdas? Accediste a casarte conmigo.

—Cuando tú quieras.

—Ahora veo que sí tienes sentido del humor —dijo *Della*. —No estaba segura. ¿Qué te parece el cinco del mes próximo? Mis hijos podrán venir entonces. Sería estupendo tener también a los tuyos.

*Mrs. Holtzman* lloraba.

—Me alegro mucho de que se case —dijo. —Un hombre como usted debe tener una esposa. Pero ¿qué hago yo ahora? Si tengo que volver a casa de mi hija, me

moriré. Es muy buena, Dios la bendiga, pero no para vivir con ella.

David dijo que trataría de ayudarla. Della no veía la necesidad de que David llevara consigo a *Mrs. Holtzman*; pero, después de preguntar a media congregación, David le encontró otra casa. Recibió carta de Sarah en la que, entre líneas, se le hacía una petición de ayuda económica. Si quería que sus hijos asistieran a la boda, tendría que pagarles el viaje. Luego, Lucy le llamó desde California para decirle, entre sollozos, que su madre había muerto.

—Oh, David, ella quería ser enterrada al lado de papá, pero papá está en Leighton Ridge y yo no sé qué hacer.

Él creía estar viéndola. Era la mujer con la que había vivido durante muchos años, e imaginaba su pena y su desconcierto. Pero no tenía por qué afectarle. Nada de lo que le ocurriera ahora a Lucy era de su incumbencia. Anotó el nombre de la funeraria en el que estaba el cadáver de Sally Spender y prometió a Lucy encargarse de todo.

—El cadáver puede estar aquí mañana mismo, y pasado mañana la enterramos. Si tomas el avión de esta noche, llegarás aquí por la mañana. Yo lo arreglaré para que te alojes en casa de Millie. Ahora mismo les aviso.

—David, que estoy casada.

—Sí, claro; pero no veo por qué no habéis de poder ir a casa de los Carter los dos.

David hizo después una visita al cementerio, el hermoso prado que habían comprado a la Iglesia episcopaliana gracias a una maniobra de Alan Buckingham. Había ahora veintisiete tumbas, el tributo exigido por el tiempo. Mientras paseaba por el pequeño cementerio, David recordó el comentario sobre los judíos que hiciera Mark Twain. Dijo que eran como todo el mundo, pero un poco más. Poco a poco, el lugar había ido adquiriendo carácter. Estaba rodeado de un seto de tejo que tenía ya más de dos metros de alto y en la entrada había una verja sostenida por dos columnas de ladrillo. Las parcelas de cada familia estaban marcadas por barras de hierro horizontales insertas en pilares de granito de un palmo y medio de alto. Había flores y cedros jóvenes por todas partes. David prefería la simple austeridad del cementerio congregacionista; pero los judíos no eran congregacionistas, por más que Martin Carter se obstinara en comparar sus respectivas virtudes y defectos. Indudablemente, Martin Carter era un *Lamed Vov*, uno de los treinta y seis hombres justos de quienes dependía la existencia del mundo. La idea hizo sonreír a David. Le gustaría decírselo a Martin, pero le haría sentirse violento, y Millie, desde luego, protestaría: «¡Qué absurdo!», diría. Y, desde luego, tendría razón. Llegó a su parcela, lo bastante grande para que cupieran ocho tumbas. Llevaba consigo varios bastoncillos de colores para marcar la nueva tumba. Demasiadas veces ya las habían cavado donde no debían. «Por lo menos, para esto servimos nosotros, los rabinos y sacerdotes —pensó David. —Nacimientos, confirmación, matrimonio, muerte..., todo ello, básico para la sociedad». La parcela de Mel Klein estaba a pocos pasos. «Complicaciones», suspiró David. En fin, Della era una mujer muy lista. Él parecía gravitar siempre hacia

mujeres inteligentes. Ya encontraría ella la manera de arreglarlo.

Cuando David volvió a su despacho, *Mrs. Shapiro* le dijo:

—Llevo toda la mañana al teléfono, rabino, pero me parece que ya está todo resuelto. La funeraria mandará el cadáver al aeropuerto. Allí será embarcado en un avión y llegará a «Kennedy» a las cinco de la mañana. He tenido que disponer lo necesario para que lo guarden en depósito hasta las ocho, en que irá el coche fúnebre a recogerlo. Aquí llegará poco antes de mediodía, no sé a qué hora exactamente, por lo que el entierro tendrá que ser a partir de las tres de la tarde. El servicio meteorológico dice que hará buen tiempo, o sea que si usted lo desea, la ceremonia se puede celebrar al aire libre. —*Mrs. Shapiro* estaba más vieja, más gruesa y maravillosamente competente.

David iba a decir que la decisión dependía de su esposa, pero se contuvo. Felicitó a *Mrs. Shapiro* y se marchó. Comprendía que se había excedido un poco al invitar por su cuenta y riesgo a Lucy y a su marido a casa de los Carter, y quería ir a pedirles disculpas. Al salir de la sinagoga, oyó que alguien le llamaba desde el camino de la vieja iglesia congregacionista que había albergado la sinagoga y que después fue vendida a los unitaristas. La vieja iglesia y la sinagoga estaban a unos cuatrocientos metros de distancia, y David vio a un joven que venía rápidamente de aquella dirección.

—¿Rabí Hartman? —preguntó el joven al llegar a su lado.

David reparó entonces en que *Mrs. Shapiro* le había seguido.

—Un momento, por favor —dijo al joven.

—Quería decirle que todo esto va a costar una fortuna, rabino —susurró *Mrs. Shapiro*. —Casi mil dólares. ¿Quién lo pagará?

—Yo.

—No tiene ninguna obligación.

—Deje eso ahora, por favor —le dijo. Se acercó al joven. —Perdone, pero mi madre política ha muerto en California, y estamos tratando de organizar el entierro.

—Lo lamento, rabino. No quiero molestarle en estos momentos. Sólo venía a saludarle. Soy Steven Woodsman, el nuevo pastor de la iglesia unitarista. Me ha parecido que, puesto que vamos a ser vecinos, debíamos conocernos. Tenemos a muchos judíos en nuestra comunidad.

—¡No me diga! —replicó David en tono glacial.

—Quiero decir...

—Sé muy bien lo que quiere usted decir —le atajó David. —Celebro haberle conocido, *Mr. Woodsman*.

Dio media vuelta y se fue hacia el coche. Mientras iba camino de casa de Martin, David trataba de explicarse qué era lo que le había pasado. Cuántas veces no le habrían echado en cara Lucy y Della que fuera incapaz de enfadarse, y ahora, sin embargo, estaba hirviendo de indignación sin saber por qué.

—Y lo peor es que no sé por qué lo he hecho —dijo a Martin. —He estado muy grosero con ese pobre muchacho.

—No será tanto, David. No creo que te hayas convertido en un *Mr. Hyde* de la noche a la mañana.

—Pero yo he sabido siempre que la mitad de esa comunidad de unitaristas son judíos. Es más, durante todos estos años, me he atraído a una docena de familias. Y los unitaristas, judíos o no, son muy buena gente.

—Tú y yo, David —dijo Martin—, también tenemos derecho a enfadarnos.

—Cuando las cosas se tranquilicen un poco, iré a pedirle disculpas. Ya me perdonarás por haber invitado a Lucy y a su marido a hospedarse en vuestra casa una noche.

Cuando Martin le contó el incidente a su mujer, Millie dijo:

—¿Es que no te das cuenta, Martin? David se está convirtiendo en un judío viejo e irascible.

—¡Qué cosas tienes!

—No lo digo en son de crítica. Adoro a David. Pero ha dejado de ser un niño inocente. Se ha educado y ha vivido siempre como un protestante flemático, como tú y como yo. Pero eso ya se acabó. Le ha salido el judío que lleva dentro y tiene trazas de acabar en profeta. Y tú ya conoces la Biblia. Los profetas no tenían nada de afables. Tronaban y clamaban en contra de la codicia y la injusticia. No querría uno tenerlos en el salón, pero eran imponentes.

Martin miraba a su mujer atónito.

—¿Tú crees? Muy interesante. Aunque no sé.

Y, en aquel momento, David decía a Della:

—Sí, por fin sé lo que ha sido. No me hace ninguna gracia que un unitarista imberbe vaya diciendo que su comunidad está llena de judíos que no tienen el cerebro, el valor ni la dignidad suficientes para seguir siendo judíos. ¡No, señor! ¡No lo consiento!

Della se retorció de risa.

—Te ríes de mí —dijo David, indignado.

—Contigo, David, contigo. Oh, toda esa gente no desea sino dejar de ser judíos sin convertirse. Eso me recuerda la carta de Salt Lake City, donde un judío puede ser gentil sin dejar de ser judío.

—Es un asco —dijo él con énfasis.

—David, tú nunca habías hablado así. ¿Con quién voy a casarme?

—Ya lo averiguaremos.

—Supongo que sí —suspiró Della. —Supongo que sí.

A la mañana siguiente, David estaba en su despacho de la sinagoga cuando llegó Lucy. Él se levantó y ella le abrazó.

—David, David, David.

A los cuarenta y nueve años, Lucy seguía siendo muy atractiva. Tenía las



facciones un poco más duras y la piel tirante a consecuencia de una operación de cirugía estética que David no sospechó ni por asomo y la figura firme y bien torneada, consecuencia de muchas horas de aquella gimnasia que se practicaba en Los Angeles.

—Oh, David —sollozó. —Qué putada. La vida es una mierda. Ahora que ha muerto mamá ya no tengo a nadie. Los chicos viven su vida y ni se acuerdan de que existo.

—Tienes a tu marido —dijo David suavemente.

—Lo mismo que otras cinco mujeres. Oh, puñeta, no sé por qué tengo que darte la lata con mis problemas. Yo me lo he buscado. Y lo que es Bob Greene, está muy ocupado. Demasiado, para asistir al entierro de mi madre.

—La muerte es un horror —dijo David. —Es la bestia negra que siempre me acompaña. Pero también forma parte del ser. No te preocupes por los problemas de Bob. Tu madre tuvo amor, una hija maravillosa y dos nietos estupendos. A propósito, ¿dónde están?

—¿Estás convencido? Me refiero a eso de la hija maravillosa. Los chicos vendrán. Aaron estaba en Los Angeles y Sarah, en Arizona. Hubo un tiempo en el que las familias permanecían juntas, ¿verdad, David?

—Sí, pero ahora es distinto.

—Muy distinto.

—Todo está arreglado, Lucy. Van a traer el féretro y tu madre descansará al lado de tu padre.

Ella se había retraído, pero ahora volvió a abrazarle. Daba gusto sentirla entre los brazos, era una sensación grata y familiar de antaño.

—Siempre fuiste muy bueno conmigo, David. Mi vida está vacía. Me parece que ahora podría volver. Creo que ahora soportaría esto.

—No es una forma muy halagadora de plantearlo, Lucy.

—Ya lo sé. Era sólo por decir algo. Lo que tú me dijiste: al cabo de un par de semanas, me volvería loca.

Él no mencionó a Della, pero ella sacó a relucir el tema.

—Oye, David, no irás a casarte con Della Klein, ¿verdad?

—Sí, no quería decírtelo en estos momentos.

—¿Pensabas que no me enteraría? Aquí se sabe hasta cuando estornuda el rabino. ¿Será posible, David? Tú eres un hombre maravilloso. ¿Cómo puedes pasar la vida en este agujero? Esto es un pueblucho y Della, un ama de casa judía, gorda y madura. Ahí fuera hay todo un mundo. Si quieres ser rabino, puedes serlo en otro sitio. En Sepúlveda Pass, cerca de Los Ángeles, hay un templo que al lado de esta sinagoga es como la catedral de San Patricio comparada con la capilla de Martin.

Se echó a llorar otra vez y David volvió a abrazarla.

—Todo se arreglará, mujer.

En el cementerio, frente a la fosa, David dijo:

—Hemos venido a despedir a una mujer hermosa y buena. La nuestra no es una religión fúnebre. Nosotros honramos la vida, no la muerte, y la recompensa que buscamos está aquí, en nuestra vida y nuestros seres queridos. Sally Spender, mi madre política y buena amiga, fue una mujer muy querida y bien recompensada.

Cuando los demás se fueron, Lucy, David y sus dos hijos se quedaron un rato junto a la tumba.

—¿Lo arreglarán? —preguntó Lucy señalando el montón de tierra. —¿Y quién se encargará de la lápida?

Aaron, alto y delgado, la sujetaba por los hombros.

—Papá cuidará de todo.

—Desde luego —asintió David.

Sarah estaba a su lado con su mano en la de él. A pesar de todo, según confió después a Della, fue un momento grato. Y a pesar también de que Lucy dijo:

—No sé cuándo volveré a verte, David. Cuando estés casado, no podré recurrir a ti en los momentos de apuro.

—Aquí me tendrás.

—Está bien, querido David.

Y le echó los brazos al cuello y le besó. Viajaba sola. Aaron y Sarah se habían quedado en Nueva York. Querían pasar uno o dos días en la ciudad antes de volver a casa.

Casi como si no hubiera pasado nada. Un día preguntó a Martin:

—¿Ves a menudo a tus hijos?

Joe se había establecido en el Canadá y era ciudadano canadiense.

—La última vez fue hace ocho meses —dijo Martin. —¡Cómo vuela el tiempo!  
—Ellie, la hija, estaba casada con un profesor de la Escuela Politécnica de Boston. — Ella procura venir con los niños un par de veces al año. Bueno, a veces sólo en Navidad.

—Pero ¿qué pensarías si te necesitaran a cada momento? —dijo Della. —Son independientes y eso es bueno.

Semanas después, David dijo a Della:

—He hablado con el consejo. Opinan que deberíamos casarnos en la sinagoga, con cierta solemnidad.

—Que se vayan a paseo. No somos niños. Iremos al juzgado y se acabó.

—Ya sabes que en Leighton Ridge no hay juez ni magistrado, sólo está el presidente del consejo municipal, y no sé si tiene atribuciones para celebrar matrimonios. Por lo visto, olvidas que soy rabino. Y, cuando te haces rabino, lo primero a lo que tienes que renunciar es a mandar a la gente a paseo.

—Está bien, trae a un rabino —dijo Della. —No tengo ningún inconveniente. ¿Y ese viejecito del que siempre hablas? Rabí Belsen.

—Que en paz descansa. Murió hace doce años.

—Lo siento. Bueno, cualquiera, David.

David llamó a Bert Sager.

—¿Que si le casaría? —preguntó rabí Sager. —Desde luego. Aunque le prevengo, David, al igual que Sócrates, nuestro eminente precursor, aprendí lo que es el matrimonio en una escuela muy dura. Perdona, David. Tengo un sentido del humor muy primitivo y hago chistes infantiles. Como dicen muchos miembros de mi congregación, un rabino humorista es una perla cuando tiene gracia, pero una pesadilla cuando no la tiene. De manera que si quiere que oficie en esa ceremonia, será mejor hacerlo antes de que me echen. Por cierto, ¿quién es la novia?

—Della Klein.

—Enhorabuena. No la conozco, pero suena a judía.

—Creo que lo es.

—Bien, muy bien. Será una especie de *Mitzvah* el que un conservador como yo case a un rabino de la Reforma. ¿Cuándo y dónde se celebrará la ceremonia?

—Del domingo en ocho días, a mediodía, en nuestra sinagoga de Leighton Ridge. Traiga a su esposa, por favor. No pensamos hacer nada extraordinario: mis dos hijos, si consigo que vengan, los de Della y unos cuantos amigos. La ceremonia, en la sinagoga y, después, una cena fría en casa de Della, de manera que nos gustaría que pudieran quedarse hasta última hora de la tarde.

Para asombro de David, sus dos hijos se presentaron en Leighton Ridge la víspera de la boda. Llegaron solos, sin sus respectivas parejas «sólo por causas pecuniarias», como dijo Sarah. A los veintidós años, era una mujer pecosa, de ojos claros que respiraba salud. Aaron, su hermano, fue más explícito:

—Bueno, es una ocasión especial. Siempre consideramos a Della y a Mel como de la familia. No me acuerdo muy bien de Mel, pero siempre fue muy cariñoso con nosotros.

Los tres hijos de Della eran amigos suyos de la infancia.

—No les esperabas, ¿verdad? —dijo Della. —Tan poco tiempo después del entierro...

David asintió con los ojos húmedos.

Con todo el tiempo que hace que le conozco, Hartman —dijo el rabino Sager—, nunca le había visto desde este ángulo. A pesar de su reputación de radical que no se muerde la lengua en las altas esferas, que denuncia la guerra, que va a la cárcel, que se une a todas las manifestaciones que se organizan en cien kilómetros a la redonda, es un hombre plácido y amable y esta gente le adora, incluyendo a mi esposa. Y eso que a ella no le gustan nada los rabinos.

David volvió a mover la cabeza afirmativamente. No confiaba en su voz.

Él y Della se casaron sobre la *bimah*, el mismo estrado desde el que David predicaba semana tras semana, desde que se había construido la nueva sinagoga en aquel pueblo de las montañas de Connecticut.

En casa de Della, abarrotada de amigos, entre los que se encontraba Mike Benton,

venido desde California, Martin dijo a David:

—Los dos somos afortunados. Hay momentos en los que el ser humano tiene que hacer lo que nosotros, o lo que el público de un teatro: dejarse ganar por la acción y desterrar el escepticismo. Eso nos da un instante de claridad para dar gracias a Dios por todas las cosas.

Aquella noche, cuando los invitados se fueron, David repitió a Della lo que había dicho Martin.

—Creo que lo entiendo —dijo ella titubeando.

—¿Te das cuenta? El escepticismo es el fermento del mal..., o así nos parece a algunos. Hannah Arendt se refiere a la trivialidad del mal, pero lo que nos hiera es el torpe infantilismo del mal.

—Oh, sí, sí —suspiró Della. —Pero ya es tarde, y hemos tenido un día muy agitado, y lo único que yo sé de Dios y de las cosas, mi querido rabino, es que ahí fuera está muy oscuro y que el hombre y la mujer no deberían dormir solos. Estoy contenta de ser tu esposa, te quiero y creo que tengo mucha suerte. ¿Nos vamos a la cama?

—Como usted ordene, *Mrs.* Hartman.

—Tendré que acostumbrarme a eso. Con todos los años que hace que nos conocemos, David, nunca te he preguntado esto, de una pobre mujer ignorante, a un sabio rabino...

—Tú no eres ignorante, y únicamente tú me quieres lo suficiente como para llamarme sabio.

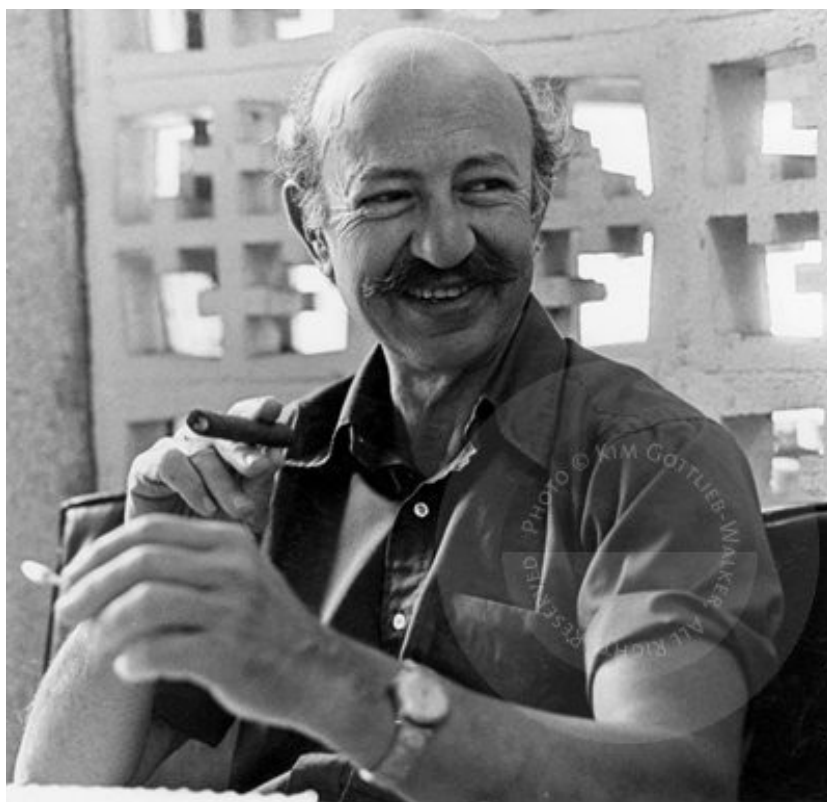
—Sea como fuere, mi querido rabino, ésta es la pregunta: ¿Tiene sentido esta vida nuestra... o es, como dijo Shakespeare, una sombra andariega que se pavonea una hora, o algo así?

—Puedes elegir la respuesta que más te guste, amor mío —dijo David. —Te quiero mucho, por si no te lo había dicho, y estoy cansado, y, al igual que tú, llevo demasiadas noches durmiendo solo. De manera que vamos a la cama y ya hablaremos de filosofía y religión a la hora del desayuno.

—De ninguna manera. He invitado a desayunar a tus hijos y a los míos.

—Pues vámonos a la cama y punto.

—Amén —dijo Della.



HOWARD FAST (Nueva York, EE. UU., 1914 - Connecticut, EE. UU., 2003). Howard Fast fue un popular novelista americano de origen judío. De espíritu aventurero, recorrió de muy joven el país en tren y autostop, desempeñando los más diversos oficios a la vez que escribía sus primeras obras.

En 1944 se adhirió al Partido Comunista de los EE. UU., por lo que más tarde debió responder ante el tristemente célebre Comité de Actividades Antiamericanas. Por negarse a delatar a sus compañeros fue a la cárcel, en donde escribió su novela más famosa, *Espartaco*, que fuera llevada al cine posteriormente por Stanley Kubrick, aunque en su momento ningún editor quiso publicarla por hallarse el autor en la Lista Negra. Aun así, Fast pudo darla a conocer mediante una editorial propia fundada con escasos medios. Luego, para poder continuar su obra, siguió escribiendo para otros editores utilizando diferentes seudónimos.

Aunque la Unión Soviética llegó a otorgarle varios premios, Fast rompió con el comunismo a raíz de los hechos de Hungría en 1956. En 1974 se dedicó a la televisión como guionista de series y programas, a la vez que intensificaba su labor en la literatura popular, llegando a abordar diversos géneros como el policial y la ciencia ficción.

Howard Fast es el más típico escritor comprometido con su época que, sin claudicar del rigor de su escritura, nunca perdió de vista al gran público como principal destinatario de sus obras.

# Notas

[1] Confirmación. <<

[2] En Europa, en el siglo XIX, la sinagoga y la escuela se combinaban en un solo edificio que en yiddish se llamaba *shul*. <<



[3] En yiddish, conclusión. Un extracto del Libro de Profetas que se lee semanalmente en conjunto con la Torah. <<

[4] En yiddish, molestia, angustia, tristeza. Especialmente usada en relaciones personales, por ej. con niños o adolescentes. <<

[5] Encargado(a) de la dirección del canto en el coro de una iglesia o similar. <<